



EL DESPERTAR DE LA BELLEZA

**Sesenta cuentos populares
de los cinco continentes**

Edición de MARITA DE STERCK

Siruela

EL DESPERTAR DE LA BELLEZA

Sesenta cuentos populares
de los cinco continentes

Edición de Marita de Sterck

Traducción del neerlandés de
Goedele de Sterck

Siruela

Biblioteca de Cuentos Populares

Índice

- Cubierta
- Portadilla
- Prólogo
- Agradecimientos
- África
- América
- Asia
- Europa
- Oceanía
- Acerca de esta antología
- Fuentes y contexto
- Referencias bibliográficas
- Créditos

A mi madre y a mi hija

Prólogo

Hace medio siglo escuchaba atónita los cuentos que circulaban en el pueblo de mi infancia: el hombre de hielo, aficionado a arrancar orejas y narices a mordiscos; Kludde, que por la noche se lanzaba al cuello de los distraídos transeúntes y se hacía más pesado a cada paso; y el renegrido diablo del cieno que arrastraba a las niñas demasiado curiosas hasta el fango del río.

A diario, mi padre me contaba historias sentado en su sillón de cuentacuentos, infundiéndome de por vida el amor a la palabra hablada. Quien como yo haya tenido esa fortuna, no olvidará jamás los olores y los colores de aquel rincón, el timbre inconfundible de la voz, los gestos y las miradas, los silencios deliberados para crear tensión y estimular la fantasía, la viveza de la lengua oral y los dichos populares. La forma en que el espacio entre la boca y el oído se colma de cuentos ancestrales siempre se me ha antojado pura magia.

Los relatos de mi padre me integraron en la cultura popular de la región del río Rupel, situada en Flandes. Al poco tiempo, me animé a contar a mi vez aquellas historias. Y cuando mi tío abuelo regresó a Bélgica tras permanecer un cuarto de siglo en China, dedicado a la obra misionera, no solo me cautivaron su mitra y los jarrones de porcelana, sino sobre todo los relatos que habían viajado con él entre los pliegues de su hábito de color púrpura. También en aquellas tierras lejanas, más allá de las altas montañas y las aguas profundas, el lobo, disfrazado de abuelita, intentaba comerse a las niñas. En mi cabeza me movía a saltos entre lo extraño y lo conocido, acariciando el deseo de recorrer el mundo en busca de relatos. La muchacha que mendigaba cuentos y los absorbía con avidez acabó convirtiéndose en una antropóloga que no desperdicia viaje alguno para recopilar historias, especialmente las que se cuentan durante o acerca de los rituales de crecimiento.

De niña grande a pequeña mujer

Cuando en agosto de 1995 pregunté a Dawn Horse, una chica navaja de catorce años, qué parte del rito de transición consideraba de mayor importancia, me

contestó que los cuentos «le habían cambiado la carne» y que, gracias a ellos, ya no era una niña grande, sino una pequeña mujer. Sus palabras se erigieron en el lema del viaje alrededor del mundo que había emprendido con el fin de recopilar historias similares. Tras veinticinco años de búsqueda he reunido mis sesenta cuentos favoritos, todos ellos centrados en el paso de niña a mujer. Unas veces –las más– la temática salta a la vista, pero otras está presente en términos velados. Los relatos de esta antología poseen una gran fuerza literaria, debido al manifiesto poder del lenguaje, y sus narradores los transmiten con pasión y osadía. Causaron en mí una honda impresión, cayendo como un mazazo o, al contrario, rozándome como una tierna caricia. He elegido aquellos cuentos que deseo compartir, en mi calidad de mujer y de madre, con mi hija y mis hijos, con los hijos de los demás, y en realidad con mujeres y hombres de cualquier edad. Enérgicos y vigorosos, hacen aflorar emociones vitales que raras veces se verbalizan, al tiempo que muestran cómo las gentes del mundo damos interpretaciones diferentes a una misma temática y nos parecemos en las historias que contamos. Los relatos aquí reunidos alcanzan la esencia de la mujer y del ser humano en general, invitándonos a meternos en la piel del otro y a compartir sentimientos más allá de las fronteras. Hacen resonar dentro de nosotros a nuestros ancestros, revelándonos de una forma muy especial quiénes somos, y nos ponen en contacto con los antepasados y la identidad de los demás. A mi modo de ver, son capaces no solo de unir a hijas, madres y abuelas, sino de cautivar también a abuelos, padres e hijos.

A través de esta antología quiero compartir, además, el placer de contar y escuchar cuentos. He disfrutado enormemente de la diversidad de los relatos, así como de los diferentes momentos de la narración, espontáneos o provocados, en la intimidad o ante un gran público de todas las edades. Por otra parte, también he podido comprobar que se cuentan cada vez menos historias en todo el mundo y que muchos relatos muy valiosos corren el riesgo de perderse para las próximas generaciones.

Los cuentos se clasifican por continentes y los continentes aparecen por orden alfabético: África, América, Asia, Europa y Oceanía. Los subtítulos recogen el grupo cultural y el país de origen. Para aquellos que no están vinculados a ningún grupo cultural en particular solo figura la indicación geográfica. Al final de la obra, expongo mi forma de trabajar, explico a qué géneros pertenecen los relatos seleccionados, paso a contextualizar cada uno de los cuentos agrupados por continentes, comento de qué modo han llegado a mis oídos y describo las fuentes.

Niñas malas las hay en todas partes

La mayoría de los cuentos recogidos en la versión original de esta antología no se habían publicado nunca antes en traducción neerlandesa. Y no cabe duda de que todos ellos aparecen por primera vez en esta combinación tan singular, entrelazados con un tejido femenino sumamente personal. Además, estos sesenta relatos se comunican entre sí y nos invitan a sumergirnos en un apasionante juego de exploración y reconocimiento. ¿Cómo devoran los monstruos acuáticos a las niñas desobedientes en los trópicos? ¿En qué se diferencian y se parecen las Cenicientas, las Blancanieves, las Caperucitas, las Bellas Durmientes, las Pieles de Asno y las bestias propias y extrañas? ¿Qué sucede aquí y allá con las niñas rebeldes, soberbias, tozudas, perezosas o demasiado exigentes? ¿Acaban invariablemente en la cama con una serpiente gigante, un tapir, un cerdo o la luna? Las niñas malas protagonizan buena parte de los relatos admonitorios. El cuento de la «niña desobediente» constituye un género aparte en la literatura de transmisión oral de todo el mundo y ha dado lugar a numerosas variaciones sobre el mismo tema: la joven abandona el pueblo, desatendiendo todos los consejos, y se adentra en el bosque oscuro, donde se topa con un ser indómito, grande, fuerte, lascivo, viril, preparado para asaltarla y devorarla. Del mismo modo, la muchacha demasiado exigente, «la niña difícil», que no admite a ningún hombre por marido, suele terminar emparejada con un ser animalesco. Estos cuentos con moraleja instan a la obediencia y al acatamiento del sistema establecido, pero a la vez son emocionantes, atrevidos y soeces, subversivos y dísculos. Demuestran que las niñas buenas llegan al cielo, y que las niñas malas llegan a todas partes.

En un origen, los cuentos populares que se contaban en Europa Occidental también eran bastante atrevidos. Sin embargo, el advenimiento de tiempos más pudorosos puso coto al erotismo y a la agresividad, especialmente en las versiones para niños, que acabaron perdiendo todo su sabor. En el cuento de Caperucita Roja que recojo en este volumen he conservado intencionadamente el tono picante de las antiguas fuentes francesas, donde se describe lo que hace el lobo con la abuela y la nieta y lo que hace la nieta con la abuela. En esta misma línea, la narración en la que el príncipe da un beso a la Bella Durmiente –que no se despierta– tiene otro desenlace muy distinto al de Walt Disney.

Elige bien a tu novio

«He sido una mujer bonita y he tenido una vida bonita porque me han contado cuentos bonitos», me contó Sebasa, ya entrada en años, allá por septiembre de

2006, en Tzaneen, Sudáfrica. «Los cuentos anuncian lo diferente que iba a ser todo después de mi primera luna. A partir de ese momento, yo miraría con otros ojos a los chicos y los chicos me mirarían a mí con otros ojos. ¿Quién se encarga ahora de contar cuentos a los jóvenes en los que se les explique cómo vivir?»

Bastantes de los relatos reunidos en esta antología pretenden instruir a la siguiente generación sobre el amor, el erotismo y la elección de la pareja. Advierten de lo que puede ocurrir si una joven se arriesga a relacionarse con un desconocido. En ese caso se corre el peligro de que el amado rebase los límites de lo humano y resulte ser un animal transformado, por ejemplo un delfín, un tapir o una anaconda. En todo el mundo se cuentan historias en las que los animales seducen a las jóvenes y actúan como prometidos o esposos. Este escenario no necesariamente termina mal para las jóvenes y sus amantes. Lo peor es cuando eligen a una pareja demasiado cercana, ya que entonces les aguarda invariablemente una suerte terrible. Las consecuencias nefastas del incesto suelen ser objeto de unos relatos despiadados. Al escucharlos, los integrantes del grupo cultural de turno tienden a tomar partido por la víctima de forma unánime y a voz en grito. El fin de estos cuentos consiste en fortalecer la resistencia de los jóvenes, fijando aquellos límites que no pueden transgredir bajo ningún concepto. Al mismo tiempo, van dirigidos a la generación adulta: incitan al padre y a la madre a cumplir con su papel y a guardar las distancias con respecto a su hijo o hija, que deben salir a buscar el amor carnal fuera de la familia. Se repite una y otra vez el mismo mensaje: amar también es saber desprenderse. Los jóvenes no son los únicos que crecen; sus padres y sus abuelos crecen con ellos.

Cuentos universales de máxima actualidad

Los relatos que se cuentan durante los rituales de crecimiento o que los mayores desean transmitir a los jóvenes al margen de estos ritos son siempre narraciones poderosas y desafiantes centradas en temas significativos: el origen del mundo, la esencia del ser humano, la enfermedad y la muerte, las (di)similitudes que existen entre personas y animales, la diferencia de género y la intimidad sexual, las transgresiones y las consecuencias de la ruptura de tabúes, la importancia de la elección de pareja, los retos planteados por las relaciones entre hijastras o hijastros y madrastras o padrastras, la fuerza del deseo de la procreación, la magia y la ambivalencia del amor –incluso del amor primigenio al que debemos nuestra existencia y nuestra supervivencia: el amor materno, capaz de nutrir y de devorar–,

las dificultades y las posibilidades inherentes a la metamorfosis, la transformación, el renacimiento, la transición de la juventud a la edad adulta.

La riqueza del contenido va siempre unida a una hechura vigorosa. Se observa una indiscutible inversión en estilo, estructura y ritmo, aunque estos puedan no coincidir con el ideal de belleza formal que se estila en Occidente. Los cuentos se manifiestan como un continuo juego de imágenes y símbolos. No todo se revela ni se explica, sino que mucho queda oculto entre las líneas y los pliegues del relato. El lenguaje sugerente deja lugar a la interpretación y contribuye a que cada relato se viva de manera distinta en función de la edad, la experiencia y el carácter.

Gracias a esta riqueza, los cuentos admiten lecturas muy diversas. Si transmitieran un único mensaje, si fueran unívocos, no tendría cabida la imaginación. Al ayudar a los jóvenes a familiarizarse con su nuevo cuerpo y con la edad adulta, estos relatos les brindan la oportunidad de asumir un papel activo, en busca de respuestas personales. Sin interpretación creativa no puede haber crecimiento. Ello no impide que todos estos cuentos sigan teniendo interés para quienes han llegado a la madurez hace ya tiempo. Al comienzo de la adolescencia, los relatos inician a los jóvenes en un cuerpo nuevo y fértil y en una vida como adultos, a la vez que los integran en una cultura, en una forma de vivir y de pensar en comunidad, de buscar sentido a la existencia y de encontrarlo. Por eso mismo se revelan como una vía estimulante para que incluso oyentes y lectores no iniciados puedan conocer mejor a un determinado grupo cultural. A través de sus cuentos, los ticunas, los tuaregs o los aborígenes warlpiri se nos presentan de otro modo que en los documentales o las obras de consulta.

Sueños y pesadillas

Algunos relatos evocarán recuerdos entrañables y tranquilizadores propios de los sueños más dulces, pero otros se convertirán en pesadillas tremadamente inquietantes. Asombrada como una niña, he sido testigo de las narraciones más estrambóticas: de por qué en tiempos remotos los órganos genitales se situaban en la axila o crecían en los árboles, o estaban provistos de unos dientes temibles. Estos cuentos enlazan con las dudas, los sueños y las fantasías que albergan los jóvenes, y con el deseo de saber en qué consiste el amor. Sobrecogedores, durísimos y crueles, hablan también de nuestros miedos atávicos: del temor a explorar un cuerpo ajeno (¿y si los genitales del otro están, en efecto, provistos de unos dientes que chirrían como los de un lobo?), del pánico a admitir un cuerpo ajeno en nuestra parte más

íntima (¿y si la voracidad lo consume todo?), del miedo al carácter inhumano del (primer) contacto sexual, del temor a desangrarse por completo, y a que el propio cuerpo no sea capaz de dilatarse lo suficiente como para gestar y dar a luz a un bebé.

Puede que la exploración narrativa de los miedos y anhelos básicos adquiera un significado especial para quienes se inician en el amor, pero en realidad nos ayuda a todos. Además, en no pocas narraciones se ven materializados unos deseos que no pueden cumplirse en la vida cotidiana. De hecho, en más de un relato es el hombre el que gesta a los bebés, da a luz y amamanta a los hijos.

Fuente de extrañeza

Buena parte de los cuentos recogidos en esta antología nos resultan extraños no solo por su contenido, sino también por la apariencia. El gabinete de curiosidades compuesto por motivos y personajes se completa con toda una serie de peculiaridades formales: saltos narrativos aparentemente inconexos, una labor de corta y pega poco cuidada, un estilo pobre, tosco, sin adornos, y un humor a veces extraño, crudo y de mal gusto. Unas veces la línea argumental presenta lagunas inexplicables, cambios bruscos o una avalancha de acontecimientos descabellados, otras veces el tiempo y el espacio se desbocan. La irrupción de tanto disparate y caos puede llegar a desorientarnos. En algunos casos, la moraleja del cuento está ausente, resulta confusa o contraria a lo que se esperaría. En no pocas ocasiones surge la pregunta: ¿cómo hay que interpretar esto?

¿Hace falta adoptar una actitud especial al escuchar o al leer estos cuentos? Me parece que sobre todo nos invitan a mantener la mente abierta y a aprovechar esta oportunidad única de internarnos en unas exploraciones insólitas, por momentos hilarantes, atroces o extremadamente dolorosas, de lo humano. Por eso mismo, su efecto puede ser más poderoso que el de los relatos con los que estamos familiarizados desde siempre. Aquello que produce asombro tiene una gran capacidad de impacto, al ser capaz de romper con las evidencias y el inmovilismo. Estos cuentos raros y desconcertantes, llegados de muy lejos, nos sorprenden a la vez que nos tienden un espejo. Nos incitan a aportar una interpretación y una lectura desde lo más hondo de nuestro ser. Quien esté dispuesto a dejarse llevar por los relatos más inusuales de este volumen se verá asaltado por ideas y sentimientos personales, y difícilmente podrá evitar la confrontación consigo mismo. Eso es lo que nos define como seres humanos: el deseo y la necesidad de encontrarle un

sentido propio a todo, en cualquier momento y en cualquier lugar. Y eso es lo que nos permite crecer.

Bruno Vanobbergen, pedagogo y comisario flamenco para los Derechos de la Infancia, subraya la importancia de los relatos atrevidos y sorprendentes: «Los magníficos cuentos sobre el paso de niña a mujer tratan de aprehender un cambio profundo en la vida humana, un cambio descrito con asombro y a menudo también con admiración. Del mismo modo que la búsqueda y el viaje constituyen motivos recurrentes, los relatos son por así decir una exploración en sí mismos. Ello da lugar a una imagen hermosa: el crecimiento como viaje y búsqueda (de la verdad). Los cuentos también ponen de manifiesto que el crecimiento no se produce de forma automática, sino que requiere la participación activa de niños y jóvenes. Crecer no es sinónimo de convertirse en algo que otros ya son. El crecimiento se opera entre cuerpos vivos, jóvenes y mayores. Es el baile entre estos cuerpos el que determina el ritmo de la tradición. La educación y sobre todo la enseñanza deberían incorporada una fascinación por lo desconocido. Si bien es cierto que los padres y los profesores deben dar seguridad a los jóvenes, también tienen que dejar un margen para la “in-seguridad”».

¿Una apuesta arriesgada?

Teniendo en cuenta que los relatos recogidos en estas páginas tratan del paso de la juventud a la edad adulta y prometen crecimiento, quisiera dedicárselos muy en especial a los jóvenes a partir de doce años. Los grupos culturales de los que provienen estas historias también las cuentan a niños de esas edades. Dado que en nuestras latitudes la primera menstruación aparece en chicas cada vez más jóvenes, que reciben escaso apoyo ritual y narrativo, puede resultar interesante poner a estas jóvenes en contacto con relatos procedentes de culturas en las que el paso de niña a mujer se acompaña con una fiesta y unos cuentos *ad hoc*. En estos casos, el enfoque abierto es el más indicado, puesto que permite al oyente o al lector quedarse con lo que necesite en cada momento.

¿Es arriesgado poner los relatos de este volumen –sobre todo aquellos que son especialmente sobrecogedores– a disposición de un público joven? ¿Son tan intimidantes como para llegar a trastornar a los adolescentes?

En mi calidad de antropóloga y autora de literatura juvenil, tomo muy en serio a los jóvenes, me niego a subestimarlos y apuesto decididamente por estos cuentos osados –siguiendo las huellas de quienes continúan organizando rituales de

crecimiento-, convencida de que la juventud está preparada para afrontar estas narraciones y tiene derecho a conocerlas.

Peter Adriaenssens, psiquiatra infantil y juvenil, opina al respecto: «Nunca antes había leído unos cuentos semejantes. Me parecen estimulantes, porque invitan a la reflexión. Por un lado, presentan un mundo real, ambientando las escenas en el bosque, la aldea o el río; pero, por otro, rebasan los límites de la realidad. Hablan del desarrollo sexual y de las relaciones humanas en unos términos que nos resultan extraños. No estamos acostumbrados a que el pene desempeñe un papel protagonista en un relato destinado a un público joven ni a que mediante los cuentos se transmita a nuestros hijos o nietos la idea de que no hay nada mejor que una mujer de carne y hueso. Por todo ello, estos relatos nos obligan a reflexionar sobre nuestras propias normas, dudas y fronteras, y también sobre las de aquellos grupos culturales en cuyo seno se han gestado. Los adolescentes aprenden a no tener miedo de emplear palabras e imágenes que en más de una ocasión pueden resultar chocantes. Se les inculca la diferencia entre la provocación como transgresión normativa y el juego provocador propio de unos relatos que tratan temas delicados respetando en todo momento las normas morales».

Es precisamente el contexto narrativo el que puede ayudar a digerir una materia tan compleja.

La opinión de Lut de Rijdt, psiquiatra juvenil, se enmarca en la misma línea: «Son unos relatos preciosos en los que hay cabida tanto para el miedo y el terror como para el deseo y el cuerpo. Otro punto muy positivo es que en los cuentos no occidentales se reserva un lugar destacado a la comunidad, algo a lo que nosotros no estamos habituados. No creo que la soledad de la adolescencia y la posibilidad de recurrir a generaciones anteriores sean incompatibles. Estoy convencida de que estos cuentos también lograrán despertar el interés de los jóvenes de la era de internet. Dudo que les hagan daño, por muy duros que sean algunos de los relatos. Sin duda encontrarán algo que los cautive hasta en las historias más estremecedoras. En realidad, se les ofrece una forma arquetípica para reflexionar acerca del incesto, la menstruación, la fertilidad, los celos y la muerte. Es muy probable que nuestros adolescentes se sientan intrigados y que les entren ganas de hablar sobre estos temas. Para ellos, el valor de los relatos radica en que a través de una narración sugestiva y abierta les brindan acceso a los secretos de la vida. Gracias a su carácter estratificado, los cuentos les permiten extraer lo que comprenden o lo que pueden asimilar. Solo adquieren sentido en un contexto de crecimiento y desarrollo».

Carne amada

Estoy convencida de que los cuerpos de los jóvenes necesitan cuentos para crecer. Cuentos que verbalicen el crecimiento, que activen el conocimiento que llevamos anclado en nuestras carnes desde niños, que supongan una iniciación tanto desde el punto de vista literario como emocional, que encierren una invitación a jugar con las imágenes, a descubrir los diferentes niveles de significado y a interpretar los espacios en blanco.

Las lagunas existentes en los relatos admonitorios de mi infancia retaron mi imaginación. Ni lo que tramaban el renegrido diablo del cieno y el lobo con las niñas malas ni el grado de su voracidad se describían con palabras, sino con silencios elocuentes. Los fragmentos implícitos tenían que ver con un conocimiento borroso, aún no adquirido del todo, un conocimiento que ansiaban las niñas y que poseían las mujeres. Ahora lo llamaría *carnal knowledge*, el conocimiento del cuerpo, tal y como se refleja en la carne amada. Ahora vincularía los momentos clave de mi crecimiento con los relatos que me contaron entonces. Ahora afirmaría que los jóvenes tienen derecho a ser iniciados en el conocimiento narrativo autóctono, el denominado *indigenous knowledge*, y también en los cuentos procedentes de culturas lejanas, con la profunda extrañeza que ello conlleva.

En mi propio crecimiento, la narración oral cumplió una función de capital importancia. A través de esta obra quiero transmitir aquello que en su día recibí y lo que continúo anhelando a diario como antropóloga y autora: oportunidades para crecer, en la palabra, mediante la palabra y con la palabra.

A modo de conclusión

Si nadie entiende los relatos al cien por cien, ni siquiera el narrador o la narradora, ¿cómo vamos a ser capaces de aprehender por completo el efecto que generan? Los cuentos canalizan nuestro interés, limitan momentáneamente nuestra experiencia, incluyen y excluyen temas, relacionan el presente con episodios trascendentales del pasado, presentan una selección de vivencias que acaparan nuestra atención durante un tiempo. Por eso mismo pueden promover un cambio o implicar una toma de conciencia.

Tal vez estos relatos expresen unas verdades que no logramos asimilar de ninguna otra manera. Tal vez resulte imposible vivir determinadas experiencias sin apoyo narrativo. Los relatos nos ayudan a situar nuestras vivencias altamente fragmentadas en un todo coherente, conciliando elementos irreconciliables.

Estos relatos ocultan a la vez que desvelan, consuelan a la vez que atemorizan.

Nos sumen tan pronto en el orden como en el caos. Construyen y destruyen mundos. Nace una nueva generación y se acepta que una parte de ella venga dada por las generaciones anteriores.

Las narraciones orales también pueden morir. Mueren cuando no hay cuerpos jóvenes a los que transmitirlas. Corresponde a los adultos poner de su parte, llevando los cuentos a los niños y los adolescentes.

A mi juicio, estos relatos merecen el esfuerzo. Para mí, son grandiosos, tratan sobre la Tierra y el Sol y la Luna y los planetas, sobre la vida y el amor y la muerte, sobre las plantas y los animales y los espíritus y los seres humanos, sobre las niñas y las mujeres y los niños y los hombres; en definitiva, tratan sobre ti y sobre mí.

MARITA DE STERCK,
diciembre de 2009.

Agradecimientos

Debo mucho a mucha gente, ya sean especialistas en la materia o narradores. Les agradezco sus narraciones y la revisión crítica de mi selección de cuentos y las versiones contadas de nuevo por mí:

Peter Adriaenssens, Cecilia Alfonso, Jan van Alphen, Corazón Alvina, Anki, Wendy Baarda, Bala V., Beatrice N., Hans C. ten Berge, Wendy Nungarrayi Brown, Hillary de Bruin, Carla, Celestina, David, Dawn Horse, Renaat Devisch, Diana Edgar, Etty, Florinela P., Frits, Veronika Görög-Karady, Alma Nungarrayi Granites, David Guss, Ilda C., Maia Jessop, Vanessa Joosen, Mieke Kalhöfer, Kamal, Michiel van Kempen, Cees Koelewijn, Suzanne Lallemand, Marc Lamboray, Chris de Lauwer, Françoise Lempereur, Harlinda Lox, Barbara Napanangka Martin, Theo Meder, Eddy Moerloose, Gloria Morales, Maria Nikolaieva, George Nuku, Isidore Okpewho, Nancy Napurrurla Oldfield, Georges Petitjean, Pedro Ignácio Pinheiro, Roger Pinon, Rik Pinxten, Neville Cobra Japangardi Poulson, Lut de Rijdt, Tess Napaljarri Ross, Samira A., Ruth Napaljarri Stewart, Marleen Temmerman, Lut Vanloo, Bruno Vanobbergen, Sophie Vanonckelen, Leon Verbeek, Peter Verlinden, Daniel de Vos, Lotte van de Werf, Henk van der Wijngaart, Pauline van der Zee, Jack Zipes; y en último lugar, pero no menos importantes, mis seguidores en casa: Michel, Samuel, Jonas y Naomi.

África

La bella muchacha en lo alto del árbol

Un cuento de Marruecos

Érase una vez un hombre y una mujer. Los dos estaban sanos y fuertes. Se querían mucho y amaban la vida. Albergaban un solo deseo: tener un hijo. Por más paciencia que demostraran, el deseo no se cumplía.

Cada mañana la mujer acudía con sus amigas al arroyo. Lavaban la ropa, fregaban los platos y llenaban los cántaros de agua mientras parloteaban alegremente. Allí la mujer veía jugar a los hijos de sus amigas. Aunque se alegraba mucho por ellas, el vacío le atravesaba el vientre como un cuchillo.

Un buen día las mujeres se toparon con un vendedor de fruta de camino al riachuelo.

—¡Manzanas! —exclamó el hombre mientras señalaba los frutos expuestos en un carrito de mano—. ¡Tengo manzanas especiales para mujeres que desean tener hijos!

Sus amigas siguieron caminando, pero la mujer sin hijos se paró en seco.

No podía quitarle los ojos de encima a aquella mercancía. Pese a no ser temporada de manzanas, eran unos ejemplares hermosos. ¿Serían de veras especiales? La mujer no se lo pensó dos veces. Compró una manzana, la apretó contra su pecho y salió corriendo hacia casa. Nada más llegar, se dirigió a las alfombras sobre las que dormía todas las noches con su marido. Las había doblado y recogido a primera hora de la mañana. Guardó la manzana entre los pliegues de las telas. A la vuelta se pondría cómoda y se la comería a pequeños bocados. Quién sabe si...

—Me voy al arroyo —anunció a su marido—. ¡Hasta luego! ¡Ah, y no vayas a comerte lo que hay entre las alfombras!

Dicen que las mujeres son curiosas, pero los hombres no lo son menos. Tan pronto como su esposa hubo desaparecido, el hombre entró a hurtadillas en la estancia y rebuscó en la pila de alfombras. Enseguida dio con la manzana, que se hallaba escondida entre los tejidos.

«Qué extraño», pensó. «Aunque no es época de manzanas, esta tiene un aspecto muy apetecible.»

El hombre vaciló. Tenía presente lo que le había pedido su mujer, pero el ansia pudo más. Después de oler la manzana, le dio un mordisco. Luego otro. Y otro. No tardó en comérsela entera, incluido el corazón, las pepitas y el cabo.

Entre tanto, la mujer lavaba la ropa, fregaba los platos, llenaba los cántaros de agua y charlaba alegremente en el riachuelo. Reía y cantaba mientras miraba a los hijos de sus amigas. Se alegraba mucho por ellas y en su fuero interno ardía la esperanza de que la manzana fuese a cumplir su deseo.

Inmediatamente después de terminar su trabajo, la mujer se apresuró a casa, cargada con la ropa, los platos y los cántaros. Removió la pila de alfombras y desplegó las telas, una por una, pero la manzana no apareció. La mujer corrió entonces a reunirse con su esposo.

—¿Has cogido la manzana y te la has comido? —le preguntó.

El hombre asintió con la cabeza.

—Antes de que me diera cuenta me la había zampado. Te compraré otra.

Sin embargo, en el camino a casa, la mujer había reparado en que el vendedor de fruta ya no estaba. Lo buscaron por todas partes, pero no dieron con él.

—Me dijo que era una manzana especial, para mujeres que desean tener hijos —suspiró ella.

—Los vendedores dicen cualquier cosa para pregonar su mercancía —la consoló el marido.

La mujer no lograba sobreponerse a la pérdida de la manzana. El hombre tampoco se encontraba demasiado bien. Le molestaba la pantorrilla: la tenía cada vez más hinchada. Arrastraba la pierna y caminaba con dificultad. Por momentos le parecía que algo se movía dentro de esa pantorrilla abombada. Pero no se atrevía a hablar con nadie de tan insólita enfermedad. Tal era su vergüenza que ni siquiera se lo había comentado a su mujer.

Un buen día, cuando la pantorrilla llevaba nueve meses hinchada, una punzada de dolor recorrió la carne del hombre. Luego otra. Y otra más.

Los latigazos, cuya intensidad no dejaba de aumentar, se sucedían a intervalos cada vez más cortos. ¿Cómo iba a consultar ese sufrimiento con nadie? Gimoteando, el hombre se arrastró hasta unos matorrales cercanos a su casa. Se mordió los dedos para no gritar. Una oleada de dolores atroces lo inundó. Y en el preciso momento en que creyó que se iba a morir, la pantorrilla se le abrió. Por entre la carne desgarrada asomó una mecha de pelo negro, y otra, y luego una carita preciosa. Aparecieron un par de hombros estrechos y tiernos, una barriguita redonda, y unas piernas que no dejaban de patalear. Junto al hombre yacía el bebé más bello del mundo. Era una niña.

«Esto es imposible», pensó. Aquello que acababa de presenciar no podía ser. No se lo debía contar a nadie. ¿Qué pensarían de él? ¡Menuda vergüenza!

Cubrió a su hija con unas pocas hojas, se vendó la pantorrilla ensangrentada y regresó de puntillas a casa, agotado. Durante varios días guardó cama, hasta que la herida se cerró. No solo gemía de dolor, sino que sentía un enorme vacío.

Mientras tanto, su hija lloraba de hambre en los matorrales. Una gran paloma de color gris se acercó a la niña, la cargó a su espalda y, con suma cautela, se la llevó a su nido, en lo alto de un árbol, a orillas de un lago cristalino. La paloma posó al bebé entre sus polluelos y lo arropó con un manto de plumas. Cada vez que traía a sus polluelos babosas o gusanos también daba unos pocos a la niña. Los pequeños iban creciendo. Los polluelos eran las palomas más hermosas del mundo y el bebé era el bebé más bello del mundo. Pronto dejó de ser un bebé y se convirtió primero en una niña y luego en una niña grande. Hacía tiempo que los polluelos habían abandonado el nido, pero ella continuaba viviendo con mamá paloma en lo alto del árbol.

Una buena mañana el palafrenero del rey condujo los majestuosos caballos reales al lago para que bebieran del agua cristalina. Sin embargo, tan pronto como los animales inclinaron la cabeza sobre la superficie acuática se negaron a beber. Se arredraron, sobresaltados. Al día siguiente, la escena se repitió. Y al siguiente. Y al siguiente. El mozo terminó contándoselo al rey.

—Sítuate donde se ponen los caballos —le aconsejó el monarca—. Inclina la cabeza como si fueras a beber, en el mismo lugar en el que lo hacen ellos. Así tal vez logres ver aquello que tanto los asusta.

A la mañana siguiente, el palafrenero inclinó la cabeza, al igual que los caballos. De pronto, atisbió en el agua a la muchacha más bella del mundo. Se la quedó mirando, boquiabierto. Al apartar la vista del reflejo en el agua y levantar los ojos al cielo, descubrió a la joven sentada en lo alto de un árbol, acariciando con ternura las plumas de una paloma de color gris.

El mozo le hizo señas.

—Ven, bájate de ahí!

La bella muchacha en lo alto del árbol sacudió la cabeza. El palafrenero se apresuró al palacio real para contárselo al rey. El monarca le acompañó, movido por la curiosidad: quería ver en persona a la bella muchacha en lo alto del árbol. Se quedó con la boca abierta. No podía dejar de mirar a la muchacha que acariciaba con ternura las plumas de la paloma. Cuando cerraba los ojos era como si aquellos dedos le rozaran la piel.

El rey le hizo señas.

—Ven, bájate de ahí! Me gustaría hablar contigo y conocerte mejor.

La bella muchacha en lo alto del árbol sacudió la cabeza.

El rey repitió su petición día tras día, pero la muchacha en lo alto del árbol se negaba con rotundidad, una y otra vez. Entonces el rey decidió convocar un concurso. Quien consiguiera hacer bajar a la bella muchacha del árbol se llevaría una recompensa extraordinariamente generosa.

Muchos fueron los que se animaron a probar suerte. Acudieron desde todos los rincones del reino. Unos lo intentaron con una escalera de varios cuerpos, otros se sirvieron de unas cuerdas larguísimas, pero todos fracasaron.

Un día, cuando el rey ya no sabía qué hacer, se presentó ante él una anciana.

—Yo lo conseguiré. Deme unos días.

—Tómate el tiempo que quieras —contestó el monarca.

La anciana apareció bajo el árbol con una lona, unos palos, una olla grande y algunas verduras. Armó el toldo al revés, colocó la olla boca abajo sobre la lumbre y distribuyó las hortalizas encima de ella. Luego se sentó a esperar junto al fuego.

—¿Por qué no funciona? —suspiró.

La muchacha le gritó desde lo alto del árbol:

—¡Abuelita, lo estás haciendo todo mal!

La anciana volvió a suspirar.

—Soy muy mayor, estoy muy débil, apenas veo nada. No me las apaño sola.

Ayúdame.

—Voy a pedir permiso a mamá paloma —respondió la joven.

—Me parece muy bien, hija mía —dijo la anciana.

—¿Puedo bajar del árbol para ayudar a esa anciana? —preguntó la muchacha a mamá paloma—. Lo hace todo mal. Es muy mayor, está muy débil y apenas ve nada. No se las apaña ella sola.

Mamá paloma sacudió la cabeza.

—Los seres humanos no son de fiar, mi niña. Son unos mentirosos y unos embusteros. No te creas lo que dicen.

La muchacha obedeció a mamá paloma.

Sin embargo, la anciana no se rindió. Permaneció al pie del árbol, deshaciéndose en suspiros y lamentos.

Al cabo de unos días, la muchacha no aguantó más. En cuanto mamá paloma hubo salido volando, bajó de lo alto del árbol para echar una mano a la anciana.

—Eres muy amable —le dijo la mujer al ver el toldo montado y al oír borbotear las verduras en la olla—. Gracias.

—De nada.

—Quisiera pedirte otro favor, bella muchacha.

—Dígame.

—Me pica la cabeza. El temblor de mis viejos dedos no me deja hacer nada. ¿Te importaría despajararme?

—En absoluto.

La anciana ronroneaba de placer mientras la joven le quitaba los piojos del pelo con gran destreza.

La chica estaba tan absorta en su labor que la mujer aprovechó para coser su vestido a la tierra.

—¡Ratones, salid de vuestra trampa! —exclamó nada más terminar.
La bella muchacha se asustó.

—¿A qué se refiere? ¿Me ha tendido una trampa?
Era demasiado tarde. El palfrenero y los soldados del rey ya la habían capturado. La condujeron ante el monarca, que le habló con afabilidad:
—Eres la chica más bella y más dulce que jamás he conocido. ¿Quieres casarte conmigo?

El rey repitió su petición día tras día. Con el tiempo, la joven empezó a tomarle cariño y acabó cediendo.

La bella muchacha de lo alto del árbol y el rey eran muy felices juntos, pero las otras esposas del monarca le tenían mucha envidia a la joven y bella consorte. Hablaban mal de ella y tramaban planes perversos. «¡A la menor oportunidad nos quitaremos de encima a esa intrusa!»

Llegó el día en que el rey tuvo que irse de viaje. Antes de marcharse advirtió a su joven esposa:

—Sé prudente. No bajes la escalera más de siete peldaños. No aceptes comida ni bebida de nadie. El peligro acecha por todas partes.

Tan pronto como el rey hubo abandonado el palacio, las mujeres trataron de convencer a la bella muchacha para que bajara a sus aposentos.

—¡Bah!, unos peldaños arriba o abajo, ¿qué más da? ¿Por qué no vienes a vernos? Así nos haremos compañía mutuamente. Tú estás sola y nosotras también. Vamos a divertirnos un poco.

A la bella muchacha le atraía la idea. Bajó la escalera, mucho más allá de los siete escalones que le había marcado el rey. Comió y bebió todo lo que le ofrecieron. Pero en un descuido suyo, las mujeres le introdujeron dos finas agujas en el cuero cabelludo. Acto seguido, la muchacha se transformó en una paloma y levantó el vuelo.

De vuelta en casa, el rey no conseguía encontrar a su joven esposa por ningún lado.

—¿Dónde se habrá metido? —iba preguntando a todo el mundo.

Sus otras mujeres cotilleaban:

—Estaba aburrida de la vida en palacio. Quería probar suerte en otra parte. Ha tenido la desfachatez de escaparse, la muy ingrata.

El rey sacudió la cabeza.

—Ella no es así.

Sin embargo, por más que buscaba, la bella muchacha no aparecía. Una tarde, mientras estaba llorando la ausencia de su amada, se acercó una bella paloma. Dio un golpecito en la ventana y entonó una canción:

*Es a mí a quien ves,
aunque no me reconoces.*

La paloma acudía a verle todas las tardes: daba una golpecito en la ventana y entonaba su canción:

*Es a mí a quien ves,
aunque no me reconoces.*

El rey pidió al palafrenero que capturase a la paloma y que se la trajera.

Así lo hizo. El monarca sentó a la paloma en su regazo y la acarició.

—Eres muy dulce y muy suave y muy bella.

En ese instante descubrió dos finas agujas entre las plumas de la cabecita. Las extrajo con mucho cuidado. De pronto, se encontró con que su joven esposa se hallaba sentada en su regazo. La muchacha apoyó la cabeza contra la del rey, recorrió su cabello y su piel con las yemas de los dedos y le arrulló al oído.

El monarca no cabía en sí de alegría.

Para entonces, sus otras esposas habían huido muy lejos. El rey y la bella muchacha compartieron su felicidad, su palacio y sus jardines con centenares de palomas.

Se querían mucho y amaban la vida. Albergaban un solo deseo...

¡Toca el tambor con delicadeza, tamborilero! Un cuento de Marruecos

En tiempos muy remotos vivían en el norte de Marruecos un hombre y una mujer. Estaban felizmente casados y su felicidad se vio multiplicada por diez cuando tuvieron una hija. La niña creció feliz. Era sana y dulce y bella. Adoraba las granadas. Sus padres se aseguraban de que pudiera comerse una todas las mañanas.

Sin embargo, un buen día la mujer murió, dejando solos al marido y a la hija. La vida se volvió oscura y fría para ellos.

Al medio año de la muerte de su esposa, el viudo empezó a recibir las visitas de una viuda que también tenía una hija.

—Cásate conmigo —le suplicaba ella—. Cuidaré de vosotros. Así volverás a tener una mujer, y tu hija será la hermana mayor de la mía.

Al final, el hombre cedió y se casó con la viuda. La nueva mujer cuidaba de él y

fingía cuidar también de su hija, pues en realidad había abandonado a su suerte a la niña. A la pobre la mandaba hacer los trabajos más duros y más ingratos de la casa. En cambio, a su propia hija, una cascarrabias indolente, pretenciosa y malvada, la mimaba día y noche. A la pequeña le daba siempre los manjares más suculentos y a la mayor le daba las sobras. A la pequeña la vestía con ropa nueva y a la mayor la vestía con harapos viejos y raídos. A la pequeña le ponía la alfombra más mullida para dormir y a la mayor le ponía la más desgastada. La pequeña lucía un aspecto impecable, la mayor estaba siempre sucia de tanto trabajar. Se hallaba en todo momento cubierta de hollín y de cenizas. Cada vez que el padre traía una granada, la hermanastra se apresuraba a hacerse con ella. Cuando el padre se interesaba, alarmado, por la salud de su hija mayor, la mujer se inventaba cualquier excusa.

Cada mañana y cada tarde, la niña acudía al pozo en busca de agua, cargada con cubos y cántaros. Allí se lavaba quitándose la mugre, el hollín y la ceniza. Las mujeres que se cruzaban en su camino de vuelta a casa comentaban a sus hijos: «Qué bella y qué dulce es la hija del viudo».

Los chicos se escondían entre los matorrales que bordeaban el sendero y no daban crédito a sus ojos. Veían a una niña desaseada que se acercaba al pozo y después veían regresar a una bellísima muchacha. Todo el que conocía a la joven se precipitaba a la casa del padre para pedirle la mano de su hija, pero la madrastra se interponía una y otra vez. «La mayor aún no quiere casarse, pero esta...», decía empujando a su propia hija, «... no desea otra cosa en el mundo».

Los jóvenes varones se percataban enseguida de que la pequeña era una niña malhumorada y consentida y huían rápidamente.

A la pequeña le daba mucha envidia que su hermana mayor tuviera tantos pretendientes. Un buen día despertó a la hija del viudo a una hora tan temprana que aún era de noche.

—¿Vamos juntas a buscar agua al pozo? —propuso en tono lisonjero—. Estaremos tranquilas. Al amanecer no va nadie.

Las dos hermanas echaron a caminar. La pequeña no hizo ademán de ayudar a la mayor con los cubos y los cántaros. Al llegar al pozo, dijo:

—Te encantan las granadas, ¿verdad?

—Sí —suspiró la mayor mientras depositaba los cubos y los cántaros en el suelo.

—¿Hace mucho que no las pruebas? —preguntó la pequeña.

—Muchísimo, hermana, pero no he olvidado el olor ni el sabor. Se me está haciendo la boca agua.

—Muy cerca de aquí hay un árbol cuajado de granadas.

—¿En serio? —preguntó la mayor.

—Estamos al lado —susurró la pequeña—. Los frutos se hallan al alcance de la

mano...

—¿Dónde están?

La mayor miró a su alrededor.

—Aquí mismo, hermana. En el fondo de este pozo crece un granado. No existe árbol más hermoso, porque no hay árbol que reciba tanta agua. Créeme, en tu vida habrás probado unas granadas como estas.

La hermana mayor echó una ojeada al interior del pozo.

—Agáchate un poco más. El granado se halla al fondo del todo. ¡Venga, te sujeto la mano!

La hermana mayor se inclinó sobre el pozo. ¿No brillaba allí abajo el resplandor anaranjado de unas granadas? Se inclinó un poco más, tanto como pudo.

La pequeña le soltó la mano y le dio un fuerte empujón.

—¡Hala, vete, directa a tu granado!

La hermana mayor caía y caía y caía...

La pequeña escondió los cubos y los cántaros entre los matorrales y regresó corriendo a casa.

—¿Dónde está tu hermana? —le preguntó el padre—. A esta hora siempre sale a buscar agua.

—Se ha marchado de aquí —contestó la pequeña—. Tenía que trabajar demasiado. No volverá jamás.

Mientras tanto, la hermana mayor trataba de mantenerse a flote. Pidió socorro a gritos, pero a esa hora tan temprana de la mañana nunca había nadie en las inmediaciones del pozo. Al final, se hundió.

La buscaron durante días y semanas. En vano. Había desaparecido sin dejar rastro.

«¿De veras se habrá marchado?», se preguntaban los vecinos mientras sacudían la cabeza. «No es propio de ella.»

No hubo quien consolara al padre en cuanto comprendió que nunca más volvería a ver a su hija.

Un buen día llegó a la región un grupo de músicos. Cantaban a cambio de un poco de dinero o de comida. Su especialidad eran las canciones tristes. Marcaban el ritmo con el *bendir*, una especie de tambor.

Los músicos tenían tanta sed que acudieron al pozo de agua. Llevaban una cuerda muy larga y un cubo mayor de lo habitual. Les costó recogerlo, porque pesaba una barbaridad. Dentro había una joven bellísima.

—¡Qué lástima! ¡Está muerta! —exclamaron mientras la tumbaban boca arriba con mucho cuidado—. ¡Qué piel tan suave y tan tersa! Podríamos utilizarla para cubrir nuestro tambor desgastado. Así al menos servirá de algo.

Los músicos desollaron a la niña con destreza y cubrieron el tambor con su piel. Nunca antes el *bendir* había emitido unos sonidos tan armoniosos y tan profundos. Al ser rozada por el músico más joven y más guapo, la piel del tambor producía unos tonos realmente irresistibles. Cuanto más delicada la caricia, más sutiles las vibraciones. Como si eso fuera poco, el tambor cantaba su propia canción:

*¡Toca el tambor con delicadeza, tamborilero!
Mi sed de granadas me ha resultado letal,
pero la verdadera culpable de mi muerte es mi hermana.*

Con los ojos anegados en lágrimas, los músicos escuchaban la triste canción de su *bendir*. Al mismo tiempo, les alegraba un poco la perspectiva de que con un tambor tan especial lograrían ganar mucho dinero.

En efecto, el *bendir* cantante fue todo un éxito. Cuando los músicos llevaban tocando un buen rato ante la casa de la joven difunta, el padre salió a ofrecerles pan y azúcar. Al ver que los muchachos se disponían a partir, muy contentos, les dijo:

—¿Me dejáis que toque vuestro *bendir*? La voz me resulta muy familiar.

Los músicos le prestaron el tambor. Tan pronto como el padre rozó la piel, el *bendir* cantó:

*¡Toca el tambor con delicadeza, padre!
Mi sed de granadas me ha resultado letal,
pero la verdadera culpable de mi muerte es mi hermana.*

El padre contempló el instrumento, atónito. Después se lo pasó a su mujer.

—¿Por qué no lo intentas tú?

En cuanto lo tocó la mujer, el *bendir* cantó:

*¡Toca el tambor con delicadeza, madre!
Mi sed de granadas me ha resultado letal,
pero la verdadera culpable de mi muerte es mi hermana.*

Después el hombre pasó el tambor a la hija de su mujer.

—¿Por qué no lo intentas tú?

Al primer toque, el *bendir* cantó:

*¡Toca el tambor con delicadeza, hermana!
Mi sed de granadas me ha resultado letal,
pero la verdadera culpable de mi muerte ¡eres tú!*

—¡Este tambor miente! —exclamó la niña pataleando.

Lo arrojó todo lo lejos que pudo, pero el *bendir* siguió cantando. Cada vez más

alto. El padre escuchó la canción estupefacto. Preguntó a los músicos de dónde habían sacado la piel. Cuando los forasteros hubieron terminado de contar su relato, el padre comprendió lo que había sucedido.

Repudió a la segunda mujer y a la hija y compró el *bendir* a los músicos. Lo tocaba sin descanso. Con delicadeza. Sus lamentaciones resonaban día y noche por valles y montañas, mezcladas con la canción del tambor:

*¡Toca el tambor con delicadeza, padre!
Mi sed de granadas me ha resultado letal,
pero la verdadera culpable de mi muerte es mi hermana.*

Aunque este no es un final feliz, es un final.

Jedjiga, más bella que la luna

Un cuento del pueblo tuareg de Argelia

En tiempos muy, muy lejanos hubo una mujer de quien se decía que era más bella que la luna.

En las noches de luna llena se ponía aún más guapa que de costumbre. Peinaba sus dorados cabellos, se ataviaba con sus mejores ropajes y alhajas, subía la colina andando, giraba su rostro radiante hacia la luna y preguntaba:

—Luna, ¿quién es la más bella de las dos?

La luna esparcía su luz plateada sobre la joven mujer y contestaba con una sonrisa:

—Tú y yo somos igual de bellas. No hay nadie más hermoso que nosotras.

La mujer regresaba a casa, satisfecha.

Sin embargo, una noche preguntó quién de las dos era la más bella y la luna llena respondió:

—Tú y yo somos igual de bellas, pero la hija que crece en tu vientre será infinitamente más bella que nosotras.

La mujer sacudió la cabeza y volvió a lanzar la pregunta. La luna llena repitió alto y claro:

—La hija que crece en tu vientre será infinitamente más bella que nosotras.

Aquella noche, la mujer regresó a casa disgustada.

—¡Eso habrá que verlo!

Hizo la pregunta nueve veces y la respuesta de la luna llena fue siempre la

misma. Cada mes, la mujer se volvía más gorda y más malhumorada.

Llegado el momento, dio a luz a una hija preciosa a la que llamó Jedjiga, que significa «flor bonita». El bebé encandiló a todos con sus cabellos dorados y su carita agraciada.

—Nunca antes hemos visto a una niña tan hermosa. Es incluso más bella que la madre. ¡Y que la luna! Su belleza se realza con el paso de las horas.

Aquello no era ninguna mentira. A medida que su hija crecía y florecía, las punzadas que la madre sentía en el corazón se volvían cada vez más hirientes. Cayó presa de pensamientos oscuros: «Falta muy poco para que esa niña se convierta en una mujer. Acaparará todas las miradas. ¡Nadie se fijará en mí! ¡Tiene que desaparecer!».

Una noche, la madre dijo a su hija:

—Jedjiga, ya tienes edad para ayudarme con una labor complicada. Mañana tejeremos una manta de gran tamaño. La vecina nos echará una mano. Subiremos al monte con los palos y el hilo. Allí tenemos espacio de sobra para trabajar sin que nadie nos moleste.

Al alba, las tres mujeres salieron de casa con toda la impedimenta. Enseguida dejaron atrás la aldea. En lo alto de una colina, al borde de un profundo barranco, la madre comentó a su hija:

—Jedjiga, la vecina y yo sujetaremos un palo cada una. Tú vas y vienes con la madeja y la pasas por detrás de los palos hasta que hayamos tejido una manta grande.

Jedjiga caminaba de un lado a otro, cargando con la pesada madeja.

—¡Más deprisa! —gritó la madre—. ¡Mucho más!

Al cabo de un tiempo, la niña estaba tan exhausta que el ovillo se le escapó y cayó al barranco.

—¡Ve a buscarlo! —le ordenó la madre—. ¡Rápido!

Jedjiga corrió todo lo que pudo, salvando rocas y matorrales. En cuanto su hija se hubo adentrado en el barranco, la madre cortó el hilo. Las dos mujeres regresaron a la aldea y contaron a todo el que quiso escucharlas que Jedjiga había sido devorada por una fiera.

Al fin, Jedjiga logró recuperar la madeja. En un intento por desandar lo andado siguió el hilo en dirección contraria, pero no tardó en descubrir que estaba roto. ¿Cómo podría encontrar el camino a casa ella sola?

Jedjiga comenzó a caminar sin rumbo por el barranco. Las espinas de los arbustos le rasgaban la ropa y le arañaban los brazos y las piernas hasta hacerlos sangrar. En la linde del bosque, la niña atisbó por entre los matorrales la entrada a una cueva. Entró sin pensárselo. Una vez habituada a la penumbra, descubrió una

serpiente enorme, enrollada a modo de pulsera gigantesca. Jedjiga soltó un grito. La serpiente abrió los ojos, brillantes como piedras preciosas, y examinó a la niña de la cabeza a los pies. Se le había rasgado la ropa, tenía las piernas y los brazos cubiertos de profundos arañosos, le brillaban los ojos y sus mejillas se veían sonrosadas de tanto correr. Nunca antes la serpiente había contemplado tanta belleza.

—No tengas miedo, bella muchacha —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Mi madre me pidió que la ayudara a tejer una manta en lo alto de la colina. Se me escapó la madeja, me perdí en el barranco y encontré esta cueva.

—Pobrecita!

La serpiente se desenrolló y se acercó a la niña serpenteando. A Jedjiga le entraron ganas de salir corriendo, pero no consiguió dar ni un solo paso. La serpiente le lavó la cara, los brazos y las piernas con gran esmero. Le dio una galleta de trigo y leche de cabra. Luego le preparó una cama mullida y le deseó buenas noches. Jedjiga comió, bebió y se sumió en un sueño profundo.

Mientras la niña dormía, la serpiente salió a cazar una perdiz y a recoger bayas y plantas comestibles. Después, regresó a la gruta, encendió un fuego y lo asó todo para la niña. En cuanto esta abrió los ojos, le preguntó:

—¿Cómo te llamas? ¿En qué aldea te has criado? Dime, quiénes son tus padres.

—Me llamo Jedjiga, pero no recuerdo el nombre de mi aldea ni quiénes son mis padres.

Por más que se estrujase el cerebro, Jedjiga no daba con la respuesta. La serpiente también hizo memoria. No había visto ni oído a nadie que buscara a una niña. ¿Acaso la habían abandonado a su suerte?

—Cuidaré de ti como si fueras mi propia hija —aseguró la serpiente—. Seré tu madre a la vez que tu padre, pero debes prometerme una cosa: permanecerás día y noche en esta cueva. Ahí fuera reinan los animales salvajes. Devoran con fruición todo cuanto se cruza en su camino. ¡Una niña sola corre mucho peligro por aquí!

Jedjiga prometió que no saldría de la gruta. La serpiente cuidó de ella. Le traía bayas, frutos, galletas de trigo y leche de cabra, como si fuese su madre. Le enseñó a hacer de todo, como si fuera su padre. La mimó, como si fuese su abuela y también su abuelo. Jedjiga no solo se volvió cada día más bella, sino también más fuerte, más lista y más curiosa.

De pequeña, Jedjiga se encontraba a gusto en la cueva, pero tan pronto como se convirtió en una joven mujer sintió el anhelo de ver mundo. Empezó a salir por puro aburrimiento, dando pequeños paseos furtivos cuando no estaba la serpiente. Al principio se quedaba cerca de la gruta, pero con el tiempo se fue alejando cada vez más. Se las arreglaba para burlar a cualquier fiera que pusiera los ojos en ella. Y tenía mucho cuidado de volver a la cueva antes de que llegara la serpiente.

Un buen día, un pastor perdió una oveja cerca de la cueva. Mientras buscaba el animal extraviado vio salir a la joven mujer. Se la quedó mirando, embelesado, hasta que desapareció de su campo de visión. De vuelta en el poblado relató:

—Nunca antes he visto a una mujer tan hermosa. ¡Es más bella que la luna! ¡Además de lista y valiente!

Cuando la noticia llegó a oídos del príncipe del país, el joven heredero suplicó al pastor que le indicara el lugar donde había visto a tan extraordinaria mujer.

El pastor lo condujo hasta la gruta. La muchacha que salió de la cueva era tan bella que el príncipe se preguntó si acaso sería mortal. Al comprobar que se llevaba una baya a la boca y que la masticaba como una persona cualquiera, la abordó.

—¿Cómo te llamas? ¿En qué aldea te has criado? Dime quiénes son tus padres.

—Soy hija de la serpiente. Ella es mi madre a la vez que mi padre —contestó la joven—. Ha cuidado de mí y me ha enseñado todo lo que sé. Me he criado aquí. He prometido a la serpiente que jamás abandonaría esta cueva. Por favor, no le diga que salgo de vez en cuando.

El príncipe le dio su palabra. Cuanto más hablaba con aquella mujer joven y bella, fuerte, lista y valiente, más se enamoraba de ella.

De regreso en palacio, el príncipe imploró a su padre:

—¡Permítame que me case con la hija de la serpiente!

—¡Mi hijo no se casará con la hija de una serpiente! —exclamó el rey, indignado.

Tal fue la tristeza del príncipe que enfermó. Su estado de salud empeoró rápidamente.

—Hijo, si hay algo que pueda curarte, dímelo —insistió el rey con gran preocupación.

—Padre, permítame que me case con la hija de la serpiente —le suplicó el príncipe—. ¡Verá cómo me recupero enseguida!

Al comprobar que su hijo estaba cada vez más enfermo, el rey acabó cediendo. Pidió al pastor que le mostrase el camino hasta la cueva, entró y preguntó a la serpiente:

—¿Puede mi hijo casarse con tu hija?

La serpiente respondió:

—Amo más a mi hija que a mi propia vida. Si ella acepta casarse con su hijo y su hijo promete cuidarla tan bien como he hecho yo hasta ahora, puede casarse con ella.

Al ser preguntada, Jedjiga contestó que aceptaba casarse con el príncipe. El rey quiso recompensar a la serpiente.

—No hay mejor regalo que una bolsa llena de sangre —le sugirió el animal.

La serpiente y Jedjiga se despidieron entre lágrimas.

—Hija, que te vaya muy bien —le deseó la serpiente—. Prométeme una cosa: ¡mira

hacia delante y no vuelvas la cabeza! A partir de ahora te corresponde estar al lado de tu esposo.

El rey invitó a Jedjiga a sentarse a lomos de un camello blanco y mandó entregar el regalo a la serpiente. El camello no había dado ni diez pasos cuando Jedjiga exclamó sobresaltada:

—¡Mi peine! ¡Me lo he dejado dentro!

Antes de que el rey pudiera retenerla, la joven volvió a entrar en la cueva. Para su asombro, la serpiente estaba trasegando la sangre fresca como una bestia.

Roja de sangre y de vergüenza, la serpiente alzó la mirada:

—Hija mía, te dije que no volvieras —suspiró—. ¡Te arrepentirás de tu desobediencia!

Jedjiga salió de la cueva a toda prisa, atemorizada.

Jedjiga acompañó al rey al mundo civilizado, donde se casó con el príncipe. El joven cuidó de ella, incluso mejor de como lo había hecho la serpiente. Y ella cuidó de él. El amor entre ambos creció cada día. Para alegría del príncipe, de la familia real al completo y de todos los súbditos, la princesa no tardó en portar un bebé en sus entrañas.

Jedjiga dio a luz a un niño de cabellos dorados. No se separó de su hijo ni un solo segundo en cuarenta días, pero el día cuarenta y uno salió a dar un paseo fuera de sus aposentos. Aunque volvió enseguida, a su regreso la cuna estaba vacía. Jedjiga registró el palacio, la ciudad entera... Todos la ayudaron a buscar, pero el bebé no apareció.

La reina convocó a su hijo.

—¿Y si tu mujer, la hija de la serpiente, ha engullido a su bebé?

—Jedjiga jamás haría algo así! —protestó el príncipe.

—Te quedarás sin descendencia. ¡Cásate con otra! —le aconsejó la reina.

El príncipe contestó:

—Amo a mi mujer por como es, no solo por que me dé hijos.

Y marchó a consolar a su desesperada esposa.

Para alegría del príncipe, de la familia real al completo y de todos los súbditos, al poco tiempo Jedjiga volvió a portar un bebé en sus entrañas. Dio de nuevo a luz a un niño de cabellos dorados. No se separó de su hijo ni un solo segundo en cuarenta días, pero el día cuarenta y uno salió a dar un paseo fuera de sus aposentos. Aunque volvió enseguida, a su regreso la cuna estaba vacía. Jedjiga registró el palacio, la ciudad entera... Todos la ayudaron a buscar, pero el bebé no apareció.

La reina volvió a convocar a su hijo.

—Está claro que tu mujer, la hija de la serpiente, ha engullido a su bebé.

—¡Jedjiga jamás haría algo así! —protestó el príncipe.

—Te quedarás sin descendencia. ¡Cásate con otra! —le aconsejó la reina.

El príncipe contestó:

—Amo a mi mujer por como es, no solo por que me dé hijos.

Y marchó a consolar a su desesperada esposa.

Poco tiempo después, Jedjiga volvió a portar un bebé en sus entrañas. Por tercera vez dio a luz a un niño de cabellos dorados. El día cuarenta y uno se encontró la cuna de nuevo vacía y no logró recuperar al pequeño.

La reina exhortó una vez más a su hijo a que repudiara a su esposa, pero el príncipe volvió a negarse.

Y así hasta siete veces. Jedjiga y su príncipe perdieron siete bebés.

Todo el mundo cuchicheaba: «La hija de la serpiente ha engullido a sus siete hijos».

Pese a todo, el príncipe seguía amando a Jedjiga.

Un buen día, la princesa propuso a su esposo:

—¿Por qué no vamos a ver a la serpiente? Me acuerdo mucho de ella y del momento en que rompí mi promesa y la colmé de vergüenza. Debería haber vuelto tiempo atrás para decirle cuánto me arrepiento.

Recorrieron el barranco hasta alcanzar la cueva. En la entrada había un anciano, rodeado por seis hermosos muchachos de cabellos dorados. Tenía en brazos a un bebé cuya cabecita se hallaba cubierta por pelusilla dorada.

Jedjiga preguntó al anciano:

—Señor, ¿no sabrá dónde está la serpiente que vive en esta cueva?

—¿Qué quieren de ella? —quiso saber el hombre.

—La estoy buscando para pedirle disculpas —contestó Jedjiga—. Debería haber venido mucho antes.

—La serpiente que vivía en esta cueva era yo —explicó el anciano—. De joven pisé una serpiente en plena noche. El animal me maldijo y me transformó en una bestia: bebía sangre, devoraba carne cruda, huía de los seres humanos y vivía en una gruta. He recobrado la libertad porque la serpiente que me maldijo está muerta. Acepto tus disculpas, hija. Durante todo este tiempo he confiado en que regresarías para hacer las paces. Cada año me he llevado a un hijo tuyo con la esperanza de que vinieras a verme. He cuidado de ellos como si fueran míos. Y ahora estás aquí. ¡Por fin!

El anciano entregó el bebé a Jedjiga.

—Llévate a tus siete hijos y sé feliz con tu príncipe. Dijeron lo que dijeron a su alrededor, él siguió creyendo en su esposa. Ha cuidado de ti, incluso mucho mejor de como lo hice yo.

La muchacha que rechazó a todos los jóvenes para casarse con un león

Un cuento del pueblo tuculor de Senegal

Había una vez un hombre y una mujer que tenían dos hijas. Una de ellas estaba casada, pero la otra no se conformaba con ninguno de sus pretendientes.

—Quiero un esposo perfecto —exigía—. No puede tener ni un solo grano, ni una sola mancha.

Sus exigencias llegaron a oídos de un león. A base de lametones, el animal se convirtió en un joven apuesto e inmaculado. Una vez realizada la transformación, se puso en camino.

La hija soltera lo vio llegar desde lejos. Corrió hacia sus padres.

—¡Ese es mi hombre! Si os pide mi mano, casadme con él.

Los padres accedieron. La boda se celebró al poco tiempo.

La joven pareja entró a vivir en la choza contigua a la que habitaban los padres de la novia. La tercera noche de la luna de miel, el joven recuperó su aspecto verdadero. El león le arrancó una pierna a la muchacha y se la comió.

—¡Ay, mamá, mi pierna derecha! —se lamentó la chica.

—¡Mmmm, mamá, qué pierna más rica! —se regodeó el león.

—Así es el juego del amor, hija mía —canturreó la madre en la choza de al lado.

El león le arrancó la pierna izquierda a la muchacha y también se la comió.

—¡Ay, mamá, mi pierna izquierda! —se lamentó la chica.

—¡Mmmm, mamá, qué pierna más rica! —se regodeó el león.

—Así es el juego del amor, hija mía —canturreó la madre en la choza de al lado.

El león le arrancó un brazo a la muchacha y se lo comió.

—¡Ay, mamá, mi brazo izquierdo! —se lamentó la chica.

—¡Mmmm, mamá, qué brazo más rico! —se regodeó el león.

—Así es el juego del amor, hija mía —canturreó la madre en la choza de al lado.

El león le arrancó el otro brazo a la muchacha y se lo comió.

—¡Ay, mamá, mi brazo derecho! —se lamentó la chica.

—¡Mmmm, mamá, qué brazo más rico! —se regodeó el león.

—Así es el juego del amor, hija mía —canturreó la madre en la choza de al lado.

El león le arrancó el tronco a la muchacha y se lo comió.

—¡Ay, mamá, mi tronco! —se lamentó la chica.

—¡Mmmm, mamá, qué tronco más rico! —se regodeó el león.

—Así es el juego del amor, hija mía —canturreó la madre en la choza de al lado. El león le arrancó la cabeza a la muchacha y se la comió.

—¡Ay, mamá, mi cabeza! —se lamentó la chica.

—¡Mmmm, mamá, qué cabeza más rica! —se regodeó el león.

—Así es el juego del amor, hija mía —canturreó la madre en la choza de al lado.

Cuando hubo devorado por completo a la novia, el león agarró el ensangrentado pareo, lo colgó de la puerta de la choza y regresó a la selva.

A la mañana siguiente, la pareja se hizo esperar. La madre envió a unas niñas a buscar a los novios. Dentro de la choza solo había sangre.

El padre dijo:

—Mira a ver qué ha sucedido.

En la puerta, la madre descubrió el pareo de su hija. Dentro de la choza solo había sangre. La madre empuñó un palo y se adentró en la selva.

Se cruzó con una gallina de Guinea y le preguntó:

—¿Qué has comido?

—Granos —contestó la gallina de Guinea—. Nada más.

La madre se cruzó con un mono y le preguntó:

—¿Qué has comido?

—Fruta —contestó el mono—. Nada más.

La mujer se cruzó con una hiena y le preguntó:

—¿Qué has comido?

—Una carcasa vieja —contestó la hiena—. Nada más.

Al fin, la madre dio con el león. Estaba profundamente dormido. Llegó una mosca: entró por la boca y salió por el trasero.

La madre golpeó al león con el palo y gritó:

—¿Qué has comido?

—Granos —contestó el león—. Nada más.

La madre golpeó al león con el palo y gritó:

—¿Qué has comido?

—Fruta —contestó el león—. Nada más.

La madre golpeó al león con el palo y gritó:

—¿Qué has comido?

—Una carcasa vieja —contestó el león—. Nada más.

La madre no paró de repartir bastonazos hasta que el león confesó:

—He comido a mi joven esposa.

—¡Devuélveme a mi hija! —exigió la madre.

El león vomitó a la novia. Roja de la cabeza a los pies.

—¡Así no la quiero! —gritó la madre.

El león volvió a comerse a la novia y la vomitó de nuevo. Más negra que la noche más oscura.

—¡Así no la quiero! —gritó la madre.

El león volvió a comerse a la novia y la vomitó de nuevo. Ni demasiado roja ni demasiado negra. La frente le brillaba como la luz de la luna, y sus hombros semejaban estrellas relucientes.

—¡Esta es mi hija! —exclamó la madre.

El león sacudió su melena.

—Podría devoraros a las dos aquí mismo —amenazó, con la mirada puesta en la hija—. No lo haré, pero si me entero de que vuelves a decir que solo te conformas con un esposo perfecto...

La hija sacudió sus rizos hermosos y acompañó a su madre a casa.

De cómo la hermana pequeña logró salvar a la hermana mayor de la pitón

Un cuento del pueblo bambara de Malí

Había una vez una muchacha que rechazaba a todos los jóvenes.

—¡Quiero un esposo sin cicatrices ni manchas! —exclamaba repetidamente.

Sus palabras llegaron a oídos de la pitón. La serpiente se transformó en un hombre y acudió a la aldea donde vivía la muchacha.

La hermana pequeña de la muchacha exigente se convirtió en una mosca y se introdujo por entre las vestimentas del joven. Se tomó su tiempo para examinarlo a fondo.

—Es un hombre extraordinario —informó a su hermana mayor—. No le he encontrado ni una sola cicatriz o mancha, pero no huele como los seres humanos.

—No importa —replicó la muchacha exigente—. ¡Quiero casarme con él!

El hombre sin cicatrices ni manchas permaneció en la aldea mientras que los padres de la muchacha exigente preparaban la boda.

Después de la boda, el novio partió con su joven esposa, y todos los invitados los siguieron.

Se adentró en la selva y caminó, caminó y caminó. Muy, muy, muy lejos. Hasta que llegó a un termitero enorme.

—Esta es mi casa —dijo el novio—. Aquí es donde vivo. Pasad.

Entró en el termitero, seguido de su esposa y todos los invitados. Una vez dentro, recuperó su aspecto de pitón y posó la cabeza en el suelo, tapando la entrada.

Al rato, los músicos quisieron marcharse. ¿Cómo harían para abandonar el termitero?

Cantaron a coro:

—Joven, joven, ¿serías tan amable de dejarnos salir?

La pitón preguntó:

—¿Qué voces son esas?

—¿No reconoces las voces de los músicos?

—Buen viaje —siseó la pitón, y los dejó salir.

Al rato, los zapateros quisieron marcharse. ¿Cómo harían para abandonar el termitero?

Cantaron a coro:

—Joven, joven, ¿serías tan amable de dejarnos salir?

La pitón preguntó:

—¿Qué voces son esas?

—¿No reconoces las voces de los zapateros?

—Buen viaje —siseó la pitón, y los dejó salir.

La escena se repitió hasta que todos los invitados abandonaron el termitero. Solo quedaban las dos hermanas.

—Hermana, ¿cómo vamos a salir de aquí? —preguntó la pequeña.

—No tengo ni idea —contestó la joven esposa.

—Te transformaré en un alfiler y te llevaré prendida en mis ropas —propuso la hermana pequeña.

Convirtió a la hermana mayor en un alfiler, lo prendió en sus ropas y se dirigió a la pitón:

—Joven, joven, ¿serías tan amable de dejarme salir?

La pitón preguntó:

—¿Qué voz es esa?

—¿No reconoces la voz de la hermana pequeña?

—Quítate lo que llevas prendido en la ropa —siseó la pitón.

La hermana pequeña se alarmó.

—No ha funcionado. Te transformaré en una horquilla, hermana, y te llevaré prendida en el pelo.

Convirtió a la hermana mayor en una horquilla, la prendió en su pelo y se dirigió a la pitón:

—Joven, joven, ¿serías tan amable de dejarme salir?

La pitón preguntó:

—¿Qué voz es esa?

—¿No reconoces la voz de la hermana pequeña?

—Quítate lo que llevas prendido en el pelo —siseó la pitón.

La hermana pequeña se alarmó más aún.

—Tampoco ha funcionado. Te transformaré en un puñado de arena fina, hermana. Te arrojaré afuera y tendrás que echar a correr.

Convirtió a la hermana mayor en un puñado de arena fina, la arrojó afuera y se dirigió a la pitón:

—Joven, joven, ¿serías tan amable de dejarme salir?

La pitón preguntó:

—¿Qué voz es esa?

—¿No reconoces la voz de la hermana pequeña?

—Buen viaje —siseó la pitón, y la dejó salir.

Las dos hermanas echaron a correr lo más rápido que pudieron. Corrieron y corrieron y corrieron.

La pitón sintió hambre.

—Ahora voy a engullir a mi joven esposa —siseó.

Por más que buscaba, la pitón no daba con ella. Salió serpenteando del termítico. Entonces descubrió a las dos hermanas a lo lejos y, transformándose en un torbellino, se lanzó a la caza de las muchachas.

—¡Ahí viene tu esposo! —exclamó la hermana pequeña—. Es más veloz que el viento.

Poco después, alcanzaron la orilla de un río. La hermana mayor cantó:

*Llévame al otro lado, pajarito negro.
Tengo un caballo y te lo daré a cambio.
Pajarito negro, llévame al otro lado.
Me persigue una peligrosa serpiente
que me atrapará y me engullirá.
Llévame al otro lado, pajarito negro.*

El pajarito negro llevó a la hermana mayor a la otra orilla del río.

La hermana pequeña cantó:

*Llévame al otro lado, pajarito negro.
Tengo un caballo, y te lo daré a cambio.
Pajarito negro, llévame al otro lado.
Me persigue una peligrosa serpiente
que me atrapará y me engullirá.
Llévame al otro lado, pajarito negro.*

El pajarito negro llevó a la hermana pequeña a la otra orilla del río.

En ese momento llegó la pitón. Se transformó en un hombre y cantó:

Llévame al otro lado, pajarito negro.

*Tengo un caballo, y te lo daré a cambio.
Pajarito negro, llévame al otro lado.
Me persigue una peligrosa serpiente
que me atrapará y me engullirá.
Llévame al otro lado, pajarito negro.*

El pajarito negro agarró a la pitón y alzó el vuelo. Cuando sobrevolaban el río, la hermana pequeña cantó:

*Suelta, suelta, pajarito negro.
Es una serpiente peligrosa.
Pretende atraparnos y engullimos.
Suelta, suelta, pajarito negro.
Tengo un caballo, y te lo daré a cambio.
Suelta, suelta, pajarito negro.*

El pajarito negro soltó a la pitón, dejándola caer al agua. Todas las serpientes marinas descienden de aquella pitón.

Maliane y la serpiente gigante

Un cuento del pueblo basoto de Lesoto

Érase una vez una niña llamada Maliane. Su padre, un jefe importante, la quería con locura y la mimaba mucho. La joven tenía sus propias vacas y bebía la leche más espesa. Quienes se encargaban de ordeñar sus vacas debían lavarse primero de la cabeza a los pies. Si la niña encontraba la menor mota de polvo en la leche que le ofrecían, la tiraba directamente.

Un día, Maliane se peleó con su madre. El padre, que también estaba harto de los caprichos de su hija, la reprendió.

Maliane preguntó a su perro:

—¿Qué hago ahora?

—Vete. Yo te acompañaré.

Maliane y el perro caminaron y caminaron hasta que alcanzaron un juncal.

—Maliane, si nos topamos con una rata, trata de no mostrar desprecio hacia ella —aconsejó el perro—. Necesitaremos su ayuda para salir de aquí.

Poco después, descubrieron una rata sentada entre los juncos.

—¡Hola, muchacha! —gritó—. ¡Ven!

Maliane estuvo a punto de decir que no, pero se acordó de las palabras del perro.

Se acercó a la rata a regañadientes y le preguntó en tono educado:

—¿Sería tan amable de abrirnos camino por entre los juncos?

—Eres una niña muy afable y muy educada —concluyó la rata antes de comenzar a roer los tallos—. Si luego te cruzas con una anciana, ayúdala.

Maliane se lo prometió.

La niña y el perro siguieron caminando hasta que se encontraron a una anciana. No solo era muy mayor, sino que, además, estaba enferma y sucia. Tenía el cuerpo cubierto de úlceras repugnantes que despedían un olor nauseabundo.

—¡Ay, mi niña! —gimió la anciana—. ¡No soporto el picor! ¿Te importaría lamer mis heridas?

Por supuesto, Maliane se arredró ante la petición de la mujer, pero se acordó de las palabras de la rata. Respiró hondo y comenzó a lamer las heridas purulentas.

—¡Qué alivio! La saliva tiene un efecto curativo —suspiró la anciana.

Le dio a Maliane una medicina poderosa que le hizo vomitar todo el pus. Después le ofreció un poco de pan.

—Eres una niña buena. Voy a recompensarte con algo que te protegerá en todo momento y en cualquier lugar.

Con una fina cuchilla, la anciana trazó unas líneas en el pecho de Maliane, a la altura del corazón. Después las frotó con un polvo negro.

—Esto te dará fuerza cuando conozcas a tu esposo. Pero primero tienes que ayudar a una mujer coja.

Maliane se lo prometió y le dio las gracias por la protección mágica.

La niña prosiguió su camino, seguida del perro. Caminaron hasta llegar a una fuente. Cuando Maliane se disponía a beber, descubrió a una mujer que no lograba colocarse en la cabeza un cántaro lleno de agua.

—Mi niña, tú eres joven y fuerte, y yo soy coja —le dijo la mujer—. ¿Te importaría echarme una mano?

Maliane la ayudó a colocarse en la cabeza el cántaro lleno de agua.

—¡Muchas gracias! —exclamó la mujer—. Un poco más adelante vive nuestro jefe. Le sucederá su hijo, pero jamás nadie ha visto al joven. La madre no encuentra a ninguna muchacha digna de casarse con él. Si atiendes mis consejos te convertirás en la esposa del hijo de nuestro jefe.

Maliane sintió curiosidad.

—Soy toda oídos.

—Espera junto a la empalizada de la casa del jefe hasta que salgan a buscarte. Si te ofrecen pan tierno, diles que te conformas con un mendrugo. Si te ofrecen una piedra molar nueva para moler el grano, diles que te conformas con una muela vieja. Si te ofrecen un cántaro sin estrenar, diles que te conformas con una vasija vieja.

Maliane se dirigió a la casa del jefe y puso en práctica todos los consejos que le había dado la mujer coja.

El jefe y su esposa estaban gratamente sorprendidos.

—Maliane, ¿quieres casarte con nuestro hijo?

La muchacha asintió con la cabeza. La mujer del jefe la acompañó hasta la choza de su hijo y le dio una esterilla y una manta. En el interior había montones de carne y de pan y cubas repletas de gachas y de cerveza. Maliane nunca había visto tanta comida junta.

—¿Quién se come todo esto? —preguntó asombrada.

—Tu esposo —contestó la mujer del jefe—. Se lo come todo nada más llegar.

—¿Y cuándo llega? —quiere saber Maliane.

—Tan pronto como se apaga la lumbre y la choza se envuelve en la oscuridad.

Maliane trató de imaginarse a un hombre capaz de engullir toda esa comida.

La muchacha cerró la choza, apagó el fuego y se tumbó en la esterilla, agotada. Escuchó un sinfín de ruidos: un silbido, ronquidos, el susurro de la paja en el tejado, un golpe en el suelo, algo que reptaba hacia la comida, sorbía cerveza y engullía gachas y carne.

«¿Será mi esposo?», se preguntó Maliane. «¿Cómo será de grande? ¿Cuánto podrá comer?»

Maliane se sobresaltó al sentir cómo una silueta larguísima se deslizaba bajo su manta, se acurrucaba contra ella en la esterilla y apoyaba la cabeza sobre su pecho.

Al cabo de un rato, se quedó dormida. Cuando se despertó, su esposo ya no estaba.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó su suegra a la mañana siguiente.

—Estupendamente —contestó Maliane.

Por la tarde, la muchacha volvió a entrar en la choza. Del tejado bajó una silueta larguísima. La choza se llenó de una densa niebla. En cuanto la niebla se despejó, Maliane descubrió que a sus pies había una inmensa serpiente que le cerraba el paso a la puerta.

—No tengas miedo —dijo la serpiente—. Soy Monyohe, tu esposo.

—Esposo, tendrás sed. Voy a buscar agua —anunció Maliane mientras agarraba el cántaro.

Monyohe la dejó pasar.

Por la noche, Maliane volvió a tumbarse en la esterilla. Monyohe bajó del tejado en plena oscuridad, se deslizó bajo la manta, se acurrucó contra ella y apoyó la cabeza sobre su pecho.

Maliane le preguntó:

—¿Me das permiso para que mañana vaya a ver a mis padres?

—Por supuesto —respondió Monyohe.

A la mañana siguiente, la madre de Monyohe atavió a Maliane con hermosas ropas y alhajas y la llevó a casa de sus padres.

La hermana pequeña de Maliane se había convertido en una niña malcriada.

—Quiero tener todo lo que tiene Maliane —exclamó al ver a su hermana, y salió corriendo.

—¡Espera! —gritó Maliane—. ¡Quiero darte unos consejos!

Para entonces su hermana pequeña ya había desaparecido.

En el juncal la llamó la rata, pero la niña la insultó.

—Lo estás echando todo a perder —dijo la rata.

Cuando la anciana enferma le pidió que le lamiera las heridas purulentas, la hermana pequeña se rio de ella. Y cuando la mujer coja solicitó su ayuda, se negó en redondo.

No aguardó junto a la empalizada de la casa del jefe hasta que salieran a buscarla. Se quedó con el pan tierno, la piedra molar nueva y el cántaro sin estrenar.

Aquella noche se comió la carne de Monyohe. La serpiente bajó del tejado, apagó la lumbre y le dio una paliza.

Al alba, la hermana pequeña huyó todo lo rápido que pudo. Monyohe la persiguió y la golpeó con su cola gigante. Cuando la hermana pequeña por fin alcanzó la casa de sus padres estaba exhausta.

Monyohe se zambulló en la fuente de la aldea. Al comprobar que el manantial se había secado, los vecinos llamaron al hechicero.

El brujo acudió enseguida.

—Tiempo atrás convertí a Monyohe en una serpiente —dijo—. Ahora desharé el hechizo. ¡Sacrificad un buey! —ordenó—. ¡Encended un fuego junto a la fuente y echad grasa de buey sobre las brasas hasta que el humo descienda hasta el fondo del manantial!

De pronto, Monyohe emergió de la fuente con aspecto de hombre. Su piel de serpiente había quedado en el manantial. Maliane miró al hermoso joven.

Se llevó la mano al corazón y no pudo quitarle los ojos de encima a su esposo.

Monyohe se llevó la mano al corazón y no pudo quitarle los ojos de encima a su esposa.

De cómo los hombres y las mujeres aprendieron a hacer el amor

Un cuento del pueblo san de Sudáfrica

En los orígenes del mundo vivían en el desierto del Kalahari dos mujeres y dos hombres. Las dos mujeres se habían construido una choza cada una y eran felices en su pequeña aldea femenina. En otro lugar de aquel inmenso desierto, los dos hombres se habían construido una choza cada uno y eran felices en su pequeña aldea masculina.

Un buen día, los dos hombres salieron de viaje y descubrieron a lo lejos la otra aldea. Deseaban conocer a sus habitantes, verlos de cerca y saber cómo vivían. Sin embargo, como se les había hecho tarde, decidieron regresar a casa. A la mañana siguiente, nada más despertarse el sol, saldrían rumbo a la otra aldea para espiar a sus pobladores. Los dos hombres se morían de curiosidad. ¿Serían como ellos o, por el contrario, muy distintos?

A la mañana siguiente, cuando los hombres llegaron a la aldea desconocida, sus moradores no se encontraban en casa.

Horas después, las mujeres por fin aparecieron. Habían salido a buscar nueces. Las depositaron en el suelo y se sentaron a descansar. De pronto, se percataron de la presencia de los dos hombres.

Una de ellas exclamó:

—Pero ¿qué es eso? ¿No son esos seres que se conocen con el nombre de hombres? ¿Dónde hemos ido a parar? ¿No vivíamos en un lugar sin hombres?

Mientras comían las nueces, las mujeres observaron a los hombres con curiosidad.

Al oscurecer, uno de los hombres se dirigió a una de las mujeres y el otro hombre se dirigió a la otra mujer.

El hombre y la mujer y el otro hombre y la otra mujer yacían juntos a la luz de la luna.

Uno de los hombres dijo:

—Me gustaría hacer el amor.

Se inclinó sobre la mujer que estaba tumbada a su lado y trató de introducirle el pene en la boca.

—Así no es —replicó la mujer.

El hombre trató de introducirle el pene en los ojos.

—Así no es —replicó la mujer parpadeando.

El hombre trató de introducirle el pene en las orejas.

—Así no es —negó la mujer con la cabeza.

El hombre trató de introducirle el pene en la nariz.

—¡Así no se hace el amor! —estornudó la mujer.

El hombre examinó a la mujer a la luz de la luna, de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza.

—Entonces ¿por qué tienes esa boca tan redonda? —preguntó el hombre.

—Con la boca como —respondió la mujer.

—Entonces ¿por qué tienes esos ojos tan dulces? —preguntó el hombre.

—Con los ojos veo —respondió la mujer.

—Entonces ¿por qué tienes esas orejas tan bellas? —preguntó el hombre.

—Con las orejas oigo —respondió la mujer.

—Entonces ¿por qué tienes esa nariz tan suave? —preguntó el hombre.

—Con la nariz respiro el aire matutino —respondió la mujer—. Pero aquí, entre mis piernas, hay un pequeño agujero que te está esperando. ¿Por qué no lo pruebas? ¿Por qué solo tratas de hacer el amor con mi rostro?

El hombre se quedó mirando el pequeño agujero entre las piernas de la mujer. Parecía más redondo que su boca, más dulce que sus ojos, más bello que sus orejas y más suave que su nariz. Se agarró el pene y lo introdujo en aquel pequeño agujero que lo había estado esperando todo ese tiempo.

La mujer llevaba razón: aquello era boca y ojos y orejas y nariz a la vez, y mucho más.

Después de haber descubierto aquel pequeño agujero, el hombre quería probarlo una y otra vez. El otro hombre había hecho el mismo descubrimiento con la ayuda de la otra mujer.

A la mañana siguiente, nada más despertarse el sol, los dos hombres abandonaron la aldea de las mujeres. Viajaron más lejos que nunca y conocieron a nuevas gentes. Allí donde iban contaban su historia.

«¿Sabéis lo que hemos descubierto? ¡La diferencia entre hombres y mujeres, y cómo esa diferencia nos permite hacer el amor!». Hablaban sin parar sobre aquel pequeño agujero que era boca y ojos y orejas y nariz a la vez, y mucho más. Quienes los oyeron se apresuraron a probar si era cierto lo que decían. En todas partes, los hombres salieron en busca de ese pequeño agujero tan especial que los estaba esperando.

Desde entonces, los hombres y las mujeres de todo el mundo saben cómo hacer el amor y son incapaces de dejar de practicarlo.

De cómo el creador averiguó a quién le gusta más el sexo

Un cuento del pueblo kotokoli de Togo

En tiempos muy remotos vivían tan solo dos personas en el mundo, un hombre y una mujer. El creador obsequió al hombre con una choza en un lugar hermoso. Aquello era la aldea masculina. El creador obsequió a la mujer con una choza en otro lugar hermoso. Aquello era la aldea femenina. Las dos aldeas se hallaban alejadas entre sí, a medio día o media noche caminando.

El creador dijo a la mujer:

—Existe también un hombre. Vive más adelante, en la otra aldea.

—¿Qué es un hombre? —preguntó la mujer con curiosidad.

—Sois en parte iguales y en parte diferentes —explicó el creador.

Y al hombre le dijo:

—Existe también una mujer. Vive más adelante, en la otra aldea.

—¿Qué es una mujer? —preguntó el hombre con curiosidad.

—Os parecéis, pero al mismo tiempo sois totalmente distintos —explicó el creador.

Al creador también le acució la curiosidad. ¿Acabarían encontrándose el hombre y la mujer? ¿Qué harían el uno con la otra? ¿Terminarían por descubrir todo lo que él les había dado? ¿Quién pondría más empeño en conocer al otro? ¿A quién de los dos le gustaría más el sexo?

El creador urdió un plan para averiguar la respuesta a todas estas preguntas. Esparcio montones de hojas muertas sobre el sendero que conducía de una aldea a otra. Estaban tan secas que provocarían un estruendo de crepitaciones y crujidos tan pronto como alguien las pisara. El creador apostó a varios centinelas: debían avisarle al menor ruido.

Por la tarde, el hombre se quedó mirando el sendero. Se moría por ir a ver a la mujer. Sentía una curiosidad inmensa. Deseaba saber en qué se parecían y en qué se diferenciaban. Se preguntaba si se llevarían bien y cómo sería estar con ella.

—Si no fuera por todas esas hojas! —suspiró el hombre—. En cuanto dé un solo paso, el creador y sus centinelas se enterarán de que soy yo quien pone más empeño en conocer al otro.

Por la tarde, la mujer también se quedó mirando el sendero. Se moría por ir a ver al hombre. Sentía una curiosidad inmensa. Deseaba saber en qué se parecían y en qué se diferenciaban. Se preguntaba si se llevarían bien y cómo sería estar con él.

—Si no fuera por todas esas hojas! —suspiró la mujer—. En cuanto dé un solo

paso, el creador y sus centinelas se enterarán de que soy yo quien pone más empeño en conocer al otro.

La mujer reflexionó profundamente. No pensaba rendirse. ¿Cómo podría acercarse a la choza del hombre sin que el creador y sus centinelas se dieran cuenta?

Salió a buscar una calabaza grande, la llenó con agua del río y aguardó a que anocheciera. Tan pronto como sus ojos se hubieron habituado a la oscuridad, la mujer se dirigió al sendero. Antes de pisar las hojas, las rociaba con agua. Una y otra vez. Al mojarse, las hojas se reblandecieron, de modo que la mujer podía caminar sin hacer ruido. Logró alcanzar la aldea y la choza del hombre sin que el creador ni los centinelas se enterasen.

—Aquí estoy —susurró al hombre, que se encontraba medio dormido.

—¡Qué sorpresa! ¡Entra! ¡Date prisa!

La mujer observó al hombre y el hombre observó a la mujer a la luz de la lumbre. Descubrieron en qué se parecían y en qué se diferenciaban. No tardaron en comprender que las diferencias eran una fuente de placer. El hombre y la mujer experimentaron en carne propia lo que el creador les había dado y lo bien que encajaba todo. Intuyeron que les quedaban cientos de juegos por jugar. Alabaron al creador por el trabajo bien hecho. Llegaron a la conclusión de que se llevaban a las mil maravillas.

Antes de regresar a casa, la mujer preguntó al hombre:

—¿Vienes tú a verme mañana?

El hombre asintió con la cabeza.

—Ahora me toca a mí ponerme en camino. Si tú has conseguido venir a esta aldea sin delatarte, yo también lo conseguiré. ¡Hasta mañana!

Satisfecha, la mujer desanduvo lo andado. Las hojas, que seguían mojadas, no hicieron ningún ruido.

A la noche siguiente, el hombre se aventuró por el sendero sin sospechar que la mujer había empleado un truco muy ingenioso. Sencillamente confió en que las hojas no crujirían. Pues bien, no había dado ni dos pasos cuando los centinelas acudieron corriendo.

—¡Menudo crujido! ¿De veras creías que ibas a pasar desapercibido? ¿Adónde vas? —preguntaron al hombre.

—He salido a dar una vuelta.

—¿Estás seguro? —bromearon los centinelas—. ¿No será que te dirigías a la choza de la mujer?

El hombre confesó.

—¡Pero la mujer vino a verme ayer! No aguantó más. ¡Es a ella a quien más le gusta el sexo!

Los centinelas no le creyeron. Llamaron al creador.

—Ha quedado claro que quien más empeño pone en ir a ver al otro para hacer el amor es el hombre —sentenció el creador—. Despejada esta duda, retiraremos las hojas para que podáis ir y venir con total libertad.

Ese ir y venir continúa a día de hoy. Todavía se cuenta que es al hombre a quien más le gusta hacer el amor, pero las mujeres saben que eso no es cierto...

Cuando los penes crecían en los árboles

Un cuento del pueblo agni-bona de Costa de Marfil

Había una vez una muchacha que, al pasear por la selva, descubrió un fruto extraño colgado en lo alto de un árbol.

—¡Ese fruto es mío! —exclamó—. ¡Lo arranco y me lo llevo!

Sin embargo, no sabía cómo alcanzarlo. Se apresuró a casa y describió a las mujeres del poblado lo que acababa de ver.

A la mañana siguiente, muy temprano, las mujeres de la aldea acudieron al río para lavarse a fondo. Después se ataviaron con un taparrabos rojo y un collar de perlas que les rodeaba las caderas. Una vez preparadas, se dirigieron en cortejo al árbol del que les había hablado la muchacha. Se detuvieron frente a él y alzaron la vista. El árbol portaba más frutos que el día anterior. De la copa colgaban varios penes, y también algunos testículos.

—¡Hala! ¡Qué frutos más hermosos! —chillaron embelesadas.

Los frutos, sorprendidos por el revuelo, se movieron. Se levantaron para ver mejor a las mujeres, pero no lograron bajar del árbol. Tampoco las mujeres sabían cómo apoderarse de aquellos frutos.

Cuando regresaron al poblado con las manos vacías, la hermana pequeña de dos de ellas gritó:

—Hermanas mayores, ¡cómo es que no habéis conseguido traer lo que tanto deseáis!

Sus hermanas contestaron enojadas:

—¡Cállate la boca, mocosa! ¿Qué sabrás tú que nosotras no sepamos? Eres muy joven y, además, estás enferma. Tienes el cuerpo cubierto de úlceras y hueles que apestan.

La hermana pequeña replicó:

—¡Ya no soy una niña! ¡Soy una mujer! ¡Dejad que os acompañe! Apuesto a que logro persuadir a los frutos para que bajen del árbol. Luego vosotras los recogéis y os los traéis a casa.

Por más que se esforzaba, nadie le hizo caso.

A la mañana siguiente, a primera hora, las mujeres volvieron al río a lavarse. Se ataviaron con un taparrabos rojo y un collar de perlas que les rodeaba las caderas.

Cuando la hermana pequeña preguntó si podía acompañarlas, sus hermanas mayores la insultaron:

—¡Eres demasiado joven! ¡Te quedas aquí, niña boba y sucia!

—¡Ya no soy una niña! ¡Soy una mujer! —replicó la hermana pequeña.

—Si pese a nuestros intentos no somos capaces de recoger los frutos quizás puedas venir con nosotras la próxima vez! —exclamaron las mujeres.

De nuevo acudieron en cortejo al árbol. De nuevo alzaron la vista. Había más frutos que el día anterior.

—¡Hala!

El ambiente se llenó de gritos de asombro y embeleso. Los frutos se irguieron para ver mejor a las mujeres, pero no lograron bajar del árbol. Y las mujeres seguían sin saber cómo apoderarse de aquellos frutos. Nuevamente regresaron al poblado con las manos vacías.

La hermana pequeña gritó desde lejos:

—¡Hermanas mayores, cómo es que hoy tampoco traéis nada!

Cuando al día siguiente las mujeres se prepararon por tercera vez, refunfuñaron:

—¡Si no lo conseguimos ahora, talaremos el árbol!

—No es buena idea —opinó la hermana pequeña—. De ese modo, todos los frutos se estropearán y os quedaréis sin nada. ¿Por qué no dejáis que os acompañe? ¡Os enseñaré cómo hacerlo!

Las demás mujeres asintieron con la cabeza.

—De acuerdo. Ven con nosotras, porque ya no sabemos qué hacer.

La hermana pequeña se lavó a fondo. Se atavió con un taparrabos rojo y un collar de perlas que le rodeaba las caderas. Eligió su mejor pareo.

Las mujeres acudieron en cortejo al árbol. Aquella mañana se hallaba cuajado de frutos.

—¡Hala! —exclamaron las mujeres, rebosando alegría.

En lo alto del árbol, los frutos se irguieron para verlas mejor, pero no lograron bajar. Y las mujeres seguían sin saber cómo hacerse con ellos. Todas miraban a la hermana pequeña.

—Voy a cantar una canción —anunció—. Cuando haya cantado durante un buen rato y os diga que recojáis los frutos, sabréis que ha llegado el momento.

—¡De acuerdo! —contestaron las mujeres.

La hermana pequeña depositó su pareo en el suelo y se tumbó encima de él. Estiró las piernas y cantó:

*Voy a caerme.
Me caigo.
Voy a caerme.
Me caigo.
Voy a caerme.
Me caigo.*

Una y otra vez.

En lo alto del árbol, los frutos se mecían al compás de la canción. De forma lenta pero segura, uno de los penes se fue soltando, acompañado por un par de testículos, y se deslizó hacia abajo. Se acercó a la joven reptando. Nada más alcanzarla, el pene se irguió y se le metió dentro. La hermana pequeña seguía cantando:

*Voy a caerme.
Me caigo.
Voy a caerme.
Me caigo.
Voy a caerme.
Me caigo.*

Las mismas palabras, invariablemente.

Las hermanas mayores se dirigieron al árbol y tendieron los brazos, dispuestas a recoger los demás frutos.

—¡Canta! —gritaron a la pequeña mientras saltaban de un lado a otro—. ¡Sobre todo no dejes de cantar!

La hermana pequeña cantó y cantó. En lo alto del árbol, todos los frutos se mecían al compás de la canción. De forma lenta pero segura se fueron soltando y se deslizaron hacia abajo. Las mujeres se abalanzaron sobre ellos.

En cuanto se hubieron desfogado, la hermana pequeña exclamó:

—¡Ha llegado el momento! ¡Los frutos están maduros y blandos! ¡Recogedlos ahora!

Una tras otra, las mujeres recogieron un fruto y regresaron a casa, apretando el tesoro contra su pecho. Algunas se peleaban por la misma pieza. Las que se habían quedado con las manos vacías suplicaban a las demás:

—¿Me lo prestarás de vez en cuando?

Cuando el fruto que la visitaba no pudo más, la hermana pequeña lo guardó bajo la axila. Cansada pero feliz, volvió al poblado.

Antes, los penes crecían en los árboles y los varones no tenían sexo, por lo que

carecían de toda utilidad. El que los frutos fueran liberados y los varones se volvieran útiles se lo debemos a la astucia de aquella hermana pequeña.

De cómo las vaginas acabaron en su sitio

Un cuento del pueblo fon de Benín

Al modelar el cuerpo de la mujer, el dios Mawu no sabía muy bien dónde colocar el órgano sexual. Lo situó en el lugar reservado a las orejas.

¿Y las orejas? Las colocó en el lugar reservado a la nariz. Al comprobar que la mujer respiraba con dificultad, Mawu ubicó las orejas y la nariz en su sitio habitual y decidió encajar la vagina debajo de la axila.

Sin embargo, tan pronto como las mujeres levantaban los brazos para llevarse un cántaro a la cabeza, la vagina quedaba a la vista de los varones. Tan pronto como las mujeres levantaban los brazos para machacar el mijo, la vagina quedaba a la vista de los varones.

Los hombres abandonaban sus quehaceres y se sentaban en el suelo a esperar a que las mujeres levantaran los brazos, lo cual ocurría a menudo.

Legba, el mensajero de los dioses, consideró que aquello no podía seguir así. Consultó al oráculo.

—¿Cuál es el sitio adecuado para situar la vagina de la mujer?

El oráculo le mandó ofrendar dos plátanos y una pequeña vasija de barro a la diosa Minona. Ella se encargaría de darle una respuesta.

Minona se comió el segundo plátano y dijo:

—Este problema tiene fácil solución. Basta con situar el sexo de la mujer entre sus piernas para que nadie pueda vérselo así como así. Ese es el lugar adecuado.

El dios Mawu se dispuso a completar el cuerpo de la mujer. Ubicó la vagina entre las piernas, dejándolo todo en su sitio.

El primer plátano que Legba había ofrendado a Minona se lo quedó el varón, de modo que este también resultó bien servido.

Legba concluyó:

—Los seres humanos no tienen conocimiento de mis esfuerzos. Por eso, de ahora en adelante mi órgano sexual quedará a la vista de todos. Cada vez que los humanos lo vean, se mostrarán agradecidos y recordarán que gracias a Legba, el mensajero de los dioses, el sexo de la mujer acabó en su sitio.

Y así sucedió.

Enamorada del hombre-caballo

Un cuento del Congo

En un inmenso país en el centro de África vivía una vez una joven lista, fuerte y bella. Su tierra sufría un gran problema: era muy, muy seca. Las fuentes escaseaban, los ríos brillaban por su ausencia y apenas quedaban ancianos que recordaran los tiempos en que el país tenía lagos.

De niña, la joven había aprendido a detectar el más mínimo hilo de agua en el árido paisaje y a administrarlo con buen criterio. Había aprendido a mover un palo afilado sobre un trozo de madera seca, haciéndolo girar con fuerza y tesón, hasta que las astillas salían ardiendo. Le habían hablado del poder del agua y del fuego. El agua y el fuego daban vida, pero también la quitaban. La muchacha aprendía deprisa y no olvidaba nada.

Los guerreros del país partían a la guerra con frecuencia, invadiendo tierras ajena en busca de manantiales, ríos y lagos. Regresaban cargados con sacos, vasijas y cántaros rebosantes de agua. Cuando se agotaba, emprendían un nuevo ataque. Todas las campañas bélicas giraban en torno al agua.

La muchacha luchaba como la que más por tan valiosa fuente de vida. Su fama acabó extendiéndose a lo largo y ancho del país. Gozaba del cariño y de la admiración de los suyos y tenía todo lo que quería.

Lo único que le faltaba era un esposo, un compañero para toda la vida. Le sobraban pretendientes. Eran muchos los que aspiraban a su mano. Sin embargo, no había en todo el país ni en los países vecinos un solo varón que mereciese su beneplácito.

—¡Quiero el más listo, el más fuerte y el más bello! —exclamaba una y otra vez—. No estoy dispuesta a conformarme con menos. O me caso con ese hombre o no me caso.

—¡Ese hombre no existe! —replicaban las mujeres—. Todas nos hemos conformado con menos, y ¿acaso somos infelices?

La joven sonreía. Ella buscaba más, buscaba lo mejor.

Tras una larga y agotadora guerra por el agua en la que la muchacha se había distinguido como ninguno, el rey del país prometió obsequiarla con un magnífico regalo. Todos se apartaron cuando el monarca se acercó a hacerle entrega de la

recompensa. La joven esperó con los ojos cerrados. Oía el pataleo de unas piernas forzudas, el enérgico resoplido de una nariz vigorosa. Percibía el olor salado de una piel bañada en sudor. De pronto, notó el tacto de una cuerda en sus manos y sintió cómo la empujaban unos flancos poderosos.

La muchacha abrió los ojos. A su lado estaba el ser vivo más grande, más fuerte y más bello que jamás se había arrebatado al enemigo. El animal lucía las cuatro patas robustas y el tronco fornido y musculoso de un caballo. Sin embargo, en lo alto del fibroso cuello caballuno se erguía la cabeza de un varón. Los presentes no podían quitarle la vista de encima al hombre-caballo. Nunca antes ningún habitante del agostado país había contemplado un ser tan singular.

La joven contempló los cálidos ojos marrones, rozó los suaves labios con los dedos y acarició los flancos poderosos. Montó y se alejó al galope. El hombre-caballo interpretaba a la perfección cualquier movimiento que ella hacía con los talones o las piernas, la menor presión de sus manos y cada palabra que brotaba de su boca. Obedecía las instrucciones de la muchacha y, además, la llevaba a parajes desconocidos para ella. Galoparon juntos hasta el atardecer. Al caer la noche, la joven guerrera condujo al hombre-caballo a su tienda de campaña. Le hizo un hueco en su estera más mullida, en su propia cama, y se durmió abrazada a él.

En plena noche, la joven despertó. Oía el pataleo de unas piernas forzudas, el enérgico resoplido de una nariz vigorosa. Percibía el olor salado de una piel bañada en sudor. El brillo de los cálidos ojos marrones, el tacto de los suaves labios, los recios cabellos, los flancos poderosos...

De pronto, la muchacha comprendió que a su lado yacía un varón. Un varón de verdad, de la cabeza a los pies. Se incorporó de un salto. Hizo ademán de encender la lámpara de aceite para poder contemplar mejor a su hombre, pero él la retuvo.

—Si enciendes la lámpara, mi amor, me convertiré de arriba abajo en un caballo para siempre. Ahora tienes un varón de noche y un hombre-caballo de día. Seremos muy felices siempre y cuando no reveles mi secreto a nadie —le susurró el varón al oído—. ¡A nadie!

Al amanecer, la joven trató de aprisionarle, pero él se soltó de sus brazos. El hombre-caballo salió galopando de la tienda de campaña y se unió a los demás caballos.

Durante las interminables expediciones en busca de agua, la muchacha siempre montaba su hombre-caballo. El hombre-caballo también la acompañaba en cada una de las guerras libradas para conquistar ese bien tan preciado. La mujer intervenía con mayor fogosidad que antes. Volaba por el campo de batalla a lomos de su hombre-caballo, que interpretaba a la perfección cualquier movimiento de sus talones o piernas, la menor presión de sus manos y cada palabra que brotaba de

su boca. Y las raras veces que ella vacilaba, él la conducía sin demora en la dirección correcta. Cada vez que la joven dirigía su fusta hacia el enemigo desde lo alto de su hombre-caballo, el latigazo caía como un relámpago demoledor. No había ni un solo enemigo que no se propusiera hacerla cautiva, pero ninguno lo consiguió. Cuando la muchacha se veía en apuros, el hombre-caballo la salvaba. Juntos resultaron invencibles.

—¡Magia! —farfullaban los enemigos mientras se retiraban a regañadientes—. ¡Brujería!

Cada tarde, al oscurecer, la joven se acurrucaba en los brazos de su hombre-caballo. Cada noche se despertaba en los brazos de su hombre de verdad. Cada mañana, al amanecer, veía cómo su hombre-caballo salía galopando de su tienda de campaña.

Noche tras noche, la muchacha decía a su hombre:

—Quiero verte. ¿Por qué no me dejas encender la lámpara?

Y noche tras noche su hombre contestaba:

—¡No es posible! ¡Sabes lo que eso implica!

La muchacha no paraba de dar vueltas a la batería de preguntas que le lanzaba la gente: «¿Qué te da ese ser extraño mitad caballo mitad varón para que te quedes con él? ¿Es de fiar? ¿Sabes quién o qué es?».

A medida que transcurría el tiempo, la joven sentía un deseo cada vez más intenso de contemplar a su hombre. Una noche se levantó sin hacer ruido y encendió la lámpara de aceite. Lo que vio la deslumbró de tal modo que casi dejó caer la lamparita. Ahí estaba el hombre de sus sueños. Todo lo que había deseado estaba a su lado, al alcance de la mano. No lograba quitarle ojo. Acercó un poco la lámpara.

—Pero ¡qué haces! —gimió el hombre.

Ante la mirada de la muchacha, las manos y los pies del varón se convirtieron en pezuñas; los brazos y las piernas, en patas; la abundante cabellera, en crines. Cada fibra del cuerpo varonil se transformó en fibra caballuna. Aquel ya no era un hombre, ni siquiera un hombre-caballo, sino un caballo a secas. Con la cabeza gacha, el animal salió de la tienda de campaña y se unió a sus congéneres.

Todavía hoy la muchacha y el caballo galopan juntos.

Todavía hoy la joven está a la espera de una palabra, un gesto... capaz de revertir aquel instante.

América

De cómo Mujer Cambiante sangró al decimotercer día,

pero no murió

Un cuento del pueblo navajo de Estados Unidos

Primera Mujer y Primer Hombre vivían cerca del monte sagrado. Vivían en un *hogan*, una construcción redonda de madera, con una abertura que daba al Este.

Un buen día, Primer Hombre y Primera Mujer vieron flotar una densa nube sobre el monte sagrado, en el lugar donde el cielo encuentra la tierra.

Primer Hombre dijo:

—El monte sagrado lleva todo el día escondido bajo aquella nube. ¿Por qué será? Por la noche, vieron arder un fuego en la cumbre.

—Tiene que haber alguien allí arriba —concluyó Primer Hombre—. Voy a echar una ojeada.

—Será mejor que te quedes en casa —titubeó Primera Mujer—. Fueras hay monstruos que se comen a los humanos.

—Tendré cuidado —le prometió Primer Hombre.

A la mañana siguiente subió al monte sagrado. Mientras subía cantaba. Por más que buscara no halló restos de ningún fuego. No había ni *hogan* ni nada.

También ese día flotaba una nube sobre el monte sagrado. Por la noche, Primer Hombre y Primera Mujer vieron arder de nuevo un fuego. Primer Hombre grabó en su memoria el lugar exacto.

A la mañana siguiente volvió a subir al monte sagrado. Mientras subía cantaba. La cumbre se encontraba rodeada por una densa niebla de la que emergía un llanto agudo. Al acercarse, Primer Hombre descubrió a un bebé en un capazo hecho de pedacitos de arcoíris y rayos de sol. La niña, espolvoreada de polen, se hallaba envuelta en una nube negra, azul, amarilla y blanca, con la cabeza apuntando al oeste y los pies apuntando al Este. Primer Hombre levantó el capazo con el bebé del suelo y se lo llevó a su esposa.

La niña estaba firmemente sujetada. Primera Mujer no sabía cómo desatarla. De pronto, Primer Hombre y Primera Mujer oyeron cantar. En su *hogan* entraron dos Personas Sagradas. Primero les mostraron cómo sacar a la niña del capazo. Luego

enseñaron a Primer Hombre a hacer un capazo nuevo, esta vez de madera y corteza de árbol, y a entonar las canciones oportunas. Las Personas Sagradas se llevaron el capazo viejo. Desde entonces los padres navajos hacen un capazo de madera y corteza de árbol para sus bebés mientras cantan esas canciones.

Terminado el capazo, Primer Hombre dijo:

—A partir de ahora esta niña es mi hija.

Después de soplar tres veces sobre el bebé, Primera Mujer añadió:

—A partir de ahora es mi hija.

Lavó a la niña en una canasta decorada con cuentas blancas, en una canasta adornada con turquesas, en una canasta embellecida con conchas blancas y en una canasta negra. Le dio de comer polen y gotas de rocío. La niña empezó a crecer enseguida. Al final del segundo día, la pequeña esbozó su primera sonrisa.

Al rato pasó a verlos Primer Coyote.

—He oído decir que mi nieta ha sonreído por primera vez.

También pasó a verlos Mujer de la Sal, que aprovechó para entregarle sal a Primera Mujer.

—He oido decir que mi nieta ha sonreído por primera vez.

Primera Mujer regaló a Primer Coyote un poco de carbón para que se pintara la nariz.

—No me lo quitaré jamás —dijo Primer Coyote a cambio.

Primera Mujer también le ofreció un poco de sal.

—La sal da sabor a la carne —observó mientras se la comía, y se marchó contento.

Después volvieron a pasar las dos Personas Sagradas. Primer Hombre y Primera Mujer les regalaron unos mocasines con cuentas blancas y unas polainas bellamente adornadas. También se marcharon contentas. Desde entonces los navajos celebran la primera sonrisa de sus hijos ofreciendo regalos a los visitantes.

El tercer día la niña se sentó. El cuarto día echó a andar. Al verla por primera vez de pie, Primer Hombre la aupó y entonó una canción en la que contaba cómo su hija se desarrollaba y ya sabía caminar.

La hija de Primer Hombre y Primera Mujer no paró de crecer. Al decimotercer día, sangró por primera vez.

La muchacha se dirigió a Primera Mujer:

—Madre, noto algo extraño dentro de mí.

Primera Mujer la observó con atención.

—Hija, estás sangrando, pero no morirás.

Primera Mujer comentó a Primer Hombre que su hija acababa de convertirse en una mujer. Era un acontecimiento que no debían dejar pasar desapercibido. Primer Hombre y Primera Mujer cubrieron el suelo de su *bogan* con mantas. Debajo

escondieron bellas flores, ropas y joyas. Primera Mujer tumbó a su hija de bruces sobre las mantas, con los brazos estirados hacia delante. Le tiró del cabello hasta procurarle una magnífica melena. Le masajeó el rostro y el cuerpo, infundiéndole hermosura y fuerza. La vistió con un espléndido traje largo de color rojo y negro, adornado con conchas y cuentas. Le calzó un par de sólidos mocasines. La atavió con pulseras y aretes. Le ató la cabellera en una cola de caballo con ayuda de una tira de piel de un ciervo que no había sufrido una muerte violenta.

—¡Hija, qué guapa estás!

Primer Hombre y Primera Mujer se colocaron junto a ella en el hueco de entrada al *hogan*, que daba al Este.

Primera Mujer dijo:

—Hija, camina hacia el sol, gira siguiendo el movimiento solar y vuelve corriendo a casa.

La niña obedeció. Aquella fue su primera salida hacia el sol.

En la cuarta noche de la ceremonia celebrada en honor de la joven llegaron muchos invitados, entre ellos las Personas Sagradas. Todos cantaron y relataron hermosos cuentos. Las canciones hablaban de la niña, que a partir de entonces pasaba a llamarse Mujer Cambiante. Hablaban de su nacimiento, de cómo había ido creciendo, de su primera salida hacia el sol y de la enorme torta que esa misma noche les prepararía a base de maíz rojo y trigo fermentado.

Al rayar el alba, Mujer Cambiante sirvió a los invitados su primer pastel. Todo el mundo se marchó contento. Desde entonces los navajos celebran el momento en que las niñas se convierten en mujeres de ese modo: con muchos invitados, cantando y narrando cuentos, ofreciendo regalos, masajeando el cuerpo de la joven; sin olvidar la salida hacia el sol y la torta.

Mujer Cambiante continuó viviendo con Primer Hombre y Primera Mujer, fortalecida por las canciones y los cuentos. Sin embargo, llegó el día en que empezó a desear a alguien con quien compartir su vida.

Mujer Cambiante acondicionó un lugar para dormir fuera del *hogan*, a cielo descubierto. Dormía con la cabeza apuntando al Oeste y los pies apuntando al Este. Por la mañana los primeros rayos de sol acariciaban su cuerpo, y al mediodía, cuando el sol se encontraba en su punto más alto, se dirigía a la fuente, donde dejaba caer gotas de agua sobre su cuerpo. Así sucedió durante cuatro jornadas, cada mañana y cada mediodía.

Una noche, al regresar a casa, Primer Hombre les contó lo que había visto por ahí fuera.

—En el este, al pie de la meseta, crecen dos clases de hierba salvaje cuajada de semillas maduras.

Primera Mujer y Mujer Cambiante se pusieron en camino, dispuestas a recoger las semillas. Sin embargo, llegadas al pie de la meseta, se acordaron de los monstruos que merodeaban por todas partes y les entró miedo. Recogieron rápidamente las semillas de una clase de hierba y se apresuraron a casa.

De vuelta en el *hogan*, Mujer Cambiante anunció:

—Madre, iré a recoger también las semillas de la otra clase de hierba.

Primera Mujer suplicó:

—No salgas. Fuera hay monstruos que se comen a los humanos.

—Tendré cuidado —le prometió Mujer Cambiante.

Por cuatro veces Mujer Cambiante pidió permiso para salir. Por cuatro veces Primera Mujer le suplicó que se quedara en casa. Por cuatro veces Mujer Cambiante prometió tener cuidado.

A la cuarta vez, Primera Mujer dio permiso a su hija para que se marchara.

—¡Sé prudente!

Mujer Cambiante se dirigió al pie de la meseta y recogió las semillas. De repente, oyó un ruido. Al darse la vuelta descubrió un caballo blanco de largas crines. Galopaba sin tocar la tierra. Lo montaba un joven con mocasines blancos y polainas. El muchacho le preguntó:

—¿No me reconoces? Cada mañana te despiertas mirándome. Tú te giras hacia mí y yo soy quien te acaricia. Y cuando me encuentro en mi punto más alto dejas caer gotas de agua sobre tu cuerpo. Todo ello solo puede tener una explicación, ¿no crees?

Mujer Cambiante escuchó atentamente lo que le ordenó el jinete.

—Pide a tu padre que construya un *hogan* de ramas al sur de vuestra casa. Prepara una cena con las semillas que has recogido y guárdala en una cesta adornada con cuentas blancas. Traza tres líneas de polen sobre la tapa de la cesta: una de este a oeste, otra de norte a sur y otra que recorra el contorno. Deja la cesta dentro del *hogan*. Di a tu padre que regrese a casa y pasa la noche en solitario en el *hogan* de ramas.

De vuelta en casa, Mujer Cambiante informó a su madre de todo lo que había visto y oído. Nada más llegar Primer Hombre, su esposa le puso al corriente de lo ocurrido. Primer Hombre no daba crédito, pero Primera Mujer logró convencerle para que hiciera lo que le pedía el jinete. Así fue como Primer Hombre construyó un *hogan* de ramas al sur de su casa. Mujer Cambiante preparó una cena con las semillas y trazó las líneas de polen.

A última hora, Primer Hombre regresó a su hogar, y Mujer Cambiante pasó la noche en solitario en el *hogan* de ramas.

Al día siguiente, Primer Hombre preguntó a su hija:

—¿Quién ha ido a verte esta noche?

Mujer Cambiante suspiró:

—Nadie.

Primer Hombre suspiró.

—¡Ves que tenía razón!

—Espérate —replicó Mujer Cambiante—, me parece haber oído algo y creo que he encontrado una huella. Es más, esta mañana ya no estaba la comida que había dejado en el lado este del *hogan*.

Primer Hombre acompañó a su hija y comprobó que era cierto lo que decía.

La segunda noche, Mujer Cambiante volvió a preparar una cena con las semillas y trazó de nuevo las líneas de polen. A última hora Primer Hombre regresó a su hogar y Mujer Cambiante pasó su segunda noche en solitario en el *hogan* de ramas. A la mañana siguiente, Mujer Cambiante dijo a su padre:

—Ahora hay dos huellas. Y esta mañana ya no estaba la comida que había dejado en el lado sur del *hogan*.

Primer Hombre acompañó a su hija y comprobó que era cierto lo que decía.

Después de pasar la tercera noche en el *hogan* de ramas, Mujer Cambiante dijo:

—Ahora hay tres huellas y ya no está la comida que dejé en el lado oeste. Además, tengo la sensación de que esta noche alguien me ha tocado.

Después de pasar la cuarta noche en el *hogan* de ramas, Mujer Cambiante dijo:

—Ahora hay cuatro huellas y ya no está la comida que dejé en el lado norte. Además, esta noche alguien me ha movido. Me he despertado con el cuerpo húmedo.

Tras esa cuarta y última visita, Mujer Cambiante volvió a vivir durante cuatro días con sus padres como habían vivido siempre. La noche del cuarto día, Mujer Cambiante se frotó la barriga:

—Madre, algo se mueve dentro de mí.

Primera mujer sonrió.

—Hija, pues será tu bebé.

A los nueve días de la última visita nocturna, Mujer Cambiante dio a luz a unos gemelos, dos hijos fuertes que vivirían muchas aventuras.

Años más tarde, Mujer Cambiante se mudó al oeste, donde sus hijos habían construido un *hogan* para ella. Por el camino repartió hermosos regalos: flores, gotas suaves de lluvia, plantas repletas de frutos y semillas que producirían alimentos.

Al final, cuando empezó a sentirse muy sola, Mujer Cambiante se quitó la piel.

Y de ella nacieron los demás seres humanos.

¡Coyote se casa con su propia hija!

Un cuento del pueblo okanagan de Estados Unidos

Coyote tenía una hija muy guapa que crecía muy deprisa. La niña no tardó en convertirse en una joven hermosa.

Coyote se enamoró de ella. Pensó para sí: «Quiero que sea mía, pero solo lo conseguiré engañándola. Me haré el enfermo».

Coyote fingió estar enfermo de muerte. Llamó a su hija.

—Hija mía, me estoy muriendo. Cuando esté muerto deja mi cuerpo en esta casa. Déjalo todo tal cual está ahora y asegúrate de que haya comida y bebida. Si oyes el ruido de agua hirviendo sabrás que es mi espíritu que deambula por aquí. Tras mi muerte, ve a vivir con mi hermana Ratón. Tengo un muy buen amigo entre los indios kutenais. Si viene a verte y expresa su deseo de casarse contigo, no lo rechaces. Hija, procura cumplir la última voluntad de tu padre agonizante.

Acto seguido, Coyote se hizo el muerto.

La hija contó a quien quiso escucharla lo que el padre le había pedido en su lecho de muerte.

Todos asintieron con la cabeza.

—Los deseos de los difuntos deben respetarse. No es bueno defraudarlos.

Dejaron el cuerpo muerto de Coyote donde estaba. Llenaron varias cestas de comida y de bebida, las llevaron a la casa de Coyote y cerraron la puerta. Desde entonces la gente cumple los deseos de los difuntos y los entierra rodeados de sus objetos más preciados.

Un buen día, algunos niños se pusieron a jugar junto a la casa de Coyote. Cuando regresaron a sus hogares contaron a sus padres que habían escuchado el ruido de agua hirviendo. Los padres recordaron las palabras de Coyote y riñeron a sus hijos.

—No digas eso. No es el ruido de agua hirviendo, sino el espíritu de nuestro amigo que deambula por la casa.

Después de dar cuenta de toda la comida y toda la bebida que le habían dejado, Coyote se fue de viaje al país de los indios kutenais. Al llegar a su destino, defecó tres veces.

Preguntó a cada defecación:

—¿Qué quieres ser?

El primer montoncito de excremento contestó:

—Seré una piragua de corteza de árbol.

El segundo respondió:

—Me transformaré en un atuendo de piel de búfalo y cuero de ciervo bordado y en una pila de mantas azules.

El tercero dijo:

—Me convertiré en una cabeza con cabellos largos y finos.

Así sucedió. Coyote se puso el atuendo, se colocó la cabeza y cargó las mantas en la piragua. Botó la embarcación y puso rumbo a su poblado. Remó aguas abajo hasta alcanzar la casa de Ratón. Una vez allí se dirigió a la orilla con ayuda del remo. Aquella maniobra provocó un remolino que aún existe hoy en día.

Al verle llegar, los niños gritaron:

—¡Se acerca un forastero en una piragua!

Todos acudieron a presenciar la escena.

—Tiene el aspecto de un indio kutenai —decían.

Le saludaron. El forastero les habló en una lengua que no comprendían. Los vecinos llamaron a Ratón, porque ella entendía muchos idiomas.

Ratón escuchó y tradujo:

—Dice que viene del país de los kutenais. Desea ver la casa donde murió su gran amigo.

Los vecinos susurraron:

—Es el kutenai del que el difunto dijo que vendría.

El forastero preguntó:

—¿Dejó mi amigo algún hijo?

Los vecinos contestaron:

—Dejó a una hija.

El forastero preguntó:

—¿Puedo verla?

Los vecinos fueron a buscar a la joven mujer.

El forastero le preguntó:

—¿Te dijo algo tu padre antes de que muriera?

La hija de Coyote le transmitió la última voluntad de su progenitor.

El forastero anunció:

—Yo soy el hombre del que habló tu padre en su lecho de muerte.

Todos los vecinos le creyeron y dejaron que se casara con la hija de Coyote. Retiraron la piragua del río y desembarcaron las mantas. Ratón las repartió entre los vecinos.

Coyote pasó la noche con su flamante esposa. A la mañana siguiente, la muchacha sintió un picor en la ingle. Se llevó un susto al descubrir que le habían salido unos pelos recios, auténticos pelos de coyote.

La noche siguiente, los vecinos celebraron la llegada del forastero bailando en

torno al fuego. Gallo de las Praderas, que albergaba una oscura sospecha, no paró de hablar durante el baile. Por poco pronuncia el nombre de Coyote. Al rato, estuvo a punto de irse nuevamente de la lengua, pero se contuvo a tiempo y señaló al forastero.

Este gritó a Gallo de las Praderas:

—¡Ten cuidado de no mencionar el nombre del difunto!

En ese instante, la mayoría de los vecinos cayeron en la cuenta de que el forastero era nada menos que el propio Coyote.

—Damos tres vueltas más en torno al fuego —acordaron—. A la cuarta vez exclamamos que Coyote se ha casado con su propia hija y salimos corriendo.

Así hicieron. Gritaron a pleno pulmón:

—¡Coyote se ha casado con su propia hija!

Después pusieron pies en polvorosa.

Coyote estalló en cólera. Persiguió a los vecinos con un bastón en la mano.

—¡Os daré una lección! —vociferó, y los transformó a todos en pájaros.

La hija de Coyote sintió una inmensa vergüenza. Se alejó y saltó al río, donde se convirtió en una roca.

La roca adoptó la forma que tenía el cuerpo de la joven en el momento de caer al agua.

Todavía sigue ahí, con las piernas y los brazos abiertos, y la cara mirando río arriba.

La muchacha que contrajo matrimonio con Cuervo

**Un cuento del pueblo ntlakyapamuk de Estados
Unidos**

Había una vez una joven que vivía en un poblado de casas subterráneas y que rechazaba a todos los pretendientes que acudían a pedir su mano. Aunque venían de lejos, cargados con magníficos regalos de boda, ropajes, conchas y otros bienes preciados, ella ni siquiera los miraba. Los padres de la muchacha y el jefe de la aldea no paraban de reprocharle que despreciase a tantos candidatos respetables.

Los continuos reproches entristecieron a la joven. De no haber sido porque sus hermanos la disuadieron tal vez se habría quitado la vida.

Una mañana, la chica acudió al río a bañarse y a buscar agua.

—¡Ojalá venga un muchacho de muy lejos y me lleve consigo! —exclamó.

Hombre Cuervo, que vivía en la desembocadura del río, escuchó el deseo.

Dijo para sí:

—Muy lejos de aquí vive una bella muchacha que sueña con que vaya a buscarla un hombre. Ojalá pudiera reunirme con ella.

De pronto, se le presentó una aparición:

—Hombre Cuervo, estoy dispuesto a ayudarte con tal de que hagas lo que te ordene. Cierra los ojos y reza dirigiéndote a mí. Si lo haces cumpliré tu deseo.

Hombre Cuervo se arrodilló y rezó con los ojos cerrados.

Al rato, la aparición dijo:

—Abre los ojos y mírate.

Hombre Cuervo descubrió que se había transformado en un cuervo. Tenía patas y alas. Todo su cuerpo aparecía cubierto por plumas negras. Se quedó sin palabras, y le entró miedo.

La aparición le tranquilizó.

—No serás un cuervo siempre. Solo lo serás mientras dure tu viaje hacia la muchacha. Sobrevuela el río aguas arriba. Por la mañana temprano verás a una joven bañándose junto a un poblado de casas subterráneas. Esa joven es la mujer que te desea.

Era primavera, la época en que todos los cuervos sobrevuelan el río.

La muchacha llevaba ya tres mañanas expresando su deseo de tener esposo. La cuarta mañana acudió a primera hora al lugar de siempre. Dejó las cubas de corteza de árbol en el suelo, se quitó la ropa y se metió en el agua.

Volvió a expresar su deseo. Acto seguido se le acercó un cuervo desde el río. Le rozó la cabeza.

La joven le llamó de todo:

—¡No me toques, asqueroso pájaro negro! ¡Me dejarás ciega al echar sobre mí toda esa porquería que sueltan tus patas!

En ese instante, Hombre Cuervo hizo exactamente lo que le había ordenado la aparición. Siguió volando hasta desaparecer del campo de visión de la joven, tomó tierra, cerró los ojos y rezó. Al abrir los ojos, se había transformado de nuevo en un hombre. Caminó hasta el lugar donde se estaba bañando la chica y se sentó encima de sus ropas.

Nada más verle, la joven le pidió que se fuera. Se lo suplicó cuatro veces, pero él no se movió. Tras la cuarta súplica, el hombre contestó:

—Si aceptas casarte conmigo, te devolveré tu ropa.

La muchacha cedió.

—No puedes por menos que convertirte en mi esposo, porque me has visto

desnuda.

Hombre Cuervo cerró los ojos y rezó. Al abrirlos, tenía delante de sí un largo traje de piel de castor y una piragua de cedro. Ofreció el traje de piel de castor a su mujer. Ambos tomaron asiento en la piragua y se alejaron río abajo.

Al comprobar que la joven no volvía, los vecinos de la aldea salieron a buscarla. Junto al río encontraron sus ropas y las cubas de corteza de árbol que solía llevar para luego traer agua. Les asaltó el temor de que se hubiera matado.

Mientras tanto, la muchacha vivía en el país de su esposo, donde dio a luz a un hijo.

El niño acabó preguntando si podía ir a ver a sus abuelos. Día tras día, hacía la misma pregunta.

Al final, sus padres accedieron. Cargados de regalos, los tres montaron en la piragua. Atracaron en el poblado de las casas subterráneas.

La hermana pequeña de la joven los descubrió al acercarse al río en busca de agua. Regresó corriendo a casa, deseosa de transmitir la buena nueva. Los padres acondicionaron la vivienda para recibir a su hija y a su yerno y a su nieto. El yerno los colmó de regalos.

Todos los vecinos bailaron para dar la bienvenida a los forasteros.

La joven familia decidió quedarse a vivir en la aldea de las casas subterráneas, y Hombre Cuervo se integró a la perfección.

De cómo Maman Dlo secuestró a la bella Ti Marie

Un cuento de Trinidad y Tobago

Había una vez una niña llamada Petite Marie. Todos la conocían como Ti Marie.

Su madre, Maman Marie, había muerto. La muchacha vivía con su abuela, Grand-Maman Marie, en una aldea en la costa norte de Trinidad. La aldea se llamaba Blanchisseuse, porque en la desembocadura del río siempre había alguna lavandera. Ti Marie también acudía todas las mañanas a la desembocadura del río para lavar su ropa y la de Grand-Maman.

Un día de mucho calor, en el que el mar estaba como una balsa, Ti Marie levantó la cesta con la ropa sucia del suelo.

—Me voy al río. ¡Hasta luego, Grand-Maman!

—Ti Marie, te quiero ver en casa antes de que anochezca —advirtió Grand-

Maman-. Y acuérdate de no destrozar ninguna planta sin motivo y de no matar ningún animal sin que sea necesario.

—Sí, abuela! —contestó Tí Marie.

—No te alejes de las otras niñas y mujeres. Nunca se sabe qué o quién puede estar escondido en el agua o en la selva.

Para entonces, Tí Marie ya había salido de casa. Corrió hacia su lugar favorito junto al río, mucho más allá de donde se hallaban las demás niñas y mujeres. Era un paraje tranquilo en el que nadie la espiaba.

Tí Marie enjabonó la ropa y la golpeó contra una gran piedra plana, una y otra vez, hasta quitar todas las manchas.

—¡Zis, zas! —cantó la ropa al tiempo que Tí Marie canturreaba a coro con los pájaros de la selva—. ¡Zis, zas!

Después de poner a secar al sol la última prenda y de lavarse de la cabeza a los pies, Tí Marie se apresuró a su poza preferida. Cada mañana admiraba su reflejo en el agua cristalina. No se cansaba de contemplarse a sí misma. Se miraba mientras se peinaba. Se miraba mientras dejaba caer agua sobre sus hombros. Se miraba mientras parpadeaba. Se miraba mientras fruncía los labios. Tí Marie estaba tan absorta en su juego que no vio cómo el sol besaba la superficie acuática y no oyó cómo las otras niñas y mujeres se marchaban a casa.

Tí Marie se sobresaltó al escuchar una voz que interrumpió el gorjeo vespertino de los pájaros.

—¿Quién es esa bella muchacha?

—¿Quién es esa bellísima lavandera?

—¡Yo! —exclamó Tí Marie antes de taparse rápidamente la boca con la mano.

Miró a su alrededor, alarmada. ¿Algo se movía en el agua? ¿De dónde venía esa voz? ¿De la selva o de la poza?

—¡Se llama Tí Marie!

—¡Esa bellísima lavandera!

—Sí, soy yo, Tí Marie! —exclamó Tí Marie antes de volver a taparse rápidamente la boca con la mano.

La voz sonaba demasiado grave para ser de una mujer y demasiado aguda para ser de un hombre.

—Por favor, déjeme verle... —suplicó Tí Marie.

Un viento fresco sobrevoló el agua. Tí Marie sintió un escalofrío, la superficie de

la poza se arrugó. La joven vio aparecer bajo el agua el rostro de una mujer. Llevaba collares de vivos colores al cuello y aros en las orejas. Tenía la tez oscura.

La mujer se acercó a Tí Marie balanceándose.

—Bella muchacha, ¿quieres que te haga aún más bella? —le susurró—. ¿Quieres ser tan hermosa que nadie pueda resistirse a ti? ¿Qué me dices, bella lavandera? ¿Sí o no? ¿No o sí?

A cada palabra, el cuerpo de la mujer se mecía. Tí Marie no lograba quitarle los ojos de encima. La mujer sacó medio cuerpo del agua. Tí Marie se quedó de piedra. Bajo el rostro, los hombros, los pechos... serpenteaba el poderoso cuerpo de una gigantesca serpiente.

Tí Marie recordó lo que le había contado Grand-Maman Marie sobre la mujer-serpiente que vivía en el agua, la temida Maman Dlo. La única manera de escapar pasaba por quitarse el zapato izquierdo, darle la vuelta y caminar de espaldas a casa, pero Tí Marie no llevaba calzado y era absolutamente incapaz de moverse.

—Maman Dlo, no he hecho nada malo —tartamudeó—. No he destrozado la más mínima planta ni he matado un solo animalito.

—Ya lo sé —siseó Maman Dlo—. Tranquila, mi niña presumida. ¿Quieres ser la más bella? ¿Sí o sí?

La voz sonaba dulce como el azúcar, el cuerpo de serpiente se bamboleaba con lentitud. Tí Marie no pudo hacer otra cosa que asentir con la cabeza.

Maman Dlo golpeó el agua con su poderosa cola. Parecía que, de un solo golpe, fuera a partir por la mitad todos los árboles, incluidos los más altos gigantes de la selva. Maman Dlo golpeó el agua con su cola hasta llenarla de olas y torbellinos. Nubes de espuma rodearon a Tí Marie. La apresaron unos brazos tersos, y se la tragó un remolino.

Cuando el sol se hubo hundido en el mar, Grand-Maman Marie y las otras mujeres de la aldea salieron en busca de Tí Marie. Hallaron sus ropas, el jabón y la cesta vacía en la orilla. Al ver relucir las prendas lavadas sobre la gran piedra plana las recogieron. Para entonces estaban ya más que secas.

Contemplaron las burbujas de espuma sobre el agua y las brillantes escamas junto a la poza. No necesitaron saber más. Quien era secuestrada por Maman Dlo se convertía en una de sus sirenas y estaba obligada a servirle día y noche. A veces sacaban medio cuerpo del agua para seducir a algún apuesto muchacho con su voz azucarada y sus besos especiados.

Grand-Maman Marie se quedó pensativa. A su nieta solo le quedaba una oportunidad. Lo único que podía salvarla era un amor más poderoso que el hechizo de Maman Dlo. No valía el amor de padres o abuelos, por demasiado evidente. ¿Existía algún cuerpo ajeno que adorase a Tí Marie y que soñase con un lazo superior a los lazos de sangre o de leche?

Grand-Maman Marie fue a ver a Tí Jean.

—Maman Dlo ha secuestrado a Ti Marie.

El grito de Ti Jean fue más desgarrador que el que había proferido la abuela. Grand-Maman Marie vio confirmada su intuición.

—Pídele lo que deseas pedirle desde hace tiempo, Ti Jean.

—¿Estás segura de que tengo alguna posibilidad? —suspiró el joven.

—¡Segurísima, Ti Jean!

—¿Y si Ti Marie se ha convertido en una serpiente?

—Solo tu amor puede salvarla.

Grand-Maman Marie guardó silencio. Ella había dicho lo que tenía que decir. Ahora le tocaba actuar a Ti Jean.

Tan pronto como salió el sol, Ti Jean se apresuró a la poza preferida de Ti Marie.

—Ti Marie, déjame verte... —suplicó—. ¡No puedo vivir sin ti!

Un viento fresco sobrevoló el agua. Ti Jean sintió un escalofrío, la superficie de la poza se onduló. El joven vio aparecer bajo el agua el rostro de Ti Marie. La muchacha se acercó a Ti Jean balanceándose.

Ti Jean respiró aliviado.

—Eres la más bella —susurró—. Vente conmigo.

El bamboleante cuerpo de Ti Marie salió un poco del agua.

—¡Si no hay más remedio iré yo contigo! —exclamó Ti Jean.

El cuerpo de Ti Marie salió un poco más del agua.

—¡No importa que haya escamas donde antes había piel! —añadió Ti Jean.

Se quitó las botas altas y las dejó en la orilla.

Nadie supo explicar cómo lo consiguió, pero Ti Jean se trajo consigo a Ti Marie.

La joven regresó a casa calzando las botas altas de Ti Jean y no se las quitó jamás. Las llevaba puestas cuando se casó e incluso cuando dio a luz.

Años después, cuando Ti Marie se hubo convertido a su vez en una Grand-Marie, se desató inesperadamente una terrible tormenta. Buena parte de los vecinos de la aldea se hallaban en plena mar y corrían el riesgo de morir. Grand-Marie estaba de pie en el barco de la familia, erguida como un mástil sobre sus largas botas. Inclinó el cuerpo por encima de la borda hasta casi tocar el agua.

—¡Maman Dlo! —gritó.

El resto de sus palabras se las llevó el viento. Nadie supo explicar cómo lo consiguió, pero los barcos llegaron intactos a la aldea.

—Cric? ¡Crac!
La Luna habló,
y el cuento se acabó.

De cómo Aminao encontró a su esposo en la selva

Un cuento del pueblo trío de Surinam

Había una vez una niña que se llamaba Aminao. Le encantaban los anacardos silvestres que crecían en las profundidades de la selva amazónica. Nunca se cansaba de comerlos. Día y noche soñaba con su olor y su sabor. Sus hermanos tenían que darse prisa para no quedarse sin ellos.

Cada vez que Aminao salía a labrar la tierra con su madre, suplicaba sin parar:

—Por favor, mamá, llévame a las profundidades de la selva, más lejos de lo que hemos ido nunca, allí donde abundan los anacardos silvestres.

Su madre se negaba invariablemente.

—No vamos a meternos en lo más profundo de la selva, donde no se atreve a ir nadie. Es peligroso.

Sin embargo, Aminao insistía.

—Me muero de ganas. Por favor, llévame a lo más profundo de la selva.

Un buen día, la madre de Aminao, harta de escuchar las súplicas de su hija, cedió. Ambas abandonaron el campo de cultivo y se pusieron en camino, selva adentro. Cada vez que su madre vacilaba, Aminao la convencía para seguir adelante. Al principio, veían huellas de cazadores y animales salvajes, pero después de un tiempo solo encontraban ya huellas de animales.

Cuando al fin encontraron un árbol con anacardos silvestres, la madre respiró aliviada.

—¡Venga, recoge todos los que puedas para que podamos volver a casa!

—Primero voy a hacer pis —anunció Aminao.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó su madre—. Los espíritus de la selva perciben la orina de mujer desde lejos. La huelen como si fueran perros. ¡Será mejor que esperes a que lleguemos al poblado!

Aminao no le hizo caso.

—¡No puedo esperar!

Salió corriendo hasta donde su madre ya no podía verla.

—¡Te atraparán! ¡No volveremos a verte jamás! —sonó la voz quejumbrosa de su madre en la lejanía.

Nunca antes Aminao había orinado tanto. De pronto, escuchó un silbido. «Fiufiuuuu...» La joven miró a su alrededor con curiosidad. «Fiufiuuuu...» Aminao se empeñó en averiguar qué o quién emitía semejante ruido. Con mucho cuidado se deslizó hacia los silbidos.

Ante ella se erigía un muchacho robusto. Tenía el rostro estrecho pero enérgico, orejas grandes y redondas y el pelo erizado. Su cuerpo se veía musculoso y velludo. Nunca antes Aminao había visto a un hombre con pelo en el vientre, en el pecho y en la espalda. Nunca antes Aminao había visto a un hombre creado con tal generosidad.

El muchacho silbaba sin mover los labios. El sonido salía de su larga nariz: «Fiuiuuu...».

El joven miró a Aminao y soltó un chasquido: «Chis chas...». Como si le hubiera dado el visto bueno. Olía a selva y a anacardo silvestre.

—¿Quién eres? —susurró Aminao.

—Vivo aquí —contestó el muchacho mientras señalaba un angosto sendero a sus espaldas—. Esta es mi senda. ¿Y tú? ¿Dónde vives?

—En el poblado —respondió Aminao—. Estaba buscando anacardos. Me gustan mucho.

—Ya lo sé —dijo el muchacho.

—¿Cómo que ya lo sabes? —preguntó Aminao asombrada.

—Hueles a anacardos de la cabeza a los pies porque te has hartado de ellos. A mí también me gustan. Nadie en la selva consigue tantos como yo.

—¿En serio?

—En serio. En el árbol que has visto antes apenas había anacardos, ni colgando de las ramas ni caídos en el suelo. Mañana te mostraré uno que tiene diez veces más. Está cuajado de anacardos. Los recogeremos juntos, los comeremos juntos y luego nos bañaremos juntos. ¿Te gusta bañarte?

—Me baño todas las mañanas y todas las tardes con mi madre.

—¿Por qué no dejas a tu madre en casa? —sugirió el joven—. Será más divertido sin ella.

—No sé si me atrevo a entrar sola en la selva —titubeó Aminao—. ¿Y si me pierdo?

—Procura estar en el campo labrado a primera hora de la mañana. Te guiaré hasta aquí con mis silbidos.

Aminao estiró la mano. El muchacho tenía la nariz suave a la vez que vigorosa.

—¡Ahí estaré!

La joven volvió a acariciarle la nariz antes de despedirse.

—¡Por fin! —suspiró su madre—. ¿Se puede saber dónde te has metido? Te oía hablar, pero no había forma de dar contigo.

—Me he topado con un chico —explicó Aminao—. Sabe dónde encontrar anacardos.

—¿Lo conocías?

Aminao asintió con la cabeza. Era cierto. Tenía la impresión de conocer al joven desde hacía tiempo. Y sentía ganas de conocerlo mucho mejor aún.

Después de recoger rápidamente unos cuantos anacardos, Aminao y su madre

regresaron a la aldea. Por una vez la muchacha no escatimó con sus hermanos. Disfrutó de sus sueños más que de los anacardos. Se pasó la noche escuchando: «¡Chis chas!».

A la mañana siguiente, Aminao se puso a cultivar la tierra con los ojos puestos en la selva y los oídos bien abiertos. Al primer silbido se dirigió a la choza donde guardaban el cántaro de agua. Fingió tener sed y, aprovechando un momento de descuido de su madre, se alejó a hurtadillas.

El muchacho le pareció incluso más guapo que el día anterior.

—Chis chas. ¡Qué bien hueles! ¡Venga, vamos!

Aminao le siguió por el angosto sendero pisando las huellas que él iba dejando. El joven andaba deprisa, cada vez más lejos. Nunca antes Aminao se había adentrado tanto en la selva. Caminaron hasta el anochecer. Se pararon junto a una poza. El muchacho se metió en el agua. Aminao le siguió. Debajo del agua, el joven también se mostraba suave y vigoroso.

—Eres lo más rico que he probado jamás —chasqueó.

Aminao asintió con la cabeza, decidida a quedarse con él para siempre.

Durante el día, su amante dormía profundamente: por la noche se despertaba y salía en busca de comida. Al principio, Aminao se despertaba por el día y se quedaba dormida por la noche, pero poco a poco su cuerpo se fue adaptando. Nunca antes había comido tantos anacardos silvestres. Nunca antes se había sentido tan saciada. Sin embargo, por más que Aminao disfrutase de sus anacardos silvestres y de su amante, llegó un momento en que empezó a añorar las voces de sus padres y sus hermanos, y a los vecinos de la aldea y la comida humana: torta de mandioca, pescado a la brasa, rana cocida al vapor, caimán asado, guiso de jabalí.

Un buen día pasaron junto a unas tierras que a Aminao le resultaban muy familiares.

—¡Ahí está nuestro campo de labranza! ¡Esa es la choza donde mi madre guarda el cántaro de agua! ¡Y esos son nuestros plátanos! ¡Ahí crecen nuestras piñas! ¡En esa zona está enterrada la mandioca! ¡Y ahí está el raspador con el que raspamos!

Aminao se comió un plátano y un trozo de piña y se dio un trago de agua del cántaro. Se le saltaron las lágrimas.

—Ay, amor mío —le dijo su amante—, ¿quién te dice a ti que este es vuestro campo de labranza? ¡Todas las tierras se parecen entre sí!

La consoló estrechándola entre sus brazos fuertes y velludos.

—¿Por qué no vamos a ver a mi familia al poblado? —le suplicó Aminao—. Los echo mucho de menos.

—Debo confesarte algo —reconoció su amante—. Tengo que quedarme en la selva. Si voy a la aldea me muero.

Mientras tanto, los padres y los hermanos de Aminao habían buscado a la muchacha por todas partes. Todos los días rastreaban las tierras junto al campo de labranza.

—Cómo huele a anacardo —observó el padre—. ¡Ni que nuestra hija hubiera pasado por aquí!

—¡Cuántas huellas de tapir! —exclamaron los hermanos de Aminao.

Siguieron el rastro selva adentro.

—Algo se mueve entre aquellos arbustos —señaló el hermano pequeño.

—Bah, solo son dos taires que huyen de nuestras voces —replicó el mayor.

El padre de Aminao había preguntado reiteradas veces a su esposa: «¿Acaso os encontrasteis a alguien el día anterior a la desaparición de nuestra hija cuando os adentrasteis en la selva?».

Y la madre de Aminao siempre contestaba entre suspiros: «Nuestra hija habló con un joven conocido».

Habían salido al menos cien veces en busca del lugar donde Aminao había orinado, pero por más que buscaran no conseguían localizarlo.

Desesperados, acudieron al *pijai*, el chamán, conocedor de los mundos que el común de los mortales no suele pisar. El *pijai* encendió un fuego grande e invocó a los espíritus de las aguas y las selvas.

—Ha desaparecido una niña de nuestro poblado. Os lo pregunto encarecidamente: ¿la habéis visto?

Los espíritus de las aguas y las selvas contestaron:

—¡No!

Sin embargo, el espíritu del tapir preguntó:

—¿Era joven y fresca?

El *pijai* asintió con la cabeza.

—Estaba recién preparada para la vida.

—¿Olía a anacardos? —quiso saber el espíritu del tapir.

El *pijai* asintió con la cabeza.

—¿Acaso la has visto y oido?

—Es lo más rico que he visto, oido, oido y probado nunca.

—¿De modo que tuvisteis relaciones?

El espíritu del tapir emitió un chasquido.

—¿Cómo iba a resistirme?

El *pijai* fue a ver a los padres y los hermanos de la muchacha.

—Quien se pierde en la selva sin que nadie le toque tiene posibilidades de regresar. Sin embargo, el tapir y vuestra hija se han fundido. Él está dentro de ella y ella está dentro de él. Lo fluido se mezcló con lo fluido. Nunca más podrán separarse.

Mientras tanto, el vientre de Aminao se fue hinchando. Cuanto más se hinchaba, más vello le salía. Y cuantó más velluda se tornaba su piel, más chasquidos emitía su amante. De vez en cuando, el muchacho le introducía un dedo. Con mucha cautela le exploraba el regazo. Extraía el fruto con sumo cuidado, depositaba el pequeño ser sobre un lecho de hojas secas y miraba cómo dormía. Después volvía a guardarlo dentro del regazo de Aminao.

—¿A qué viene eso? —le preguntó Aminao—. ¿Por qué sacas lo que llevo dentro?

—Si crece mucho terminará siendo demasiado grande y pesado para ti. Quiero asegurarme de que tenga el tamaño perfecto para que no te desgarre al salir.

A veces Aminao sentía un poco de miedo al pensar en ese momento, pero su amante siempre lograba tranquilizarla.

—Mira. Encaja muy bien. Lo meto y lo saco sin problemas.

Una mañana salió un niño del vientre de Aminao. Tenía las orejas grandecitas y redondas y el pelo erizado. Silbaba bajito. Aminao contó las rayas de su pelaje con el dedo. Su hijo chasqueó y bebió.

—¿Por qué no vamos a ver a mi familia al poblado? —propuso Aminao—. Me gustaría que conociesen a nuestro hijo.

—Jamás nos aceptarán a mí y a nuestro hijo —replicó su amante.

—Podríamos intentarlo —suplicó Aminao—. Quiero ir a ver a mi madre, con nuestro hijo atado a mi espalda envuelto en una corteza de árbol. Nos abrazará a mí y a nuestro hijo.

—Pero tu padre y tus hermanos me pedirán que tome otro sendero. En algún punto me aguardará una trampa con lanzas de bambú. Después de sacar a nuestro hijo de la corteza de árbol señalarán su pelaje rayado, sus pezuñas... Y a ti te quemarán el vello del vientre y de la espalda hasta quitarte el último pelo.

Conforme su amante le iba hablando, Aminao veía la escena con tal nitidez que sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Nos quedaremos en la selva —concluyó—. He elegido.

Anasi traiciona a Jejeta

Un cuento del pueblo saramaka de Surinam

Érase una vez una mujer que soñaba con tener un hijo. Todas sus amigas tenían uno o más. Ella era la única que se paseaba por el poblado con las manos y las caderas vacías.

Las madres de la aldea reñían a menudo a sus hijos.

—¡Menudo salvaje estás hecho!

—¡No seas tan tragón!

—¡Sé un poco más prudente!

—¡Ven a echarme una mano, inútil!

En esos momentos la mujer sin hijos comentaba siempre a su marido:

—Hacen un mundo de nada. Si yo...

Y el marido la consolaba una y otra vez estrechándola entre sus brazos. Pero no hubo hijo.

En una noche iluminada por la luna, mientras su marido dormía profundamente, la mujer se lamentaba en el embarcadero junto al río.

—¡Ay, ojalá tuviera un hijo! —lloraba mientras sus lágrimas caían al agua del río—. No me importa cómo sea. Me conformaría con cualquier niño, por salvaje, tragón, imprudente o inútil que fuese. Hasta me conformaría con el niño más extraño del mundo.

Después de murmurar una veintena de veces las mismas palabras, la mujer vio que algo se movía en la espuma junto a la orilla. Sacudió la cabeza, cerró los ojos y volvió a abrirlas. Con aquello que yacía ahí había soñado mil veces. No podía ser cierto, debía de estar soñando. ¿Acaso se había quedado dormida? Se mordió la mano y miró de nuevo. En la espuma junto a la orilla había un bebé desnudo. Era una niña.

Al ver que el bebé gimoteaba y agitaba las manos y pataleaba en el aire, la mujer se acercó. Estiró la mano. Tenía la piel tan suave y tan cálida como los hijos de sus amigas.

La mujer miró a su alrededor en busca de una madre que hubiera dejado un momento a su hija mientras se bañaba. No vio a nadie. Además, nunca antes había visto a la niña. De eso estaba segura, porque había contemplado tanto a todos los niños de los alrededores que los conocía a la perfección.

Por entre los arbustos se escuchó una voz.

—Se llama Jejeta.

—¿De quién es esta niña? —susurró la mujer—. ¿Quién es su padre? ¿Quién es su madre? ¿De dónde viene?

—Esta niña nació de la espuma, de Sukuma —contestó la voz—. Como no te importaba de qué estuviera hecho el bebé...

La mujer se tapó la boca con la mano mientras asentía a la vez que negaba con la cabeza.

—¿Es para...?

—Es para ti —prosiguió la voz—. Cuídala bien, mujer. Eso sí, no cuentes a nadie de

dónde viene ni de qué está hecha. Basta que se lo comentes a alguien para que la niña Jejeta vuelva a convertirse en espuma, en Sukuma.

—No contaré jamás de dónde viene Jejeta. Lo prometo —dijo la mujer mientras levantaba a la niña con cuidado.

La araña macho Anasi, que se hallaba escondida entre los arbustos, lo escuchó todo. Siguió a la mujer, que se apresuró a su casa para despertar a su marido y enseñarle la niña.

—Mira, nuestro deseo se ha cumplido.

—¿De dónde has sacado a ese bebé, mujer? —preguntó el hombre, asombrado.

—Se llama Jejeta. Más no puedo decir. No vuelvas a preguntarme. ¿Me lo prometes?

El hombre asintió con la cabeza.

—Pero ¿qué decimos a la gente?

—A todo el que pregunte diremos que es nuestra hija y que se llama Jejeta. Ya dejarán de hacer preguntas.

Al día siguiente, los vecinos contemplaron perplejos al precioso bebé.

—¿De dónde viene esta criatura? Si no tenías barriga...

—Qué niña más hermosa. ¿Quién es el padre?

—¿De dónde la habéis sacado?

Las preguntas arreciaban, pero el hombre y la mujer daban siempre la misma respuesta:

—Es nuestra hija y se llama Jejeta.

A quienes insistían les contestaban:

—Se llama Jejeta. Es lo único que podemos decir.

Jejeta creció feliz. Su cálida sonrisa reconfortaba a todo el que la veía.

Cuando le preguntaban quién era y de dónde venía, ella entonaba una canción:

Mi mama kai mi Jejeta.

Mi tata kai mi Jejeta.

Mi mamá me llama Jejeta.

Mi papá me llama Jejeta.

En cuanto Jejeta se convirtió en mujer, hubo siempre muchos jóvenes de la aldea merodeando por las inmediaciones de la choza de sus padres.

También la araña macho Anasi, que llevaba mucho tiempo casado, tenía una sarta de hijos y lucía ya más de una cana, vistió sus mejores galas y se puso su sombrero de copa para ir a ver a Jejeta.

Los muchachos se burlaban de él:

—Anasi, viejo verde, ¿de veras crees que tienes alguna posibilidad?

Sin embargo, no había quien alejara a Anasi de Jejeta. La araña se presentaba ante ella una y otra vez.

—Eres la más bella, Jejeta.

—¿Y tu mujer? ¿Acaso no es ella la más bella? —replicaba la joven.

—Te seré fiel el resto de mi vida, Jejeta.

—¿No es algo que ya has prometido en otra ocasión?

—Haré todo lo que me pidas, Jejeta, con tal de que seas mía.

A Jejeta ni se le ocurrió ceder. La araña Anasi había demostrado cientos de veces lo codiciosa y lo embustera y lo falsa que era. No había niña ni mujer a la que dejara en paz. Bastaba llevar falda para que Anasi soltase su repertorio de palabras melosas.

—Mantente lejos de él —susurró la madre de Jejeta—. Es un ser que no respeta nada ni a nadie.

Jejeta rechazó a la araña macho con tono educado pero firme:

—Olvídate de mí, Anasi. Algun día elegiré, pero no será a ti. ¡Vuelve con tu esposa!

Presa de la rabia, la araña Anasi golpeó el suelo con todas sus patas. Se acordó de la amenaza que había escuchado tiempo atrás, cuando la madre de Jejeta encontró a la niña: «No cuentes a nadie de dónde viene ni de qué está hecha. Basta que se lo comentes a alguien para que la niña Jejeta vuelva a convertirse en espuma, en Sukuma».

La araña Anasi fue a ver nuevamente a Jejeta.

—Jejeta, si no aceptas ser mía, te diré de dónde vienes.

Jejeta cantó:

Mi mama kai mi Jejeta.

Mi tata kai mi Jejeta.

Mi mamá me llama Jejeta.

Mi papá me llama Jejeta.

La araña Anasi fue a ver a la madre de Jejeta.

—Madre de Jejeta, quiero a tu hija para mí. Si no se convierte en mi mujer, diré de dónde viene. Vi cómo la encontraste en medio de la espuma, escuché el secreto. Lo revelaré si Jejeta continúa rechazándome.

—No hagas eso —le suplicó la madre de Jejeta—. ¡Anasi, por favor! ¡No reveles de dónde viene mi hija! ¡Volveremos a perderla!

Sin embargo, la araña Anasi no se dejó ablandar.

—Me da igual lo que suceda con Jejeta. ¡Si no puede ser mía, no será de nadie! Anasi convocó a todos los vecinos de la aldea.

—Debo deciros algo importante. ¿Queréis saber de dónde viene Jejeta? ¿Queréis conocer su secreto? ¡Pues acudid al embarcadero!

Poco después, todos estaban congregados junto al río. La araña Anasi se subió a un alto árbol y, tras recabar la atención del público, exclamó a voz en grito:

—Estaba aquí cuando la madre de Jejeta encontró a la niña. Escuché lo que se dijo sobre la pequeña.

—¡Anasi, no sigas! —le rogaron los padres de Jejeta.

Pero la araña hizo oídos sordos a sus súplicas. Gritó a pleno pulmón:

—¡Jejeta está hecha de espuma! ¡Sí, de espuma! ¡De Sukuma!

Todos contemplaron a Jejeta, boquiabiertos. Acto seguido, la niña Jejeta volvió a convertirse en espuma, en Sukuma. Sobre el agua quedó flotando una triste canción:

Mi mama kai mi Jejeta.

Mi tata kai mi Jejeta.

Anasi kai mi Sukuma, ¡ay!

Mi mamá me llama Jejeta.

Mi papá me llama Jejeta.

Anasi me llama Sukuma, ¡ay!

Los padres de Jejeta estaban desconsolados. No solo ellos, también los otros vecinos de la aldea echaban de menos a la joven. Todos estaban enfadados con la araña Anasi, que una vez más había empañado la felicidad ajena.

Ya nadie quiso saber de él.

En cualquier caso, por más que se lamentaran, Jejeta no regresó.

Secuestrada por la serpiente gigante

Un cuento del pueblo saramaka de Surinam

En un poblado a orillas del Gran Río vivía tal cantidad de bellas muchachas que los hombres jóvenes acudían de todas partes a verlas.

A las muchachas les agradaba que las mirasen y ellas a su vez miraban a todos con atención, recordando las palabras de sus abuelas: «Si te gusta un chico,

obsérvalo bien cuando está de fiesta, porque así sabrás si en vuestra choza habrá lugar para la risa. Obsérvalo bien mientras trabaja, porque así sabrás si cuidará de ti y de vuestros hijos. Obsérvalo bien cuando se baña, porque así sabrás si podrá hacerte feliz en la cama».

Las muchachas abrían bien los ojos, y al final, algunas antes y otras después, aceptaban a algún joven prometedor en la fiesta, el trabajo y el baño.

Solo Anki, que quizá fuera la más bella y sin duda la más insolente de todas, se negaba una y otra vez.

—¡Hueles que apestas! —gritaba mientras le daba una patada a un muchacho.

—¡No tienes fuerza! —se reía al arrojar a otro del puente de un empujón.

—¡Caminas encorvado! —vociferaba asestándole un codazo a uno de los jóvenes.

—¡Qué flaco! —chillaba, o: —¡Qué gordo!

Muchos hombres deseaban estar con ella, pero Anki no quería a ninguno. Su voz afilada los ahuyentaba a todos.

Los padres de Anki, que no tenían más hijos, se hallaban al borde de la desesperación.

—Anki, hija, ¿de veras no te conformas con nadie?

Los más valientes continuaron insistiendo, pero ella no aprobó a ninguno.

Ni siquiera se salvó KwataKwata, el pájaro más bonito y más afable de muchas leguas a la redonda. Cuando obsequió a Anki con su canto matutino, la muchacha exclamó:

—¡Basta, KwataKwata, eres demasiado bobo y pequeño para mí!

Por entonces, nada menos que Aboma, la serpiente más grande de todo el Río Grande, se enteró de que la muchacha más bella del mundo vivía cerca y seguía sin esposo.

Un buen día, Aboma salió del Gran Río y se encaramó a la orilla. Recorrió serpenteando el sendero que conducía del río al poblado.

Al cruzarse con un hombre, Aboma preguntó:

—¿Me prestas tus pies? Si no te importa, dame también tus piernas.

El hombre le tenía tanto miedo a la serpiente gigante que le prestó sus pies y sus piernas sin rechistar.

Aboma prosiguió su camino. Al cruzarse con otro hombre, le preguntó:

—¿Me prestas tus manos? Si no te importa, dame también tus brazos.

El hombre le tenía tanto miedo a la serpiente gigante que le prestó sus manos y sus brazos sin rechistar.

Aboma prosiguió su camino, agitando los brazos y las manos y dando golpes con las piernas y los pies. Al cruzarse con el tercer hombre, le preguntó:

—¿Me prestas tu vientre? Si no te importa, dame también tu espalda.

Contento, Aboma reanudó la marcha. Al cruzarse con el cuarto hombre, le preguntó:

—¿Me prestas tu cabeza? Si no te importa, dame también tu cabello.

Entre silbidos, Aboma continuó hasta cruzarse con el quinto hombre. Le preguntó:

—¿Me prestas tu ropa? Si no te importa, dame también tus zapatos, tu reloj, tu sombrero y tu cadena de oro.

Cuando la tarde daba paso a la noche se presentó en la aldea de Anki un hombre increíblemente hermoso. Todas las mujeres y las niñas revoloteaban a su alrededor.

Anki las apartó una a una y exclamó:

—¡Mamá, papá, este es el que quiero!

Su abuela le susurró:

—Espera a ver cómo festeja y trabaja y se baña.

—No hace falta —se rio Anki.

Su madre le suplicó:

—¡No te precipites! Nadie sabe quién es ese joven. Nadie conoce a sus padres ni sabe de dónde viene.

Pero Anki ignoró todos los consejos.

—¡Lo quiero a él y a nadie más!

Aboma estaba en la gloria.

—Necesito casarme cuanto antes —anunció—. No puedo ausentarme por mucho tiempo de mi reino. Quiero estar casado antes de que se ponga el sol.

—Yo también —asintió Anki—. ¡Lo estoy deseando!

—¿Estás segura, hija? —le preguntaron sus padres por enésima vez—. Ya has esperado tanto que una semana más o menos no hará la diferencia. Nos daría tiempo a averiguar quién es y de dónde viene.

Para entonces Anki ya había estrechado a Aboma entre sus brazos.

—¡Nos vamos a casar ahora!

No quedaba más remedio que preparar y celebrar la boda a toda velocidad. Los vecinos acudieron a sus casas a por algo de comer y de beber. Todos comieron y bebieron. Menos Aboma.

«Esto no pinta nada bien», pensaron los padres de Anki. «Un hombre que no sabe estar de fiesta no puede ser fuente de muchas alegrías.»

—¿Por qué no pruebas estos plátanos fritos? —sugirió el padre de Anki mientras le ofrecía los trocitos más suculentos.

—No me gustan los plátanos fritos —replicó Aboma.

—Pues toma un poco de piña.

—Tampoco me gusta.

—Hay calabaza, sandía, pepinos, frijoles, cacahuetes...

—¡Si yo no como nada de eso! —exclamó Aboma.

—Entonces ¿qué comes? —le preguntó el padre de Anki.

—Quiero un huevo —exigió Aboma.

—Huevos no tenemos —contestó la madre de Anki—. Se han acabado. Seguro que mañana habrá.

—Pues me voy a casa. ¡Ahí tengo huevos de sobra! —gritó Aboma.

Los padres de Anki protestaron:

—¡Quedaos a dormir aquí! Aún estamos en plena fiesta. ¡Mañana por la mañana te ofreceremos todos los huevos que quieras!

No había manera. Aboma arrastró consigo a su flamante esposa. Anki apenas tuvo tiempo de despedirse de sus padres. Se marcharon corriendo por el sendero junto al río.

—¡Más deprisa! —ordenó Aboma—. ¡Tengo hambre!

Aboma y Anki se cruzaron con un hombre que rogó:

—Por favor, devuélveme mi ropa, mis zapatos, mi reloj, mi sombrero y mi cadena de oro.

Aboma se lo quitó todo y lo entregó al hombre. Anki se llevó un susto al ver a su esposo desnudo. Sin ropa resultaba mucho menos atractivo de lo que se había imaginado. «Ojalá lo hubiera observado mientras se bañaba», pensó Anki.

—¡Venga! —le espetó Aboma, tirando de ella con rudeza.

Aboma y Anki se cruzaron con otro hombre, que rogó:

—Por favor, devuélveme mi cabeza, y también mi cabello.

Aboma le devolvió lo que había tomado prestado. A Anki se le encogió el corazón al mirar a su esposo. Aboma le dirigió una mirada glacial y se la llevó a rastras. «Ojalá lo hubiera observado mientras estuviese de fiesta», pensó Anki.

Aboma se paró junto a todos los nidos que encontraron por el camino. Los pájaros alzaron el vuelo, atemorizados.

La lengua de Aboma entraba y salía rápidamente de su boca de serpiente.

—¡Un huevo! ¡Quiero un huevo!

Aboma y Anki se cruzaron con otro hombre, que rogó:

—Por favor, devuélveme mi vientre, y también mi espalda.

Aboma le devolvió lo que había tomado prestado y prosiguió su camino, arrastrando a Anki, hasta que se cruzaron con otro hombre, que rogó:

—Por favor, devuélveme mis manos y mis brazos.

Aboma le devolvió lo que había tomado prestado y prosiguió su camino, arrastrando a Anki, hasta que se cruzaron con otro hombre, que rogó:

—Por favor, devuélveme mis piernas y mis pies.

Aboma le devolvió lo que había tomado prestado.

Fue entonces cuando Anki sintió realmente un miedo de muerte hacia la serpiente gigante que era su esposo, pero ya no podía escapar. Aboma la envolvía con su poderoso cuerpo serpenteante.

—Estamos a punto de llegar a mi reino, querida —siseó—. Ahí no te faltará de nada.

—Quiero volver con mi madre —chilló Anki.

Aboma se rio de ella.

—¡No seas pesada! Estamos casados. Somos inseparables.

Mientras pasaban por el puente, Aboma echó una ojeada a las profundas aguas.

—Nos vamos a meter ya mismo.

Anki miró a su alrededor, desesperada. En ese instante un pájaro pasó por encima de ellos. Anki lo reconoció enseguida.

—¡Ayúdame, KwataKwata! —le suplicó—. ¡Ayúdame, por favor! Me he casado con Aboma.

KwataKwata voló un poco más bajo.

—¿Eres tú, Anki?

—¡Soy yo, KwataKwata! ¡Te necesito!

—¿Ah sí? Creía que era demasiado bobo y pequeño. ¡Me insultaste!

—Lo siento, KwataKwata. ¿Me perdonas? —sollozó Anki.

KwataKwata volaba cada vez más bajo.

—¡A que te cazo, estúpido pájaro! —siseó Aboma.

—¡Mis huevos! —gimió KwataKwata—. ¡Busco mis huevos! Los he dejado caer y no los encuentro por ningún lado.

—¡¿Huevos?! ¡¿Dónde?!?

Aboma se inclinó sobre el pretil y medio soltó a Anki.

KwataKwata descendió hasta que Anki pudo agarrarle por las patas. Acto seguido, el pájaro volvió a ganar altura.

Rojo de ira, Aboma golpeó el agua con su cola.

—¡Ven aquí, Anki! ¡Eres mía!

Sin embargo, KwataKwata llevó a Anki sana y salva a la aldea, donde la muchacha relató lo ocurrido.

Anki se disculpó con KwataKwata. Le regaló su pañuelo más bonito.

Así es como todavía hoy este pájaro lleva un magnífico chal al cuello.

Así es como todavía hoy las madres y las abuelas cuentan esta historia a sus hijas y a sus nietas cada vez que ven u oyen a KwataKwata.

Y se hace ver y oír a menudo.

Sobre el origen de las manchas de la luna

Un cuento del pueblo ticuna de Brasil

Érase una vez una joven preciosa. Noche tras noche acudía a su hamaca un hombre que hacía el amor con ella, pero al que, en la oscuridad, no lograba ver.

Por supuesto, deseaba saber quién era su amante, de modo que decidió prepararle una trampa. Se cubrió las palmas de las manos con *jenipapo*, un tinte entre azul marino y negro que había sacado de los frutos del *jenipapeiro*. A la noche siguiente, cuando el hombre volvió a hacer el amor con ella, le plantó las palmas de las manos en la espalda.

Nada más salir el sol, la muchacha se dejó llevar por la curiosidad. Recorrió su poblado y las aldeas de los alrededores en busca de un joven fuerte con manchas negras en la espalda.

Empezó buscándolo lejos, pero lo encontró muy cerca. Demasiado cerca.

Junto a su casa vio que su hermano empuñaba un arco. Para su consternación, tenía la espalda cubierta por huellas de mano negras. Así fue como descubrió que su amante nocturno era su hermano de sangre.

La muchacha profirió un grito desgarrador. Acudieron todos los vecinos.

—¿Qué ha pasado?

—¡Una desgracia! —logró articular a duras penas.

—¡Eso no puede ser, eso no debe ser! —vociferaron los vecinos cuando comprendieron lo que había sucedido.

Furibundos, persiguieron al hermano de la muchacha.

El chico echó a correr para salvar su vida. Tanto corrió que ascendió al cielo.

Se convirtió en la luna manchada.

Una vez arriba, miró abajo.

Desde entonces sus hermanas pierden fluido mes tras mes.

El delfín rosado persigue a la muchacha ensangrentada

Un cuento del pueblo ticuna de Brasil

Érase una vez una muchacha que amaba con locura al delfín rosado que surcaba el Amazonas. Cada día bajaba al río, cada día quería ver al delfín rosado, cada día se bañaba.

Su madre, su abuela, sus tíos, todas las mujeres de la aldea se lo habían advertido reiteradamente: «No te metas en el río mientras sangres. Pide a alguien que vaya a por agua y báñate en casa. Espera a que ya no fluya ni una sola gota para volver a meterte en el agua».

Sin embargo, la muchacha no podía evitarlo.

Cada día quería ver al delfín rosado, cada día quería bañarse.

Se metió en el río sangrando. Pese a todas las advertencias, se lavó en el agua mientras su cuerpo goteaba sangre.

El delfín rosado la olió desde lejos y se acercó a ella.

Miró, esperó, soñó, imaginando... todo lo que iba a hacer con ella.

Cuando terminó de lavarse, la muchacha salió del agua, se encaramó a la orilla y regresó a casa. No prestó atención a las gotas de sangre que iban dejando caer sobre el sendero.

Tan pronto como la luna apareció llena y redonda en lo alto del cielo, el delfín rosado nadó hasta la orilla.

Atrapó una raya látigo, se la llevó a la cabeza y se colocó el sombrero de copa firmemente sobre el orificio respiratorio. Capturó un cangrejo, lo situó sobre su muñeca y se ajustó el reloj. Se puso una anaconda en la cintura y ató su cinturón de cuero. Pisó dos peces y se ató los cordones de los zapatos.

Con ese atuendo se encaramó a la orilla ahí donde estaban las gotas de sangre.

Le resultó de lo más fácil seguir el rastro dejado por la muchacha.

Disfrazado de hombre, se escondió entre los matorrales junto a la choza en la que vivía la joven. Cuando todo el mundo estaba dormido, entró sin hacer ruido. Se metió en la hamaca de la muchacha e hizo con ella lo que llevaba queriendo hacer desde hacía mucho tiempo. La penetró varias veces mientras dormía. Llevó a la práctica todo cuanto le dictaba su imaginación.

Se marchó antes de que la muchacha despertara. Llegado al río, se deshizo del sombrero, los zapatos, el reloj y el cinturón y se zambulló en el agua.

A la mañana siguiente, cuando la muchacha se despertó, sintió que algo había sucedido por la noche. Se preguntó: «¿Qué le ha pasado a mi cuerpo? ¿Por qué tengo la sensación de que me lo han manchado de arriba abajo?».

Al caer la noche, el delfín rosado salió de nuevo del río. La raya de látigo volvió a convertirse en un sombrero de copa; el cangrejo se hizo reloj; la anaconda, cinturón; los peces, zapatos; y el delfín rosado se transformó en un hombre. Para entonces ya conocía de sobra el camino a la choza de la muchacha. Se escondió

entre los matorrales, esperó a que todo el mundo estuviera dormido, entró sin hacer ruido, se metió en la hamaca de la muchacha y tuvo sexo con ella mientras dormía. Volvió a llevar a la práctica todo cuanto le dictaba su imaginación. Antes de que la muchacha despertara, se marchó y se zambulló en el agua del río.

A la mañana siguiente, la joven exploró su cuerpo. Se acordó de las advertencias de las mujeres. Sospechó lo que estaba ocurriendo.

Durante la tercera noche, no se durmió. Colgó su hamaca junto a la ventana abierta. De pronto, a la luz de la luna vio cómo un hombre se deslizaba hacia su hamaca. Era alto y guapo y fuerte. A juzgar por su precioso atuendo debía de ser rico. La muchacha estaba impresionada. Nunca antes había visto a un hombre tan atractivo.

Sin embargo, en el momento en que él se disponía a hacer lo que los hombres hacen con las mujeres, la joven llevó a la práctica lo que le habían inculcado su madre y sus abuelas y todas las madres anteriores: le quitó el sombrero.

Debajo no había cabello humano, sino el orificio respiratorio de un delfín. Antes de que a la muchacha le diera tiempo de pedir socorro, el animal había desaparecido en el río.

Así ocurría antaño con las niñas desobedientes.

Y así continúa ocurriendo ahora. Los delfines rosados siguen al acecho.

Todavía hoy hay quienes se empeñan en hacer el amor con cualquiera. Por más que se les advierta. En cualquier caso, resulta difícil no enamorarse de determinadas criaturas.

Todavía hoy hay mujeres y niñas que se bañan en el río mientras sangran. Aun a sabiendas de que el delfín las encontrará, puesto que son fáciles de seguir.

La joven de la fruta umari

Un cuento del pueblo ticuna de Brasil

El creador del mundo solía discutir con su esposa. Había veces que se enzarzaban en una pelea acalorada. Un buen día, el creador ató a su mujer a un árbol. Fueron a por ella las avispas. La picaron en su órgano genital.

Al oír cantar un tucán en la copa del árbol, la mujer gritó:

—¡Tucán, si fueras un hombre, podrías liberarme!

El tucán se transformó en un hombre. Frotó el avispero entre las palmas de las

manos para hacerlo más pequeño y lo entregó a la mujer.

—Con esto podrás vengarte.

La mujer del creador arrojó el avispero a su esposo. Las avispas le picaron por todas partes. Tenía el cuerpo hinchado y le subió la fiebre. Después de un tiempo se le quitó la hinchazón, salvo en las rodillas.

De la rodilla derecha nacieron dos hermanos. El niño sostenía una flauta y la niña sujetaba una red de pesca. De la rodilla izquierda nacieron otros dos hermanos. El niño sostenía una lanza y la niña sujetaba una canasta.

Tiempo después, los dos varones, Yoi e Ipi, acudieron a la Fiesta de la Niña Nueva en honor a su sobrina. Iban a celebrar la primera menstruación de la hija de su hermana y de Ardilla.

Durante la fiesta se acordó que Yoi se casaría con la niña, pero su hermano Ipi proclamó que él también deseaba tenerla como mujer. Los dos hermanos regresaron a casa peleando.

Mientras ellos estaban de camino, su sobrina ya había llegado a la casa. Junto a ella se alzaba un alto *umari*. La niña se transformó a sí misma en una fruta de ese árbol. Era la única fruta que colgaba de las ramas. Desde entonces todo el mundo la conoció como la joven de la fruta *umari*.

Tan pronto como Ipi vio la extraordinaria fruta se dispuso a arrancarla, pero Yoi se lo prohibió. Ipi se puso a barrer el suelo debajo del árbol para dar con la fruta en cuanto cayera. Esperó impaciente.

Yoi salió de caza, mató muchos pájaros y regresó exhausto y manchado de sangre. Los dos hermanos acudieron al río. Mientras Yoi se bañaba, Ipi se encargaría de limpiar los pájaros.

Entretanto, la fruta cayó del árbol. La joven volvió a adoptar su aspecto humano y se quedó esperando a Yoi. Nada más verla, Yoi la frotó entre las palmas de las manos para hacerla más pequeña. Consiguió reducirla hasta el punto de poder guardarla dentro de su flauta de hueso de animal.

Ipi tardó mucho en limpiar y desplumar los pájaros. Cuando llegó a casa descubrió que la fruta ya no estaba en el árbol y que tampoco yacía en el suelo. Acusó a su hermano de habérsela comido o de haberla escondido, pero Yoi le contestó que con toda probabilidad se habría hecho con ella algún roedor.

Durante cuatro noches, Yoi se llevó a la joven de la fruta *umari* a su hamaca para jugar con ella en silencio. Cada mañana la ocultaba en su flauta de hueso antes de que saliera el sol. Sin embargo, la quinta noche se le escaparon a la joven de la fruta *umari* unas risas que hicieron tintinear las conchitas de caracol que pendían de sus pulseras.

—Hermano —preguntó Ipi enseguida—, ¿quién se ríe?

—Descuida —respondió Yoi—. Se ha reído la escoba porque le estoy haciendo cosquillas.

Ipi se levantó, buscó una escoba, le ató una cinta con conchitas de caracol, se tumbó con ella en la hamaca y le hizo cosquillas.

—Hermano —se quejó—, ¡esta escoba no se ríe!

Yoi contestó:

—La mía sí.

La noche siguiente, Ipi volvió a escuchar las risas de una muchacha.

—Hermano —preguntó—, ¿quién se ríe?

—Descuida —respondió Yoi—. Se ha reído la tabla de moler porque estoy jugando con ella.

Ipi se levantó, buscó una tabla de moler, se la llevó a la hamaca y jugó con ella.

—Hermano —se quejó—, ¡esta tabla de moler no se ríe!

Yoi contestó:

—La mía sí.

Así fue como la joven de la fruta *umari* se convirtió en la mujer de Yoi. Yoi siguió ocultándola en su flauta de hueso antes de que saliera el sol para que no la viera su hermano Ipi. Sin embargo, Ipi estaba convencido de que su hermano tenía una mujer. La buscó por todas partes.

Un día, mientras Yoi estaba cazando, Ipi logró capturar un sinfín de peces pequeños con el arco y la flecha. Los colocó sobre el fuego en un pedazo de vasija. Conforme el pedazo de vasija se calentaba, los peces empezaron a dar saltos. Ipi bailó en torno al fuego. Su pene subía y bajaba al ritmo del baile.

La joven de la fruta *umari* contempló la escena desde su refugio dentro de la flauta. No pudo contener la risa. Ipi dejó de bailar y miró a su alrededor, aguzando los oídos. Al no oír nada, reanudó el baile. Entonces la joven de la fruta de *umari* se rio de nuevo.

Ipi acabó descubriendola. Extrajo a la joven de la fruta *umari* de la flauta de hueso y le hizo el amor. Después, Ipi trató de introducirla de nuevo en la flauta, pero no lo consiguió. Había dejado embarazada a la primera a la joven de la fruta *umari*. Ya comenzaba a hincharse. Ipi recogió los frutos de una palmera y se untó la punta del pene con el fluido blanco que llevaban dentro. Luego se dirigió a su hermano Yoi y le aseguró que la sustancia blanca que llevaba en el pene era la prueba de que jamás había hecho el amor. Yoi comprendió enseguida lo que había sucedido. Rabioso, se olvidó de los animales que había cazado, asó un tucán y se lo comió entero él solo.

A la mañana siguiente, la niña de la fruta *umari* dio a luz a un niño, Pluma de

Cola.

Yoi ordenó a Ipi que saliera a buscar frutos de *jenipapeiro* para pintar a su hijo con el tinte. Le obligó a subirse boca abajo a un árbol de gran altura y a recoger los frutos con los pies. Ipi obedeció, pero cuanto más subía, más crecía el árbol. Al final, consiguió arrancar los frutos de la rama más alta. Mientras su hermano bajaba, Yoi hizo que en torno al tronco del *jenipapeiro* creciera un hongo enorme. Ipi se transformó en una hormiga y logró salvar el obstáculo.

Yoi ordenó a Ipi que raspara los *jenipapos*. Ipi se puso a raspar los frutos. Al cabo de un tiempo preguntó:

—¿Basta con esto?

—No —contestó Yoi—. ¡Sigue raspando!

Ipi siguió raspando. Al cabo de un tiempo preguntó:

—¿Basta con esto?

—No —contestó Yoi—. ¡Sigue raspando!

Ipi se raspó las manos, los brazos, el cuerpo entero, mezclándose con la pulpa de *jenipapo*. Con esa mezcla, Yoi pintó al hijo de Ipi y de la joven de la fruta *umari* hasta que la piel del pequeño se volvió oscura. Yoi arrojó el resto de la papilla al agua, llamada Eware, y construyó una valla alrededor. Dentro había un sinfín de peces pequeños. Se alimentaban de la mezcla y no paraban de crecer.

Un día, Yoi salió de caza. A la vuelta no le dio a probar nada a su esposa, la joven de la fruta *umari*.

La muchacha tenía tanta hambre que pensó: «Ojalá estuviera Ipi. Entonces no estaría hambrienta, porque él me daría de comer».

Yoi, que le había leído el pensamiento, preguntó:

—¿Echas de menos a mi hermano?

—Sí —contestó su mujer—, porque mientras estuvo Ipi no me faltó de nada.

Al regreso de su siguiente salida de caza, Yoi le trajo gran cantidad de monos y pájaros a su esposa para que pudiera comer lo que le diera la gana. Después, fue a pescar a las aguas oscuras llamadas Eware.

Primero, Yoi probó suerte con un gancho del que colgó una piedra a modo de cebo. Los peces que capturaba con ese artefacto se convertían en jaguares de dientes fuertes nada más asomar a la superficie.

Después, Yoi probó suerte usando como cebo las cáscaras de las nueces de la palmera Urucuri. Los peces que capturaba de esa manera se convertían en ardillas nada más asomar a la superficie.

Después, Yoi probó suerte usando como cebo las cáscaras de las nueces de la palmera Tucuma. Los peces que capturaba de esa manera se convertían en cerdos nada más asomar a la superficie.

Yoi siguió probando. Pescó un sinfín de especies animales. En un momento dado, decidió usar como cebo la mandioca dulce. Los peces que capturaba de esa manera se convertían en seres humanos nada más asomar a la superficie. Yoi pescó a un gran número de personas.

De pronto, vio que se le acercaba su hermano Ipi con aspecto de pez. Tenía una mancha dorada en la cabeza. Por más que Yoi le arrojara el cebo, su hermano no picaba.

En esas Yoi llamó a su esposa y le pasó la caña de pescar. Tan pronto como la joven de la fruta *umari* tiró la caña al agua, Ipi se abalanzó sobre el cebo, se dejó enganchar y permitió que lo sacaran a la superficie. Una vez en tierra, recuperó su forma humana y contó su historia. Había viajado al este, al país del oro. Pensaba volver en cuanto sus caminos se separaran de nuevo. Le dijo a Yoi que se fuera al oeste. Sin embargo, Yoi le pidió que, antes de marcharse de nuevo, le ayudara a pescar seres humanos.

Ipi mataba a los peces nada más capturarlos. No les daba tiempo a que se transformaran en personas.

Hasta que la joven de la fruta *umari* le enseñó cómo hacerlo.

En adelante todos vivieron.

Por qué las niñas y las mujeres sangran cada mes

Un cuento del pueblo piaroa de Venezuela

Incluso ya antes de nacer, Wahari causó un gran revuelo en el regazo de su madre, y su nacimiento revolucionó la aldea.

Wahari creció hasta convertirse en un joven fuerte y apuesto. Muchas niñas y mujeres se enamoraban de él y le seguían a la selva para hacerle el amor.

En cambio, su hermano Buoka, que no era muy listo, jamás se había acostado con nadie.

Un buen día, Buoka siguió a hurtadillas a las amantes de Wahari hasta la selva. Niñas y mujeres se dirigieron a un barranco. Se encaramaban una tras otra a una sólida liana y no se cansaban de sobrevolar el abismo de lado a lado.

Al ver el balanceo de las amantes de su hermano, Buoka se moría de ganas de participar en el juego. Tenía un pene tan largo que le daba para echárselo sobre el hombro y dar varias vueltas en torno a su cuello. Buoka propuso a las amantes de Wahari que usaran su largo pene como columpio. A las niñas y las mujeres les pareció una buena idea. Se subían por turnos y no se hartaban de columpiarse.

Después de mecerse una y otra vez sobre el pene de Buoka, todas las amantes de Wahari invitaron a Buoka a que les hiciera el amor. Buoka se tumbó en el fondo del barranco y esperó a que las niñas y las mujeres volvieran a balancearse colgadas de la liana. Las tomó una tras otra.

Cuando se enteró, Wahari estalló en cólera. Sirviéndose de sus poderes mágicos, se transformó en una bellísima mujer. Con una salvedad: no tenía vagina como las mujeres y las niñas reales. Después de adoptar su nuevo aspecto, Wahari se dirigió a saltitos al barranco y se subió a la liana. La hermosa mujer llamó enseguida la atención de Buoka. Tan pronto como su hermano disfrazado comenzó a balancearse, Buoka trató de hacer el amor con él. Estiró todo lo que pudo su pene gigante intentando penetrar a la mujer desconocida. El hecho de que su miembro no encontrase vagina no le hizo renunciar a su plan. Probó suerte con los muslos, con el ombligo, pero no había manera de entrar. A cada nuevo esfuerzo de Buoka, Wahari montaba más y más en cólera. Al final, agarró el pene de su hermano y lo cortó en cinco trozos. Buoka se quedó con un muñón del tamaño de un pene normal del que brotaba sangre a borbotones. Avergonzado, Buoka volvió a casa sin que nadie le viera, y se escondió.

Buoka no apareció en varios días. En cuanto se le pasó el enfado, Wahari acudió a ver a su hermano. Buoka le comentó:

—Me encuentro mal y pierdo sangre. No puedo salir. Guardaré reposo en mi hamaca hasta que me recupere.

Mientras tanto, las amantes de Wahari buscaron a Buoka por el barranco. Al no dar con él, regresaron a la aldea. Preguntaron a Wahari qué le pasaba a su hermano.

—Buoka se encuentra mal y pierde sangre. No puede salir. Es el periodo. Guardará reposo en su hamaca hasta que se recupere.

Las niñas y las mujeres sintieron mucha curiosidad por averiguar qué estaba pasando.

Por entonces solo Wahari y Buoka sabían lo que estaba ocurriendo.

Las niñas y las mujeres se dirigieron a la casa de Buoka. Se lo encontraron sangrando en su hamaca.

—Buoka, ¿de dónde sale toda esa sangre? —preguntaron a coro—. ¿Acaso te sale de los oídos?

Buoka negó con la cabeza.

—¿Acaso te sale de la boca?

Buoka negó con la cabeza.

—¿Acaso te sale de la nariz?

Buoka negó con la cabeza.

—¿Acaso te sale de los ojos?
Buoka negó con la cabeza.
—¿Acaso te sale de las yemas de los dedos?
Buoka negó con la cabeza.
—¿Acaso te sale de las rodillas?
Buoka negó con la cabeza.
—¿Acaso te sale de los dedos de los pies?
Buoka negó con la cabeza.
—¿Acaso te sale del culo?
Buoka negó con la cabeza.
Entonces preguntaron a coro:
—Buoka, ¿acaso te sale del pene?
Buoka asintió.
—¡Ay, Buoka, deja que te consolemos! —exclamaron las niñas y las mujeres—. ¡Ven aquí, pobre pene!

Todas las niñas y las mujeres hicieron el amor con Buoka. Una tras otra. Y con cada encuentro, Buoka se sentía algo mejor. Todas se quedaron con un poco de sangre de su pene. Así fue como Buoka transmitió para siempre su sangre a niñas y mujeres.

Desde entonces, mientras no les crezca un bebé en el vientre, las niñas y las mujeres sangran cada mes por la vagina.

Los hombres dijeron:

—Mujeres, no nos preparéis nada de comer en los días en que sangréis. Si la sangre vuelve hacia nosotros, caeremos tan enfermos que nos moriremos.

Los cinco pedazos cortados del pene de Buoka se convirtieron en serpientes.

Esas serpientes se deslizan para siempre por la selva, en busca de niñas y de mujeres.

Al paso de la luna fluye la sangre

Un cuento del pueblo makiritare de Venezuela

En tiempos muy remotos apenas vivía nadie en la Tierra.

Nuna, la luna, de sexo masculino, deseaba que hubiera más seres humanos. Decidió viajar al cielo para robarle el huevo cósmico al creador. El huevo cósmico albergaba a los humanos que aún no habían nacido. Al llegar a la puerta del cielo,

la luna se hizo pasar por el mensajero del creador. Gracias a esa astucia logró apoderarse del huevo de gran tamaño. En realidad, Nuna solo quería que hubiera más seres humanos para poder comérselos, pero ese detalle se lo callaba. Ansiaba la carne humana como un jaguar hambriento.

Nuna compartía casa con su hermana, que se llamaba Frimene.

Al verle aparecer con el huevo, Frimene preguntó llena de curiosidad:

—¿Qué tienes ahí?

—Vengo del cielo —contestó Nuna—. Traigo un huevo repleto de seres humanos.

—¡Qué huevo más bonito!

Frimene lo acarició y se lo llevó al oído. Escuchó un murmullo. Escuchó voces, escuchó cantar y bailar. Le invadió una sensación de alegría. Deseaba quedarse con el huevo. Frimene sospechaba que su hermano lo había robado para comerse a los seres humanos tan pronto como salieran. Del mismo modo que su hermano Nuna ansiaba la carne humana, Frimene anhelaba tener hijos, no para devorarlos, sino para mimarlos. Le entraron ganas de empollar el huevo para que lo que había dentro creciera y prosperase. No deseaba otra cosa en el mundo aparte de ser madre y criar a quienes se escondían en el interior de aquel huevo.

Un buen día, Nuna anunció:

—Me voy de viaje, hermana. Cuida bien de mi huevo. Si alguien viene a buscarme o pregunta por él, contéstale que no lo has visto y que no sabes nada.

—Así lo haré —le prometió Frimene.

Tan pronto como Nuna se hubo marchado, Frimene cogió el huevo en la mano. Lo mimó, se lo introdujo en la vagina y lo guardó en el útero.

Le agradaba llevar el huevo. Nunca antes había sido tan feliz.

«Lo he conseguido», pensó. «Los llevo a todos dentro de mi vientre. Crecerán y prosperarán. Nacerán. Ellos serán mis hijos y yo seré su madre.»

Frimene se acarició la barriga con suavidad. Escuchó las risas y las conversaciones y los bailes de los pequeños seres humanos que vivían dentro de ella y que algún día poblarían la Tierra.

A su regreso, Nuna rastreó la casa de arriba abajo.

—Hermana, ¿dónde está mi huevo? ¿Se lo ha llevado alguien?

—No lo he visto —contestó Frimene—. No sé nada.

Nuna se enfadó muchísimo.

—Has perdido mi huevo. ¡Debería pegarte una buena paliza!

Miró el vientre de su hermana. Estaba hinchado, y no poco. Parecía que Frimene estuviera embarazada. Nuna se la quedó mirando hasta que comprendió lo que había sucedido, pero no dijo una palabra. Avergonzada, Frimene apartó la mirada. No estaba bien que un hermano mirase de esa manera a su hermana.

Por la noche, Frimene se retiró muy pronto.

—Estoy muy cansada. Me acuesto.

Balanceándose en su hamaca se acarició el vientre. Dentro de ella sonaban voces y cantos y tambores. Ya no volvería a estar sola nunca más.

—Cantad y jugad, hijos míos —susurró antes de quedarse dormida.

Frimene se despertó en plena noche. Oyó que alguien se acercaba.

Abrió los ojos, pero no consiguió ver nada. ¿Quién podría ser? ¿Quién se deslizaba por la noche como un ladrón? Estaba claro que, fuese quien fuese, actuaba a escondidas y que, por tanto, no venía con buenas intenciones.

Frimene cayó presa del pánico. Posó las manos sobre su vientre. Poco a poco, los pasos se acercaron. Alguien se subió a su hamaca y se tumbó encima de ella. Frimene sintió que era un hombre. Aunque estaba muerta de miedo, no gritó. Unos dedos le recorrieron el cuerpo, buscando, explorando. Se deslizaron por su piel a modo de abejas. En lo más hondo de su vientre, las voces seguían hablando y cantando. Cuando los dedos trataron de abrirse paso por entre sus piernas, Frimene oprimió los muslos todo lo que pudo. No estaba dispuesta a que nadie tocara a sus hijos. Por más que el hombre intentara separarle las piernas con sus fuertes manos, no lo consiguió, de tanto que apretaba Frimene. Antes de que rayara el alba, el hombre se bajó de la hamaca y desapareció, sin articular palabra.

A la mañana siguiente, nada más levantarse, a Frimene le asaltaron las dudas. ¿Qué ha ocurrido esta noche? ¿Acaso lo he soñado? ¿Quién quiere llevarse a mis hijos? ¿Volverá a intentarlo?

Ideó una trampa. Decidió llenar una calabaza con aceite negro de origen vegetal.

Hasta el día de hoy, nuestras mujeres untan con esa pintura el interior de sus calabazas.

Al atardecer, Frimene se pintó la cara, los brazos y las piernas, las manos y los pies, los pechos, el vientre y la espalda. Después de cubrir todo su cuerpo de aceite negro, se acostó en la hamaca y se quedó dormida, con las manos sobre su vientre hinchado.

Frimene volvió a despertarse en plena noche. Oyó que alguien se acercaba. De nuevo, el hombre se subió a su hamaca y se tumbó encima de ella. De nuevo, sus dedos le recorrieron el cuerpo, buscando, explorando. De nuevo, sus manos le agarraron las piernas con el fin de separarlas.

En ese instante, Frimene comprendió que el hombre pretendía sacar el huevo de su refugio. Ella luchó por sus hijos apretando sus muslos con toda la fuerza de la que era capaz. Los habitantes del huevo se deshicieron en gritos al sentir la presencia de una mano empeñada en atraparlos. Frimene luchó como pudo, con el cuerpo goteando sangre.

A la mañana siguiente, Frimene se levantó.

«Esto no puede volver a pasar», pensó. «¡Debo averiguar quién ha sido!»

Salió en busca de un varón manchado de óleo negro. Ninguno de los hombres que se cruzaban por su camino presentaba manchas negras.

De pronto, vio a su hermano Nuna, escondido entre los matorrales.

Se acercó a él.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Chist —siseó Nuna—. Estoy cazando. Tengo mucha hambre. En cuanto aparezca algún humano me lo comeré.

A Frimene le horrorizaba que su hermano devorase seres humanos como si fueran animales. Le observó con atención. Tenía la cara y el cuerpo cubiertos de manchas negras.

«Es él», concluyó. «A la vista está. No puedo quedarme aquí. Mi hermano Nuna no debe volver a tocarme nunca más».

Sin decir palabra, Frimene se alejó. Sabía que su hermano volvería a visitarla. Una y otra vez. Sabía que el huevo que cobijaba a sus hijos tanpreciados no estaría a salvo mientras él anduviera cerca. De modo que desató su hamaca, recogió sus cosas, las guardó en la hamaca, se echó el hato al hombro y huyó. Muy lejos.

Desde entonces Nuna, la luna, vive sola, con el rostro lleno de manchas oscuras. No hay nadie que busque su compañía.

Cuando hay luna llena, las manchas aparecen con especial nitidez, recordando aquél origen primigenio.

Todavía hoy nuestras mujeres untan el interior de sus calabazas con óleo negro, como hizo Frimene.

Todavía hoy nuestras mujeres pierden sangre cada vez que pasa la luna, en memoria de lo que le sucedió a Frimene.

Asia

Tres hermanas valientes y una abuela lobo

Un cuento del pueblo han de China

Érase una vez una casita en el campo en la que vivía una madre con sus tres hijas. Cheng era la mayor, la segunda se llamaba Dou y la pequeña se llamaba Podi. El padre había muerto. La madre y las tres hijas tenían que hacer frente a una dura existencia, pero aun así lograban salir adelante.

La abuela de las tres niñas vivía en otro poblado. El camino era largo y estaba lleno de peligros. En las inhóspitas montañas y bosques se escondían animales y hombres sanguinarios. Todos temían al lobo, que había devorado a muchísima gente.

El día anterior al cumpleaños de su abuela, las niñas preguntaron:

—¿Vamos a ver a abuela mañana? Hemos recogido frutos del ginkgo para llevárselos.

La madre negó con la cabeza.

—Esta vez iré yo sola. El lobo anda detrás de las niñas. Yo ya no soy joven, pero para vosotras la vida empieza ahora.

Cheng, Dou y Podi protestaron, pero su madre no se dejó ablandar.

—Cheng, tú eres la mayor. Encárgate de cerrar la puerta al atardecer. Portaos como hermanas y no os peléis. Por la noche no le abráis la puerta a nadie. Volveré mañana.

Cheng, Dou y Podi despidieron a su madre con la mano.

Escondido entre la maleza, el lobo había escuchado la conversación. Al anochecer se puso la ropa de la última niña a la que había devorado, se acercó a la casa de las tres hermanas y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Cheng, contenta de haber echado el pestillo.

—Mi querida nieta —la engatusó el lobo—, soy tu abuela. He venido para celebrar mi cumpleaños con vosotras.

—¡Ay, abuela! —exclamó Cheng—. ¡Mamá ha salido esta mañana! ¡Ha ido a su casa!

—Lástima que haya tomado otro sendero! —se lamentó el lobo—. No la he visto, pero, por suerte, puedo darles un abrazo a estas nietas tan ricas que tengo.

—Abuela, ¿por qué viene a vernos tan tarde? —preguntó Cheng—. De noche no podemos abrirle la puerta a nadie.

—¡Ay, nieta mía! ¡Ábreme, por favor! Estoy muy cansada. He caminado mucho. Tan largo era el camino y tan corto el día.

—Abuela, ¿por qué tiene la voz tan grave? —preguntó Dou.

El lobo carraspeó.

—Tengo la garganta áspera por el gélido viento y el frío helador. Abridme para que pueda entrar en calor.

—Dejadla —intervino Podi—. ¿No os dais cuenta de que nuestra pobre abuelita lo está pasando mal?

El lobo irrumpió en la casa, ataviado con ropas de niña. Antes de que las tres hermanas pudieran examinarla, apagó la lámpara de aceite de un soplo. La estancia se sumió en la oscuridad.

—Abuela, ¿por qué ha apagado nuestra lámpara? —preguntó Dou.

—El viento y el frío hacen llorar mis viejos ojos —gimoteó el lobo—. No soportan la luz.

—Siéntese, abuela —dijo Cheng—. Aquí tiene un banquito.

Al deslizar el banquito, la niña pisó la cola del lobo. Sonó un aullido.

—Abuela, ¿qué es ese ruido tan espantoso? —preguntó Dou, asustada.

—Este banquito es demasiado duro para mis viejas carnes —gimoteó el lobo—. Prefiero un asiento más blando. Traedme una cesta.

Dou fue a buscar una cesta. Al sentarse, el lobo procuró meter dentro su larga y gruesa cola. El olor de las tres niñas le excitaba de tal manera que su cola se agitaba de un lado a otro en el interior de la cesta.

—Abuela, ¿qué son esos golpes? —preguntó Dou.

—Es mi comida de cumpleaños —contestó el lobo—. ¡Os he traído una gallina!

—¿Podemos verla? —preguntó Dou.

—Mañana —respondió el lobo—. Ya habrá tiempo mañana.

Podí estaba cansada.

—Abuela, ¿puedo sentarme con usted?

—Ven aquí, bomboncito —susurró el lobo.

Tan pronto como Podí se sentó en sus rodillas, el lobo la agarró con fuerza.

—¡Cómo has crecido! ¡Acércate un poco más! ¡Qué rica estás!

El lobo bostezó.

—Es hora de dormir. Me acostaré en la cama de vuestra madre.

El lobo se acomodó en la cama grande.

—Tú, ponte a mi derecha, dulce Podí, y vosotras, Cheng y Dou, tumbaos a mi izquierda.

Cheng estiró las piernas. Las tenía más largas que sus hermanas. Rozó la cola del lobo con los dedos de los pies.

—Abuela, ¿cómo es que tiene los pies tan velludos? —preguntó, asustada.

—No son mis pies, mi querida Cheng, sino un fardo de fibras de cáñamo. Las he traído para que trencéis una cuerda con ellas.

Al estirar el brazo, Dou rozó la garra del lobo.

—¡Abuela! —exclamó—. ¿Cómo es que tiene las uñas de la mano tan afiladas?

—No son mis uñas, mi querida Dou, sino unas agujas para coser zapatos.

Entretanto, Cheng se bajó de la cama sin hacer ruido y encendió la lámpara de aceite.

—¡Ay! ¡Esa luz me hace daño en los ojos! —gritó el lobo mientras apagaba la lámpara de un sopló.

Sin embargo, para entonces, Cheng ya le había visto la cara, cubierta de ásperos pelos oscuros. Era el lobo, el lobo que había devorado a tantísima gente y que estaba loco por las niñas.

Cheng se quedó pensativa.

—Podí tiene que hacer pipí antes de irse a la cama —dijo—. Yo siempre la ayudo y Dou se encarga de sujetar la lámpara.

—¡Que Podí se siente en el orinal al pie de la cama! —propuso el lobo—. No necesita la lámpara. Ya la vigilo yo.

—No, abuela —replicó Cheng—. ¿No sabe que al dios de la cama, que vive ahí, no le parece bien?

—Pues que Podí se lleve el orinal a la cocina —gruñó el lobo—. No necesita la lámpara. Ya la vigilo yo.

—No, abuela —replicó Cheng—. ¿No sabe que al dios de la cocina, que vive ahí, le parece irrespetuoso?

—¡Podí, siéntate en el orinal junto a la ventana! —ordenó el lobo—. Ya te vigilo yo.

—No, abuela —replicó Cheng—. No será del agrado del dios de la ventana, que vive ahí.

—¡Podí, llévate el orinal a la puerta y siéntate ahí! —rugió el lobo.

—Abuela, el dios de la puerta...

—¡Pues llevaos a Podí, pero no tardéis! —aulló el lobo.

—De acuerdo —contestó Cheng mientras arrastraba a sus hermanas—. Debe de tener hambre, abuela. Le traeremos algo de comer.

—Volved enseguida. Es lo único que desea vuestra anciana abuela —suspiró el lobo.

—¿Ha probado alguna vez los frutos del ginkgo, abuela? —preguntó Chen—. No existe nada más blando.

—¿Ni siquiera la carne tierna de... oveja?

—Ni siquiera la carne tierna de oveja —respondió Cheng—. Además, abren el apetito.

—Pues traedme algunos. ¡Daos prisa! —gritó el lobo.

Cheng, Dou y Podi salieron corriendo y se subieron al ginkgo que crecía en el corral.

En la cama, el lobo se desperezó. «¡Primero tomaré unos frutos, después me comeré a la hermana mayor, luego a la del medio y, de postre, me comeré a la pequeña!», pensó.

Miró la puerta, impaciente.

—¡¿Dónde estáis?!

—Abuela, lo mejor es comer los frutos nada más arrancarlos. Es cuando más ricos están. ¿Por qué no viene a probarlos?

De un salto, el lobo se levantó de la cama y se apresuró hacia el árbol.

—¿Cómo subo? Soy tan vieja que ya no puedo trepar.

Cheng gritó:

—En la cesta junto a la puerta hay una cuerda. Traiga la cesta hasta el árbol, métase dentro y arrójeme la cuerda. ¡Yo me encargaré de subirla!

El lobo llevó la cesta hasta el árbol, se metió dentro y le arrojó la cuerda a Cheng. Cheng tiró de la cuerda con todas sus fuerzas. La cesta se hallaba ya a mitad de camino cuando la niña tosió y soltó la cuerda.

La cesta cayó en picado. El lobo aterrizó en el suelo, aturdido.

—¡Abuela! —exclamó Cheng—. ¿Está viva? Lo siento mucho, pero me dio un ataque de tos. ¿Por qué no vuelve a intentarlo?

—Ayudaré a mi hermana —se ofreció Dou—. Seguro que entre las dos lo conseguiremos.

El lobo se metió en la cesta y les arrojó la cuerda.

—¡Cuidado!

Las dos hermanas tiraron de la cuerda con todas sus fuerzas.

La cesta se hallaba ya muy cerca cuando a Cheng le entró la tos. Dos pares de manos soltaron la cuerda.

La cesta cayó en picado. El lobo aterrizó en el suelo, gimoteando.

—¡Abuela! —exclamó Cheng—. ¿Está viva? Lo sentimos mucho, pero nos dio un ataque de tos. ¿Por qué no vuelve a intentarlo?

—Ayudaré a mis hermanas —se ofreció Podi—. Seguro que entre las tres lo conseguiremos.

El lobo se metió en la cesta y les arrojó la cuerda.

—¡Esta vez tened un poco más de cuidado!

Las tres hermanas tiraron de la cuerda con todas sus fuerzas.

La cesta se hallaba ya arriba del todo cuando a Cheng le entró la tos. Tres pares de manos soltaron la cuerda.

La cesta cayó en picado. El lobo aterrizó en el suelo, desnucado, con el vientre abierto y el cráneo roto.

—¡Abuela! —exclamó Cheng.

No obtuvo respuesta.

—¡Tome! ¡Para celebrar su cumpleaños! —gritó Cheng mientras tiraba un fruto de ginkgo a la cabeza del lobo, que no se movió.

—¡Para abrir el apetito! —gritó Dou mientras tiraba un fruto al vientre del lobo, que no se movió.

—¡Para no tener miedo nunca más! —gritó Podi mientras tiraba un fruto de gingo a la cola del lobo, que no se movió.

Cheng, Dou y Podi esperaron un buen rato antes de bajar del árbol. Le dieron al lobo con un palo, pero el animal estaba muerto y bien muerto. Entraron en la casa, se cuidaron de echar el pestillo a la puerta y el resto de la noche durmieron como ardillas en su guarida.

Al día siguiente contaron lo ocurrido a su madre. Cheng, Dou y Podi fueron premiadas con una galleta de arroz de las que solo sabía hacer su abuela.

Savitri y Satyavan

Un cuento de la India

Siglos atrás vivía en la India una princesa llamada Savitri. Se convirtió en una joven de deslumbrante belleza, pero nadie se atrevía a pedir su mano. Por muy enamorados que estuvieran, los muchachos creían que no tenían ninguna posibilidad.

El padre de Savitri ya había perdido la esperanza de ver a su hija casada cuando un buen día la princesa le anunció:

—Saldré yo misma en busca de un hombre.

Tras conseguir el permiso de su padre, Savitri partió de viaje, acompañada por sus sirvientes.

Después de visitar muchos países y ver a muchos hombres, Savitri se topó en un bosque de otro reino con un joven que estaba cortando leña. Observó cómo el chico cuidaba de su anciana madre y de su padre invidente. Antes de perder la vista, el padre había sido rey, pero el enemigo le arrebató el reino. Desde entonces vivía con su esposa y su hijo Satyavan en plena selva. De no haber sido por el empeño del muchacho, la familia habría perecido hacía tiempo.

Savitri no se cansaba de contemplar a Satyavan. Cuanto más le miraba, más enamorada se sentía de ese joven que afrontaba la vida con vigor a la vez que

ternura y que vivía en una miserable choza desempeñando sin rechistar el duro trabajo de un sencillo leñador.

Savitri le preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo?

Satyavan asintió, aunque con cara de preocupación.

—¿Te darán permiso para que te cases conmigo?

De vuelta en la corte de su padre, Savitri dijo:

—Padre, después de buscar por todas partes he decidido que quiero casarme con Satyavan. Vive en una choza en plena selva. Trabaja de leñador y cuida de sus padres.

—¿Estás segura? —preguntó el padre de Savitri—. ¿No prefieres casarte con un príncipe rico antes que con un pobre leñador?

Savitri repitió una y otra vez el nombre de su amado.

—¿De veras estás dispuesta a cambiar este hermoso palacio por una choza en la selva? —insistió su padre.

—Dejaré mis joyas y mi atuendo palaciego. Me reuniré con él envuelta en harapos —contestó Savitri.

Entonces pidió la palabra el sabio santón Narada. Estaba de visita en la corte y había seguido la conversación.

—No cabe duda de que Satyavan es fuerte, atento, sensato, paciente y afectuoso, pero morirá dentro de un año justo. Él no lo sabe y nadie podrá cambiar su suerte.

El padre de Savitri se deshizo en lamentaciones, pero su hija repitió una y otra vez:

—Aunque le espere una vida tan corta solo quiero casarme con Satyavan, con nadie más.

Al final, Savitri pudo casarse con Satyavan. Renunció a sus joyas y sus atuendos palaciegos. Envuelta en harapos se fue a vivir con su esposo y sus suegros en la choza de la selva. Savitri y Satyavan eran muy felices. Se ocupaban de los padres de Satyavan y cuidaban el uno del otro. Sin embargo, con el paso del tiempo, Savitri tenía cada vez más presente el vaticinio.

El año transcurrió demasiado deprisa. Se iba acercando la semana, el día, la hora en que Satyavan moriría. Savitri pasó la última noche en vela. Al amanecer dijo a sus suegros:

—Nunca antes os he pedido nada. Durante el día siempre me he quedado con vosotros mientras Satyavan se adentraba en la selva para cortar leña. Dejad que hoy le acompañe.

Ese día Savitri y Satyavan se internaron juntos en las profundidades de la selva. Juntos cortaron flores y frutas del bosque, juntos disfrutaron de los olores y los

sabores. Después, Satyavan empuñó el hacha y se puso a cortar leña. Al rato le invadió un tremendo cansancio.

—Savitri, estoy agotado. Me duele todo.

—Túmbate aquí conmigo, mi amor, bajo el baniano.

Savitri tomó la cabeza de Satyavan entre sus manos y le acarició los cabellos. Mientras trataba de contener sus lágrimas, volvió a escuchar las palabras del sabio santón: «Satyavan morirá dentro de un año justo».

Al levantar la mirada, Savitri descubrió una silueta oscura que sostenía una soga en la mano y los observaba con los ojos inyectados en sangre.

—Soy Yama —dijo—, el dios de la muerte. Vengo a buscar a Satyavan porque ha llegado al final de sus días.

Con gran celeridad, Yama extrajo el alma del cuerpo de Satyavan, la ató con la soga y se alejó. Savitri echó una ojeada al pálido cuerpo inerte de su esposo. Acto seguido se levantó de un salto y salió corriendo detrás de Yama.

Yama era muy veloz, pero Savitri también. Al verla, Yama ordenó:

—¡Vuelve, Savitri! Entierra el cuerpo de tu marido y llora por él. Cumple las ceremonias de luto, pero deja de seguirme. ¡El alma de tu esposo me pertenece!

Savitri exclamó:

—¡No pienso dejar de seguirte! ¡Allí donde vaya mi marido iré yo! ¡Nadie podrá retenerme!

Yama observó a la joven mujer, que no esquivaba su mirada inyectada en sangre.

—Savitri, tus palabras me han conmovido. Puedes pedirme un deseo, el que quieras, menos la vida de tu esposo.

Savitri pidió:

—Devuélvele a mi suegro aquello que perdió: devuélvele la luz y su reino.

Yama asintió con la cabeza.

—Está hecho. ¡Ahora, regresa!

Yama se alejó corriendo. Atravesó a gran velocidad un paisaje agreste, sembrado de piedras afiladas y arbustos espinosos. Savitri le pisaba los talones.

—¡Savitri, regresa! —exclamó Yama—. ¡Marchas hacia tu perdición!

—Así sea. ¡Llévame a mí y deja que mi esposo viva! —arguyó Savitri.

Yama observó a la joven mujer con mayor intensidad que la primera vez. Savitri esquivó su mirada amenazante.

—Savitri, tus palabras me han conmovido aún más. Puedes pedirme un último deseo, el que quieras, menos la vida de tu esposo.

Savitri dijo:

—Déjame tener hijos. Deja que la sangre de Savitri y Satyavan fluya por sus venas.

Yama suspiró.

—Savitri, eres tan lista como resuelta. Sabes que este deseo solo puede verse cumplido si te reúnes con Satyavan. —Yama desató la soga.— ¡Vete, Savitri! Acabas de recuperar a tu esposo arrebátandoselo a la muerte. Juntos tendréis hijos, juntos cumpliréis años, los suficientes como para conocer a los hijos de vuestros hijos.

Savitri regresó corriendo al lugar debajo del baniano donde había dejado el cuerpo frío e inerte de Satyavan. Tomó la cabeza entre sus manos y la posó en su regazo. Satyavan abrió los ojos y la miró a la cara.

Radha y Krishna

Un cuento de la India

Cuando Krishna todavía era un niño de pecho su padre adoptivo, Nanda, se lo llevó a un bosque de mangos. Después de dar de comer y de beber a sus vacas, Nanda se sentó a descansar con el pequeño Krishna en brazos.

De pronto, oscureció. Unas nubes negras cubrían el cielo, la lluvia caía a mares y el viento rugía. El bebé Krishna rompió en llanto. Justo cuando su padre adoptivo se preguntaba si haría bien en emprender la huida, vio entrar en el bosque de mangos a la bella Radha. Los largos cabellos negros de la muchacha relucían bajo la lluvia y sus negros ojos brillaban. De sus orejas colgaban un par de aros elegantes y su nariz lucía alhajas aún más delicadas. Su sari mojado desvelaba más de lo que ocultaba. Con una sonrisa radiante, Radha se acercó a Krishna.

Nanda le tendió el bebé.

—Llévate a Krishna. Sé que sois amantes. Tráemelo cuando vuestros deseos se hayan visto placados.

Con cara de enamorada, Radha estrechó entre sus brazos al niño ahogado en llanto y lo colmó de arrumacos. De repente, apareció en mitad del bosque un hermoso pabellón. En su interior se erigía una cama grande, preparada con esmero y adornada con olorosas flores. Recostado en ella había un joven apuesto ataviado con una túnica dorada. Tenía la piel mucho más oscura que Radha. Observó a la muchacha con ojos penetrantes.

Radha ya no llevaba al bebé en brazos. Asombrada y llena de deseo, se quedó mirando a su amado.

—Radha —habló Krishna—, podremos repetir una y otra vez aquello que vivimos en su día. Estamos hechos el uno para el otro. Yo soy tú, tú eres yo. Ven, que pose mi cabeza sobre tu pecho. Juguemos como jugábamos antes.

Radha correspondió a las miradas con timidez a la vez que anheló. Krishna entregó a Radha un vaso con esencia de miel y Radha entregó a Krishna una nuez de betel. Despues, Krishna extrajo todas las alhajas de los cabellos de Radha, de una en una, hasta que la melena le cayó libremente sobre los hombros. A un primer beso furtivo le siguieron otros más osados. El movimiento de las yemas de los dedos sobre la piel fue primero como una suave caricia, luego más enérgico, aunque siempre lleno de ternura. Las ropa iban quedando atrás, capa tras capa.

No había ni un solo trocito de sus cuerpos que no fuera masajeado. Daban vueltas y más vueltas. Krishna con Radha. Radha con Krishna. Cada vez que hacían el amor, el entrelazamiento entre Radha y Krishna iba mucho más allá que la simple fusión de sus cuerpos. Recreaban el mundo, una y otra vez. Y otra. Y otra.

Despues, Krishna peinó los cabellos de Radha con gesto pausado, los trenzó y volvió a atarlos. Entre caricias cubrió su cuerpo con el sari. Cuando Radha se dispuso a su vez a vestir a Krishna, el joven se transformó de nuevo en un bebé.

—¿Por qué me haces esto?! —exclamó Radha sollozando.

Entonces fue cuando la muchacha escuchó una voz.

«Volverá contigo siempre. Jugaréis una y otra vez. Ahora, llévalo a casa.»

Radha llevó al bebé Krishna, que para entonces también había roto en llanto, a casa de sus padres adoptivos. La madre le dio el pecho. Krishna mamó y dejó de llorar.

Radha regresó con los suyos. No contó nada a nadie. Durante el día se dedicaba a las tareas domésticas, pero cada noche acudía en secreto al pabellón en mitad del bosque, donde jugaba al juego del amor con Krishna.

Y juntos recreaban el mundo. Una y otra vez.

Krishna juega con las pastorcillas

Un cuento de la India

El bosque entero florecía cuando Krishna tocaba su flauta de bambú. Todas las pastorcillas que escuchaban la melodía se acordaban de él. El dios azul, rodeado de flores, brillaba. Su túnica de seda le envolvía el cuerpo cual oro líquido. De su boca emanaba néctar puro. No había ni una sola muchacha que escapase al abrazo del sonido de su flauta.

Las pastorcillas comentaban en susurros:

—Amigas, ¿existe mayor regalo para el corazón y los sentidos que escuchar y

contemplar a Krishna?

Embriagadas de amor ante tan dulce melodía, las muchachas se desplomaban. Las flores se desprendían de sus cabellos, se les abría el sari. No podían pronunciar palabra, estaban hechizadas de la cabeza a los pies.

Un día las pastorcillas acudieron al río como cualquier otra mañana. Se bañaron mientras entonaban canciones dedicadas a Krishna. Habían dejado sus ropas en la ribera. Al ver a las muchachas desnudas en medio del agua, Krishna se acercó con sus amigos. Les robó la vestimenta y se la llevó a lo alto de un árbol kadamba.

Cuando las pastorcillas descubrieron que sus ropa habían desaparecido, miraron asustadas a su alrededor.

Krishna gritó desde lo alto del árbol:

—¡Acercaos, bellas muchachas! ¡Venid a buscar vuestras ropa!

Las pastorcillas no osaron salir del río. Estremecidas, permanecieron sumergidas en el agua fresca hasta el cuello.

—¡Ay, Krishna! ¡No nos hagas esto! Dios azul zafiro, te queremos mucho. ¡Devuélvenos nuestras ropa!

Krishna contestó:

—Si hacéis todo lo que a mí me plazca os devolveré vuestras ropa. Y acordaos de regalarme una sonrisa de lo más encantadora.

Las muchachas salieron del río y se dirigieron a Krishna tiritando, tapándose el pubis con la mano.

Krishna les mostró las telas.

—Alzad las manos en ademán de orar y recuperaréis vuestras ropa.

Una tras otra, las muchachas alzaron las manos y recuperaron sus ropa. Pese a que Krishna les había robado y engañado, pese a que las había privado de su atuendo y su honor, pese a haber sido objeto de burla en toda su desnudez, las pastorcillas no se enfadaron con él. Una vez vestidas, se quedaron mirando a Krishna, con la respiración contenida.

El dios azul dijo:

—Ahora regresad a casa. Pronto llegará la noche en que jugaréis conmigo.

Una tarde en la que el jazmín se hallaba en plena flor y la luna se sonrojaba en el este como solo se sonroja la amada al volver a ver a su amado tras mucho tiempo, Krishna comenzó a tocar la flauta para hechizar el corazón de las bellas pastorcillas. Tanto se excitaron que se alejaron corriendo sin terminar lo que estaban haciendo. Daba igual que estuvieran ordeñando las vacas, o dándole el pecho a su hijo, o preparando la cena para su familia, todas interrumpieron sus labores para apresurarse hacia donde estaba Krishna. Las muchachas que se hallaban en plena faena tiñéndose el cuerpo, o pintándose los ojos de negro, o

cambiándose de ropa, se marcharon medio maquilladas y medio peinadas, con la pintura negra corrida y las prendas cambiadas, lo de arriba abajo y lo de abajo arriba. Por mucho que la llamara su marido o su padre, su hermano o su tío, ni una sola muchacha volvió sobre sus pasos. Y las que al final no pudieron salir cerraron los ojos y meditaron hasta que sintieron cómo Krishna las abrazaba.

Al verse rodeado de las pastorcillas, Krishna les habló en tono formal, en contra de lo que pudiera esperarse:

—Bienvenidas, mis damiselas, ¿en qué puedo serviros? Ya es de noche. Afuera acecha el peligro. ¿No haríais mejor en regresar a casa? Vuestros allegados os están buscando. Vuestros bebés, vuestros teneritos, tienen hambre.

Las muchachas agacharon la cabeza, acongojadas. Sus lágrimas se mezclaron con el negro de sus ojos y el polvo perfumado de azafrán con el que se habían untado los pechos.

—¡No nos eches! Nos has robado el corazón. Apaga el fuego que has encendido dentro de nosotras antes de que nos abrase. Estamos embelesadas por el sonido de tu flauta, por tus mechones, tus pendientes, tu boca de néctar, tus mofletes, tus ojos lisonjeros. No existe mujer en el mundo capaz de guardar la compostura habiendo sido hechizada por tu canción. ¡Haz el favor de posar tus manos de loto sobre nuestros pechos y nuestra cabeza!

Acorralado por las pastorcillas que brillaban bajo su mirada, Krishna relucía como la luna. Vagaba con ellas por el bosque sumándose a sus canciones. Retozaba con ellas a la orilla del río. Las extasiaba con sus pellizcos juguetones. Les rozaba furtivamente los muslos, la cintura y los pechos, les acariciaba las manos y los cabellos, las rascaba con las uñas y las abrazaba. Y cada una de las pastorcillas estaba convencida de que no había mujer en el mundo que disfrutase como ella, creyéndose la más importante de todas.

De pronto, Krishna desapareció. Las pastorcillas lo buscaron por todas partes. Tanto lo echaban de menos que imitaban su mirada, su forma de andar, su sonrisa, y narraban sus múltiples hazañas: cómo de niño había matado a la mujer que se comía a los humanos, cómo había derrotado al demonio y dado muerte a la serpiente.

Al rato, las pastorcillas descubrieron en el bosque unas pisadas que no podían ser sino de Krishna. Reconocieron un rayo y un loto en las huellas. Al lado, había un par de pisadas más pequeñas. Las muchachas suspiraron.

—Esa pastorcita ha mostrado tal devoción que Krishna nos ha abandonado para irse con ella. Mirad, aquí la llevó en volandas, aquí estuvieron sentados, aquí le soltó la melena, aquí se puso de puntillas para cogerle unas flores y aquí la atavió con ellas.

Entretanto, la pastorcita elegida por Krishna se creyó tan superior a las demás que le pidió:

—Aúpame y llévame en brazos.

—Súbete a mis hombros —replicó Krishna, antes de esfumarse y dejar a la muchacha tirada en el suelo.

Sus amigas la encontraron anegada en lágrimas. Juntas buscaron a Krishna.

—¿Por qué no vuelves? Nuestro corazón rebosa de deseo.

Las pastorcillas no se cansaron de cantar las alabanzas de Krishna, olvidándose de sus familias y de ellas mismas.

De repente, Krishna volvió a aparecer. Las pastorcillas se levantaron de un salto, desbordantes de nuevas energías. Una tomó la mano de Krishna entre sus dedos, otra le rodeó con el brazo, otra se metió en la boca la nuez de betel que acababa de masticar el dios azul y otra colocó el pie de Krishna con suavidad sobre su pecho agitado.

Después de hablarles durante un buen rato del amor, Krishna se puso a bailar con las pastorcillas a orillas del río. Las muchachas entrelazaron los brazos formando un gran corro. Krishna adoptó tantas formas como pastorcillas había. Se deslizaba entre ellas y las cogía por la cintura. Todas creyeron que tenían a Krishna para ellas solas. El corro giraba y giraba y giraba en medio del tintineo de pulseras y tobilleras y campanillas. Krishna brillaba como un zafiro bañado en oro. El movimiento rítmico de los pies, los labios sonrientes, el contoneo de las caderas, los pendientes bamboleantes... Unas besaban la mano de Krishna nada más notarla sobre el hombro, otras la apretaban contra su pecho. A ninguna de las muchachas se le ocurría trenzar su exuberante cabellera ni adecentarse las ropas medio abiertas ni componerse las alhajas. Con sus tersas manos, Krishna secó el sudor de los enardecidos rostros en un gesto de ternura.

Las pastorcillas cantaron sin parar.

Cantando, Krishna se introdujo con ellas en el río.

De cómo la hija pequeña del rey logró sacar la serpiente al príncipe Un cuento de la India

En tiempos muy, muy remotos vivía en algún lugar de la India un rey que sentía

gran preocupación por su hijo. El muchacho estaba en los huesos. Por más que comiera, no engordaba ni un ápice.

El rey convocó a los mejores médicos para que curaran a su demacrado hijo.

—Sabemos dónde está el problema —le comentaban los expertos—. En un momento dado se coló una serpiente en el vientre de vuestro hijo. Ella devora todo cuanto come el muchacho, dejándole apenas nada, lo justo para sobrevivir.

—Sacad ese animal ahora mismo! —exclamó el rey.

—Ojalá —suspiraron los médicos—. Sabemos dónde está el problema, pero ninguno de los remedios que hemos aplicado ha surtido efecto.

El pobre príncipe abandonó las tierras de su padre. Se mudó a un sobrio templo en otro reino, donde vivía gracias a las limosnas que le daban los fieles, conmovidos por tan deplorable aspecto.

El monarca del reino en el que se encontraba el templo tenía dos hijas.

Cada mañana, al amanecer, las dos princesas acudían a saludar a su padre.

—Buenos días, padre —le decía la mayor—. El rey tiene lo que desea.

—Buenos días, padre —le decía la pequeña—. El hombre tiene lo que se merece.

Cada mañana, el rey escuchaba con agrado el saludo de su hija mayor, pero el saludo de su hija pequeña le llenaba de rabia. La muchacha le hablaba como si fuese un cualquiera, en lugar del poderoso monarca de un gran reino.

Una mañana, el rey exclamó:

—Consejeros, llevaos a mi hija pequeña. Casadla con el primer varón que se cruce en vuestro camino. ¡Así tendrá lo que se merece!

—Vuestro deseo se verá cumplido —respondieron al unísono.

Los consejeros reales se pusieron en camino, llevando a la hija pequeña del rey. El primer varón que se cruzó en su camino fue el enjuto mendigo que vivía en el templo y que en realidad era un príncipe.

Agarraron al mendigo y lo arrastraron hasta la joven princesa.

—Tenéis que casaros por orden del rey!

Así sucedió. Aunque la joven princesa no tenía queja de su marido, sentía una gran preocupación por su aspecto demacrado. Por más que comiera no engordaba ni un ápice.

Recién casados, partieron de viaje. La hija pequeña del rey sentó a su marido a descansar debajo de un árbol mientras ella se acercaba a una aldea cercana para comprar aceite, sal y arroz.

A la vuelta, la muchacha se apercibió de que su esposo estaba profundamente dormido. Lo observó desde la distancia. De pronto, vio cómo de su boca salía una serpiente. Comprendió que ese monstruo devoraba todo cuanto comía su marido, condenándolo a una delgadez extrema.

En ese instante salió otra serpiente de un gran termítico próximo al árbol bajo el que dormía su esposo. Nada más percatarse de la presencia de la otra serpiente, comenzó a discutir con ella.

—¡Monstruo repugnante! —siseó la serpiente que vivía en el termítico—. ¡Por qué no dejas en paz a este pobre príncipe!

—¡Víbora asquerosa! —replicó la serpiente que vivía en el vientre del príncipe—. ¡Por qué no renuncias a tu tesoro!

—¡Lástima que nadie sepa cómo expulsarte del vientre de este pobre príncipe! —escupió la serpiente que vivía en el termítico.

—¡Lástima que nadie sepa cómo alejarte de esas dos vasijas repletas de oro! —replicó la serpiente que vivía en el vientre del príncipe.

—¡Bah! —espetó la serpiente que vivía en el termítico—. ¡Con lo fácil que es sanar al príncipe y acabar contigo!

—¡Bah! —espetó la serpiente que vivía en el vientre del príncipe—. ¡Con lo fácil que es matarte a ti y quedarse con el oro!

La hija pequeña del rey, que se había escondido entre los matorrales, aguzó los oídos. Sabía que en plena disputa suele asomar la verdad y que cuando se calientan los ánimos las partes enfrentadas tienden a mostrar sus puntos débiles.

—¡Si alguien supiera...! —chilló la serpiente que vivía en el termítico—. ¡Si alguien supiera que a este príncipe hay que darle de beber un brebaje de mostaza y comino, tú estarías acabada y el príncipe recuperaría la salud!

—¡Si alguien supiera...! —replicó la serpiente que vivía en el vientre del príncipe—. ¡Si alguien supiera que hay que verter agua hirviendo dentro del termítico, tú estarías acabada y quedarían al alcance de la mano las dos vasijas repletas de oro sobre las que duermes ahora!

Después, ambas serpientes regresaron a su refugio, al vientre del príncipe la primera y al termítico la segunda.

Sin querer, la hija pequeña del rey había descubierto los secretos de las dos serpientes. Preparó un brebaje de mostaza y comino y se lo dio de beber a su esposo. La serpiente que vivía en el vientre del príncipe murió en el acto y, al volver a comer con ganas, el muchacho se convirtió en un varón fuerte y sano.

Después, la hija pequeña del rey vertió agua hirviendo dentro del termítico. La serpiente que vivía en su interior se abrasó y las dos vasijas repletas de oro quedaron al alcance de la mano.

Así fue como la joven princesa regresó a casa de su padre cogida de la mano de un esposo saludable y cargada con oro. El padre y la madre, la hermana y los suegros, todos admitieron que la hija pequeña del rey tenía lo que se merecía.

El novio serpiente

Un cuento de la India

Érase una vez una mujer que vivía con sus dos hijas en una aldea de la India. La hija mayor era bella y cariñosa, pero no sabía tejer. Era la vergüenza de la aldea, donde todos eran muy buenos tejedores. La hija pequeña sabía tejer motivos hermosos, pero se le resistían los paños sencillos. Era la burla de la aldea, donde todos sabían tejer cualquier clase de tejidos.

A la hija mayor le preocupaba el no saber tejer. Una noche acudió en solitario al río y se deshizo en lamentos junto al agua:

—¡Ojalá yo también pudiera tejer como todos!

De pronto, emergió del río una enorme serpiente. La hija mayor se quedó de piedra. Cuando se disponía a salir corriendo, la serpiente le dijo:

—¡No te vayas! ¿Por qué me tienes miedo?

—¡A cualquiera le asustan las serpientes! —contestó la muchacha.

La serpiente gigante se quitó la piel y apareció un apuesto joven.

—No soy una serpiente de verdad —explicó—. Vivo en las profundidades del río, pero en tierra firme puedo adoptar la forma de un varón o de una serpiente.

La hija mayor se acercó. Pudo comprobar que era un muchacho hermoso y afable. Entablaron conversación. Charlaron sin parar. Se rieron y se conocieron más a fondo. A última hora de la noche, se habían enamorado el uno del otro. Justo antes del amanecer, la hija mayor regresó a casa. El joven volvió a transformarse en una serpiente y se sumergió en el río, rumbo a su morada bajo el agua.

Todas las noches, después de cenar, la hija mayor acudía al río, donde la aguardaba la serpiente gigante. Nada más verla, el animal se quitaba la piel. La muchacha procuraba llegar a casa antes del amanecer. Entonces el joven volvía a transformarse en una serpiente y se sumergía en el río, rumbo a su morada bajo el agua.

Una noche, la hija mayor se mostró triste y taciturna.

—¿Por qué estás tan callada? —le preguntó su amado.

—Todos saben tejer, menos yo —suspiró la muchacha.

Su amado la estrechó entre sus brazos.

—Mañana vendré a verte con aspecto de serpiente. Llévame a tu casa. Busca un lugar tranquilo a la sombra y colócame en tu regazo. Comienza a tejer y verás cómo tus dedos sabrán imitar hasta los motivos más complejos de mi piel.

Acto seguido, el joven volvió a transformarse en una serpiente gigante y se

sumergió en el río, rumbo a su casa bajo el agua. La hija mayor se quedó toda la noche esperándola en la orilla. Al amanecer, la serpiente salió del agua y la acompañó hasta su casa, serpenteando. La muchacha buscó un lugar tranquilo a la sombra y colocó a la serpiente en su regazo. Tan pronto como comenzó a tejer, logró imitar nada menos que los impresionantes motivos de la piel del animal.

Sus amigas se acercaron, tentadas por la curiosidad.

—¡Qué bonito! ¡Te empeñaste y lo has conseguido!

Sin embargo, en cuanto descubrieron a la serpiente gigante, huyeron entre chillidos.

Al final, la hija mayor tejía mejor que nadie. Terminados los tres primeros tejidos, regaló uno a sus amigas y otro a su hermana para que imitaran los motivos. El tercero se lo quedó ella.

Al atardecer, la hija mayor llevaba a la serpiente hasta la orilla del río, donde el animal se transformaba en un varón. Allí pasaban la noche juntos como amantes.

—¡Vente conmigo! —le susurró el joven una noche.

—Pero si yo no puedo vivir bajo el agua! —replicó la hija mayor.

—No te preocupes —respondió su amado—. Vendré a buscarte con un largo cortejo de invitados y un sinfín de instrumentos de música. Nos casaremos y celebraremos una boda en toda regla. ¡Luego vendrás conmigo y verás lo bien que se vive bajo el agua!

A la mañana siguiente, la hija mayor anunció a su madre:

—Me iré con mi novio.

—¿Se puede saber quién es tu novio? —preguntó la madre.

—Me iré con mi novio serpiente. Es él quien me ha enseñado a tejer.

—¡Hija mayor! —exclamó la madre—. ¡Cómo te vas a casar con una serpiente! ¡Te engullirá!

Pese a la sarta de súplicas, alegatos e improperios de su madre, la hija mayor se negó a renunciar a su novio serpiente.

Dos días más tarde, el joven se presentó en la aldea con un largo cortejo de invitados y un sinfín de instrumentos de música. Los vecinos del pequeño pueblo no veían en ellos más que serpientes gigantes, pero para la enamorada hija mayor tenían el aspecto de seres humanos.

Terminada la boda, la hija mayor se despidió de su madre.

—Seguiré a mi marido, pero si algún día estás en apuros, madre, acude a la orilla del río y llámame.

La hija mayor siguió a su flamante esposo. Juntos, se sumergieron en el agua, rumbo a la casa de la serpiente. Resultó ser un magnífico palacio hecho de oro puro. Allí vivían felices, rodeados de una multitud de hijos, a cuál más alegre.

Un buen día, la hija pequeña le comentó a la madre:

—Tal vez yo también debería casarme con una serpiente.

Acudió a la orilla del río. Tras mucho buscar, encontró una cueva en la que vivía una enorme serpiente negra. La muchacha entró y se tumbó al lado del animal. Se acurrucó contra él con la esperanza de que se transformase en un joven hermoso dispuesto a aceptarla como esposa, pero la serpiente negra se abalanzó sobre la hija pequeña y se la comió viva.

La pobre madre se quedó totalmente sola. Envejeció a ojos vistas. Le costaba cada vez más conseguir comida.

Un buen día acudió a la orilla del río y suplicó:

—¡Hija mayor, ayúdame!

Caída la noche, la hija mayor salió del agua y abrazó a su madre.

—Acompáñame.

La madre se negó, pero la hija mayor la envolvió en una tela densa y resistente y se la llevó al río, rumbo al palacio debajo del agua. La madre no daba crédito al descubrir la mansión de oro y al ver a todos esos niños alegres que corrían a su encuentro.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¡Abuela!

Exaltados, danzaron en torno a ella, jugaron con sus ropa y se encaramaron a sus rodillas. Sin embargo, de pronto, los niños se transformaron en pequeñas serpientes cuyos ágiles cuerpos se enroscaban alrededor de la abuela. Tan pronto como la anciana mujer las arrojó al suelo, asustada, volvieron a convertirse en niños.

—Hija mayor —suspiró la abuela—, llévame a casa. Esto es demasiado para mi viejo corazón.

El yerno le contestó:

—De acuerdo, la llevaremos a casa, pero déjeme prepararle un regalo.

El yerno esparció un poco de arena sobre un retazo de tela y guardó un grano en otro retal. Luego buscó un trozo de cuerda y un pedacito de madera del tamaño de su meñique. Finalmente, lo envolvió todo y entregó el hato a la abuela.

—Este hatillo es para usted. Lléveselo a casa. Guarde cada cosa que encuentre dentro de él por separado en cestas grandes. Al cabo de una semana, abra las cestas y compruebe su interior. Ahora bien, le pido encarecidamente que, de camino a casa, no mire lo que hay en el fardo.

El yerno dejó a la anciana mujer sana y salva en la orilla del río.

Una vez recobrada la serenidad, la abuela pensó: «Mi hija mayor y su esposo viven en un palacio de oro. No me regalan oro ni dinero, sino tan solo un mísero atadillo».

Enojada y triste, tiró el fardo al suelo. Sin embargo, al rato se acordó de las

palabras de su yerno. Recogió el hatillo como pudo, volvió a atarlo y se lo llevó. Al llegar a casa, guardó cada cosa por separado en cestas pequeñas.

Al cabo de una semana, la abuela abrió las cestas. El trozo de cuerda se había transformado en carne seca. El pedacito de madera, en pescado seco. El puñado de arena, en arroz. Y parecía que el grano estaba listo para la siembra. La abuela había echado a perder parte del regalo por el camino y en vez de cestas grandes había utilizado cestas pequeñas. Por eso no había tanta comida como le deseara su yerno. Aun así tenía de sobra para vivir.

De hecho, no necesitó nada más hasta el final de sus días.

La hija mayor y el novio serpiente y todos sus hijos, a cual más alegre, vivieron felices en el palacio del fondo del río.

De por qué a la mujer le atrae más el sexo

Un cuento del pueblo muria de India

En los orígenes del mundo solo había en la Tierra un niño y una niña. Eran hermanos. Mahapurub, el ser supremo, propuso que se casaran.

El niño y la niña se negaron.

—¿Cómo vamos a casarnos! ¡Si somos hermanos!

En ese instante apareció la diosa de la viruela. Separó a los hermanos y contagió a uno y a otra con tan terrible enfermedad. Los hermanos la sufrieron en lugares muy alejados entre sí.

Mucho más tarde, cuando volvieron a encontrarse, no se reconocieron, porque tenían el rostro cubierto de cicatrices producidas por la viruela. Se casaron, convencidos de que no habían coincidido nunca antes.

Estaban casados, pero no tenían conocimiento del sexo. Buscaban comida juntos, trabajaban juntos, lo hacían todo juntos, pero no practicaban el sexo porque no sabían lo que era.

Mahapurub, el ser supremo, mandó a su enviado Lingo a la Tierra para que echase una ojeada a la pareja.

—Están bien, lo hacen todo juntos, pero no practican el sexo —informó el enviado a Mahapurub—. Viven realmente como hermanos.

Para Mahapurub, aquellas palabras fueron motivo de gran preocupación.

—¿Cómo se va a terminar de poblar el mundo si esos dos no hacen el amor?

Confió dos pastillas con magia amorosa a su enviado Lingo y lo mandó de nuevo a la Tierra.

Al llegar a la casa de los primeros seres humanos, Lingo se encontró con que solo estaba la mujer. El hombre había salido a cazar. La mujer se estaba bañando.

Lingo le dio las dos pastillas.

—Tómate una pastilla después del baño. Guarda la otra para tu marido. Dásela en cuanto llegue a casa.

Tan pronto como Lingo se hubo marchado, la mujer se tomó una de las pastillas. Tanto le gustó que ingirió también la otra, dejando a su esposo sin ella. Nada más tragarse las dos píldoras, la mujer entró en un estado de máxima excitación. Se adentró a toda prisa en el bosque, en busca de su marido, pero no dio con él.

Cuando el hombre regresó por fin de su partida de caza, la mujer no le dio de cenar, sino que lo metió a rastras dentro de la choza y lo tumbó en el suelo. Sin embargo, por más que se esforzaba, por más que lo colmaba de caricias, no lograba despertar deseo alguno en su esposo. Él no hacía ninguna de las cosas con las que ella soñaba. Mientras él cenaba copiosamente, ella era incapaz de probar bocado. La mujer se pasó la noche entera tratando de suscitar el interés del marido, pero todas sus tentativas fueron en vano.

Después, al acercarse a la choza para comprobar cómo les iba a los primeros seres humanos, Lingo fue testigo de cómo la mujer se esforzaba al máximo, en tanto que el hombre no reaccionaba a ninguna de sus caricias.

Traía otras dos pastillas con magia amorosa. Se cuidó muy mucho de administrarlas en persona: una para el hombre y otra para la mujer. Esperó a que tanto él como ella se tomaran la pastilla.

Por fin, al hombre también se le despertó el deseo sexual. Él y ella hicieron el amor una y otra vez, pero como la mujer había ingerido tres pastillas siguió mostrando mayor pasión.

Por eso los murias del centro de la India cuentan hasta hoy que a la mujer le atrae más el sexo que al hombre.

Tal fue la pasión que afloró entre aquel hombre y aquella mujer que a la mañana siguiente nació su primer hijo. Y llegarían muchos más. Así fue como creció la humanidad.

No comas espinacas rojas

Un cuento del pueblo pardhan de India

Hubo un tiempo muy, muy remoto en que Mahadeo y su mujer Parvati vivían en una montaña pelada en el centro de la India.

Un buen día, Mahadeo se esmeró en preparar siete bancales en el huerto. Los sembró de hortalizas. El séptimo bancal se hallaba en el lugar donde Mahadeo acostumbraba a orinar y bañarse. Después de sembrar el pedazo de tierra de espinacas rojas, rezó una oración dedicada especialmente a las semillas de espinaca. Levantó una cerca alrededor del bancal de las espinacas rojas. Los otros seis bancales no los cercó.

Una mañana, Mahadeo anunció a Parvati:

—Voy a cortar leña a la selva. Cuídame el huerto. Puedes comerte todas las hortalizas, menos las espinacas rojas.

Acto seguido, se dirigió al séptimo bancal y dijo:

—Quien pruebe las espinacas rojas sangrará durante doce años.

Después se fue a la selva a cortar leña.

Parvati comió todos los días hortalizas del huerto. Mientras comía era feliz y se olvidaba de su esposo, pero en cuanto dejaba de comer se acordaba de Mahadeo. Se preguntaba cuándo volvería. Entre comida y comida le echaba terriblemente de menos.

Pensó: «Si como espinacas rojas seguro que mi marido vuelve enseguida».

Y así lo hizo. Se acercó al séptimo bancal y probó las espinacas rojas.

De pronto, le comenzó a fluir la sangre. Parvati se desplomó sobre el suelo. Y en él permaneció los doce años en que su sangre fluyó sin parar.

Tan pronto como dejó de sangrar, Parvati sintió hambre. Se puso en pie y se dirigió al séptimo bancal, donde en todo ese tiempo había crecido un fruto inmenso.

Parvati se lo comió entero.

Quedó embarazada en el acto. A los pocos días dio a luz a un bebé.

Asombrada e ignorante, se preguntó: «Pero ¿qué es esto?».

Enterró debajo de un árbol aquello que había salido de su cuerpo. Sin embargo, en cuanto Mahadeo llegó a casa, el bebé emergió de la tierra y se encaramó a su hombro.

En ese instante todos los seres del mundo acudieron a la casa de Parvati y Mahadeo para conocer al bebé y ser colmados de obsequios.

Mahadeo dijo:

—Estaréis cansados. Os daremos de comer de nuestro huerto.

Sirvió un *curry* con verduras y frutas troceadas y le puso a cada mujer un trocito de espinacas rojas.

Todos los seres del mundo comieron las verduras y las frutas y todas las mujeres

probaron las espinacas. Así fue como la menstruación hizo su aparición en la Tierra. Y con ella llegaron el embarazo y el parto.

De cómo la mujer y la elefanta intercambiaron dientes y pechos

Un cuento del pueblo pardhan de India

Érase una vez una joven mujer que tenía dientes en la vagina. No eran dientes pequeñitos, sino piezas grandes y afiladas. No había ni un solo hombre que se atreviera a hacerle el amor, pues quien se aventuraba a adentrarse en una vagina dentada se quedaba sin pene.

Para colmo de males, la muchacha estaba totalmente plana. No tenía pecho. No se le apreciaba la más mínima ondulación, nada de nada. Por eso los hombres ni siquiera la deseaban con los ojos. Preferían mirar a las mujeres de pechos redondos y hacer el amor a una mujer que tuviese una vagina suave y sin dientes.

La joven que no solo carecía de pechos, sino que además tenía una vagina dentada, vivía totalmente sola y estaba muy acogojada. Lloraba día y noche, sentada a orillas de un lago.

Un buen día se acercó a beber una elefanta.

—Pobre muchacha, ¿a qué vienen esos sollozos? —preguntó el animal.

La joven contestó:

—Tengo dientes en la vagina. Todos los varones tienen miedo de hacer el amor conmigo. Y encima no tengo pecho. Ni la más mínima protuberancia. No hay ni un solo hombre que me dedique una mirada lasciva. Soy una desdichada.

La elefanta observó su propio pecho. Por entonces las elefantas tenían unos pechos realmente preciosos, redondos y bien formados, tan suaves como firmes, un regalo para la vista y la mano. Hasta los soberanos más poderosos, los rajás más renombrados, sucumbían ante los magníficos pechos de las elefantas.

—Podríamos hacer un intercambio —propuso la elefanta a la joven.

La muchacha dejó de llorar y se quedó mirando al animal.

—¿A qué te refieres?

—A mí no me vendría mal tener algún diente más —explicó la elefanta—. Si tú me das los dientes de tu vagina, yo te doy mis pechos a cambio.

La joven extrajo los dientes de su vagina y los colocó a ambos lados de la cabeza de la elefanta.

La elefanta se agarró los magníficos pechos, se los quitó y los pegó en el cuerpo de la muchacha.

La elefanta ensayó sus impresionantes colmillos, visiblemente satisfecha.

La muchacha no se cansaba de contemplar su pecho. Se marchó rebosante de felicidad. No había ni un solo hombre que no sucumbiera ante los pechos de la joven mujer.

Como la muchacha y la elefanta hablaban del intercambio a quien quisiera oírlas, no había ni un solo varón que no supiera que la vagina de la joven mujer se hallaba libre de dientes.

Ya no había motivos para tener miedo de hacer el amor con ella.

Wigan y Bugan pueblan el mundo

Un cuento de Filipinas

En los orígenes del mundo, la Tierra era plana, quitando dos altas montañas. En el este se erigía el pico Amuyao; en el oeste, el Kalauitan. Por el valle que separaba los dos montes fluía un ancho río en cuyas orillas vivían los primeros humanos. Al talar y abrir los tallos de bambú, el arroz salía a raudales. Al cortar las cañas de azúcar, brotaba una reconfortante bebida de arroz. El río se hallaba cuajado de peces y en los bosques abundaban los animales, que se dejaban cazar con facilidad. Los granos de arroz eran tan grandes que unos pocos bastaban para dar de comer a una familia entera. Sobraban los alimentos y la vida resultaba de lo más agradable. Pero eso no duró.

Todos esperaban la llegada de la temporada de lluvias. Sin embargo, no llegó. Transcurrió un mes, y otro, y otro, sin que cayese una sola gota. El ancho río se volvió cada vez más estrecho, hasta que un día amaneció seco. Perecieron gran cantidad de plantas y animales y hombres y mujeres y niños. Los sabios ancianos dijeron: «El río ha muerto. Si abrimos su tumba puede que demos con su alma. Es lo único que nos puede salvar».

Los supervivientes se pusieron a cavar. Cavarón durante tres días. Al tercero, cuando el hoyo era ya muy ancho y profundo, dieron con un inmenso manantial. El agua emanaba con tal fuerza y en tal cantidad que muchos se ahogaron antes de lograr ponerse a salvo.

Aliviados, los supervivientes celebraron el hallazgo por todo lo alto. En plena

fiesta, el cielo se oscureció y comenzó a llover sin parar.

El nivel del agua subió. En poco tiempo, el río inundó el país. Los sabios ancianos dijeron: «Refugiémonos en las montañas antes de que el agua acabe con nosotros».

Los supervivientes siguieron su consejo, pero el agua los alcanzó. Continuó subiendo hasta inundar toda la tierra, salvo las cumbres de los dos montes.

Tan solo dos personas salieron vivas del diluvio: Wigan y Bugan, hermano y hermana. Wigan estaba en el pico Amuyao; Bugan, en el Kalauitan. Sobrevivían comiendo las frutas y las nueces que crecían en los árboles en lo alto del monte. La tierra llevaba ya medio año cubierta por el agua.

Bugan tenía fuego. La cumbre de su monte ardía todas las noches. Así fue como Wigan supo que había otro superviviente, aunque ignoraba que era su hermana. Él no tenía fuego. Hacía un frío glacial en lo alto de su monte. Cuando el agua se retiró por fin, Wigan y Bugan contemplaron con asombro el magnífico paisaje lleno de colinas y valles que se extendía a sus pies. Tan pronto como la tierra se secó, Wigan viajó al pico Kalauitan, donde se reunió con su hermana. Ambos se alegraron muchísimo de volver a verse.

Wigan y Bugan bajaron del monte y fueron a un valle, donde Wigan construyó una casa para los dos. Por la noche, Wigan durmió abajo y Bugan, arriba.

A la mañana siguiente, Wigan salió en busca de más supervivientes, pero no encontró a nadie. Se acostó exhausto y apenado. Al día siguiente volvió a salir. Regresó de nuevo con las manos vacías. Una vez más, se acostó exhausto y apenado.

Al cabo de tres días, Wigan seguía sin encontrar ningún superviviente. Al acostarse se dijo a sí mismo: «Realmente no queda nadie más que nosotros. Si queremos repoblar la Tierra tendremos que hacerlo entre los dos».

En plena noche, Wigan subió a la planta de arriba, donde dormía su hermana Bugan.

Después de hacerle el amor sin despertarla, Wigan bajó a su aposento.

A la mañana siguiente, Bugan sintió que algo había sucedido, pero no sabía qué. Al atardecer de ese día, antes de acostarse, se untó los pechos y el ombligo de cal.

En plena noche, Wigan volvió a subir a la planta de arriba, donde dormía su hermana Bugan.

Después de hacerle el amor sin despertarla, Wigan bajó a su aposento.

A la mañana siguiente, nada más llegar abajo, Bugan se deshizo en lamentaciones al ver que Wigan se hallaba cubierto de cal.

—¡Hermano!, ¿eres tú quien sube a verme por la noche?

—¿Quién va a ser si no? —replicó Wigan—. ¡Estamos solos en el mundo!

Llorando desconsoladamente, Bugan lanzó a su hermano una sarta de injurias a

cuál más fea.

Luego salió corriendo hacia el este, río abajo.

Después de caminar largo rato, se desplomó sobre la orilla. Vencida por el dolor, estalló en sollozos.

Al alzar la vista descubrió a un anciano sentado en una roca. El hombre la alentó con una inclinación de cabeza.

—No temas. Sé por qué estás tan triste. No soy un ser humano. Vengo a confirmarte que realmente no hay nadie más en el mundo excepto vosotros dos. En estas circunstancias, lo ocurrido no resulta reprobable. Es la única manera de repoblar la Tierra.

Entonces apareció Wigan. Los hermanos escucharon con atención las palabras del anciano. El sabio bendijo la unión entre ambos, así como los frutos que de ella brotarían.

—Regresad a casa y acordaos de ofrecer sacrificios a los dioses cada vez que os veáis en apuros.

Wigan y Bugan tuvieron nueve hijos, cinco niños y cuatro niñas.

De ellos descienden todos los seres humanos.

La novia que fue devorada en su noche de bodas

Un cuento de Japón

Érase una vez una acomodada pareja de comerciantes que vivía en una aldea en el campo. Tenían una sola hija. Conforme iba creciendo, la niña se convirtió en una joven increíblemente bella. Todos la llamaban Muchacha sin Igual. Satisfacían sus deseos a la primera y la mimaban día y noche.

Tan pronto como Muchacha sin Igual alcanzó la edad casadera, acudieron a pedir su mano gran número de muchachos y hombres, pero ella los rechazó uno a uno.

—Este es demasiado pobre para mí!

—Aquel es feo!

—Me merezco un hombre más afable que ese!

Muchacha sin Igual no se conformaba con ninguno de ellos y se complacía en mostrarlo abiertamente. Sus padres se disculpaban una y otra vez en nombre de su hija. Dejaban marchar a todos esos jóvenes apuestos y adinerados de muy mala

gana. Temían que Muchacha sin Igual estuviera condenada a una vida en soledad, ya que todo el mundo dentro y fuera del país acabó enterándose de cómo trataba a sus pretendientes.

Sin embargo, un buen día, ante la casa de Muchacha sin Igual, se detuvo un impresionante séquito encabezado por un samurái guapo y altivo a lomos de un magnífico caballo. El joven irradiaba opulencia. Con gesto encantador saludó a los habitantes de la casa y a los transeúntes. Nada más verle, todas las chicas de la aldea se enamoraron de él.

—¿Quién es? —preguntaban entre susurros.

El desconocido no solo iba acompañado de un cortejo de sirvientes, sino que también traía varios carruajes de gran tamaño, cargados de las telas más suaves y las alhajas más hermosas.

Los padres de Muchacha sin Igual dispensaron al forastero un recibimiento regio y la joven no se separó ni un solo segundo del vistoso samurái.

«¡Por fin! ¡Un varón que es lo suficientemente rico, guapo y afable para nuestra hija!», se dijeron los padres de Muchacha sin Igual.

Antes de que terminara el día, el samurái preguntó a la joven si deseaba casarse con él, y ella exclamó sin pensárselo:

—¡Sí!

Los padres de Muchacha sin Igual sintieron tal alivio que no preguntaron por la procedencia ni por la familia del samurái. Y cuando él les preguntó si podía casarse con su hija esa misma noche, exclamaron sin pensárselo tampoco:

—¡Sí!

La boda de Muchacha sin Igual y el samurái se organizó a toda prisa. Hacia la medianoche los novios se retiraron a sus aposentos.

Los padres de la joven se acostaron muy contentos.

De pronto, el silencio de la noche se vio interrumpido por un terrible gemido.

—¡Los dedos de mis pies! —gimió la novia—. ¡Los está devorando!

—¿Te acuerdas de nuestra primera noche? —susurró el padre de Muchacha sin Igual a su mujer.

Al rato, la novia gritó:

—¡Mi pie! ¡Lo está devorando!

—Sí que me acuerdo —susurró la madre de Muchacha sin Igual a su marido.

Al rato, la novia aulló:

—¡Mi pierna! ¡La está devorando!

—Está totalmente desconcertada —susurró el padre de Muchacha sin Igual a su mujer.

Al rato, la novia sollozó:

—¡Mis pechos, mi vientre!

Al oír esas palabras, la madre se asustó.

—¿Por qué no vamos a echar una ojeada? —propuso.

—Mañana —contestó el padre de Muchacha sin Igual—. Mañana veremos que todo ha salido bien con este hombre sin igual al que nuestra hija ha elegido entre miles.

Los padres de Muchacha sin Igual cayeron en un sueño muy profundo. Al día siguiente se despertaron mucho después de que hubieran amanecido los pájaros, pero en el cuarto de la joven pareja aún reinaba un silencio absoluto.

—Están dormidos —susurró el padre de Muchacha sin Igual—. Deben de estar agotados.

Al cabo de un tiempo, la madre de Muchacha sin Igual llamó a la puerta. No obtuvo respuesta. La madre de Muchacha sin Igual llamó otra vez, y otra, y acabó por golpear la puerta.

—¡Muchacha sin Igual, contesta!

Finalmente, la madre de la joven abrió la puerta del cuarto. Tan pronto como sus ojos se habituaron a la penumbra descubrió que la cama estaba vacía.

Aunque no del todo. En el centro yacían un par de gráciles dedos. Unos dedos sin igual. La madre los reconocería entre miles. Por más que los padres de Muchacha sin Igual rastrearan la habitación, aquellos dedos eran lo único que quedaba de su preciosa y única hija.

Al rato oyeron gritar a un sirviente que se hallaba en el establo:

—¡El caballo del samurái ha desaparecido! ¡No queda más que paja sucia!

Otro sirviente gritó:

—¡Las telas y las alhajas han desaparecido! ¡No quedan más que harapos!

Y otro criado añadió:

—¡Los carruajes han desaparecido! ¡No queda más que madera podrida!

—Esto solo puede ser obra de un demonio —susurrieron los padres.

Enlutados, lloraron la pérdida de su única hija, dolorosamente devorada durante su noche de bodas.

La vagina dentada

Un cuento del pueblo chukchi de Siberia

Érase una vez un hombre que salió a cazar renos. Pese a esforzarse hasta la extenuación, no logró capturar ni un solo animal en todo el día.

Tras la caída del sol comenzó a hacer un frío helador. El cazador se había alejado

demasiado como para regresar a casa. En medio de aquel frío glacial, decidió buscar un sitio seguro para pasar la noche.

Al cabo de un tiempo descubrió en la nieve las huellas de un trineo. Las siguió. Las huellas se volvieron cada vez más anchas y profundas. De repente, el cazador escuchó los ladridos de un perro. Acto seguido se encontró ante la puerta de una casa subterránea.

Entró. En el interior había una mujer que estaba asando carne de foca sobre una lámpara de aceite. Mostraba un aspecto extraño. Lucía un solo ojo, en medio de la frente. Su boca era inmensamente grande y estaba torcida. La mujer, alta y recia, dotada de unos pechos prominentes, dijo al cazador:

—Me alegro de que estés aquí. Hasta ahora no había visto ni un solo hombre. ¡Por fin tengo esposo!

El hombre observó a la mujer y pensó: «Será alta y recia, con un par de pechos prominentes, pero su rostro me resulta demasiado extraño. No quiero ser su esposo».

La mujer y el cazador se comieron la carne de foca. Después, la mujer apagó la lámpara de aceite. Se tumbaron en el suelo para dormir. La mujer se acercó al cazador en la oscuridad, pero él se apartó. La mujer volvió a acercarse y el cazador se apartó de nuevo.

La escena se repitió hasta que el cazador se vio acorralado en un rincón de la casa subterránea.

—Debes dormir conmigo —le dijo la extraña mujer.

—No quiero dormir contigo —contestó el cazador.

—Debes hacerlo —insistió la mujer.

El cazador aguzó el oído. Creyó oír algo. Desde las profundidades del cuerpo de la mujer emergió un ruido horripilante, como el de un perro al que le rechinan los dientes.

—¡Duerme conmigo! —repitió la mujer con voz amenazante.

—Estoy muy cansado —replicó el cazador—. ¿Por qué no lo dejamos para mañana por la mañana?

—Te tomo la palabra —respondió la mujer—. ¿Podrías despiojarme?

Al cazador no le importaba quitarle los piojos. La mujer volvió a encender la lámpara de aceite. El cazador la despiojó con tal paciencia y tal esmero que la mujer se quedó dormida con la cabeza apoyada en su regazo.

Entretanto el cazador no dejaba de dar vueltas a la misma pregunta: ¿qué había dentro de aquel cuerpo para que emitiera un ruido como el de un perro al que le rechinan los dientes?

A la luz de la lámpara de aceite, el cazador examinó el cuerpo de la mujer

dormida. En cuanto le separó las piernas, descubrió dos hileras de sólidos dientes similares a los que hay en las fauces de un lobo.

El cazador se tragó un grito de asombro y salió de la casa de puntillas.

Se dirigió a una playa repleta de rocas y eligió dos piedras alargadas del tamaño de su pene. Se las llevó a la casa subterránea y entró en un sueño profundo.

A la mañana siguiente, la mujer despertó al cazador:

—¡Venga, cumple tu promesa! ¡Hazme mujer! ¡Penétrame!

—De acuerdo —contestó el hombre—. Ahí voy.

Se colocó una de las piedras alargadas entre las piernas y embistió a la mujer. La piedra y los dientes se entrechocaron. Los dientes de la vagina de la mujer se rompieron uno a uno. Al sacar la piedra, el cazador comprobó que todos los dientes se habían hincado en ella.

Luego introdujo la segunda piedra. Al retirarla se llevó las raíces de los dientes y el himen. A partir de ese momento, la vagina de la mujer era como la de cualquier mujer normal.

—Y ahora vamos a hacerlo de verdad —sugirió el cazador.

Introdujo su propio pene. Hicieron el amor varias veces seguidas.

La mujer se calmó por completo y el cazador se la llevó a casa.

Europa

De cómo el renegrido diablo del cieno se llevó a Trineke

Un cuento de Flandes, Bélgica

Érase una vez una niña muy, muy curiosa que vivía en un pueblo a orillas de un ancho río.

Trineke metía las narices en todas partes. Quería saberlo todo. No se conformaba con que le contaran cualquier cosa, sino que se empeñaba en comprobarlo en carne propia. Cuando le advertían de que no hiciera esto o aquello, ella corría a hacerlo.

Por mucho que su padre le indicase que jamás se debe pasar por detrás de un caballo, Trineke lo ensayaba una y otra vez, llevándose más de una coz en el trasero. Por mucho que su madre le pidiese que no se acercara a la caldera llena de grasa hirviendo, Trineke estiraba la mano aun antes de que su madre hubiera terminado de pronunciar la frase, llevándose más de una ampolla. Pese a que sus hermanos le gritaban una y otra vez que no se bajara de un tiovivo en marcha, Trineke no podía evitarlo. No dejaba de sufrir golpes y chichones, pero se le olvidaba enseguida.

Cuando alguien la reñía: «Trineke, ¿qué te he dicho? ¿Qué tienes en los oídos?», ella contestaba entre risas: «¡Mermelada!».

—Por suerte, Trineke tiene un buen ángel custodio —suspiraban su padres—. Ya se le irá quitando la mermelada de los oídos con los años.

Fueron pasando los años, pero la mermelada no se le quitó. Le habían repetido mil veces que no acudiera sola al río.

—¡Ten cuidado, Trineke! Por el dique merodea gente muy rara. Tipos que atraen a las niñas con caramelos y piropos.

—Sí, madre —asentía Trineke mientras pensaba para sí: «Agarro el caramelo y salgo corriendo».

—Trineke, no te acerques al agua, y menos al fango. Quienes viven en la oscuridad del río tienen malas intenciones.

—Sí, padre. ¿Quiénes son? —quiso saber Trineke.

—Los renegridos diablos del cieno, con sus pelos negros como el lodo, sus ojos

oscuros como el carbón y su cuerpo ágil como una serpiente. Acechan a las niñas bonitas para llevárselas con sus brazos largos como chopos y sus manos anchas como carretillas.

—¿Y qué hacen con esas niñas bonitas?

—¡Ay, Trineke! —Su padre sacudió las manos y la cabeza—. ¡Cosas que no se pueden decir en voz alta!

Muerta de curiosidad, Trineke aguardó a que su padre siguiera hablando, pero no lo hizo.

Un buen día, Trineke paseaba por el dique. Estaba oscureciendo y no había nadie en muchas leguas a la redonda. El viento silbaba entre los juncos. Sonaba como si fueran gemidos de niña.

Algo brillaba en el negro fango. ¿Y si le estuviera esperando un anillo de oro o de plata? Trineke no pudo contenerse. Se acercó un poco, pero no logró identificar el objeto brillante.

Bajó hasta el lodo. Avanzó agarrándose a los postes del embarcadero de madera. Primero un paso, luego otro, y otro. Trineke no notó que sus zapatos se hundían ni que las piernas se le manchaban de fango. Tampoco se percató de la negra sombra que se deslizaba hacia ella. Una sombra con los pelos negros como el lodo, los ojos oscuros como el carbón y el cuerpo ágil como una serpiente.

El renegrido diablo del cieno esperó con paciencia a que las piernas de Trineke se quedaran enganchadas en el fango. En ese instante estiró el brazo, un brazo largo como un chopo, y la mano, una mano ancha como una carretilla. Con la otra mano tapó la boca de Trineke con tal celeridad que a la muchacha no le dio tiempo de pedir socorro. Todos los esfuerzos de Trineke por morderle, golpearle con los puños, arañarle y darle patadas fueron en vano. El diablo tiró de ella con tanta fuerza que se vio obligada a soltar el poste. Trineke cayó de brúces en el lodo.

El renegrido diablo le susurró al oído:

—Me he llevado a muchas jóvenes, pero hace tiempo que no me llevo a una niña tan bonita como tú.

Agarró a Trineke con más fuerza y comenzó a dar vueltas. A cada vuelta la atraía un poco más hacia sí, a cada vuelta se hundían más en el fango. El renegrido diablo del cieno arrastró a Trineke hasta la oscuridad más profunda del río.

El viento silbaba entre los juncos. Sonaba como si fueran gemidos de niña.

**De por qué las hadas mimosas son incapaces
de dejar en paz a los hombres**

Un cuento de Flandes, Bélgica

En un pueblo cercano a un extenso brezal, nació una vez una niña. Sus padres la llamaron Mieke. Todo aquel que la encontraba se la quedaba mirando. Y la pequeña Mieke no dejaba escapar la oportunidad de contemplarse a sí misma. No sonreía a su madre, sino a su propia imagen, tal y como se reflejaba en los ojos de aquella. No había espejo, cristal o ventana por los que pasara sin embelesarse.

Le decían:

—¡Ten cuidado, Mieke, vas a gastar tu belleza de tanto mirarte!

No fue hasta que Mieke se hizo maestra cuando los humos se le subieron a la cabeza de verdad. Cuando su madre le pedía que barriera el corral, ella señalaba sus ropas limpias. Cuando su padre le pedía que repartiera la carne, ponía cara de asco. Cuando su abuela le pedía que sacara agua del pozo, fingía haberse hecho un esguince. Siempre encontraba a algún chico dispuesto a realizar las tareas que en realidad le correspondían a ella. Tan pronto como el muchacho de turno terminaba el trabajo, Mieke lo enviaba a paseo.

Insultaba a todo el que le dirigía un silbido de admiración.

—¡Ve a silbarle a tu cabra!

Se burlaba de todo el que la invitaba a ir a la feria del pueblo.

—¿Un beso a cambio de una golosina? Pero ¿qué te has creído?

Criticaba de la cabeza a los pies a a quien se propusiese llevarla a la verbena.

Sin embargo, los muchachos de aquel pueblo cercano al brezal eran más tenaces que la hierba más resistente, más espinosos que las zarzamoras y más pegajosos que el rocío del sol. No eran de los que se rinden con facilidad. Pero después de oír las críticas de Mieke se sentían tan pequeños como una lombriz.

Mieke era más exquisita que un pájaro carpintero que prueba cien árboles antes de ponerse a taladrar. Rechazaba uno tras otro a todos sus pretendientes.

—Con lo bonita que eres, tanta belleza, y que no haya manera de que te cases —suspiraban sus padres—. Ten cuidado, hija, la vida corre más que un caballo de carreras. Lo que nos da calor son los besos de carne y hueso.

Mieke sacaba la lengua y hacía lo que le daba la gana.

Las amigas de Mieke estaban encantadas: se dejaban besar y abrazar, probaban con unos pocos pretendientes, elegían al que más les convencía y se casaban con él. Mieke, en cambio, no acababa de decidirse.

El hijo del panadero era el que más empeño ponía, pese a que Mieke le gritaba:

—¡Dientes torcidos, ojos bizcos, cara de bobo!

Un día se desató una terrible epidemia. No se libró nadie, ni siquiera los jóvenes.

Mientras Mieke guardaba reposo, el hijo del panadero seguía trayéndole flores de brezo. Cuando la muchacha pasó a mejor vida, el chico se hartó de llorar, con los ojos bizcos y la cara de bobo anegados en lágrimas.

—¡Ay, Muerte!, ¿qué has hecho? —se lamentaba la abuela de Mieke—. ¿Por qué no has venido a buscarme a mí? Lo he vivido todo: besos, caricias, embarazos, partos, lactancia. ¿Por qué te llevas a una joven en la flor de la vida? ¿Una chica que aún no había saboreado el amor?

La abuela y la madre de Mieke abrieron el ropero y sacaron la ropa que habían lucido en sus respectivas bodas: vestido, velo, cola, combinación, camiseta interior, medias y zapatos. Asearon a la bella muchacha y la vistieron.

—Serás enterrada como una joven novia.

Dijeron lo que se les había dicho en su día:

—Hay que descubrir la noche de bodas capa por capa.

Todo el que venía a despedirse de Mieke se quedaba sin palabras. Ahí estaba la más bella de todas las novias. Los lamentos y suspiros se sucedieron durante horas:

—¡Pobre chica! ¡Qué pena!

El hijo del panadero besó los fríos labios de Mieke y le engalanó el cabello con flores de brezo.

Por la noche, en cuanto las mujeres que velaban el cuerpo se quedaron dormidas, Mieke recibió la visita de unas desconocidas.

Entraron revoloteando doce damiselas blancas.

—Ven, preciosa! Quítate el traje, pero quédate la combinación. Es todo lo que necesita un hada mimosa.

Del cuerpo inerte salió revoloteando una menuda damisela blanca en combinación. Junto con las demás damiselas blancas abandonó la capilla ardiente y sobrevoló el pueblo rumbo al brezal. Tomaron tierra en unos matorrales a orillas de un pequeño lago.

—Al amanecer, nos acostamos —explicaron las damiselas blancas—, pero por la noche alzamos el vuelo. Te enseñaremos a mariposear y a mimar a los hombres hasta volverlos locos.

A la noche siguiente, la flamante hada mimosa acompañó a las veteranas. En cuanto Mieke hubo aprendido todas las volteretas, canciones y pasos de baile se dirigieron en bandada al sendero que atravesaba el brezal. Al poco rato escucharon voces, graves voces masculinas riéndose.

Nada más reconocer la voz del hijo del panadero, Mieke voló a su encuentro. El muchacho se había tomado cinco o seis cervezas de más. Estaba borracho como una cuba, pero a Mieke le daba igual, como también le daban igual los dientes torcidos, los ojos bizcos y la cara de bobo.

El hijo del panadero no daba crédito.
-¡Qué guapa! ¡Pero si eres clavada a...!
Mieke bajó dando piruetas y se quedó revoloteando en torno al muchacho, que se moría de ganas.
-¡Déjame tocarte! ¡Te tengo!
Sin embargo, sus dedos solo atraparon aire.
Mieke se dirigió hacia el lago. El hijo del panadero la siguió corriendo. Vadeó el agua, empapado. Cuando Mieke le tiró del pelo, se quedó de piedra. Cuando le agarró por las orejas, se dejó llevar: ¡arre, arre, caballito!
Después de muchos mimos, Mieke lo guio de vuelta al sendero.
-Prométeme que mañana volveremos a vernos -le suplicó el muchacho.
Las otras hadas mimosas se llevaron a Mieke a rastras.
-Está amaneciendo. Tenemos que irnos. Mañana volverá.

Cuando el hijo del panadero alcanzó el pueblo estaba exhausto.
-¡Qué pálido estás! ¡Ni que hubieras visto un fantasma! -exclamó el panadero, preocupado.
-He visto a una damisela -balbuceó su hijo-. En una combinación blanca.
¡Cómo revoloteaba! ¡Qué preciosidad!
El panadero suspiró.
-¿Llegaste a escuchar música?
El hijo asintió y al instante se quedó dormido.
El panadero cubrió a su hijo con una manta. Él también se había dejado llevar en más de una ocasión por aquellas hadas mimosas.
¿Quién iba a echarles en cara que vinieran a buscar una y otra vez lo que les había faltado en vida?
-La vida corre más que un caballo de carreras -dijo el panadero mientras se acurrucaba contra su mujer-. Lo que nos da calor son los besos de carne y hueso.

El gran lobo gris y la hija pequeña del rey

Un cuento de Valonia, Bélgica

Érase una vez un rey que tenía tres hijas.
Un buen día, antes de salir de viaje, les preguntó:
-Queridas hijas mías, ¿qué queréis que os traiga?
-Yo quiero una falda guarnecida en oro y plata, la falda más bella del mundo -

dijo la mayor.

—Yo quiero un abrigo guarnecido en oro y plata, el abrigo más bello del mundo — contestó la del medio.

—Yo quiero un pajarito con cabeza de oro y culito de plata que sepa hablar — contestó la pequeña.

El rey subió a su caballo y partió muy lejos. En el viaje consiguió una falda guarnecidada en oro y plata para su hija mayor y un abrigo guarnecido en oro y plata para la del medio.

Sin embargo, no encontró por ningún lado un pajarito con cabeza de oro y culito de plata que supiera hablar. Desesperado, decidió atravesar un bosque oscuro con la esperanza de hallar allí lo que buscaba. Mientras cabalgaba por el sendero se topó con un gran lobo gris.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó el lobo.

—A mis hijas mayores les llevo lo que me han pedido, pero no encuentro el regalo para la pequeña.

—¿Qué es lo que quiere? —quiso saber el gran lobo gris.

—Un pajarito con cabeza de oro y culito de plata que sepa hablar —respondió el rey.

—Eso está hecho —dijo el lobo—, con la condición de que pueda llevarme a la primera persona que salga a tu encuentro en cuanto llegues a tu castillo.

—Te lo prometo —asintió el rey.

Acto seguido, el gran lobo gris se adentró en el bosque salvaje. Al rato, volvió con un pajarito de cabeza de oro y culito de plata que sabía hablar. Se hallaba encerrado en una jaula preciosa. Satisfecho, el rey regresó a casa, cargado con los regalos.

En el castillo, la hija pequeña del monarca había subido corriendo a la estancia más alta para ver llegar a su padre. Tan pronto como lo divisó en la lejanía, bajó a toda prisa. Fue la primera en echarle los brazos al cuello.

—Querido padre, ¿cómo ha ido el viaje?

—Muy mal para ti —suspiró el rey—. El gran lobo gris vendrá a buscarte por mi culpa.

Le contó lo ocurrido.

—No te preocupes, padre —dijo la hija pequeña—. Al fin y al cabo, da igual que me vaya con el lobo o con cualquier otro.

Tres días más tarde, el lobo se presentó a la puerta del castillo. Todos temblaron.

La hija pequeña del rey se despidió de su padre y sus hermanas y se subió a las espaldas del gran lobo gris. Recorrieron un largo camino, a través de bosques

densos y oscuros, hasta llegar al reino donde se encontraba el castillo del gran lobo gris.

—¡Qué castillo más hermoso! —exclamó la hija pequeña del rey, sorprendida.

Le sirvieron los platos más suculentos y el gran lobo gris la llevó a la mejor habitación, donde la esperaban armarios repletos de magníficas ropas y alhajas y la cama más mullida que había visto nunca.

En plena noche, una vez apagadas todas las velas, la hija pequeña del rey sintió una mano sobre su mano.

—No tengas miedo —la tranquilizó una voz—. Estoy bajo el hechizo de una vieja hada. Durante el día soy el gran lobo gris, pero de noche vuelvo a ser príncipe. Prométeme que no le revelerás mi secreto a nadie y que no tratarás de mirarme por la noche.

La hija pequeña del rey se lo prometió.

El príncipe nocturno y lobo diurno y la hija pequeña del rey eran muy felices. No había nada que la muchacha echara en falta, excepto a su familia.

—¿Puedo ir a ver a mi padre y a mis hermanas? —preguntó al cabo de un año.

—Tus hermanas querrán saber de dónde has sacado todas estas ropas y alhajas. Te harán preguntas sobre mí. Y tu respuesta me sumirá en la desgracia —respondió el gran lobo gris.

—¡Te equivocas! —exclamó la hija pequeña del rey—. ¡Prefiero morir antes que traicionarte y romper mi promesa!

Tras oír esas palabras, el gran lobo gris llevó a la hija pequeña del rey al castillo de su padre.

—Vendré a buscarte dentro de tres días —le anunció, antes de internarse en el bosque.

La hija pequeña del rey se fundió en un abrazo con su padre y sus hermanas. Estuvieron tres días de fiesta.

Al tercer día, el castillo del rey se entrusteció. La hija pequeña se despidió, se acercó al gran lobo gris y se subió a sus espaldas. Recorrieron un largo camino, a través de bosques densos y oscuros, hasta llegar al reino donde se encontraba el castillo del gran lobo gris. Eran felices. No había nada que la hija pequeña del rey echara en falta, excepto a su familia.

—¿Puedo ir a ver de nuevo a mi padre y a mis hermanas? —preguntó al cabo de dos años.

—Tus hermanas te harán preguntas sobre mí. Y tu respuesta me sumirá en la desgracia —respondió el gran lobo gris.

—¡Te equivocas! —exclamó la hija pequeña del rey—. ¡Prefiero morir antes que traicionarte y romper mi promesa!

Tras oír esas palabras, el gran lobo gris volvió a llevar a la hija pequeña del rey al castillo de su padre.

—Vendré a buscarte dentro de tres días —le anunció, antes de internarse en el bosque.

La hija pequeña del rey se fundió nuevamente en un abrazo con su padre y sus hermanas y volvieron a estar de fiesta.

El segundo día, las hermanas mayores convencieron a la pequeña para que las acompañara al salón de armas. Tras empuñar una daga le espetaron en tono amenazante:

—¡O nos cuentas quién es tu esposo y de dónde has sacado tanta riqueza o te matamos de una puñalada!

Insistieron tanto que la hija pequeña del rey acabó cediendo.

—Mi esposo está bajo el hechizo de una vieja hada. Durante el día es el gran lobo gris, pero por la noche vuelve a ser un príncipe.

Tan pronto como articuló esas palabras, el castillo tembló. La hija pequeña del rey salió corriendo.

—¡La fuente se ha secado y el pajarito con cabeza de oro y culito de plata está muerto! —gritó—. Mis dos hermanas me han conducido a la ruina. Gran lobo gris, ¿vienes a buscarme?

El gran lobo gris no volvió.

Esa misma noche, la hija pequeña del rey se adentró en el bosque salvaje. Los arbustos le rasgaban las ropas, las espinas le abrían la piel, pero no dio marcha atrás. Recorrió un largo camino, a través de bosques densos y oscuros, hasta llegar a otro reino.

Al descubrir una choza en medio de un claro, llamó a la puerta.

—¿Puede darme cobijo? —preguntó a la anciana que le abrió.

—¡Ay, bella muchacha! —suspiró la anciana—. Está a punto de llegar mi hijo. Es un gigante que devora a los humanos. ¡Aquí corres peligro!

—Fuera tampoco estoy a salvo —replicó la hija pequeña del rey—. Me da igual que me coman los lobos del bosque o el gigante. Por favor, permítame que pase la noche en su casa.

La anciana la invitó a entrar y le ofreció algo de beber.

—Bella muchacha, ¿adónde te diriges?

—Busco al gran lobo gris. ¿Lo conoce?

—Claro que sí —contestó la anciana—. Le he servido durante muchos años. ¿De veras quieres estar con él por voluntad propia?

—Es lo que más deseo en el mundo —respondió la hija pequeña del rey.

—El gran lobo gris se casa mañana con la hija del monarca de este reino. El

gigante está invitado a la fiesta. Le pediré que te perdone la vida y que te lleve con él. Seguro que en el palacio necesitan a alguien para fregar. Te haré tres regalos.

La anciana le entregó una manzana, una nuez y una avellana.

—Guárdalas en tu estómago y utilízalas solo en caso de emergencia.

El gigante se llevó a la hija pequeña del rey al palacio, donde la pusieron a fregar. El novio no la reconoció.

A los postres del banquete, cuando los nobles invitados se hubieron saciado de beber y de comer, el novio les pidió que entonaran una canción. Después fue el turno de la muchacha que se encargaba de fregar la loza.

—No sé cantar —se disculpó la hija pequeña del rey—. Lo único que puedo ofrecerles es una nuez.

Depositó la nuez sobre la mesa. Los novios la abrieron. Apareció una magnífica carroza, cubierta de oro y diamantes.

—¡La quiero para mí! —exclamó la novia.

—Puede quedarse con la carroza bajo una condición —advirtió la hija pequeña del rey—: tendrá que cederme la primera noche con el novio.

Ante las protestas de la novia, el novio observó:

—Déjala, querida, ¿no ves que es una chica joven e inocente?

Al final, la novia consintió, pero no sin antes administrar a su esposo un potente somnífero. El novio se pasó la noche durmiendo mientras la hija pequeña del rey le contaba lo ocurrido.

¡La fuente se ha secado y el pajarito con cabeza de oro y culito de plata está muerto! Mis dos hermanas me han conducido a la ruina. Gran lobo gris, ¿vienes a buscarme?

El ayuda de cámara, que dormía en la habitación de al lado, se enteró de todo. A la mañana siguiente informó al novio.

—No se lo cuentes a nadie —le dijo el novio—. Si te vas de la lengua te corto la cabeza.

Ese mismo día la nobleza en pleno acudió de nuevo a una fiesta en el palacio. A los postres del banquete, el novio volvió a pedir a todos que entonaran una canción. Después fue el turno de la muchacha que se encargaba de fregar la loza.

—No sé cantar —se disculpó la hija pequeña del rey—. Lo único que puedo ofrecerles es una manzana.

Al partir la manzana en cuatro aparecieron cuatro hermosos caballos, ornados con oro y diamantes.

—¡Los quiero para mí! —exclamó la novia.

—Puede quedarse con los caballos bajo una condición —advirtió la hija pequeña

del rey–: tendrá que cederme la segunda noche con el novio.

Tras protestar un poco, la novia accedió, pero no sin antes administrar a su esposo un potente somnífero. El novio se pasó la noche durmiendo mientras que la hija pequeña del rey le contaba lo ocurrido.

*¡La fuente se ha secado y el pajarito con cabeza de oro y culito de plata está muerto!
Mis dos hermanas me han conducido a la ruina. Gran lobo gris, ¿vienes a buscarme?*

A la mañana siguiente, el ayuda de cámara informó de nuevo al novio.

–No se lo cuentes a nadie –le dijo el novio–. Si te vas de la lengua te corto la cabeza.

Ese mismo día la nobleza en pleno acudió de nuevo a una fiesta en el palacio. A los postres del banquete, el novio volvió a pedir a todos que entonaran una canción. Después fue el turno de la muchacha que se encargaba de fregar la loza.

–No sé cantar –se disculpó la hija pequeña del rey–. Lo único que puedo ofrecerles es una avellana.

Al partir la avellana apareció una rueca de oro que hilaba a una velocidad vertiginosa.

–¡La quiero para mí! –exclamó la novia.

–Puede quedarse con la rueca bajo una condición –advirtió la hija pequeña del rey–: tendrá que cederme la tercera noche con el novio.

La novia volvió a administrar a su esposo un potente somnífero, pero el príncipe lo desechó a escondidas. La hija pequeña del rey contó una vez más lo ocurrido.

*¡La fuente se ha secado y el pajarito con cabeza de oro y culito de plata está muerto!
Mis dos hermanas me han conducido a la ruina. Gran lobo gris, ¿vienes a buscarme?*

El novio se levantó de un salto.

–¿Eres tú, hija pequeña del rey?

La muchacha asintió con la cabeza.

–¡He atravesado el bosque salvaje con los arbustos rasgándome las ropas y las espinas abriéndome la piel, pero te he encontrado, gran lobo gris!

–Espérame aquí –le instó el príncipe.

Enganchó los cuatro caballos a la carroza, cargó en ella la rueca y acudió a ver al padre de su flamante esposa.

–Suegro –le dijo–, perdí la llave de mi baúl y mandé hacer una nueva. Acabo de encontrar la llave vieja. ¿Cuál debo usar: la vieja o la nueva?

–Te recomiendo que uses la llave vieja. Es la que mejor funciona –contestó el suegro.

–En ese caso, le devuelvo a su hija, porque he encontrado a mi antigua mujer–

dijo el príncipe antes de regresar para siempre con la hija pequeña del rey.

De cómo unos asesinos pasaron a mejor vida gracias a una niña

Un cuento de los Países Bajos

Cientos de años atrás vivían en un vasto brezal en la provincia de Drenthe dos varones aterradores. Eran padre e hijo. El padre se llamaba Brandert y el hijo, Eldert. Vivían juntos en una cueva debajo de la tierra y se dedicaban a matar y a asesinar.

Brandert y Eldert se servían de una argucia para capturar a sus víctimas. Tendían una cuerda a lo ancho del sendero que atravesaba el brezal. Cada vez que alguien la tocaba, sonaba una campanilla dentro de la cueva. Acto seguido, Brandert y Eldert se acercaban corriendo. Asesinaban a la víctima y la despojaban de todos los objetos valiosos. Luego enterraban el cadáver en un sitio y la plata y el oro, en otro. Brandert y Eldert ya habían matado y robado a mucha gente.

Un buen día marchaba por el sendero una joven hermosa. Iba de camino a un pueblo cercano.

Sin sospechar nada tropezó contra la cuerda. Eldert salió corriendo y la agarró por el cuello. Sin embargo, al descubrir que era una muchacha bellísima, se sintió incapaz de asesinarla. Se la llevó a la cueva a rastras.

El viejo Brandert estalló en cólera al verlos llegar.

—¡Tenemos que matarla! ¡Dejarla con vida es demasiado peligroso!

—¡No la vamos a matar! ¡Será mi mujer! —gritó Eldert.

Padre e hijo discutieron acaloradamente hasta que a Brandert no le quedó más remedio que claudicar.

La bella muchacha vivió, pero aquello no era vida. Soñaba día y noche con abandonar la cueva y regresar a su casa. Por más que rogaba a Brandert y a Eldert que la dejaran marchar, ellos hacían oídos sordos a sus súplicas. Estaba condenada a permanecer en la caverna hasta el final de sus días, en compañía de aquellos dos aterradores individuos. Jamás la dejaban sola. La vigilaban celosamente. Sin embargo, con el paso del tiempo se volvieron menos cautelosos.

Un día, el viejo Brandert se quedó dormido en ausencia de su hijo Eldert. La muchacha empuñó una navaja de afeitar y le cortó el cuello a Brandert mientras este roncaba de lo lindo.

Después, la chica salió huyendo. Corrió todo lo que pudo. Pero Eldert, que no se había alejado mucho, la vio y fue tras ella. La muchacha le llevaba mucha ventaja. Corrió como nunca antes había corrido, decidida a salvar su vida. Antes de que Eldert pudiera darle alcance llegó a un cobertizo. Entró sin pensarlo.

Eldert, furioso, alzó su hacha y la arrojó con toda la fuerza de la que fue capaz. El hacha se clavó en la puerta. El impacto todavía sigue ahí.

La valiente muchacha contó lo ocurrido. Además, supo explicar con exactitud dónde se hallaba la cueva. El jefe del pueblo y sus hombres se dirigieron a la caverna. Capturaron a Eldert y, a modo de castigo por los crímenes cometidos, lo decapitaron.

Desde entonces ya no hay asesinos en el paraje del brezal de Drenthe que se conoce como Eldertsvald o tierra de Eldert. Sin embargo, quien pase por el lugar verá revolotear unos espectros blancos. Son las pobres niñas y mujeres que murieron a manos de Brandert y Eldert. Pero eso sucedió antes de que aquellos asesinos pasaran a mejor vida gracias a una niña valiente.

Esta es una historia real. Todavía hoy pueden verse las pruebas.

Anna decapita a los ladrones

Un cuento de los Países Bajos

Érase una vez una acomodada familia que vivía en una majestuosa mansión situada a orillas del célebre canal Keizersgracht de Ámsterdam.

Cada vez que el dueño salía con su mujer y sus hijos confiaba los cuidados de la vivienda al mayordomo y las dos criadas de la casa. Una noche salieron todos, incluido el mayordomo. Las dos criadas se quedaron solas. Se aseguraron de cerrar bien todas las puertas y ventanas.

Al preparar la cena, Anna, la encargada de la cocina, se percató de que el cuchillo de cortar la carne estaba embotado. Lo afiló en la piedra esmeril hasta que volvió a cortar bien.

De pronto, se oyeron voces de hombres en el sótano ubicado debajo de la cocina. La otra criada salió corriendo a la calle, presa del pánico, pero Anna se quedó.

Aguzó los oídos. Así fue como se enteró de que los hombres tramaban un plan para acceder a la cocina.

—Vamos a entrar de uno en uno por aquella trampilla. Cada uno de nosotros preguntará al que le preceda «¿Has llegado?». En cuanto el otro conteste: «Sí»,

puede pasar el siguiente. Somos siete. En cuanto estemos todos en la cocina desvalijamos la casa.

Anna lo había escuchado todo. Se apostó decididamente junto a la trampilla, con el cuchillo recién afilado en ristre.

Tan pronto como el primer ladrón asomó la cabeza, Anna la cortó de un tajo y apartó el cadáver.

Una voz preguntó:

—¿Has llegado?

Anna contestó en tono grave:

—Sí!

Tan pronto como el segundo ladrón asomó la cabeza por la trampilla, Anna la cortó de un tajo y apartó el cadáver.

Una voz preguntó:

—¿Has llegado?

Anna contestó en tono grave:

—Sí!

Tan pronto como el tercer ladrón asomó la cabeza por la trampilla, Anna la cortó de un tajo y apartó el cadáver.

Hizo lo mismo con el cuarto, el quinto y el sexto ladrón. Sin embargo, el séptimo presintió que algo iba mal y se largó.

En cuanto llegó la familia a casa, Anna les contó lo ocurrido. A modo de recompensa le regalaron un hermoso anillo con un diamante. Mandaron tallar las seis cabezas de ladrón en piedra y las colgaron en la fachada. A todo el que pasaba por delante de la mansión situada a orillas del Keizersgracht le contaban la historia de la heroica y fiel criada que servía a la familia.

Llegó un día en que la familia contrató a un nuevo mayordomo. Se llamaba Piet. El joven trató de ganarse a Anna desde el principio. Tras lograr su propósito, le pidió que se casara con él y Anna accedió.

Piet le propuso que se tomaran una semana de asueto.

—Quiero que conozcas a mis padres.

A Anna le pareció bien y la familia les dio permiso. Anna y Piet abandonaron la ciudad en un carro tirado por un caballo. Recorrieron un largo camino.

Al cabo de un tiempo, Anna preguntó:

—¿Falta mucho?

—Bastante —contestó Piet mientras guiaba el caballo.

Se alejaban cada vez más.

Anna volvió a preguntar:

—¿Falta mucho?

—Bastante —contestó Piet mientras guiaba el caballo.

A Anna le invadió un negro presentimiento.

Preguntó una vez más:

—¿Falta mucho?

—Bastante —contestó Piet mientras guiaba el caballo.

Cuando Anna volvió a hacer la misma pregunta por enésima vez, Piet replicó:

—¿Tantas ganas tienes de morir?

Anna le miró atónita.

Piet exclamó:

—¡Has matado a mis seis hermanos! ¡Ahora te toca a ti!

En ese instante, Anna comprendió que Piet era el séptimo ladrón, el que había logrado escapar.

El carro siguió avanzando. Al final llegaron a la posada de los padres de Piet. Los viajeros que pasaban la noche en el establecimiento eran asesinados y despojados de sus pertenencias mientras dormían. Piet arrojó a Anna del carro. Los padres del muchacho la ataron de pies y manos y la llevaron a rastras a un cuartucho.

Anna había tensado los músculos para evitar que las cuerdas se ajustaran demasiado a su cuerpo y así luego tener un poco de margen de maniobra. Jamás había mostrado su anillo a Piet. Lo llevaba con el diamante mirando hacia dentro para disimular el verdadero valor.

Anna oyó la sentencia de Piet:

—Tenemos que matarla esta misma noche. La conozco: es terca y peligrosa.

También oyó la réplica de los padres:

—¡Hay mucho trabajo! ¡La posada está llena! La mataremos mañana.

Por la noche, Anna escuchó los gritos desgarradores de los pobres huéspedes de la posada. Era consciente de que tenía que huir cuanto antes. Cortó las cuerdas con el diamante. Después unió los trozos, se las arregló para salir por el ventanuco del cuartucho y bajó por la cuerda.

Caminó hasta llegar a la granja de un campesino que solía suministrar heno al dueño de la mansión donde servía.

Anna le suplicó:

—¡Por favor, escóndame en su carro de heno! ¡Lléveme a Ámsterdam, con mi amo!

Y contó lo ocurrido.

—De acuerdo —asintió el granjero—. Escóndete en el carro.

Anna pidió que le hiciera un hueco en la parte delantera, justo detrás de donde iba sentado él.

—Si me pongo en cuclillas a sus espaldas no podrán atravesarme con la horca.

Mientras iban de camino a Ámsterdam, los pararon Piet y unos secuaces.

—¡Alto, campesino! ¡Descarga el heno!

El granjero protestó.

—¿Para qué? Basta con introducir la horca tres veces. Si va alguien dentro del heno, la horca se cubrirá de sangre.

Los malhechores introdujeron la horca tres veces en el heno. Al comprobar que no se cubría de sangre, dejaron marchar al granjero.

El hombre continuó sin parar hasta Ámsterdam. El dueño de la mansión sacó a Anna del heno y le preguntó qué había sucedido. Al principio, Anna no lograba articular palabra, pero acabó contándolo todo.

Avisaron a las autoridades. Decidieron esperar a que Piet regresara.

Transcurrida una semana, el mayordomo volvió.

—Anna ha caído enferma. Se quedará unos días con mi madre.

El dueño de la mansión fingió creer a Piet.

De pronto apareció Anna, y Piet se llevó un susto tremendo. En ese momento, lo redujeron y se lo llevaron.

Gracias a las indicaciones de Anna, las autoridades consiguieron localizar la posada de los ladrones. Todos los malvados tuvieron su merecido.

Anna continuó viviendo en la mansión a orillas del Keizersgracht.

A todo el que pasa hoy por allí le cuentan la historia de la heroica y fiel criada.

La hija pequeña le gana la partida al descuartizador de mujeres

Un cuento de Alemania

Érase una vez un brujo que, adoptando la figura de un pobre mendigo, iba de pueblo en pueblo con una canasta a la espalda. Los vecinos se compadecían de él. Le daban de comer y le invitaban a pasar a sus casas.

Un buen día, el brujo con aspecto de mendigo llamó a la puerta de la vivienda de un hombre que tenía tres hijas preciosas.

—Deme algo de comer, por favor.

Le había abierto la hija mayor. Cuando la muchacha fue a darle un mendrugo de pan, el mendigo la tocó. Aturdida, la joven se desplomó dentro de la canasta. Cargado con la cesta y la hija mayor, el brujo regresó a su morada, que se hallaba

en medio de un bosque grande y tenebroso. Era una magnífica mansión. El brujo colmó a la hija mayor de regalos.

—Querida, no te faltará de nada. Te daré todo lo que deseas.

Un buen día, el brujo anunció:

—Me voy de viaje. Estarás una temporada sola. Aquí tienes las llaves de todas las habitaciones. Puedes entrar en cualquiera de ellas, salvo en una. Si la pisas, lo pagarás con tu vida. —También le dio un huevo—. Guarda este huevo a buen recaudo. Llévalo siempre encima. Si lo pierdes, sufrirás una desgracia.

La hija mayor se quedó las llaves y el huevo.

—Haré lo que me pides.

En cuanto el brujo se hubo marchado, la hija mayor recorrió toda la mansión, con el huevo en una mano y las llaves en la otra. Examinó las relucientes habitaciones repletas de oro y de plata. Al llegar ante la puerta prohibida quiso pasar de largo, pero la curiosidad hizo que se detuviera. Se quedó contemplando la llave, la introdujo en la cerradura y la giró.

Dentro se alzaba una tina llena de sangre en la que flotaban pedazos de muchachas descuartizadas. También había un tajo sobre el que descansaba un hacha muy afilada. La hija mayor se llevó tal susto que dejó caer el huevo en la tina. Lo sacó y trató de limpiarle la sangre, pero por más que frotase, la sangre no se iba.

Poco después, el brujo regresó de su viaje.

—¿Dónde están las llaves y el huevo?

La hija mayor le entregó las llaves y el huevo con mano temblorosa. El brujo enseguida se percató de la mancha de sangre.

—¿Has pisado la habitación contra mi voluntad? Pues ahora vas a volver a pisarla contra la tuya. ¡Estás acabada!

El brujo se abalanzó sobre la hija mayor, la agarró por los cabellos y la arrastró hasta la habitación prohibida. Una vez dentro, colocó la cabeza de la muchacha sobre el tajo y se la cortó de un hachazo. Descuartizado el cuerpo, arrojó las partes a la tina.

—Ahora iré a por la segunda —decidió el brujo.

Adoptó nuevamente la figura de un pobre mendigo. Con su canasta atada a la espalda volvió a llamar a la puerta de aquel hombre, al que le quedaban dos hijas jóvenes y bellas.

—Deme algo de comer, por favor.

Le había abierto la hija mediana. Cuando la muchacha fue a darle un mendrugo de pan, el mendigo la tocó. Aturdida, la joven se desplomó dentro de la canasta.

La segunda hija no corrió mejor suerte que su hermana. También abrió la habitación prohibida, dejó caer el huevo en la tina y fue asesinada por el brujo.

Quedaba la tercera hija. Era la más lista. Cuando el brujo partió de viaje y le dio las llaves y el huevo, la hija pequeña guardó el huevo en un lugar seguro. Después recorrió la mansión. También terminó por entrar en la habitación prohibida, donde descubrió la tina llena de sangre en la que flotaban sus dos hermanas descuartizadas.

Recogió todas las piezas, las sacó de la tina, las depositó en el suelo y las colocó en su sitio: la cabeza arriba, el tronco en el medio, los brazos al lado y las piernas abajo. De pronto, las partes de los cuerpos comenzaron a moverse y a unirse. Las dos jóvenes abrieron los ojos. ¡Cómo se alegraban de haber vuelto a la vida! Las tres hermanas se abrazaron y se besaron. La pequeña escondió a las otras dos en el desván.

Nada más llegar, el brujo preguntó a la hija pequeña por las llaves y el huevo. No logró encontrar ni la más mínima mancha de sangre.

—¡Has superado la prueba! ¡Serás mi esposa! —exclamó.

Sin embargo, su poder sobre la muchacha estaba roto. A partir de ese momento quedaba obligado a hacer lo que ella le exigiese.

—Para empezar, llevarás una canasta cargada de oro a mis padres —ordenó la hija pequeña—. Te la atarás a la espalda. Mientras tanto, yo prepararé la boda.

Sin hacer el menor ruido, la joven subió a ver a sus hermanas al desván.

—Os esconderé en la canasta. En cuanto lleguéis a casa enviadme ayuda.

Las hermanas se acurrucaron en la cesta y la hija pequeña las cubrió de oro. Después dijo al brujo:

—Lleva esta canasta a casa de mis padres. ¡Ni se te ocurra pararte a descansar, que te estaré observando desde la ventana del desván!

El brujo se ató la pesada canasta a la espalda y se puso en camino. Tan pronto como hubo salido por la puerta, la hija pequeña sacó una calavera de la tina, le puso un tocado, la atavió con una corona de flores y la colocó junto a la ventana del desván, como si fuese una mujer.

El brujo avanzaba a duras penas. Tenía el rostro bañado en sudor. Cuando se sentó a descansar un rato, una de las hermanas le gritó desde el interior de la canasta:

—¡Te estoy mirando desde la ventana del desván!

El brujo alzó los ojos. Confundió la calavera ataviada con su prometida y la saludó con un gesto de la cabeza.

—¡Ya sigo!

Cada vez que se paraba, oía una voz que gritaba:

—¡Te estoy mirando desde la ventana del desván!

Y entonces el brujo alzaba los ojos y saludaba a su futura esposa con un gesto de la cabeza.

-¡Ya sigo!
Llegó agotado a su destino.

Mientras tanto, la hija pequeña se encargó de invitar a la boda a los allegados del brujo. Concluidos todos los preparativos, se metió en una cuba llena de miel. Despúes abrió un colchón de una cuchillada y se revolcó entre las plumas. Semejaba un ave. Nadie la reconocería.

La hija pequeña salió al sendero del bosque en su extraño disfraz. Por el camino se cruzó con algunos invitados a la boda, que le preguntaron:

-¿De dónde vienes, pájaro embrujado?
-De la casa del brujo he volado –contestó la muchacha.

Los invitados preguntaron:

-¿Qué hace, pues, la joven prometida? ¿Tiene ya toda la casa barrida?
Y la hija pequeña contestó:

-A ella la verán asomada a la ventana del desván.

Los invitados a la boda alzaron los ojos, confundieron la calavera ataviada con la novia y la saludaron con un gesto de la cabeza.

Al cabo de un rato, la hija pequeña se cruzó con su prometido, que caminaba con paso lento.

Preguntó:
-¿De dónde vienes, pájaro embrujado?
-De la casa del brujo he volado –contestó la muchacha.

El prometido preguntó:
-¿Qué hace, pues, la joven prometida? ¿Tiene ya toda la casa barrida?
Y la hija pequeña contestó:
-A ella la verán asomada a la ventana del desván.

El prometido alzó los ojos, confundió la calavera ataviada con su futura esposa y la saludó con un gesto de la cabeza.

-¡Ya voy!

Tan pronto como el novio y sus invitados hubieron entrado en la casa, llegó la familia de la novia. Cerraron todas las puertas, asegurándose de que nadie pudiera escapar.

Acto seguido, prendieron fuego a la casa, quemando vivos al descuartizador de mujeres y a sus secuaces.

La abuela, la madre, la hija y el lobo

Un cuento de Francia

En tiempos muy, muy remotos hubo una madre que vivía en el campo.

Una mañana, al ordeñar su vaca y sacar el pan recién hecho del horno, se acordó de su propia madre ya anciana. Estaba enferma y se hallaba postrada en la cama.

Llamó a su hija pequeña.

—Lleva este pan y esta jarra de leche a casa de la abuela. Un buen desayuno la reconfortará.

Con el pan bajo el brazo y la jarra de leche en la mano, la hija se puso en camino.

En el cruce, antes de adentrarse en el bosque, sintió que alguien la miraba. De entre los matorrales salió el lobo.

—Buenos días, bella muchacha, ¿adónde vas tan temprano?

—Voy a llevar pan y leche a mi abuela —contestó la hija—. La reconfortará, porque está muy mayor y enferma.

—Qué bien —aprobó el lobo con un gesto de la cabeza—. Dime, bella muchacha, ¿qué sendero piensas seguir? ¿El de los alfileres o el de las agujas?

La hija se quedó pensativa. Aunque tanto las agujas como los alfileres eran afilados y podían hacerte sangrar, existía una importante diferencia entre ellos. Los alfileres los manejaba hasta la niña más pequeña, pero las agujas requerían una mano de mujer.

—¡Me iré por la senda de las agujas! —exclamó.

—Pues yo seguiré la de los alfileres —dijo el lobo.

Por el camino, la hija se entretuvo en recoger todas las agujas que se fue encontrando y en comer todas las grosellas y fresas silvestres que veía a su alrededor. Tardó varias horas en alcanzar la casa de su abuela.

El lobo, en cambio, se dio prisa y llegó mucho antes. Llamó a la puerta.

—¡Abuela, soy yo, tu nieta!

—¡Mi niña, qué voz tan grave tienes! —exclamó la abuela, asustada.

El lobo se aclaró la garganta.

—Es que estoy resfriada. ¿Me abres? Traigo pan caliente y leche recién ordeñada.

—Solo tienes que empujar la puerta —respondió la abuela—. La sujetó una pajita húmeda.

El lobo empujó y, una vez rota la brizna de paja, entró.

Antes de que a la anciana le diera tiempo a gritar, el lobo se abalanzó sobre ella y la devoró.

Pese a su glotonería, el lobo no pudo de una sentada con toda la carne y sangre de la abuela. Decidió dejar los bocados más suculentos para después. Introdujo los trozos de carne más tiernos en una cazuela y la guardó en la despensa. La sangre la vertió en una botella y la depositó en un estante. Después, el lobo se puso el camisón de la abuela, se metió en la cama y se arropó hasta la barbilla.

Por fin llegó la hija. Llamó a la puerta.

—¡Abuela, soy yo, tu nieta! Traigo pan caliente y lecha fresca.

—Solo tienes que empujar la puerta —sonó de debajo de las sábanas—. La sujetó una pajita húmeda.

—¡Abuela, qué voz más grave tienes! —exclamó la hija, asustada.

El lobo se aclaró la garganta.

—Es que estoy resfriada. ¡Venga, entra!

La hija empujó la puerta y, una vez rota la brizna de paja, entró.

—Toma, abuela, pan y leche. Te reconfortará.

—Déjalo todo en la despensa, querida nieta.

—Tengo mucha sed y mucha hambre, abuela.

—En la despensa hay una cazuela con carne y encima del estante encontrarás una botella de vino. ¡Sírvete! ¡No te vayas a quedar con hambre ni con sed!

La muchacha atizó el fuego, sacó la cazuela de la despensa, la colocó sobre el fogón y removió la carne. Retiró la botella del estante y llenó un vaso.

Probó un trocito tierno de carne y tomó un pequeño sorbo de vino.

Tan pronto como hubo engullido el primer bocado, el gato maulló:

—¡Puaj! ¡Pero qué está comiendo! ¡Los pechos de su abuela!

Tan pronto como hubo tragado el primer sorbo, el gato maulló:

—¡Puaj! ¡Pero qué está bebiendo! ¡La sangre de su abuela!

La hija alzó la vista.

—¿Qué dice el gato, abuela? No me entero.

—Bah —sonó de debajo de las sábanas—. Está pidiendo que le des algo, como todos los gatos.

La hija le arrojó un trozo de carne, pero el animal salió escopetado.

La muchacha bostezó.

—Tengo mucho sueño, abuela.

—Pues quítate la ropa y acuéstate conmigo, nieta mía.

—¿Dónde dejo el delantal?

—¡Échalo al fuego! ¡Ya no te hace falta!

—¿Dónde dejo la falda?

—¡Échala al fuego! ¡Ya no te hace falta!

—¿Dónde dejo la blusa?

—¡Échala al fuego! ¡Ya no te hace falta!

-¿Dónde dejo las enaguas?
-¡Échalas al fuego! ¡Ya no te hacen falta!
-¿Dónde dejo los calcetines?
-¡Échalos al fuego! ¡Ya no te hacen falta!
-¿Dónde dejo los zapatos?
-¡Échalos al fuego! ¡Ya no te hacen falta!
-¿Dónde dejo la bragas?
-¡Échala al fuego! ¡Ya no te hace falta!

La hija estaba desnuda. Debajo de las sábanas reinó el silencio. Al rato se escuchó:

-Ven aquí conmigo, que tengo mucho frío.
La hija se deslizó en la cama y se acurrucó contra su abuela.
-¡Abuela, qué piel más áspera tienes! –exclamó, asustada.
-Como todas las mujeres que han vivido mucho, nieta mía.
-¡Abuela, cuántos pelos tienes! –exclamó, asustada.
-Como todas las mujeres que han pasado frío, nieta mía.
-¡Abuela, qué uñas más afiladas tienes! –exclamó, asustada.
-Como todas las mujeres que han trabajado duro, nieta mía.
-¡Abuela, qué hombros más anchos tienes! –exclamó, asustada.
-Como todas las mujeres que han cargado con sus bebés a la espalda, nieta mía.
-¡Abuela, qué pecho más plano tienes! –exclamó, asustada.
-Como todas las mujeres que han amamantado a sus hijos, nieta mía.
Intimidada, la hija miró el rostro de su abuela.
-¡Abuela, qué orejas más grandes tienes! –susurró.
-Son para oírtte mejor.
-¡Abuela, qué ojos más grandes tienes! –susurró.
-Son para verte mejor.
-¡Abuela, qué nariz más ancha tienes! –susurró.
-Son para olerte mejor.
-¡Abuela, qué boca más ancha tienes! –susurró.
-Son para comerte mejor.

-¡Ay, abuela, déjame salir un momento! –suplicó la hija–. No me aguento.

-Hazlo en la cama, nieta mía, no importa.
-No, abuela, necesito salir –insistió la hija–. No tardo nada.
-De acuerdo.

El lobo ató el extremo de una cuerda al tobillo de la hija y sujetó el otro extremo con la garra.

-Vete. Si te escapas lo notaré enseguida.
Una vez fuera, la hija ató la cuerda al ciruelo que crecía en el corral.

El lobo, impaciente, preguntó:

—¿Todavía no has terminado, nieta mía?

—¡Me estoy dando prisa, abuela! —contestó la hija.

El lobo tiró de la cuerda. Al encontrar resistencia se quedó tranquilo.

Al rato volvió a preguntar:

—¿Todavía no has terminado, nieta mía?

Tiró de nuevo de la cuerda. Aunque encontró resistencia, no hubo respuesta.

El lobo salió corriendo y comprobó que la hija le había engañado. La muchacha le llevaba mucha ventaja. Corrió hasta alcanzar un río. En ambas orillas las lavanderas estaban lavando paños blancos.

La hija suplicó:

—¡Por favor, ayudadme a pasar al otro lado antes de que me coma el lobo!

Las lavanderas de una ribera arrojaron el paño más grande a sus compañeras de enfrente. Juntas tensaron la tela sobre el agua.

—Cruza, hija.

Al llegar al río, el lobo preguntó a las mujeres:

—¿Qué estáis lavando?

—Pañales para unos y mortajas para otros —contestó la lavandera de más edad.

—¿No habréis visto por aquí a una muchacha?

—Sí que la hemos visto —respondieron las lavanderas—. Hemos tensado el paño más grande para que pudiera cruzar al otro lado.

—¿Me ayudáis a mí también? —preguntó el lobo.

Las lavanderas de una ribera volvieron a arrojar el paño más grande a sus compañeras de enfrente. Juntas tensaron la tela sobre el agua.

Llamaron al lobo con la mano.

—Puedes cruzar.

El lobo echó a correr por el paño tensado. Cuando iba por la mitad, las lavanderas soltaron los extremos de la tela.

—Pañales para unos y mortajas para otros —exclamó la lavandera de más edad mientras el lobo se hundía hasta el fondo del río.

Talía se despierta, pero no gracias a un beso

Un cuento de Italia

Érase una vez un rey poderoso que vivía en un magnífico palacio en medio de un

extenso bosque. Al nacer su hija, la reina y él la llamaron Talía. Los sabios y adivinos a los que habían convocado para que vaticinaran la suerte de la niña explicaron que correría mucho peligro si alguna vez se pinchase el dedo con el huso de una rueca. Por eso el rey prohibió que se hilara lino en palacio.

Talía creció que era una primor. Un buen día, mirando por la ventana, descubrió a una anciana que estaba hilando lino. Nunca antes Talía había visto bailar el devanador.

Movida por la curiosidad, invitó a la anciana a entrar.

—¿Cómo lo hace? ¡Por favor, déjeme probar!

La mujer le pasó el huso y el devanador. Enseguida, Talía se pinchó. La afilada punta del huso se le clavó en la piel, por debajo de la uña. La muchacha se desplomó en el sitio.

La anciana huyó, presa del pánico.

No había quien consolara a los reyes. El monarca levantó a su hija inmóvil y la sentó en una silla recubierta de terciopelo bajo un baldaquino de seda. Después de atrancar todas las puertas del palacio, los reyes abandonaron para siempre tan ominoso lugar.

Años después, un joven rey de otro reino estaba de caza por el bosque del padre de Talía. Su halcón se escapó y se coló en el palacio abandonado a través de una ventana abierta. Al comprobar que el halcón no volvía, el joven rey llamó a la puerta. Como no obtuvo respuesta, apoyó una escalera contra la fachada y entró por la ventana. Por todas partes se abrían pasillos y cuartos vacíos. No había ni un ser vivo. Finalmente, llegó a una estancia en la que descubrió a una bellísima muchacha sentada en una silla bajo un baldaquino. Por más que el joven rey le hablara, ella no reaccionó. Hechizado por la hermosura de la muchacha, la tomó en brazos y la llevó al primer lecho que encontró.

La princesa no se inmutó cuando el joven rey la fue despojando del magnífico vestido hasta quedar el cuerpo sencillamente envuelto en aire translúcido.

De sus labios no se desprendió el menor soplo cuando el joven rey la hizo suya. Después, la dejó donde estaba. Regresó a su propio reino y se olvidó de la bella durmiente y de lo que había hecho con ella.

Nueve meses más tarde, Talía dio a luz a un niño y a una niña. Dos hadas madrinas se encargaron de recibir a los gemelos y de ofrecerle a cada uno un pecho de la madre. La bella durmiente derramaba leche a borbotones y los niños crecían rápidamente. Sin embargo, un día, al tardar en encontrar el pezón, los pequeños labios hambrientos se adhirieron al dedo de la madre. A fuerza de chupar lograron extraer la afilada punta del huso de debajo de la uña. Talía despertó. Nada más ver

a los dos niños chupándole el dedo les ofreció un pecho a cada uno. El flujo de la leche desató un profundo amor que le recorrió el cuerpo. En el acto amó a sus hijos como a su propia vida.

Llamó a su hijo Sol y a su hija Luna. Se preguntó por qué se hallaba sola en ese palacio tan grande, qué había sucedido, de dónde venían los niños y quién le traía a diario la comida, porque no veía a nadie.

Un buen día, el joven rey recordó su aventura con la bella durmiente. Salió de nuevo de caza, se adentró en el bosque y buscó el palacio abandonado con la esperanza de volver a ver a la muchacha. ¡Cuál fue su alegría al encontrarla despierta y en compañía de dos niños hermosos! El joven rey le reveló quién era y le contó lo ocurrido. Talía le confió su nombre y el de sus hijos. El rey permaneció varios días con Talía, Sol y Luna. Se entendían muy bien. Al despedirse, prometió que vendría a buscarlos.

De vuelta en casa, el joven rey no paraba de repetir los tres nombres:

—Talía, Sol y Luna.

Mientras comía los nombres salían por su boca, y en sus sueños gritaba:

—¡Talía, Sol y Luna!

El problema era que el joven rey estaba casado. Su esposa, alertada por las frecuentes partidas de caza, comenzó a hacerse una idea de las verdaderas andanzas del rey. Convocó al secretario.

—Si me dices de quién está enamorado mi esposo, haré de ti un hombre rico. En cambio, si me ocultas la verdad, te haré desaparecer para siempre.

Muerto de miedo, el secretario se lo contó todo.

Por orden de la reina, el secretario fue a ver a Talía con el siguiente mensaje:

—El rey desea ver a sus hijos. Le pide permiso para que me acompañen. Su padre los espera en palacio.

Sin albergar la más mínima sospecha, Talía dejó que Sol y Luna acompañaran al secretario.

Tan pronto como la esposa del rey logró capturar a Sol y a Luna llamó al cocinero.

—Degüella ahora mismo a estos dos niños. Riégalos con salsas sabrosas y prepara con ellos unos manjares suculentos. Se los serviré a su desgraciado padre.

Al ver a los gemelos, el cocinero sintió una enorme compasión. En el más profundo de los secretos, llevó a los niños con su mujer. Después degolló dos tiernos cabritos, macho y hembra, los regó con salsas sabrosas y preparó con ellos unos manjares suculentos.

A la hora del almuerzo, la reina mandó servir los platos.

El rey se comió con ganas todo lo que le dieron a probar.

—¡Qué rico está esto! —exclamó paladeando los sabores—. ¡Y aquello me gusta aún más si cabe!

—Come a gusto —le animó su esposa—. ¡Todo lo que comes es tuyo!

—Ya sé que todo lo que como es mío —contestó el rey—. Desde luego, tú no has traído nada a esta casa.

Enojado, se levantó de la mesa y se retiró a sus aposentos.

El secretario fue a ver de nuevo a Talía por orden de la reina y le transmitió el siguiente mensaje:

—El rey desea verla. Le pide que venga conmigo. Su amado la espera en palacio.

Talía acompañó al secretario sin pensar, ávida por volver a ver a su amado y a sus hijos. Sin embargo, el secretario no la llevó con el rey.

La reina le espetó a Talía:

—¡Bienvenida, embustera! ¡Te castigaré por el mal que me has hecho!

—No fue culpa mía —protestó Talía—. El rey me tomó mientras estaba dormida.

Por más que Talía se defendiera, a la reina no le valían sus explicaciones. Mandó encender una enorme hoguera en el patio del palacio y ordenó:

—¡Arrojad a Talía al fuego!

Talía se arrodilló ante la reina y suplicó:

—Deje al menos que me quite la ropa.

La reina, impaciente por hacerse con el suntuoso atuendo de Talía, contestó:

—De acuerdo. ¡Quítate primero la ropa!

Talía comenzó a desvestirse. Con cada prenda que se quitaba, soltaba un grito: el vestido, la falda, la blusa, las enaguas. Cuando se hubo desvanecido el último grito, la arrastraron a la hoguera.

En ese instante llegó el rey.

—¡A qué viene tanto ruido! ¿Qué hacéis con Talía? ¿Dónde están mis hijos?

—¡Traidor! —siseó la reina—. Mandé preparar unos manjares suculentos a base de tus hijos. Tú mismo te los has comido.

Desesperado, el rey exclamó:

—¿Acaso he sido yo el hombre lobo de mis corderitos? ¿Cómo es posible que mis venas no hayan reconocido su propia sangre? ¡Oh, tú, fiera, te castigaré por lo que has hecho!

Después el rey se dirigió a sus criados:

—¡Arrojad a la reina a la hoguera que ella misma ha mandado preparar para Talía!

¡Haced lo mismo con el secretario, su cómplice! ¡El cocinero también arderá por haber descuartizado a mis hijos!

El cocinero se postró a los pies del rey.

—Si fuera eso cierto sería justo que las cenizas del cocinero se mezclaran con las de la reina, pero yo he salvado a sus hijos!

El rey no daba crédito a sus oídos.

—¡Si has salvado a mis hijos te recompensaré espléndidamente!
Mientras el rey hablaba, la mujer del cocinero trajo a Luna y a Sol.
El rey colmó a Talía y a Sol y a Luna de besos. Nombró ayuda de cámara al cocinero y tomó a Talía por esposa.
El resto de su vida, Talía permaneció despierta durante el día, disfrutando con su marido y sus hijos.

Serpiente diurna, hombre nocturno

Un cuento de Italia

Érase una vez un matrimonio con tres hijas. La madre contrajo una enfermedad mortal cuando las niñas eran todavía muy pequeñas.

En su lecho de muerte dijo a su esposo:

—Deseo que vuelvas a casarte cuando yo me muera. Pero no te precipites: cuando ese par de zapatos que cuelga ahí se caiga a jirones, habrá llegado la hora de que te cases de nuevo.

La madre murió y el padre se quedó solo con las tres hijas de corta edad.

La institutriz de las niñas, que era soltera, enseguida comenzó a malcriarlas.

Llamó aparte a la hija mayor.

—Rosina, tú me quieres, ¿verdad? Si realmente significo algo para ti pide a tu padre que se case conmigo. De ese modo, pasaría a ser tu madre.

—Te quiero mucho —contestó Rosina—, pero mi madre pidió a mi padre que no volviera a casarse hasta que el par de zapatos que cuelga ahí se caiga a jirones.

—¡Estúpida niña! —exclamó la institutriz—. Ve a por esos zapatos, mételos en agua y vuelve a colgarlos. Ya verás lo pronto que se pudren. Y así seré vuestra madre.

Rosina comentó a sus hermanas lo que le había pedido la institutriz. Tras hablarlo con ellas, se subió a una escalera, retiró los zapatos, los sumergió en agua y volvió a colgarlos. Al poco tiempo, los zapatos se pudrieron y se cayeron a jirones.

—Padre, mira los zapatos —observó Rosina—. Están rotos. ¿Por qué no te casas con nuestra institutriz?

El padre fingió no prestarle demasiada atención. Sin embargo, convocó rápidamente a la institutriz y al poco tiempo se casaron.

Mientras tanto, en el palacio real sucedía algo importante. La reina estaba

embarazada. Nada más romper aguas, mandó buscar a una matrona. La mujer introdujo la mano en el cuerpo de la reina, pero al retirarla, la mano había desaparecido. El rey mandó buscar otra matrona. La mujer introdujo la mano en el cuerpo de la reina, pero al retirarla, la mano había desaparecido. A la tercera matrona le pasó exactamente lo mismo.

Entonces el mensajero del rey recorrió el reino proclamando que el rey otorgaría una generosa recompensa a quien lograse asistir a la reina en el parto.

Al oír esas palabras, la madrastra de las tres hermanas sugirió al mensajero:

—Llévate a mi hija mayor. Es una matrona experimentada. Sin duda podrá asistir a la reina.

Rosina se llevó un susto de muerte, pero no le quedó más remedio que obedecer. Bañada en llanto, siguió al mensajero.

—¿Qué puedo hacer? ¡Jamás he ejercido como matrona! —exclamó.

—Ay, hija mía! —contestó el mensajero—. ¡Pues sí que estás en apuros!

—Déjame visitar la tumba de mi madre —suplicó Rosina.

El mensajero se lo consintió.

Inclinada sobre la lápida, Rosina lloró a lágrima viva.

—Ayúdame, madre!

La lápida se abrió y la madre de la niña se levantó de su tumba.

—Hija, has metido en casa a esa madrastra y ahora te toca pagarla. Pero yo te diré lo que tienes que hacer. Una vez en palacio pide que te llenen una tina con agua y otra con leche. Al introducir la mano en el cuerpo de la reina di con claridad: «Sal, sal, bebé». En cuanto el bebé salga, báñalo en el agua y, acto seguido, arrójalo a la leche.

Al llegar al palacio, Rosina hizo todo lo que le había aconsejado su madre. Nada más decir: «Sal, sal, bebé», vio salir una serpiente del cuerpo de la reina. Rosina bañó a la serpiente en el agua y acto seguido la arrojó a la leche. La reina se alegró tanto de haber salido con vida del parto que recompensó a Rosina con doscientas monedas de oro.

Cuando Rosina llegó a su casa, la madrastra le gritó:

—Pero no estás muerta!

—Por qué iba a estar muerta? —preguntó Rosina.

La madrastra le quitó las monedas de oro y siguió tratándola con desprecio.

Mientras tanto, en el palacio real la serpiente pedía leche. El rey mandó buscar una nodriza. Cuando la nodriza le acercó el pecho, la serpiente se lo comió. El rey mandó buscar otra nodriza. Cuando la nodriza le acercó el pecho, la serpiente se lo comió.

A la tercera nodriza le pasó exactamente lo mismo. Ya no hubo más nodrizas dispuestas a acudir a palacio. Entonces el mensajero del rey recorrió el reino

proclamando que el rey otorgaría una generosa recompensa a quien lograse dar el pecho a la criatura.

Al oír esas palabras, la madrastra de las tres hermanas sugirió al mensajero:

—Llévate a mi hija mayor. Le sobra leche.

Rosina volvió a llorar a lágrima viva, inclinada sobre la lápida de su madre.

—¡Ayúdame!

La madre volvió a levantarse de su tumba.

—Una vez en palacio, pide que te llenen un botijo con leche. También necesitarás un tubito. Conecta un extremo del tubo al botijo y al otro ponle una tetilla. Sujeta el botijo contra tu pecho y mete la tetilla en la boca de la serpiente. ¡No tengas miedo, Rosina!

Al llegar al palacio, Rosina hizo todo lo que le había aconsejado su madre. Nada más notar la tetilla, la serpiente comenzó a chupar. Se tomó un botijo tras otro.

Durante dos años, Rosina vivió como nodriza en el palacio. Al final del segundo año, la serpiente siseó:

—¡Basta! ¡No quiero más leche!

Rosina regresó a casa con cuatrocientas monedas de oro.

Al verla entrar por la puerta, la madrastra exclamó:

—¡Qué haces tú por aquí!

—¿No es esta mi casa? —contestó Rosina.

La madrastra le quitó las monedas de oro y siguió tratándola con desprecio.

Transcurrieron varios años. Un día, la serpiente anunció que deseaba casarse. No tardó en encontrar esposa, puesto que fuera de palacio nadie sabía que el hijo del rey era una serpiente. Sin embargo, a la mañana siguiente a la noche de bodas, la novia amaneció muerta. Llegaron nuevas candidatas, pero todas ellas murieron en el lecho nupcial. Entonces el mensajero del rey recorrió el reino proclamando que el rey otorgaría una generosa recompensa a la mujer que se casara con su hijo.

Al oír esas palabras, la madrastra de las tres hermanas sugirió al mensajero:

—Llévate a mi hija mayor. Estuvo en el parto del príncipe, le dio el pecho, ¡quién mejor que ella para casarse con él!

Rosina volvió a llorar a lágrima viva, inclinada sobre la lápida de su madre.

—¡Ayúdame!

La madre volvió a levantarse de su tumba.

—Hija, cásate con la serpiente. Durante el banquete de boda, dale toda la comida que haya sobre la mesa. Y cuando os vayáis a la cama, explícales a las damas de honor que no necesitas ayuda para desvestirte. Tan pronto como os encontréis a solas, la serpiente te dirá: «¡Quítate la ropa y ven conmigo a la cama!». En vez de quitarte la ropa le contestarás: «¡Desvístete tú primero y ven conmigo a la cama!». La serpiente se quitará la primera piel y volverá a decirte: «¡Quítate la ropa y ven

conmigo a la cama!». Le darás la misma respuesta. La serpiente se quitará la segunda piel y volverá a pedirte que te desvistas. Mi querida Rosina, le responderás con las mismas palabras una y otra vez, hasta que se haya quitado la séptima y última piel. Delante de ti verás aparecer a un joven hermoso. ¡Estarás deseando compartir la cama con él!

La madre de Rosina prosiguió:

—Cuando al cabo de un tiempo tu flamante esposo te pregunte por la hora, le contestarás: «La hora a la que mi padre regresa del teatro». Cuando más tarde vuelva a hacerte la misma pregunta, contestarás: «La hora a la que mi padre cena». Cuando más tarde vuelva a preguntarte por la hora, contestarás: «La hora a la que mi padre se pide un café». Cuando al amanecer vuelva a hacerte la misma pregunta, contestarás: «La hora a la que mi padre desayuna». Después, tu esposo te abrazará y te dirá: «Tras esta noche eres mi mujer de verdad». Ahora bien, no cuentes nada de esto a nadie, Rosina.

Al llegar al palacio, Rosina hizo todo lo que le había aconsejado su madre. En cuanto la serpiente se transformó en un joven hermoso, la muchacha se enamoró profundamente de él. Durante el día adoptaba la forma de una serpiente, pero de noche se convertía en varón.

Transcurrieron muchos meses. Rosina estaba radiante. Su suegra, la reina, no podía comprender por qué Rosina se conformaba con una serpiente. Sin decir nada a su nuera, decidió averiguar a qué se debía tanta felicidad.

Un buen día, Rosina preguntó a su esposo si por una vez podría adoptar su forma humana durante el día.

El príncipe le contestó:

—Mañana, cuando estés sentada junto a la ventana, pasará a saludarte un jinete. Ese seré yo. Ahora bien, no se lo digas a nadie. Si desvelas mi identidad y comentas que tiempo atrás las hadas me transformaron en una serpiente, desapareceré y tendrás que buscarme entre cuentos y leyendas.

Al día siguiente, Rosina estaba sentada junto a la ventana en compañía de su suegra. Pasó a saludarla un jinete. Rosina le contestó con una radiante sonrisa. La reina agarró a su nuera del cabello y la alejó de la ventana a rastras.

—¡Traidora! ¡Nadie trata así a mi hijo por mucho que sea una serpiente!

Rosina exclamó:

—¡Pero, Majestad, ese jinete era su hijo! Las hadas lo hechizaron. Es serpiente de día y varón de noche.

Aquella noche, la serpiente no regresó. Rosina se acordó de su promesa y se echó a llorar desconsoladamente. Cogió un poco de dinero y abandonó el palacio.

Tras mucho vagar, Rosina llegó a una ciudad. Compró una casa y la convirtió en

albergue. Mandó escribir en la puerta: «Tres noches gratis para quien cuente cuentos y leyendas».

Por el albergue pasó mucha gente. Rosina escuchó muchos cuentos y leyendas. Un día se presentó una anciana que le dijo:

—Esta mañana me ha ocurrido algo extraño en el campo. Vi salir a un joven hermoso de una hendidura en la roca. Cargaba con un fardo de ropa sucia. Al llegar a la orilla del río suspiró: «Si mi esposa estuviera aquí le pediría que llevase estas ropas a las hadas de las montañas que me tienen hechizado».

—¿Serías capaz de volver a encontrar ese lugar? —preguntó Rosina—. ¿Podrías llevarme?

—Claro que sí —contestó la anciana antes de acompañar a Rosina al campo.

Una vez llegadas a la orilla del río, Rosina despidió a la anciana y se escondió tras un arbusto.

Al rato apareció su esposo, cargado con un fardo de ropa sucia.

—Si mi esposa estuviera aquí le pediría que llevase estas ropas a las hadas de las montañas que me tienen hechizado.

En ese instante, Rosina salió de su escondite.

Su esposo le explicó lo que tenía que hacer para romper el hechizo. Tanto le amaba Rosina que llevó la ropa corriendo a las hadas de las montañas.

—Hada mayor, aquí están sus ropas —dijo.

—¿Qué quieres? —preguntó el hada mayor.

—Lo que usted me diga —contestó Rosina.

—¿Qué debo darte? —preguntó el hada mayor.

—Lo que usted me diga —contestó Rosina.

Rosina y el hada mayor se pasaron todo el día jugando a este juego de preguntas y respuestas.

Al final, el hada más joven observó:

—¿No te das cuenta de todo lo que ha sufrido esta muchacha? Dale lo que tengas que darle y deja que se marche.

—Si es él al que quieras, llévate al príncipe —dijo el hada mayor a Rosina.

Rosina no cabía en sí de felicidad. Regresó al río y estrechó al príncipe entre sus brazos. Juntos se fueron hasta el albergue. Contaron lo ocurrido a todo el que quiso escucharlos. El príncipe explicó que las hadas lo habían hechizado mientras se hallaba en las entrañas de su madre. Solo el amor profundo de una mujer había podido romper el hechizo.

Pilusedda, envuelta en harapos

Un cuento de Italia

Érase una vez un rey y una reina que tenían una hija muy bella. Cuando la niña cumplió quince años, la madre cayó gravemente enferma.

Consciente de que tenía los días contados, la reina llamó a su marido y dijo:

—Querido esposo, mi vida está terminada, pero tú eres joven y puedes volver a casarte. Elige bien. Te doy mi anillo. Solo te casarás con la mujer en cuyo dedo encaje a la perfección.

La reina murió. El rey y la princesa se sumieron en un profundo duelo.

Sin embargo, al cabo de un tiempo, el rey decidió casarse por segunda vez. Pese a la avalancha de candidatas, el rey anunció que solo se casaría con la mujer en cuyo dedo encajara a la perfección el anillo de la difunta reina.

Fueron muchas las que probaron el anillo, pero a ninguna mujer le encajaba a la perfección.

—Pues no estará de Dios —concluyó el rey.

Se olvidó de las segundas nupcias y guardó el anillo a buen recaudo.

Un día, mientras ordenaba los armarios, la hija del rey encontró el anillo en el cajón de una cómoda.

Antes de darse cuenta se lo había puesto. Encajaba a la perfección, tanto que era incapaz de quitárselo.

Se llevó un susto. «¿Y ahora qué hago?», pensó. «¿Qué le digo a mi padre cuando me vea?».

Buscó un retazo de tela y se lo ató al dedo.

—¿Qué te ha pasado en el dedo, hija? —le preguntó el padre nada más verla.

—No te preocupes, padre —contestó la muchacha—. No es más que un rasguño.

Sin embargo, pasados unos días, el padre insistió en que su hija le mostrara el dedo. Al descubrir el anillo, exclamó:

—¡Ay, tú eres pues la mujer que ha de convertirse en mi esposa!

Al escuchar esas palabras, la hija del rey salió huyendo. Acudió a ver a un anciano sabio.

—¡No puedo casarme con mi propio padre! ¡Antes prefiero morir! —se lamentó.

—Yo tengo la solución —le dijo el anciano—. Dile a tu padre que te busque para la ceremonia nupcial un traje de novia del color del cielo, bordado en oro y sembrado de piedras preciosas. Dile que quieras ver reflejados en tu traje el sol, la luna y todos los planetas.

La hija transmitió la petición a su padre.

—¿Acaso hay algún lugar en el mundo donde se pueda encontrar semejante traje? —suspiró el rey.

Pensativo, recorrió sus tierras. Llamó a su primo, que era un demonio. Al verle aparecer delante de él, el rey le informó de la petición de su hija.

—Si te traigo el traje, ¿qué me das a cambio? —quiso saber el demonio.

—Si me traes el traje te doy mi alma —contestó el rey.

—¡Espérame aquí! —le ordenó el demonio antes de salir corriendo.

Al cabo de media hora regresó con el traje y se llevó el alma del rey a cambio.

La princesa se asustó al ver el atuendo. Se precipitó de nuevo hacia el anciano sabio y le contó lo ocurrido.

—Pídele al rey un vestido del color del mar, adornado con todas las casas que hay en el campo —le aconsejó el anciano.

La hija transmitió la nueva petición a su padre.

—Ya tengo traje de novia, pero también quiero un vestido para el banquete, un vestido del color del mar, adornado con todas las casas que hay en el campo.

El demonio también le consiguió al rey el segundo vestido. La hija se asustó, pidió un poco de tiempo y se lo contó todo al anciano sabio.

—Pídele al rey un traje del color de las rosas, ornado con cuatro hileras de pulseras y campanillas de oro —le aconsejó.

La hija transmitió la nueva petición al padre.

—Ya tengo dos vestidos, pero me falta otro para mi primer día como mujer casada. Quiero un traje del color de las rosas, ornado con cuatro hileras de pulseras y campanillas de oro.

Una vez más, el demonio le trajo el vestido al rey.

—Hija —dijo el rey—, ya no podemos perder más tiempo. Dentro de una semana nos casamos.

Desesperada, la muchacha acudió a ver al anciano sabio.

—Ya no hay escapatoria —concluyó el anciano—. Escúchame bien: llévate esta nuez, esta castaña y esta avellana. Utilízalas solo en caso de necesidad. Búscate una piel de caballo y mándala limpiar y untar de sal. Póntela encima para que te confundan con un caballo.

La hija del rey hizo todo lo que le aconsejó el anciano sabio. Empaquetó sus ropas, su dinero y sus joyas. En la víspera de la boda anunció a su padre que iba a darse un baño, como mandaba la tradición. El rey se lo consintió.

La hija colocó una paloma en una tina llena de agua. Le ató una cuerda a una de las patas. El otro extremo lo ató a la pata de una paloma que se encontraba en el exterior. Cada vez que la paloma de fuera se movía, la de dentro revoloteaba en la tina.

Al oír el ruido del agua, el rey creyó que su futura esposa se estaba bañando.

Sin embargo, para entonces, la muchacha ya se había echado encima la piel de

caballo y había escapado.

Su padre aguardó un buen rato, acercándose cada cierto tiempo para asegurarse de que todo seguía en orden. Al final, abrió la puerta. Al ver que su futura esposa había desaparecido, exclamó:

—¡Me ha engañado!

Golpeó su cabeza con tal fuerza contra la pared que se desplomó muerto en el sitio. El demonio acudió enseguida a retirar el cuerpo; el alma ya la tenía.

Mientras tanto, la princesa ataviada con la piel de caballo había llegado hasta un coto de caza de otro reino. Las tierras pertenecían al hijo del rey de aquel país.

A la mañana siguiente, el guardabosque del príncipe se topó con un extraño caballo que se apoyaba sobre las patas traseras y sostenía las patas delanteras en el aire. Se dispuso a dispararle, pero en ese preciso instante pasó por el lugar el hijo de rey, y se lo prohibió. El príncipe se acercó al caballo y lo acarició. El caballo le restregó cariñosamente la nariz. El gesto conmovió de tal manera al muchacho que se llevó al animal. Lo encerró en un cuarto del palacio y fue a buscarle algo de comer.

—¿Qué clase de animal eres? —preguntó.

—Soy Pilusedda, envuelta en harapos —contestó el caballo.

El príncipe y Pilusedda se hicieron muy amigos. El joven pasaba mucho tiempo en compañía del caballo, para envidia de la reina.

Un día, Pilusedda dijo:

—¿Puedes traerme harina y agua para hacer pan?

El hijo del rey mandó buscar lo que Pilusedda le había pedido. Una vez a solas, la muchacha preparó la masa y escondió en ella el reloj de su padre. Luego pidió al príncipe que llevase el pan a cocer al horno del palacio. El pan de los panaderos del rey se quemó, pero el de Pilusedda se horneó a la perfección. Los sirvientes lo enviaron a la mesa real, dejando a Pilusedda sin nada. Al partir el pan, el príncipe se encontró, para su asombro, un magnífico reloj.

Al día siguiente, Pilusedda pidió de nuevo harina y agua para hacer pan. Dentro escondió el alfiler del corbatín de su padre. Luego pidió al príncipe que llevase el pan a cocer al horno del palacio. El pan de los panaderos del rey se quemó, pero el de Pilusedda se horneó a la perfección. Los sirvientes volvieron a enviarlo a la mesa real, dejando a Pilusedda sin nada. Al partir el pan, el príncipe se encontró un magnífico alfiler.

El tercer día, Pilusedda escondió un magnífico anillo entre la masa. Los sirvientes del rey volvieron a enviar el pan mejor horneado a la mesa real. Al encontrarse el anillo, el príncipe dijo:

—Si Pilusedda ha hecho este pan, es imposible que sea un caballo. Tiene que ser otra cosa.

El príncipe preguntó a Pilusedda:

—¿Me acompañas a la fiesta que se celebra en el pabellón real?

—¿Cómo voy a acompañarte? —objetó Pilusedda.

Sin embargo, tan pronto como el príncipe se hubo marchado, la muchacha abrió la nuez. Aparecieron varias hadas que le regalaron un conjunto de joyas y una carroza. Pilusedda se quitó la piel de caballo y se puso el traje que había mandado buscar su padre para el primer día de casada, el del color de las rosas, ornado con pulseras y campanillas de oro. La joven montó en la impresionante carroza y se dirigió al pabellón real.

El príncipe no daba crédito a sus ojos. Se olvidó de todos los demás. Solo bailó y habló con ella. Cuando Pilusedda se disponía a marcharse, ordenó a sus criados:

—¡Averiguad dónde vive esta joven y corred a contármelo!

Al darse cuenta de que la perseguían, Pilusedda se sacudió la cabellera desatando una lluvia de perlas y diamantes. Los criados interrumpieron la persecución.

—¡Truhanes, os habéis dejado deslumbrar! —les reprochó el príncipe.

De vuelta en su habitación, Pilusedda volvió a unir las dos partes de la nuez. Las hadas, las joyas y la carroza desaparecieron enseguida.

Al llegar a casa, el príncipe exclamó:

—¡Ay, Pilusedda, lo que te has perdido! ¡A la fiesta en el pabellón real acudió una joven increíblemente bella!

—Me trae sin cuidado —contestó Pilusedda—. Lo único que quiero es comer.

A la semana siguiente se celebraba otra fiesta en el pabellón real. El príncipe invitó de nuevo a Pilusedda, pero ella volvió a negarse. Sin embargo, tan pronto como el príncipe se hubo marchado, la muchacha abrió la castaña. Aparecieron varias hadas que le regalaron un conjunto de joyas y una carroza. Pilusedda se puso el traje que había mandado buscar su padre para el banquete, el del color del mar, adornado con todas las casas que había en el campo. La joven montó en la impresionante carroza y se dirigió al pabellón real.

El príncipe se olvidó nuevamente de todos los demás. Solo bailó y habló con ella. Cuando Pilusedda se disponía a marcharse, ordenó a sus criados:

—¡Averiguad dónde vive! ¡Esta vez no me falléis!

Los sirvientes siguieron a Pilusedda de cerca, pero la joven esparció oro y plata a su alrededor. Los criados regresaron al palacio sin haber averiguado nada.

—Mire lo que nos ha arrojado!

De vuelta en su habitación, Pilusedda volvió a unir las dos partes de la castaña. Las hadas, las joyas y la carroza desaparecieron enseguida.

Transcurrieron muchos días hasta que volvió a celebrarse otra fiesta en el pabellón real. El príncipe invitó nuevamente a Pilusedda, pero ella se negó una vez

más. Sin embargo, tan pronto como el príncipe se hubo marchado, la muchacha abrió la avellana. Esta vez se puso el traje de novia del color del cielo, bordado en oro y sembrado de piedras preciosas, con las imágenes del sol, la luna y todos los planetas.

Nada más verla, el príncipe ordenó:

—¡Preparad mi carroza! ¡La seguiré en persona!

Cuando Pilusedda se disponía a marcharse, el príncipe salió detrás de ella. La sorprendió antes de que pudiera encerrarse en su habitación.

—¡Te he desenmascarado! Ya me parecía a mí que pasaba algo extraño. Y ahora explícame cómo se hace para que un caballo se convierta en una dama.

Pilusedda se lo contó todo.

El príncipe convocó a sus padres y les anunció que deseaba casarse con la bellísima muchacha. Los reyes aprobaron la decisión de su hijo.

Tuvieron una boda preciosa...

La vida del príncipe y de la princesa fue larga y dichosa, pero la nuestra resulta por momentos un tanto difícil.

La princesa que se casó con un cerdo

Un cuento de Rumanía

Érase una vez un matrimonio muy, muy mayor. El hombre tenía al menos cien años y la mujer, como poco, noventa.

Eran más pobres que las ratas y vivían en una choza. Todo ello era muy triste, pero había algo peor.

—Jamás nadie me ha llamado madre —suspiraba la anciana.

—Y jamás nadie me ha llamado padre —se lamentaba el anciano.

Un buen día la mujer le dijo a su marido:

—Si no hacemos nada, moriré sin dejar descendencia. Mañana saldrás a la calle y traerás a casa al primer ser vivo al que te encuentres. Sea el que sea, me da igual. Adoptaremos al menos a ese ser vivo como hijo.

A la mañana siguiente, el anciano hizo lo que le había pedido su mujer. Al pasar al lado de una charca enfangada descubrió a una inmensa cerda que estaba dando de comer a sus doce cerditos. Nada más ver al hombre, la madre salió corriendo, seguida de once de sus cerditos, porque uno de ellos, el más pequeño de todos, un

animalito esmirriado y lastimoso, se quedó parado en medio del barro. El anciano lo aupó y se lo llevó a casa. Era un macho.

La anciana se alegró muchísimo.

—Por fin tenemos un hijo.

Con lo poco de lo que disponían bañaban, peinaban, empolvaban y alimentaban al cerdito. Le cedieron el mejor sitio de la mísera choza, junto a la lumbre. Rodeado de tan buenos cuidados, el cerdito no tardó en convertirse en un marrano hermoso.

Cada vez que alguien tenía algo que objetar al gruñón de su hijo, la anciana replicaba:

—Es diferente, eso es todo.

Había, sin embargo, un detalle que la tenía preocupada: su hijo todavía no había pronunciado ni una sola palabra. Las cosas seguían igual: jamás nadie la había llamado madre.

Un día el anciano acudió al mercado.

—Cómprale algo sabroso a nuestro hijo —le pidió la mujer.

—De acuerdo —contestó el anciano.

Sin embargo, pensó para sí: «Ese marrano se lo lleva todo. Mi mujer apenas se acuerda ya de mí».

A su regreso, la anciana le preguntó:

—¿Traes alguna novedad?

—El rey ha proclamado que su hija se casará con el joven que logre construir un puente de oro desde su propia casa hasta el palacio. La condición es que el puente tenga piedras preciosas como pavimento y esté flanqueado por hermosos árboles cuajados de rarísimas aves canoras. El joven que acceda a afrontar la prueba, pero no consiga superarla, será decapitado en el acto. Ya han muerto muchos muchachos.

—¡Qué lástima! —suspiró la anciana—. ¡Y qué sufrimiento para las madres!

En ese instante, una voz dijo:

—¡Madre, padre, yo me ofrezco!

El hombre y la mujer alzaron la mirada, sorprendidos.

—Habla vuestro hijo —repitió el cerdo.

—Sabe hablar! —exclamó la anciana, rebosante de felicidad—. Por fin alguien me ha llamado madre, y a ti te ha dicho padre.

El anciano sacudió la cabeza.

—Si falla perderemos a nuestro único hijo.

—Es una prueba demasiado difícil —asintió la anciana—. Quédate mejor aquí con nosotros, hijo mío.

Sin embargo, el cerdo insistió.

—Padre, haz el favor de ir a ver al rey. Dile que haré lo que pide.

Al día siguiente, el anciano acudió al palacio. Tenía un aspecto tan lamentable que en un primer momento los centinelas le negaron el paso, pero él no se dejó amilanar.

—Llevadme a ver al rey. Se trata de la princesa.

Al encontrarse cara a cara con el monarca, el anciano dijo:

—Vengo de parte de mi hijo. Me ha pedido que os comunique que está dispuesto a afrontar la prueba.

—Si falla ya sabes cómo será castigado —contestó el rey—. Tráeme al muchacho.

El anciano fue a buscar a su hijo. El cerdo siguió a su padre entre gruñidos. Los centinelas no salían de su asombro al enterarse de que un cerdo venía a probar suerte. Sin embargo, el padre y el hijo se empeñaron en que los llevaran ante el rey.

Al ver al marrano, el rey estalló en cólera.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Ya me dirás tú qué cerdo puede construir un puente!

Llamó a sus centinelas y les ordenó que echaran al padre y al cerdo a la calle.

—Si mañana no hay puente, vuestras cabezas pasarán a ocupar el lugar que ahora ocupan vuestros pies!

Aquella noche, el hombre y la mujer no lograron conciliar el sueño. Cuando por fin se quedaron dormidos, el cerdo sopló con fuerza por la nariz. Aparecieron dos llamas que llegaron hasta el palacio del rey. De las llamas nació un puente de oro que unía la choza con el palacio. Era un puente pavimentado de piedras preciosas y flanqueado por hermosos árboles cuajados de rarísimas aves canoras.

A la mañana siguiente, el hombre y la mujer no daban crédito a sus ojos. Su choza se había transformado en un palacio incluso más imponente que el del rey. Estaba repleto de costosos muebles, alfombras, tapices y alhajas, y un puente de oro pavimentado de piedras preciosas y flanqueado por hermosos árboles cuajados de rarísimas aves canoras lo unía con el palacio real.

El anciano y su hijo acudieron a ver al rey, a quien no le quedó más remedio que entregarles a su hija. No hubo boda. La princesa se vio obligada a acompañar de inmediato al anciano y a su hijo el cerdo. Estaba muerta de miedo. No quería pasar su noche de bodas compartiendo cama con un enorme marrano.

Con la cabeza gacha y muy a desgana, la princesa siguió al cerdo, que se apresuraba a casa en medio de alegres gruñidos. Sin embargo, aquella noche, al deslizarse en la cama, el cerdo se quitó la piel y se transformó en un varón fuerte y bello que, además, resultó ser un fantástico amante.

A la mañana siguiente, el muchacho volvió a ponerse la piel de cerdo. Así fue como la princesa se casó con una criatura que era marrano de día y varón de noche.

Al poco tiempo, la princesa estaba perdidamente enamorada. No le importaba que, durante el día, su esposo adoptase el aspecto de un cerdo. Al cabo de unas semanas, la princesa se quedó embarazada, para alegría de su marido y sus suegros. La princesa les preguntó entonces si podía ir a transmitir la buena nueva a sus padres.

Cuando la muchacha le contó lo ocurrido, el rey le aconsejó:

—Sé muy prudente. Estás expuesta a fuerzas sobrenaturales.

Después, la princesa salió a dar un paseo con su madre. Nada más enterarse de lo sucedido, la reina exclamó:

—¡Yo que tú encendería una gran hoguera y arrojaría la piel de cerdo al fuego! Así estarías día y noche acompañada por un esposo con el que poder salir a la calle. Podrías llevar, por fin, una vida normal, y nosotros también.

A la noche siguiente, la princesa encendió una gran hoguera en medio del dormitorio. Tan pronto como su esposo se quedó dormido, arrojó la piel de cerdo al fuego. Chisporroteaba y crepitaba mientras se iba quemando. De las cenizas se desprendió un enorme penacho de humo.

El marido de la princesa se despertó sobresaltado.

—¡Qué has hecho, mujer! ¿Quién te ha aconsejado de tan mala manera? Me llamo Fat-Frumos, príncipe hermoso, pero ya no puedo quedarme por más tiempo contigo. Tendrás que ir a buscarme al remoto monasterio de Ámbar. No darás a luz hasta que yo no te toque la barriga.

En ese preciso instante, la princesa sintió cómo se cerraba alrededor de su embarazado vientre una pesada faja de hierro. De pronto, se levantó un viento glacial que se llevó a su esposo. El puente también desapareció y el palacio se transformó de nuevo en una choza. Sus suegros parecían más pobres que nunca.

—Pero qué has hecho! —le gritaron—. Vuelve a casa. Nosotros ya no podemos mantenerte.

La princesa lio sus bártulos y salió en busca de su esposo.

Después de vagar un año por ardientes desiertos, inhóspitas llanuras, montañas agrestes y hostiles tierras deshabitadas, llegó a una casita. Llamó a la puerta.

Una voz dijo:

—Si eres buena persona puedes pasar, pero si vienes con malas ideas harás mejor en quedarte fuera. Mi perro tiene los dientes de acero y te hará jirones.

—He cometido un error, pero soy buena persona —contestó la princesa.

Le abrió la puerta una mujer mayor.

—Bella muchacha, ¿qué se te ha perdido por aquí? ¡Si a este lugar no viene apenas nadie! Me llamo Miércoles Santo.

La princesa le contó lo sucedido y preguntó:

—Busco a mi marido. Está en el monasterio de Ámbar. ¿Puede usted indicarme el camino?

—No conozco ese convento —respondió Miércoles Santo—. Tendrás que ir a ver a mi hermana mayor, Viernes Santo, pero antes te daré de beber y de comer. También te regalaré un rastillo de oro que rastilla solo.

La princesa le dio las gracias y se puso de nuevo en camino.

Después de vagar un año por ardientes desiertos, inhóspitas llanuras, montañas agrestes y hostiles tierras deshabitadas, llegó a otra casita. Llamó a la puerta.

Una voz dijo:

—Si eres buena persona puedes pasar, pero si vienes con malas ideas harás mejor en quedarte fuera. Mi perro tiene los dientes de acero y te hará jirones.

—He cometido un error, pero soy buena persona —contestó la princesa.

Le abrió la puerta una mujer aún más mayor.

—Bella muchacha, ¿qué se te ha perdido por aquí? ¡Si a este lugar no viene apenas nadie! Me llamo Viernes Santo.

La princesa le contó lo sucedido y preguntó:

—¿Puede usted indicarme el camino al monasterio de Ámbar?

—No conozco ese convento —respondió Viernes Santo—. Tendrás que ir a ver a mi hermana mayor, Domingo Santo, pero primero te daré de beber y de comer. También te regalaré una rueca de oro que hila sola.

La princesa le dio las gracias y se puso de nuevo en camino.

Después de vagar un año por tierras inhóspitas, llegó a otra casita. Llamó a la puerta.

Una voz dijo:

—Si eres buena persona puedes pasar, pero si vienes con malas ideas harás mejor en quedarte fuera. Mi perro tiene los dientes de acero y te hará jirones.

—He cometido un error, pero soy buena persona —contestó la princesa.

Le abrió la puerta una mujer aún más mayor.

—Bella muchacha, ¿qué se te ha perdido por aquí? ¡Si a este lugar no viene apenas nadie! Me llamo Domingo Santo.

La princesa le contó lo sucedido y preguntó:

—¿Puede usted indicarme el camino al monasterio de Ámbar?

—No conozco ese convento —respondió Domingo Santo—, pero reuniré a todos los animales de la tierra, del aire y del agua y les preguntaré dónde está.

Acudieron todos los animales. Escucharon con atención a la anciana mujer, pero ninguno de ellos había oído hablar del monasterio de Ámbar. El último en llegar fue un pájaro cojo.

—Espera, yo sé dónde está el monasterio de Ámbar! ¡Te indicaré el camino!

Domingo Santo le dio de beber y de comer a la princesa y le regaló una gallina y unos polluelos de oro.

Con el pájaro cojo como guía, la princesa vagó otro año por tierras inhóspitas cuyos únicos habitantes eran unos monstruos empeñados en devorarlos. A veces el pájaro cojo llevaba a la princesa en volandas. Justo cuando la muchacha se estaba quedando sin fuerzas, el pájaro exclamó:

—¡Este es el monasterio de Ámbar!

Sin embargo, por más que se lo suplicó la princesa, la dueña del monasterio de Ámbar, una vieja bruja malvada, no la dejó entrar.

Exhausta, la princesa se sentó junto al pozo. Al rato vino a por agua una criada de la dueña del monasterio de Ámbar. No le quitó ojo al rastrillo de oro que rastrillaba solo. Regresó corriendo al monasterio y le dijo a su ama:

—La muchacha que está sentada junto al pozo tiene un magnífico rastrillo de oro que rastrilla solo.

—Pregúntale qué quiere a cambio —le ordenó la bruja.

La criada transmitió la pregunta y obtuvo como respuesta:

—Una noche con Fat-Frumos.

La chica se apresuró al monasterio y volvió enseguida.

—Tu deseo se verá cumplido.

Sin embargo, en la cena la bruja echó un somnífero a la bebida del muchacho. Tan pronto como la princesa entró por la puerta y vio a su amado dormido, rompió en llanto.

—¡Mi querido Fat-Frumos, vuelve a ser mi esposo, abrázame, pasa tu mano por mi vientre, libérame de nuestro hijo!

La princesa se pasó toda la noche llorando y suplicando, pero Fat-Frumos no se despertó. A la mañana siguiente, la criada acudió a buscarla.

La princesa volvió a sentarse junto al pozo, tremadamente apenada. Al rato, la criada vino a por agua. No le quitó ojo a la rueca de oro que hilaba sola. Regresó corriendo al monasterio y le dijo a su ama:

—La muchacha que está sentada junto al pozo tiene también una magnífica rueca de oro que hila solo.

—Pregúntale qué quiere a cambio —le ordenó la bruja.

La criada transmitió la pregunta y obtuvo como respuesta:

—Otra noche con Fat-Frumos.

La chica se apresuró al monasterio y volvió enseguida.

—Tu deseo se verá cumplido.

Sin embargo, la bruja volvió a echar un somnífero a la bebida de Fat-Frumos. Por más que la princesa suplicara: «¡Querido, vuelve a ser mi esposo, abrázame, pasa tu

mano por mi vientre, libérame de nuestro hijo!», Fat-Frumos se pasó la noche durmiendo. A la mañana siguiente, la criada acudió de nuevo a buscar a la princesa.

Desesperada, la princesa volvió a sentarse junto al pozo. Al rato, la criada vino a por agua. No le quitó ojo a la gallina y los polluelos de oro. Regresó corriendo al monasterio y le dijo a su ama:

—La muchacha que está sentada junto al pozo tiene también una magnífica gallina de oro y unos polluelos también de oro.

—Pregúntale qué quiere a cambio —le ordenó la bruja.

La criada transmitió la pregunta y obtuvo como respuesta:

—Una tercera noche con Fat-Frumos.

La chica se apresuró al monasterio y volvió enseguida.

—Tu deseo se verá cumplido.

La bruja volvió a echar un somnífero a la bebida de Fat-Frumos, pero esa noche, gracias a la advertencia de un sirviente fiel, Fat-Frumos no se tomó la bebida y permaneció despierto.

Anegada en lágrimas, la princesa le suplicó:

—¡Mi querido Fat-Frumos, llevo cuatro años vagando y estoy sufriendo mucho! ¡Vuelve a ser mi esposo, abrázame, pasa tu mano por mi vientre, libérame de nuestro hijo!

Fat-Frumos se levantó, abrazó a su esposa y le tocó el vientre con la mano. Acto seguido, la princesa dio a luz a un varón.

Fat-Frumos se encargó de que la bruja tuviese su merecido. Fue ella la que, transformada en cerda, había convertido a Fat-Frumos en un cerdito para que se casara con una de sus once hijas cerditas. Ataron a la bruja a un caballo. El animal la arrastró hasta que no quedó de ella ni un solo pedacito.

Entonces sí que hubo boda. ¡Y qué boda! Quién sabe si todavía siguen de fiesta...

Enamorada del toro azul

Un cuento de Portugal

En tiempos muy, muy remotos hubo un rey y una reina que tenían una hija.

Los reyes y la princesita vivían felices en su palacio, hasta que la reina murió. El rey y la princesita lloraron su muerte, pero un buen día el rey volvió a casarse.

—Esta mujer será tu madrastra —anunció el rey a su hija—. Cuidará de ti, mi amor. Para envidia de la madrastra, el rey y su hija estaban muy unidos. Una vez casada, comenzó a portarse muy mal con la princesa.

—Hija —le dijo un día—, ya tienes edad para que te ponga una prueba. Te pido que salgas a vigilar al toro azul.

La princesa se asustó, porque el toro azul tenía una reputación terrible. Según se rumoreaba, era una fiera que aniquilaba a todo el que se le aproximaba. Siempre se oía gritar a las madres: «¡Ni se te ocurra acercarte al toro azul!».

La madrastra, en cambio, envió a la princesa a vigilarlo, con la esperanza de que no volviera. Además, apenas le dio de comer, para que iniciara el viaje completamente debilitada.

Muerta de hambre y de miedo, la princesa partió hacia el toro azul. Al natural resultaba incluso más imponente y más salvaje de lo que se había imaginado.

—Me han pedido que le vigile —explicó la princesa, temblando.

El toro azul examinó a la princesa entre resoplidos. Era una muchacha bellísima y distinguida a la vez que abandonada y hambrienta.

—Acércate —le dijo el toro azul.

La princesa dio un pasito al frente.

—Más —ordenó el toro azul—. Hasta que puedas tocarme.

La princesa se acercó.

—Ágarrame la oreja —dijo el toro azul.

—¿Cómo? —preguntó la muchacha con voz temblorosa.

—Agárrame la oreja —repitió el toro azul—. Susúrrame al oído tus deseos.

La princesa estiró el brazo. Pese a su aspecto colosal, fornido y espantoso, el toro azul no la miraba con maldad. La oreja era más suave de lo que había esperado.

—Me apetecen unas empanadillas —susurró junto al enorme oído del animal—. Y salchichas y sardinas. Y tomates y uvas.

Se le hizo la boca agua.

Para su asombro, sus deseos se hicieron realidad: de pronto lo tenía todo a sus pies. La princesa comió hasta que no pudo más y pasó un día muy agradable en compañía del toro azul. Pasearon por el campo y hablaron de la vida.

Por la noche, cuando la princesa volvió al palacio, su madrastra exclamó:

—Pero qué es esto! ¡Sigues con vida! ¡¿Seguro que has ido a ver al toro azul?!

La princesa asintió con la cabeza.

—He hecho lo que me pediste.

—Pues mañana vuelves! —vociferó la madrastra—. ¡Y esta noche te vas a la cama sin cenar!

—Mañana volveré —dijo la princesa—. Ahora iré a acostarme.

«Bah», pensó la madrastra, «mañana estarás tan débil que el toro azul te arrollará

a la primera».

La princesa se fue a la cama y soñó con el toro azul. A la mañana siguiente volvería a susurrarle al oído sus deseos.

Pasó un día tras otro en compañía del toro azul. Su madrastra no le dio de comer ni una sola miga de pan, con la esperanza de que muriese arrollada por el toro azul o cegada por el hambre, pero nunca antes la princesa había estado tan radiante.

«¡Cómo es posible!», pensó la madrastra. «Aquí en el palacio no come nada y aun así tiene un aspecto de lo más saludable.»

La princesa acabó convirtiéndose en una joven hermosa.

Un buen día la madrastra la siguió, corroída por la envidia. Vio cómo la muchacha se acercaba al enorme toro azul.

«Se acabó», dijo para sí con una gran sonrisa, pero para su asombro el toro trató a la princesa con ternura y afecto. La joven le agarró la oreja y le susurró algo al oído. De pronto aparecieron a sus pies los manjares más suculentos.

Enfurecida, la madrastra regresó al palacio. Por la noche llamó a la princesa.

—Ya basta de vigilar al toro azul. Ha llegado la hora de matarlo.

—¿Matarlo? —preguntó la princesa, consternada.

—¡Es una orden! —gritó la madrastra—. Y quiero que la ejecutes mañana mismo. Esta tarde he visto cómo te acercabas a él. ¡Toma este cuchillo! ¡Clávaseso en el corazón!

Entregó a la princesa un cuchillo muy afilado.

De madrugada, la muchacha salió corriendo hasta el toro azul.

—¡Date prisa! ¡Tenemos que huir! Mi madrastra quiere que te mate con este cuchillo.

El toro azul y la princesa emprendieron la huida. Pronto llegaron a un denso bosque con árboles de cobre.

—Ten cuidado —advirtió el toro azul—. Este bosque de cobre lo vigila una serpiente gigante de tres cabezas. Basta que caiga una sola hoja para que la fiera nos ataque.

Aunque recorrieron el bosque con toda la cautela del mundo, la princesa rozó una hoja de cobre con el dobladillo de su traje. La hoja cayó al suelo. Al instante, la serpiente gigante de tres cabezas se abalanzó sobre el toro azul. Los dos animales lucharon a vida o muerte. Tras una encarnizada pelea, el toro azul logró imponerse sobre la serpiente.

—¡Estás herido! —exclamó la princesa mientras trataba de curarle las heridas.

—Pero tú no has sufrido ni un solo rasguño —replicó el toro azul—. He podido protegerte.

En cuanto el toro azul se hubo recuperado un poco, reanudaron la marcha. Al cabo de un tiempo llegaron a un denso bosque con árboles de plata.

—Ten cuidado —le advirtió el toro azul—. Este bosque de plata lo vigila una serpiente gigante de seis cabezas. Basta que caiga una sola hoja para que la fiera nos ataque.

Aunque recorrieron el bosque con toda la cautela del mundo acabó cayendo una hoja de plata. De inmediato, la serpiente gigante de seis cabezas se abalanzó sobre el toro azul. Los dos animales lucharon a vida o muerte. Tras una encarnizada pelea, el toro azul logró imponerse sobre la serpiente.

—¡Estás herido! —exclamó la princesa—. ¡Incluso más que antes!

Trató de restañar la sangre.

—Pero tú no has sufrido ni un solo rasguño —replicó el toro azul—. He podido protegerte.

En cuanto el toro azul se hubo recuperado un poco reanudaron la marcha. Al cabo de un tiempo llegaron a un denso bosque con árboles de oro.

—Ten cuidado —advirtió el toro azul—. Este bosque de oro lo vigila una serpiente gigante de nueve cabezas. Basta que caiga una sola hoja para que la fiera nos ataque.

Aunque recorrieron el bosque con toda la cautela del mundo acabó cayendo una hoja de oro. De inmediato, la serpiente gigante de nueve cabezas se abalanzó sobre el toro azul. Los dos animales lucharon a vida o muerte. Tras una encarnizada pelea, el toro azul logró imponerse sobre la serpiente.

—¡Estás herido! —exclamó la princesa—. ¡Mucho más que antes!

Trató de restañar la sangre.

El toro azul apenas si pudo articular palabra.

—Te he protegido —dijo antes de desplomarse.

La princesa le dio de beber agua helada de manantial hasta que pudo recuperar las fuerzas.

Nada más ponerse en camino, la princesa divisó un palacio a lo lejos.

—¿Sabes quién vive allí? —preguntó.

—Allí vive un príncipe —contestó el toro azul—, pero yo no puedo entrar. Tú sí. Debes abandonarme aquí y seguir a solas.

—¡Ni hablar! —exclamó la princesa.

—Es más, te ordeno que me mates aquí mismo —le encareció el toro azul.

—¡Antes prefiero morir que matarte a ti! —replicó la princesa.

—Tú debes vivir —explicó el toro azul—. Mátame y entierra mi corazón en este lugar. Créeme. Es lo que tienes que hacer. Jamás te he mentido o engañado.

Muy a su pesar, la princesa mató al toro azul con el afilado cuchillo que le había dado su madrastra. Sacó el palpitante corazón del cuerpo sangriento y lo enterró en el lugar que el toro azul le había indicado. Después se dirigió al palacio.

Era un palacio magnífico y muy grande, pero estaba vacío. No había ni un alma. Muy acongojada y muerta de cansancio, la princesa se dejó caer sobre una de las camas.

Por la noche irrumpió en el cuarto un joven varón. Sin decir nada se tumbó junto a la princesa. Aunque era mucho más alto y fuerte que ella, la muchacha no sintió miedo. El joven le resultó extraño a la vez que familiar. Su cuerpo, sus gestos, su olor, sus grandes ojos marrones le sonaban. La princesa lo conocía de algo, pero no sabía de qué.

—Cuéntame, ¿cuál es tu tesoro más preciado? —le susurró el joven desconocido.

—El corazón de mi amigo —contestó la princesa sin pensarlo—. El corazón de mi mejor amigo es mi tesoro más preciado.

—¿Te importaría enseñármelo? —preguntó el joven.

La princesa lo guio hasta el lugar en el bosque. Desenterró el corazón del toro azul y se lo mostró.

El joven apretó el corazón contra su pecho.

—¡Es mío! —exclamó—. Era un príncipe, pero un buen día una bruja me transformó en un toro azul que horrorizaba a todos. Solo el amor de una joven mujer podía romper el hechizo, pero las muchachas no se atrevían a acercarse a mí, hasta que llegaste tú.

El toro azul besó a su princesa.

La princesa sintió que el corazón del muchacho se desbocaba tanto como el suyo propio.

Marusia y su vampiro

Un cuento de Rusia

En una pequeña aldea rusa vivía una niña llamada Marusia. Los chicos la adoraban, pero ella no les hacía caso.

Llegó la fiesta de San Andrés. Los jóvenes de la aldea la habían esperado con impaciencia. Estarían de celebración durante toda una semana. Las muchachas habían hecho pasteles y los muchachos ponían el vino y tocaban música.

Ninguna chica daba tantas vueltas en la pista de baile como Marusia. Atraía todas las miradas, incluida la del forastero que se había unido a los jóvenes. No le conocía nadie. Era alto y fuerte y de buen ver, y vestía de punta en blanco.

—Hola, guapísimas. ¡Menuda fiesta!

—¡Bienvenido, forastero! —exclamaron las muchachas—. ¡Vente con nosotras!

El hombre sacó su monedero y repartió monedas de oro para que compraran aún más vino y pasteles y nueces. Tenía mucha labia, bailaba muy bien y era encantador.

Al rato, el apuesto forastero se quedó prendado de Marusia y Marusia solo tuvo ojos para él. Hablaron y bailaron toda la noche, hasta que llegó la hora de marcharse a casa.

El hombre invitó a Marusia a dar un pequeño paseo antes de despedirse. La muchacha accedió. De pronto, la paró y dijo:

—Marusia, si te pidiera que te casaras conmigo ¿aceptarías?

—Si me pidieras que me casara contigo te diría que sí —contestó Marusia—. Aunque sé muy poco de ti. ¿De dónde eres?

—Soy escribano. Trabajo para un rico comerciante en un pueblo no muy lejos de aquí. ¿Volveremos a vernos mañana en la fiesta?

Marusia asintió con la cabeza y regresó corriendo a casa.

Su madre aún estaba despierta.

—¿Qué tal la fiesta? —preguntó.

—Me lo he pasado muy bien —respondió Marusia—. Había un hombre de un pueblo cercano. Es muy guapo y tiene mucho dinero. Mañana nos veremos otra vez.

—No tengas prisa —le aconsejó su madre—. Toma este carrete de hilo. Llévatelo mañana. Si atas el hilo a un botón de sus ropa cuando os despidáis podrás seguirle y averiguar más cosas sobre él.

Al día siguiente, la fiesta estaba todavía más animada. El pretendiente de Marusia no se apartó ni un solo segundo de su lado. Hablaron y bailaron toda la noche, hasta que llegó la hora de marcharse a casa.

Fue entonces cuando Marusia puso en práctica el consejo de su madre. El forastero no se percató de que la muchacha ataba el hilo a uno de sus botones. Marusia esperó a que el hilo se desenrollase por completo. Acto seguido echó a andar. No le costó ningún trabajo seguir al forastero por los caminos que atravesaban el campo. Finalmente, llegó a la iglesia de la comarca, donde el hilo desapareció por debajo de la puerta, cerrada a cal y canto. Marusia fue en busca de una escalera, la apoyó contra la pared y se asomó a la ventana. Vio cómo su amado se ponía de rodillas junto a un ataúd que se hallaba al lado del altar y le pegaba un mordisco al cadáver que sería enterrado al día siguiente.

Marusia se quedó de piedra. Quiso huir, pero el pánico hizo que tropezara. Se cayó al suelo, y en la escalera también. Sin mirar atrás, corrió a casa.

—¿Qué me cuentas, hija? ¿Has vuelto a ver a tu apuesto pretendiente? —quiso

saber su madre.

Marusia asintió con la cabeza, pero no dijo palabra sobre lo que había visto en la iglesia.

A la noche siguiente, su madre le gritó:

—¡Marusia! ¿Qué haces? ¡No me digas que no piensas ir a la fiesta! Venga, solo se es joven una vez. ¡Te están esperando!

Empujó a su hija por la puerta.

Marusia descubrió enseguida al forastero. Era la estrella de la fiesta. El hombre la trató con mucha cortesía. Los amigos de la muchacha no sospechaban nada. Cuando el forastero la invitó a dar una vuelta Marusia se negó, pero sus amigas exclamaron:

—¡Qué te pasa, Marusia! ¿Por qué no te vas con él?

Insistieron en que le acompañara. Al final, la muchacha cedió.

Durante el paseo, el hombre la paró:

—Dime la verdad. ¿Anoche te acercaste a la iglesia?

Marusia negó con la cabeza.

—¿Viste lo que estaba haciendo?

Marusia volvió a sacudir la cabeza, pero supo que él no la creía.

—Muy bien, Marusia, mañana tu padre morirá —anunció el hombre antes de desaparecer en la oscuridad.

A la mañana siguiente encontraron al padre de Marusia muerto en la cama. Instalaron la capilla ardiente y mandaron hacer un ataúd. La madre de Marusia acudió a la iglesia para preparar el funeral. Marusia no aguantó mucho tiempo sola en casa. «Prefiero estar con mis amigas», pensó, y se marchó a la fiesta.

Enseguida se dio cuenta de que también estaba el forastero.

—Marusia, ¿por qué estás tan callada? ¿Qué te pasa? —quisieron saber sus amigas.

—Mi padre ha muerto —contestó la muchacha.

—Pobrecita.

Todos la consolaron, incluido el forastero. Cuando a última hora de la noche el hombre la invitó a acompañarle, Marusia se negó, pero sus amigas la convencieron para que se fuera con él.

Durante el paseo, el forastero la paró.

—Dime la verdad. ¿Anteanoche te acercaste a la iglesia?

Marusia negó con la cabeza.

—¿Viste lo que estaba haciendo?

Marusia volvió a sacudir la cabeza, pero supo que él no la creía.

—Muy bien, Marusia, mañana tu madre morirá —anunció el hombre antes de desaparecer en la oscuridad.

A la mañana siguiente, Marusia encontró a su madre muerta en la cama. Instaló la capilla ardiente y mandó hacer un ataúd.

No aguantó mucho tiempo sola en casa. «Prefiero estar con mis amigas», pensó, y se marchó a la fiesta.

También estaba el forastero.

—Marusia, ¿por qué estás tan callada? ¿Qué te pasa? —quisieron saber sus amigas.

—Mi madre también ha muerto —contestó la muchacha.

—Pobrecita.

Todos la consolaron, incluido el forastero. Cuando a última hora de la noche el hombre la invitó a acompañarle, Marusia accedió.

Durante el paseo, el forastero la paró.

—Dime la verdad. ¿Aquella noche te acercaste a la iglesia?

Marusia negó con la cabeza.

—¿Viste lo que estaba haciendo?

Marusia volvió a sacudir la cabeza, pero supo que él no la creía.

—Muy bien, Marusia, mañana morirás —anunció el hombre antes de desaparecer en la oscuridad.

Marusia estaba desesperada. ¿Quién podría ayudarla? Se acordó de su anciana abuela invidente cuyos consejos habían sacado de apuros a muchos vecinos de la aldea y fue a verla.

—Abuelita, ayúdame —le suplicó, y le contó lo ocurrido.

—Pobrecita —le dijo la abuela—, ve a hablar con el cura y pídele que cave un hoyo debajo del umbral de la puerta de tu casa. Es importante que saquen tu ataúd y el de tus padres a través de ese hoyo. Bajo ningún concepto deben pasar por encima del umbral. Además, el cura ha de enterrar vuestros ataúdes en un cruce de dos caminos.

Marusia se acercó corriendo al cura. Bañada en lágrimas, le suplicó que hiciera todo lo que había aconsejado su abuela. El cura se lo prometió.

De camino a casa, Marusia compró un ataúd. Nada más acostarse dentro murió.

El cura hizo todo lo que le había pedido Marusia. Los tres ataúdes salieron de la casa a través de un hoyo cavado debajo del umbral de la puerta y fueron enterrados en un cruce de dos caminos.

Al poco tiempo apareció una magnífica flor en la tumba de Marusia.

Un noble que pasaba por el cruce la encontró tan bella que quiso llevársela. Mandó a su criado arrancarla de raíz. Plantaron la flor en un tiesto de cristal y la colocaron en un alféizar. La flor crecía y florecía, volviéndose cada día más hermosa.

Una noche, el criado escuchó un ruido que le impedía dormir. De pronto vio

cómo la flor se mecía sobre el tallo. Al final, se soltó, cayó al suelo y se transformó en una muchacha. Si la flor era hermosa, la muchacha lo era mucho más aún. Deambuló por la habitación y buscó algo de beber y de comer. Después, se tumbó en el suelo, se convirtió de nuevo en una flor y volvió a engancharse al tallo.

A la mañana siguiente, el criado informó a su amo de lo sucedido. El noble exclamó:

—¡Esta noche la esperaremos!

A las doce, la flor comenzó a mecérse sobre el tallo. Nada más caer al suelo se transformó en una bella muchacha. La joven deambuló por la habitación en busca de algo de comer y de beber. Cuando se sentó a descansar, el noble se acercó a ella y tomó sus manos entre las suyas. No lograba quitarle los ojos de encima. Charlaron, se rieron, y al final de la noche estaban perdidamente enamorados.

Al día siguiente, el noble preguntó a sus padres si podía casarse con la muchacha. La respuesta fue afirmativa.

—Seré tu mujer siempre y cuando no me obligues a entrar en una iglesia —advirtió Marusia.

El noble consintió y se casó con ella.

Fueron muy felices y tuvieron un hijo.

Sin embargo, un buen día, el noble recibió a un grupo de invitados. Bebieron y rieron y los hombres elogiaron a sus esposas, cantando su dulzura y su belleza.

Cuando el noble hubo alabado a su Marusia, los invitados le dijeron:

—Tienes una mujer hermosísima, pero ¿por qué no acude a la iglesia? ¿Acaso ha cometido alguna fechoría?

Al domingo siguiente, el noble, ofendido, obligó a su esposa a acompañarle a la iglesia. Marusia no paraba de lanzar miradas nerviosas a su alrededor. Los demás no se percataron de nada. Solo ella vio al forastero asomado a la ventana desde la que en sus años mozos había contemplado aquella escena horripilante.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó el hombre.

Marusia asintió con la cabeza.

—Dime la verdad. ¿A aquella noche te acercaste a la iglesia?

Marusia negó con la cabeza.

—¿Viste lo que estaba haciendo?

Marusia volvió a sacudir la cabeza, pero supo que él no la creía.

—Muy bien, Marusia, mañana tu esposo y tu hijo morirán.

Desesperada, Marusia fue a ver a su abuela.

—¿Qué puedo hacer? ¡Ayúdame!

La anciana le dio dos frascos, uno con agua bendita y otro con agua de vida. Explicó a Marusia cómo usarlos.

A la mañana siguiente, el esposo y el hijo de Marusia estaban muertos. Volvió a aparecer el forastero.

—Dime la verdad, Marusia. ¿A aquella noche te acercaste a la iglesia?

Marusia exclamó:

—¡Sí!

—¿Viste lo que estaba haciendo?

—¡Te comiste un cadáver! —gritó Marusia mientras le rociaba con el agua bendita. Acto seguido, el hombre se convirtió en polvo y el viento se lo llevó.

Después, Marusia roció a su esposo y a su hijo con el agua del otro frasco. Ambos recobraron la vida. A partir de ese momento vivieron felices y en paz.

De cómo la atemorizada novia se quedó prendada de lo que tanto había temido

Un cuento de Rusia

Dos amigas estaban hablando de la vida. Dunia, hija de un campesino rico, era la más joven. Nunca había tenido novio. Su amiga acababa de casarse.

Movida por la curiosidad, Dunia le preguntó:

—¿Qué se siente al estar casada? ¿Cómo fue la primera vez?

—Creí que me moría —contestó su amiga—. Sentí vértigo. Vi manchas negras.

A Dunia se le encogió el corazón.

—No quiero un novio —concluyó—. No pienso casarme, a menos que encuentre un hombre que no posea la herramienta que tanto hace sufrir a las mujeres.

Un joven de muy pocos recursos llamado Iván había escuchado la conversación de principio a fin. Él soñaba con casarse, pero no tenía dinero.

Al dirigirse a la iglesia ataviada con sus mejores ropas, Dunia vio cómo Iván empujaba una yegua maltrecha colina arriba. Contempló la escena con una sonrisa.

—Un semental la haría subir al galope —suspiró Iván.

—Y un hombre que posea la herramienta necesaria también —replicó Dunia.

El pobre Iván bajó la vista.

Dunia pensó para sí: «Ya está. Ese es el novio al que no necesito temer».

De vuelta en casa, Dunia se negó a comer y soltó un suspiro tras otro. Sus padres le preguntaron:

—¿Qué te pasa, hija? ¿No estarás enamorada?

—Quiero casarme —contestó Dunia.

-¡¿Con quién?! -exclamaron sus padres muy contentos.

-Me gusta Iván -respondió Dunia.

-¡Iván, el mendigo! -protestaron sus padres-. Por supuesto, él no tendrá nada que objetar, pero ¿qué te puede ofrecer a ti?

-¡Me caso con Iván o no me caso con nadie! -exclamó Dunia-. Si no puedo casarme con él saltaré al río.

Finalmente, el padre de Dunia acudió a ver a Iván.

El pobre chico trataba de remendar sus zapatos de corteza de árbol que estaban hechos jirones.

-¡Ay, Iván! -le dijo el rico campesino-, necesitas unos zapatos más sólidos.

-No tengo dinero -suspiró el muchacho.

-¿Por qué no te casas?

-No hay padre dispuesto a casarme con su hija. No poseo nada de nada.

-Iván, yo te doy la mía -anunció el rico campesino-. No me preguntes por qué, pero ella te quiere a ti.

Al poco tiempo se celebró la boda. Terminada la fiesta, Iván y Dunia se retiraron a la habitación de los novios.

Aquella noche Dunia creyó que se moría. Sintió vértigo. Vio manchas negras.

-Iván, ¿de dónde has sacado esa herramienta? -preguntó asombrada.

-Se la he pedido prestada a mi tío -contestó Iván-. Solo para esta noche.

-Ay, Iván -dijo Dunia-, ¿por qué no le pides que vuelva a prestarte su herramienta?

-Eso está hecho -prometió Iván.

La segunda noche, Dunia creyó de nuevo que se moría. Sintió vértigo. Vio manchas negras.

-Ay, Iván -dijo Dunia-, ¿por qué no le pides a tu tío que te venda su herramienta?

-Eso está hecho -prometió Iván.

El tercer día, Dunia preguntó:

-¿Le has comprado la herramienta a tu tío?

-Aún no -contestó Iván-. Mi tío pide mucho dinero. Más del que yo tengo.

-¿Y no podría volver a prestarnos su herramienta? -quiso saber Dunia.

-¿Por qué no se lo preguntas tú? -sugirió Iván.

Avergonzada, Dunia llamó a la puerta del tío de Iván, que había sido informado previamente por su sobrino.

-Querido tío, ¿podrías volver a prestarnos hoy lo que nos prestaste las dos

noches anteriores?

—A condición de que manipuleís la herramienta con cuidado, hija mía —contestó el tío de Iván—. Es muy valiosa.

—Tendremos muchísimo cuidado —prometió Dunia—. Y mañana te compraremos la herramienta valga lo que valga.

—Pues envíame a Iván con el dinero —dijo el tío—. Esta noche os presto mi herramienta y mañana os la vendo.

Dunia regresó a casa, muy contenta.

—Iván, mañana puedes ir a buscar la herramienta a casa de tu tío. Pediré dinero a mi padre.

Al cabo de la tercera noche, Dunia pidió a su padre un saco lleno de dinero.

—Para una herramienta.

Lo que Dunia no dijo era que iba a comprar aquello que tanto había temido.

Oceanía

De cómo Hinemoa nadó hasta reunirse con Tutanekai

Un cuento del pueblo maorí de Nueva Zelanda

Érase una vez una muchacha llamada Hinemoa que vivía en una aldea a orillas del lago Rotorua. Eran muchos los valientes guerreros maoríes que pretendían su mano, pero el padre de la joven, un jefe importante, los rechazaba a todos. A su juicio, ninguno de los varones merecía casarse con su hermosa hija.

Un día se reunieron los maoríes de muchas leguas a la redonda. Hinemoa y su padre también asistieron al encuentro. Fue ahí donde la muchacha oyó a un joven orador. El chico hablaba con tal ardor de la tierra y del aire, de los ancestros y del porvenir, que a Hinemoa se le cortó la respiración. Tenía una voz poderosa y cálida. Hinemoa sintió que la voz y la mirada del muchacho le rozaban el cuerpo.

Finalizada la reunión, el joven tocó la flauta. Los tonos celestiales hechizaron a todas las niñas y mujeres allí presentes, pero la que realmente se enardeció fue Hinemoa. Sus orejas, su piel, sus huesos, su corazón y su alma se inflamaron.

—Tutanekai —oyó susurrar a su alrededor—. Tutanekai, el de la isla de Mokoia.

El nombre se grabó en su carne, junto con el sonido de la flauta.

Había transcurrido mucho tiempo desde aquella reunión, pero Hinemoa seguía acordándose de Tutanekai. Y Tutanekai soñaba día y noche con Hinemoa. El muchacho se levantaba una y otra vez y vagaba por la isla hasta alcanzar el punto más próximo al poblado de Hinemoa. Una vez allí tocaba la flauta especialmente para ella. Aunque incluso en ese punto la isla se hallaba a cuatro kilómetros largos de la aldea de la muchacha, Hinemoa podía oír el sonido de la flauta con absoluta nitidez. Y Tutanekai sabía que ella le escuchaba.

En los encuentros posteriores, Hinemoa esperaba con impaciencia la llegada de Tutanekai. El muchacho solo hablaba y tocaba la flauta para ella, pero el padre de la muchacha vigilaba de cerca a su hija. Al cabo de mucho tiempo, los dos jóvenes por fin lograron robar un momento en el que estar juntos.

—Podría preguntar a tu padre si puedo casarme contigo —propuso Tutanekai.

A Hinemoa le dio miedo.

—¿Y si se niega y decide que no podamos volver a vernos nunca más?

Tutanekai insistió.

—Pues huye a mi casa en la isla de Mokoia.

—Si no lo consigo, nos separarán para siempre. Y mi padre es capaz de ordenar que te maten —suspiró Hinemoa.

Tutanekai no se rindió.

—La primera noche que yo esté de vuelta en casa buscarás una piragua y remarás hasta la isla. Esperarás a que todo el mundo esté dormido y todo esté a oscuras.

—¿Y cómo voy a encontrar el camino a la isla en la oscuridad? —preguntó Hinemoa.

—Tocaré la flauta y así te guiaré —contestó Tutanekai.

Nada más rememorar el sonido de la flauta, Hinemoa supo que lo conseguiría.

—¡Iré!

El día que Tutanekai volvió a la isla de Mokoia en compañía de sus familiares, Hinemoa esperó a que todos los vecinos de su aldea se quedaran dormidos. Al oír cómo el sonido de la flauta viajaba hacia ella a ras del agua caminó hasta la orilla del lago sin hacer ruido. No tardó en dar con las piraguas, pero estaban todas muy bien atadas. Por más que empujaba y tiraba de ellas, Hinemoa no conseguía soltar ninguna. Apenada, regresó a casa. Desde su esterilla escuchó el sonido de la flauta. Se propuso entonces volver a probar suerte a la noche siguiente.

Hinemoa esperó de nuevo a que todo el mundo estuviera dormido. Al escuchar la música de la flauta caminó hasta la orilla del lago sin hacer ruido. Hizo todo lo posible por soltar una piragua, pero se vio una vez más obligada a regresar a casa sin conseguirlo. Tampoco logró su propósito a la noche siguiente ni a la siguiente. Las piraguas estaban realmente muy bien atadas. No había manera de soltarlas.

Fue entonces cuando Hinemoa decidió dirigirse a la isla a nado.

Aquella noche no había ni un solo rayo de luna. Hinemoa se centró en el sonido de la flauta, se quitó la ropa, se ató unas cuantas calabazas a la cintura y se adentró en las oscuras aguas. Nadó rumbo a la música. Los tonos la guiaban. Aunque el agua estaba fría y la travesía se le hacía interminable y no podía dejar de pensar en los monstruos acuáticos de los que le había hablado su abuela, siguió adelante con valentía. Transcurrieron muchas horas. Aterida y exhausta, avanzaba a duras penas. De pronto, el sonido de la flauta se volvió más tenue y, al final, se desvaneció por completo. ¿Habría Tutanekai abandonado la esperanza después de aquellos largos días de espera?

Hinemoa se hundió en el agua. Obligándose a sobreponerse al agotamiento y sacando fuerzas de flaqueza, logró continuar. Justo cuando comenzaba a creer que jamás lo conseguiría su pie rozó una roca. ¡Había alcanzado la isla! Con las piernas temblorosas, caminó en dirección a la playa. Recorrió la arena a trompicones hasta

llegar a un manantial. Como no podía presentarse desnuda en casa de Tutanekai, se escondió entre las rocas.

Estaba dormitando cuando vio que se acercaba una lucecita. Trató de imitar la voz grave de un varón:

—¿Quién viene?

—El criado de Tutanekai. Vengo a buscar agua para mi amo —sonó la respuesta.

Con un gesto veloz, Hinemoa le arrebató la calabaza al sirviente.

Asustado, el muchacho regresó a casa corriendo.

—Junto al manantial hay algo que me ha robado la calabaza —jadeó.

Indignado, Tutanekai se apresuró al manantial y gritó:

—¿Quién hay? ¡Sal de ahí!

Para su asombro vio aparecer entre las rocas a su amada, desnuda. Se abrazaron. Tutanekai envolvió a Hinemoa en su manta y la llevó a casa en volandas. El muchacho estaba profundamente conmovido por el trabajo que se había tomado Hinemoa para unirse con él y por el enorme riesgo que había corrido.

A la mañana siguiente, el criado de Tutanekai acudió a despertar a su amo como de costumbre. Salió corriendo de la habitación.

—¡He visto cuatro pies! ¡Por entre la esterilla y la manta de mi amo sobresalen cuatro pies!

Todos se preguntaron quién habría pasado la noche con Tutanekai. Hasta que Tutanekai e Hinemoa se asomaron al vano de la puerta.

Toda la aldea estalló en vítores.

—¡Ha venido Hinemoa!

No perdieron el tiempo. Los familiares de Tutanekai fueron a ver al padre de la muchacha para pedirle la mano de su hija en nombre de su joven pariente. En un primer momento, el padre de Hinemoa se puso furioso, pero al escuchar los elogios de los familiares de Tutanekai sobre el coraje y la perseverancia de su hija comprendió cuán grande debía de ser su amor. Y finalmente cedió.

La boda fue memorable.

De los hijos de Tutanekai e Hinemoa nacieron los te-arawas. Acabaron poblando toda aquella zona y se convirtieron en un importante clan maorí.

Todavía hoy la gente canta el amor de Tutanekai e Hinemoa en las bodas de Nueva Zelanda.

Y el manantial de la isla de Mokoia sigue conociéndose como la bañera de Hinemoa.

Entre las piernas de la mujer de la noche

Un cuento del pueblo maorí de Nueva Zelanda

Cuando aún no había seres humanos en el mundo, Tane, el dios de las selvas, anhelaba intensamente tener una mujer. La buscó por todas partes, pero no encontró a ninguna. Entre los numerosos hijos divinos nacidos de la Madre Tierra y el Padre Cielo no había ni una sola hembra. Desesperado, Tane juntó un poco de tierra. Con ella modeló a una mujer. Durante un buen rato se quedó contemplando la mujer de tierra que se extendía inmóvil ante él. Luego se inclinó hasta que su nariz tocó la nariz de ella. Mandó un soplo de vida de sus fosas nasales a las de la mujer. En cuanto la hembra cobró vida se aparearon. Tuvieron una hija, el primer ser humano femenino del mundo.

La hija de Tane y la mujer de tierra se llamaba Hine-titama, niña del alba.

Tane vio como Hine-titama se convertía en una bellísima muchacha. Al alcanzar la edad adulta, la joven se enamoró de Tane sin saber que era su padre.

Tane la tomó por esposa y tuvieron hijos.

Un buen día, Hine-titama le preguntó:

-¿Quién pudo ser mi padre?

Tane contestó:

-Pregúntalo a los pilares de nuestra casa. Ellos te dirán.

Hine-titama se quedó contemplando los pilares de la casa. Su esposo Tane los había construido con mucho esmero. Al cabo de un tiempo, Hinetitama se sobresaltó. De pronto comprendió que su esposo era a la vez su progenitor y que el padre de sus hijos era su propio padre. Avergonzada, huyó al inframundo.

Tane la siguió, pero en la entrada al inframundo su hija Hine-titama lo retuvo.

-¡Aquí se separan nuestros caminos! Yo soy el umbral por el que no podrás pasar. Me has mentido y engañado.

Tane miró a su hija, asustado.

En tono firme, ella prosiguió:

-Ya no soy la niña del alba. En adelante seré la mujer de la larga noche oscura. No me llames Hine-titama, sino Hine-nui-te-po. Jamás volverás a acercarte a mí. ¡Me encargaré de que ni siquiera te atrevas a planteártelo!

Tan decidida estaba Hine-nui-te-po que buscó unas piedras de obsidiana muy afiladas y las implantó en su vagina.

-Quien se acerque a mí no sobrevivirá. En adelante vigilaré la entrada al mundo de las tinieblas. Este es mi lugar y mi tiempo. Regresa al mundo de la luz y de la vida, Tane. Cuida bien de nuestros descendientes. Al final de sus días vendrán aquí.

Los aguardaré. En cuanto vuelva a verlos me tocará cuidar de ellos en el mundo de las tinieblas y de la muerte. A partir de ahora, me quedaré con todos los seres humanos al término de su vida. El último día vendrán hacia mí. Reptando por entre mis piernas entrarán en el inframundo.

Tane se arredró ante Hine-nui-te-po. La mujer de la noche, que tan dulce había sido como niña del alba, aparecía ahora del todo intimidante, con sus duros ojos verdes de jade, su salvaje cabellera de algas marinas, su boca dentada de barracuda y su vagina bordeada de cortantes piedras de obsidiana.

Antes, los seres humanos eran inmortales, pero desde entonces todos se dirigen a Hine-nui-te-po al final de sus días. Reptando por entre sus piernas entran en su vientre, y el cuerpo de Hine-nui-te-po, la mujer de la noche, los absorbe.

Sin embargo, el semidiós Maui, que había proporcionado el fuego a la humanidad, que había logrado incluso ralentizar el curso del sol y que había protagonizado un sinfín de otras hazañas, se rebeló. Nada más enterarse de la indomable fuerza de la mujer de la noche se propuso hacer lo imposible por devolver la inmortalidad a los humanos. Estaba empeñado en vencer a Hine-nui-te-po.

Acompañado por sus amigos los pájaros, se acercó al lugar donde Hinenui-te-po estaba durmiendo.

Una vez allí, se transformó en un lagarto de color verde y tramó un plan: «Con este aspecto me deslizaré dentro de la mujer de la noche mientras esté profundamente dormida. A través de la vagina llegaré al útero. Recorreré las entrañas hasta alcanzar el corazón. Me lo comeré y después saldré por la boca. Así es como yo, Maui, venceré a Hine-nui-te-po».

Maui advirtió a los pájaros, siempre tan curiosos, que no querían perderse ni un solo detalle:

—Será todo un espectáculo cuando cuelgue mitad fuera mitad dentro del cuerpo de Hine-nui-te-po. Será absurdo, extraño y antinatural, exactamente lo contrario de lo que se ve cuando nace un ser humano. Aun así no debéis reíros, pase lo que pase.

Acto seguido, Maui, transformado en verde lagarto, se deslizó por entre las piernas de Hine-nui-te-po, la mujer de la noche. Poco a poco logró abrirse camino vagina adentro. En un momento dado colgaba, de hecho, mitad fuera mitad dentro del cuerpo de Hine-nui-te-po. Sus patas traseras, el bajo vientre y la cola seguían a la vista, pero sus patas delanteras, la cabeza y el tronco ya habían entrado. Era todo un espectáculo. Resultaba tan absurdo, tan increíblemente extraño y antinatural que los pájaros estallaron en carcajadas. Trinaron de lo lindo, desternillándose de la risa. La paloma colipava fue la que más ruido armó. Sus risotadas despertaron a

Hine-nui-te-po. La mujer de la noche sintió que algo se movía dentro de su cuerpo. Cerró las piernas y apretó los muslos con toda la fuerza de la que era capaz.

Entre rayos y truenos, los muslos y la vagina de Hine-nui-te-po, la mujer de la noche, aplastaron a Maui, partiendo su cuerpo en dos. La parte superior seguía dentro de la vagina; la parte inferior yacía en el suelo.

Así acabó Maui. Fue el primer hombre en morir.

Con él los seres humanos perdieron para siempre la inmortalidad. Desde entonces la muerte los aguarda al final de su vida. No es ni bueno ni malo; es lo que hay.

Que vayamos a morir es una certeza inquebrantable.

Pero que mintamos y engañemos a los demás en vida depende de nosotros.

Amor prohibido

Un cuento del pueblo warlpiri de Australia

En el desierto rojo al este de Yuendumu vivía un ancestro llamado Lintipilinti. Cazaba animales y recolectaba plantas. Era su comida. Bebía el agua que sacaba de la tierra. El agua y los alimentos que Lintipilinti obtenía del *bush* eran potentes y nutritivos. Le daban fuerza y energía. Lintipilinti era un tipo fornido. Tenía una tez y unos cabellos rutilantes, le brillaban los ojos y los dientes, y cada movimiento que hacía enlazaba de forma fluida con el anterior. Jamás caía enfermo.

Un día, mientras Lintipilinti recorría la tierra, oyó el ruido del agua al caer a borbotones sobre el suelo. Se acercó con cautela. Atisbó una silueta agachada tras un arbusto. Lintipilinti se acercó un poco más. Por fin, consiguió ver el lugar del que salía el agua. No salía del suelo, ni tampoco de una planta o de un animal, sino de una mujer. De una mujer preciosa. Estaba acuclillada, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabellera inundándole los hombros. Ojos brillantes, labios sonrientes. La mujer orinaba y orinaba y orinaba. Orinaba con tal entrega que Lintipilinti no lograba apartar la vista de ella.

El hoyo que se estaba formando a los pies de la mujer se volvió cada vez más ancho y profundo. Lintipilinti miraba y miraba, impresionado. Sintió que su cuerpo se movía. Cada fibra de su organismo deseaba salir corriendo hacia la mujer. Lintipilinti se había quedado completamente prendado de ella.

Al cabo de mucho tiempo, la mujer se incorporó. Lintipilinti no se explicaba cómo había podido formar un hoyo tan ancho, tan largo y tan profundo. Jamás se habría imaginado que pudiera salir tanta orina de una sola mujer.

Lleno de deseo, Lintipilinti se acercó a ella.

-¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu nombre de familia?

-Napangardi –contestó la mujer–. ¿Y el tuyo?

-Jungarrayi... –balbuceó Lintipilinti, horrorizado.

Ambos bajaron la mirada, ambos retrocedieron. Terreno vedado. Para un hombre jungarrayi hacer el amor con una mujer napangardi era igual de inaceptable que hacerlo con la suegra. Y para una mujer napangardi hacer el amor con un hombre jungarrayi era igual de terrible que hacerlo con el yerno. Por más que se sintieran atraídos el uno hacia el otro sería un amor indebido que no traería nada pero que nada bueno.

Lintipilinti se marchó con la cabeza gacha. Sin embargo, mientras se alejaba no pudo evitar volver la vista una y otra vez. Sabía que no podía, que no debía, que no había nada peor que un amor impropio que atentase contra todas las reglas y preceptos, pero su deseo no cedía. Todo lo contrario, a cada paso que daba iba a más.

Lintipilinti se dirigió a una roca roja llamada Ngarlu. Ahí fue donde levantó su campamento. Recurriría a la magia más poderosa y emplearía el remedio más contundente para granjearse el amor de aquella mujer. Con sumo esmero se colocó en el muslo un mechón de pelo. Luego empuñó su huso y comenzó a hilar los cabellos. Lintipilinti hiló e hiló hasta que sostuvo entre sus dedos una magnífica trenza. Sabía cuánta magia encerraban las trenzas hiladas a mano. No existía remedio más drástico para granjearse el amor de una mujer. Sin embargo, él deseaba despertar un amor aún más fuerte. Por eso entonó una potentísima canción mientras hilaba. Lintipilinti hilaba e hilaba e hilaba, y cantaba y cantaba y cantaba. Recorrió la tierra cantando, cuesta arriba y cuesta abajo. Las vibraciones y las inflexiones de su voz se expandían. El paisaje temblaba y vibraba bajo el efecto de su canto.

Muy lejos de allí, la mujer se despertó en su campamento. Tenía escalofríos en el vientre, se sentía enferma. Estaba enferma de amor. De pronto, comprendió que en algún lugar alguien le estaba dedicando canciones mágicas de amor.

A medida que iban pasando los días, la mujer se ponía cada vez más enferma de deseo. Todas las mañanas acudía a verla un pajarito. Desde que había oído la canción de Lintipilinti no dejaba de cantarla. Día tras día, el pajarito traía a la mujer la canción de amor del hombre que le estaba prohibido. La mujer la escuchaba con la respiración contenida. La canción penetró hasta lo más profundo

de su ser. El pajarito la cantó una y otra vez hasta que la mujer le siguió hechizada. Tan poderosa era la canción que la mujer caminaba y caminaba y caminaba. Sus pies se apresuraban sobre las rocas y la arena, y sobre la arena y las rocas. Avanzó a trompicones, sin descanso, en dirección al hombre.

Un anhelo insufrible e irrefrenable invadía su vientre y el resto de su cuerpo. La mujer ya no era capaz de pensar en otra cosa. La más poderosa de las magias de amor la empujaba sin remedio hacia Lintipilinti. Finalmente, apareció ante sus ojos la roca roja llamada Ngarlu, el campamento y el propio Lintipilinti.

La mujer fue directa hacia el hombre. Lintipilinti la esperó. Se encontraron en el lado oeste de la roca roja. Tal era su deseo que se abrazaron enseguida. Él se zambulló dentro de ella con ímpetu. Hicieron el amor con tanto ahínco que a él se le rompió el pene. El pene se quedó a vivir para siempre dentro de la mujer. Su carne enardecida se transformó para siempre en roca roja. El hombre y la mujer quedaron petrificados allí mismo, unidos para siempre en su amor prohibido.

Las mujeres del vecindario no se cansaban de cotillear sobre lo ocurrido.

—¿Has visto a esos dos?

—¿Qué están haciendo? ¡No tiene nombre! ¡Es inaudito!

—Se dejan llevar por un amor impropio. ¡Acabarán mal!

Las mujeres contaron una y otra vez la historia del amor prohibido. No se callaron ni un solo segundo. Lo repitieron todo tantas veces y con tal vigor que al final se convirtieron en arbustos de esos que se conocen como fucsias. Lucen pequeñas flores rojas. Quien las pruebe comprobará que están llenas de miel y que tienen un sabor delicioso similar al del helado.

Hasta hoy la roca roja llamada Ngarlu, al este de Yuendumu, recuerda a aquel amor prohibido. Quien pise el lugar puede ver cómo los dos amados están unidos para siempre. Quien recorra el desierto rojo puede oír el canto del pajarito. Canta a los hombres y a las mujeres cuando se sienten solos, tristes o perdidos. Les ayuda a encontrar el camino y les muestra dónde hallar comida. Todavía hoy las sabrosas flores rojas de los arbustos que en su día fueron mujeres chismosas son muy apreciadas.

Todavía hoy el paisaje habla de los viajes y las peripecias de los antepasados. Están con nosotros. Aquí y ahora.

El *dreamtime* o tiempo del ensueño no ha terminado.

Continúa. Continuará siempre.

La terrible vieja caníbal

Un cuento del pueblo warlpiri de Australia

Cuando los ancestros viajaban y dejaban trazos que aún seguimos hoy, vivía en el desierto rojo, en la región situada al oeste de Kanaji, una vieja en una cueva. No solo mostraba un aspecto feroz, con sus greñas encanecidas y sus ojos llameantes, sino que ardía por dentro. Oscuros y sucios eran su cuerpo y sus pensamientos.

Un buen día cavó un túnel y asomó su feroz cabeza al exterior. Todo el que la veía notaba un escalofrío y salía corriendo. Aun así había dos hombres empeñados en empezar algo con ella. Se pelearon por la vieja, a vida o muerte.

La vieja sucia y feroz no prestó atención a los dos contendientes. Oteó el horizonte.

—¿Dónde habrá niños?

Miró al sur. No vio nada. Miró al norte. No vio nada. Miró al este. No vio nada.

—Adoro a los niños —suspiró—. ¿Dónde habrá alguno?

Sin embargo, en su fuero interno sentía arder otra clase de deseo; a sí misma se decía otras palabras muy distintas:

—Quiero comerme unos niños, de preferencia varones.

Entonces la vieja sucia y feroz miró al oeste.

—Allí encontraré niños varones para comérmelos.

La terrible vieja caníbal dejó atrás a los dos contendientes sin dirigirles ni una sola palabra. Mientras ellos se molían a golpes, la vieja partió al oeste.

—Adoro a los niños —proclamaba por todas partes—. ¿Dónde habrá niños varones?

Eso era lo que decía en voz alta, pero por lo bajo murmuraba:

—Busco niños varones para comérmelos.

Al rato se topó con dos hermosos muchachos que recorrían el paisaje con brío. Sus movimientos irradiaban juventud y energía. Daba gusto contemplarlos. Eran tan confiados que a la vieja no le costó ningún trabajo hacerse con ellos. La terrible vieja caníbal devoró a los dos hermosos chicos sin dejar rastro. Luego se sentó a evacuar, porque se notaba muy pesada. Tras un breve descanso se puso de nuevo en marcha, dispuesta a seguir devorando niños.

Más adelante oyó a unos muchachos que se reían en su campamento. También tenían un aspecto de lo más apetecible. La terrible vieja caníbal se acercó a ellos sin hacer ruido, aguardó el momento oportuno, los capturó y los devoró sin dejar

rastro. Luego se sentó a evacuar, porque se notaba muy pesada. Tras un breve descanso se puso de nuevo en marcha, dispuesta a seguir devorando niños.

Al cruzarse con una anciana le regaló un poco de carne.

—¡Toma, aprovecha! Es una carne tierna y muy nutritiva.

La anciana sospechó que se trataba de carne humana. Dio las gracias a la vieja caníbal y guardó el regalo.

—Para después...

Sin embargo, ni tocó el regalo.

La vieja caníbal devoró a todos los muchachos que se cruzaron en su camino. De vez en cuando se sentaba a evacuar, porque se sentía muy pesada. Tras un breve descanso se ponía de nuevo en marcha, dispuesta a seguir devorando niños. Acabó con un sinfín de muchachos hermosos. Desaparecieron para siempre en el vientre de la terrible vieja caníbal.

Un día oyó reír a dos jóvenes. Se acercó a ellos sin hacer ruido. Sin embargo, los dos muchachos se levantaron de un salto al ver su horripilante silueta reflejada en el suelo.

—¡Una persona que proyecte semejante sombra solo puede ser mala y malvada!

La vieja caníbal golpeó a los chicos con su bastón. Aunque les dio de lleno, lograron escapar. Tanta hambre de muchachos tenía la vieja caníbal que lamió los trazos de sangre que los dos jóvenes habían dejado en el suelo al huir.

Los chicos estaban realizando un viaje en el que tenían prohibido hablar, pero a raíz de lo ocurrido se vieron obligados a romper su silencio. Proclamaron a voz en grito:

—No podemos hablar, lo tenemos prohibido, pero no podemos sino romper nuestro silencio. Se acerca una mujer malvada. Devora a los muchachos sin dejar rastro. ¡Tened cuidado! ¡Viene del este!

Los dos muchachos heridos avisaron a todo el que pudieron. Corrieron hasta caer extenuados. Entonces fue cuando terminó por comérselos la terrible vieja caníbal.

Al rato, la vieja caníbal se puso de nuevo en marcha, dispuesta a seguir devorando niños. Sin embargo, los adultos, alertados por los dos muchachos heridos, decidieron entonar una poderosa canción mágica. Tanta fuerza tenía la canción que haría enloquecer a la terrible vieja caníbal.

Los adultos cantaron, cantaron y cantaron. La terrible vieja caníbal sentía una gran agitación. Era incapaz de quedarse quieta. No tenía más remedio que huir, quisiera o no, sin poder concederse un respiro. Corrió hacia el sur, perseguida por un sinfín de personas.

La terrible vieja caníbal corrió tanto que se le cayó una pierna. Así y todo, tuvo

que seguir para evitar que la gente le diera caza. Corrió tanto que se le cayó la otra pierna. Así y todo, tuvo que seguir para evitar que la gente le diera caza. Corrió tanto que se le cayeron dos costillas. Así y todo, tuvo que seguir para evitar que la gente le diera caza. Corrió tanto que se le cayeron los brazos. Así y todo, tuvo que seguir para evitar que la gente le diera caza. Corrió tanto que se le cayeron los flancos. Así y todo, tuvo que seguir para evitar que la gente le diera caza. Corrió tanto que se le cayó la cabeza. Así y todo, tuvo que seguir para evitar que la gente le diera caza. Corrió tanto que se le cayó el hígado hinchado. Así y todo, tuvo que seguir para evitar que la gente le diera caza. Corrió tanto que se le cayeron las caderas. Así y todo, tuvo que seguir para evitar que la gente le diera caza. Corrió tanto que se le cayó la espalda. Así y todo, tuvo que seguir para evitar que la gente le diera caza. Corrió tanto que se le cayó el corazón.

Y allí se quedó: estaba muerta y bien muerta. La terrible vieja caníbal que devoraba niños a montones ya no volvería a comerse a nadie.

Su corazón desapareció debajo de la tierra en un lugar que puede verse todavía hoy.

Si aquellos dos valientes muchachos heridos no hubieran roto su silencio, a estas alturas todos los niños habrían sido devorados por la terrible vieja caníbal.

De cómo un pósom se transformó en una joven bellísima

Un cuento del pueblo warlpiri de Australia

En el tiempo en que los ancestros viajaban por la tierra insuflándole sus fuerzas, dos hermanos recorrían el desierto rojo.

Eran gemelos; uno había nacido muy poquito antes que el otro. Una mañana salieron juntos de caza y por la noche levantaron un campamento. Construyeron un cortaviento de ramas y corteza de árbol para protegerse y encendieron un fuego.

El gemelo mayor señaló hacia el sur con el dedo.

—Mañana me iré de caza a aquellas tierras, muy lejos de aquí. Después de mucho tiempo volveré cargado con comida.

El pequeño asintió con la cabeza.

—Tú, vete al sur. Yo cazaré por aquí, cerca de nuestro campamento.

El gemelo mayor se dirigió al sur; el pequeño se quedó.

Un buen día, el hermano pequeño descubrió un árbol en cuyo tronco se abría un enorme agujero. Se acercó tentado por la curiosidad. ¿Quién habría abierto ese agujero? Dentro había un pósum. Al hermano se le hizo la boca agua. Le encantaba la tierna carne de aquel marsupial.

Al examinar el animalito con detalle cayó en la cuenta de que era una hembra. Tenía el pelaje abundante, las orejas flexibles, la nariz suave y unos ojos grandes y brillantes enmarcados por unas pestañas larguísima. Pósum, temblorosa, se quedó mirando al cazador. Bastó que cerrase y abriese los ojos, con las largas pestañas abanicándole la mirada, para que el hermano pequeño se enamorara de ella.

«¿Qué hago?», se preguntó. «¿La mato para comérmela o le perdono la vida y la transformo en una mujer? ¿La devoro o hago el amor con ella?»

Se quedó pensativo. Con ojos llenos de curiosidad, Pósum seguía los movimientos del hombre, que daba vueltas en torno al árbol.

El hermano pequeño entonó una canción mágica dotada de un poder increíble. Caminaba y cantaba, caminaba y cantaba. Tan poderosa era la canción mágica que, poco a poco, Pósum fue transformándose en una mujer. Embelesado, el hermano pequeño vio salir del agujero a una joven bellísima. Tenía el cabello abundante, las orejas flexibles, la nariz suave y unos ojos grandes y brillantes enmarcados por unas pestañas larguísima. Bastó que la mujer cerrase y abriese los ojos para que el hermano pequeño se pusiera a temblar de la cabeza a los pies. La abrazó y la tomó de la mano.

La tierra se le antojaba mucho más hermosa con esa bellísima joven a su lado. La llevó hasta el lugar del que había venido. Junto al antiguo campamento construyó un nuevo cortaviento de ramas y corteza de árbol. Se aseguró de preparar un buen escondite para Pósum. Cavó un hoyo y lo cubrió con ramas y corteza. En cuanto se habituaron el uno al otro, el hermano pequeño y Pósum fueron muy felices.

Al cabo de un tiempo, el hermano pequeño divisó a lo lejos a su hermano mayor, que regresaba de su viaje. Rápidamente, escondió a Pósum en el hoyo. Acto seguido encendió un gran fuego y se sentó junto a él.

—¡Eh, hermano! —exclamó el mayor—. ¿Por qué no te has quedado en el otro campamento? ¿Por qué has levantado un campamento nuevo?

—Allí había una invasión de hormigas —contestó el hermano pequeño—. No me dejaban en paz en toda la noche. Aquí no tengo ese problema.

—Ya veo —dijo el hermano mayor—. En ese caso yo también dormiré aquí. Me acostaré a este lado de la hoguera.

No sospechaba que en el campamento se escondía una mujer.

Aquella noche el hermano pequeño destapó el hoyo. Pósum le miró desde su escondite con los ojos abiertos de par en par. Ambos se morían de deseo y eran

incapaces de quitarse las manos de encima. Acabaron haciendo el amor. Lo hicieron con tal vehemencia que despertaron al hermano mayor.

—¡Eh! —gritó desde el otro lado del fuego, que se iba consumiendo poco a poco—. ¡Qué es eso! ¡Menudo escándalo! ¿Qué está pasando? ¿Qué es ese ruido?

—¡Aaay! —gimió el hermano pequeño—. ¡Qué dolor de muelas!

—Eso no suena a dolor de muelas —gruñó el hermano mayor—. ¿Estás seguro?

—Sí, sí, me duelen las muelas por haber comido demasiados tomates silvestres!

—Basta de gemidos. Déjame dormir —refunfuñó el hermano mayor, disgustado.

Durante un rato reinó el silencio en el campamento.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, Pósum y el hermano pequeño se morían nuevamente de deseo. Incapaces de quitarse las manos de encima, acabaron haciendo el amor. Lo hicieron con tal vehemencia que volvieron a despertar al hermano mayor.

—¡Eh! —gritó desde el otro lado del fuego, que se iba consumiendo poco a poco—. ¡Menudo escándalo! ¡Con ese ruido no puedo dormir!

—¡Aaay! —gimió el hermano pequeño—. ¡Qué dolor de muelas!

—¿Estás seguro de que es eso? —gruñó el hermano mayor.

—Sí, sí, me duelen las muelas por haber comido demasiadas bananas silvestres!

—Basta de gemidos. Déjame dormir —refunfuñó el hermano mayor, disgustado.

Durante un rato reinó el silencio en el campamento.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, Pósum y el hermano pequeño se morían nuevamente de deseo. Acabaron haciendo el amor con mucho ímpetu.

—Eh —gritó el hermano mayor desde el otro lado del fuego, que se iba consumiendo poco a poco—. ¡Vale ya! ¡Quiero dormir!

—¡Aaay! —gimió el hermano pequeño—. Es más fuerte que yo. ¡Qué dolor de muelas! Para colmo, he comido demasiadas cebollas silvestres.

—Déjame dormir —gruñó el hermano mayor.

Al comprobar que el ruido no remitió en toda la noche, pensó para sí: «Ya averiguaré mañana qué es lo que sucede».

Al día siguiente, el hermano mayor anunció:

—¡Me voy al este! ¡A cazar! Volveré cargado de animales.

—Muy bien —contestó el pequeño—. Yo iré a cazar al oeste.

El hermano mayor se dirigió al este, pero nada más alcanzar unos matorrales se escondió entre ellos. En cuanto el hermano pequeño se hubo marchado, el mayor regresó al campamento. Lo rastreó de arriba abajo. Finalmente, encontró el hoyo en el que se ocultaba Pósum. Tan pronto como la vio, se enamoró de ella. Tendiéndole la mano, la ayudó a salir del hoyo, y luego le quitó la tierra y las hojas que la cubrían.

Pósum le miró con los ojos abiertos de par en par. ¡Era clavado al hermano! Al rato, ambos se morían de deseo. Incapaces de quitarse las manos de encima, acabaron haciendo el amor.

Al poco tiempo de marcharse, el hermano pequeño empezó a echar de menos a su amada mujer. Regresó corriendo al campamento. Conforme se iba acercando, escuchó un ruido que le resultaba familiar. Descubrió a Pósum en brazos de su hermano mayor. Se movían como locos.

El hermano pequeño se abalanzó sobre ellos, hecho una furia.

—¡Es mía! —gritó, separándolos energicamente—. Mujer, ¿qué haces? Hermano, ¿qué haces? ¡Me has engañado!

—¿Y tú? —replicó el hermano mayor—. ¿Acaso no me has engañado?

Los dos gemelos se hallaban frente a frente. Temblaban de la cabeza a los pies. Empuñaron sendas hachas. El pequeño golpeó en la cabeza al mayor y el mayor golpeó en la cabeza al pequeño.

El mayor se tambaleó, ensangrentado. El pequeño se tambaleó, ensangrentado. El pequeño volvió a golpear en la cabeza al mayor y el mayor volvió a golpear en la cabeza al pequeño.

El mayor dobló la rodilla. El pequeño dobló la rodilla. El pequeño volvió a golpear en la cabeza al mayor y el mayor volvió a golpear en la cabeza al pequeño.

El mayor se desplomó. El pequeño se desplomó. El pequeño volvió a golpear en la cabeza al mayor y el mayor volvió a golpear en la cabeza al pequeño.

La cabeza del mayor cayó al suelo; su cuerpo se desangró. La cabeza del pequeño cayó al suelo; su cuerpo se desangró.

Pósum se quedó mirando a los gemelos muertos.

Extrajo una rama ardiente de la hoguera y se puso en camino.

La lucha de las serpientes gigantes

Un cuento del pueblo warlpiri de Australia

En el tiempo en que los ancestros viajaban por la tierra vivía junto al manantial de Pikilyi una serpiente arcoíris gigante. Un buen día la serpiente de Pikilyi se marchó al este para ir a ver a otra serpiente arcoíris.

Tras la visita regresó a su cueva de Pikilyi, deseosa de reunirse con su esposa, pero no la encontró en casa.

Preguntó a un muchacho que se cruzó en su camino:

—¿No habrás visto a mi mujer?

—Sí —contestó el muchacho—. La he visto.

—¿Dónde está? ¿Qué hace? —quiso saber la serpiente.

—Tu mujer está jugando con otro hombre —respondió el muchacho—. Lo he visto con mis propios ojos.

—¡¿Cómo?! —exclamó la serpiente arcoíris gigante—. ¡¿Mi esposa?! ¡¿Con otro hombre?!

—Está con otra serpiente arcoíris —explicó el muchacho—. Y no es la única. Esa serpiente adora a las mujeres y las mujeres la adoran a él.

—¿Dónde están? —bufó la serpiente arcoíris de Pikilyi.

—Todas las mujeres están sentadas en corro alrededor de la serpiente junto al manantial. Lo están despiojando y ¡a la serpiente le encanta!

Al oír estas últimas palabras, la serpiente arcoíris gigante de Pikilyi estalló verdaderamente en cólera.

—¿Cómo? ¿Que mi mujer está despiojando a otra serpiente?

Con solo pensar que su esposa estaba despiojando a otro hombre, la serpiente arcoíris sufrió un terrible ataque de celos. Despiojar era algo tan íntimo que quedaba reservado a los familiares y los amantes.

—¡Cómo se atreve!

La serpiente arcoíris gigante de Pikilyi tomó un poco del ocre que se encuentra por aquel lugar y se pintó de amarillo.

—¡Estoy preparado para la batalla! ¡No lo consentiré!

Se cubrió la espalda con hojas de higuera y se dirigió al manantial reptando tan rápido como pudo.

La escena que contempló a su llegada le hizo retorcerse de cólera y de envidia. La otra serpiente arcoíris estaba tumbado junto al manantial, rodeado de un gran número de mujeres. Movía la cola de puro placer. Se complacía en las voces femeninas, en el calor de los cuerpos y en los pequeños tirones con los que las jóvenes le arrancaban los piojos de la piel. No era consciente del peligro que le acechaba.

Las mujeres que se hallaban sentadas a su alrededor disfrutaban visiblemente del hecho de que la serpiente disfrutara con ellas, al tiempo que se sentían halagadas por sus piropos y sus lisonjas.

La serpiente arcoíris gigante de Pikilyi vio que su mujer se reía. ¡Qué bella estaba! Parecía pasárselo diez veces mejor con aquellas otras mujeres y aquella terrible serpiente que estando a solas con su esposo. La serpiente arcoíris gigante de Pikilyi deseaba llevarse a su mujer a rastras de allí. Y a la vez quería ocupar el lugar

de la otra serpiente. Sin embargo, lo que más deseaba era propinarle una buena paliza. Se deslizó hacia delante.

Las mujeres abandonaron su labor tan pronto como escucharon que alguien se acercaba. La esposa de la serpiente arcoíris gigante de Pikilyi se puso nerviosa. Escudriñó el entorno con los ojos. Las demás también miraron atentamente a su alrededor. Preocupadas, avisaron a la serpiente que adoraba a las mujeres.

—¡Ten cuidado! ¡Viene la otra serpiente! Te propinará una paliza con toda la fuerza de la que es capaz. Solo busca una cosa: ¡pelearse contigo!

La serpiente arcoíris que adoraba a las mujeres se levantó de mala gana del corro. Al mirar a uno y otro lado vio que la serpiente arcoíris gigante de Pikilyi se acercaba a toda velocidad y con aspecto furioso. Sintió que le invadía un acceso de rabia. ¿Acaso era culpa suya que adorase a las mujeres y que las mujeres le adorasen?

Las dos serpientes gigantes se abalanzaron la una sobre la otra. Las mujeres contemplaron la escena con la respiración contenida. La esposa de la serpiente arcoíris gigante de Pikilyi ardía de arrepentimiento y de miedo, de vergüenza y de exaltación. La serpiente arcoíris gigante de Pikilyi le propinó un golpe a la serpiente arcoíris que adoraba a las mujeres con toda la fuerza de la que era capaz. Las dos serpientes gigantes se enrollaron la una alrededor de la otra y lucharon a muerte.

La mujer de la serpiente arcoíris de Pikilyi salió corriendo hacia ellos y trató de separarlos, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Las serpientes gigantes golpeaban y luchaban, golpeaban y luchaban. Las mujeres terminaron por levantarse en un intento por poner fin a la pelea. Se pusieron a bailar alrededor de los contendientes, pero ellos ni se dignaron mirarlas. Golpeaban y luchaban, golpeaban y luchaban. Hicieran lo que hicieran, las mujeres eran incapaces de detener la pelea.

A lo lejos, otras mujeres estaban moliendo semillas. Tan feroz era la lucha entre las dos serpientes que los remolinos de tierra que levantaban se percibían desde aquella distancia. Las mujeres abandonaron sus quehaceres y salieron corriendo hacia las dos serpientes. Trataron a su vez de separarlos, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. La maraña formada por las dos serpientes en contienda se desplazaba rodando en dirección sur. Golpeaban y luchaban, golpeaban y luchaban.

A su paso, las mujeres abandonaban sus faenas y salían corriendo hacia las dos serpientes. Cientos y cientos de mujeres –tantas que ya no era posible contarlas– trataron de separarlos, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Las serpientes golpeaban y luchaban. Tan feroz era su lucha que las mujeres acabaron siendo engullidas por las fieras. Todas terminaron en las entrañas de las serpientes. Cada

vez más mujeres se mezclaban en la pelea. Y todas fueron engullidas; todas desaparecieron en las entrañas de las serpientes.

De pronto, las dos serpientes gigantes dieron un salto y se atacaron en el aire. Golpeaban y luchaban. Hasta que cayeron bruscamente en el fondo del manantial de Pikilyi.

Todavía continúan ahí.

Con todas las mujeres que trataron de separarlas en sus entrañas.

Las siete hermanas y el varón lujurioso

Un cuento del pueblo warlpiri de Australia

En el tiempo de los ancestros –el tiempo que fue, es y será– había siete jóvenes hermanas igual de bellas, fuertes y listas. Iban juntas a todas partes. Recorrían el desierto en busca de alimentos que les daban fuerza.

En aquel tiempo ancestral había también un hombre que adoraba a las mujeres. Cada vez que veía una, salía disparado detrás de ella. Ninguna mujer estaba a salvo de él.

Al descubrir a las siete bellísimas hermanas, el hombre se excitó tanto como un pavo salvaje. Las deseó a todas. Comenzó a seguir las mientras atravesaban el desierto. El primer día, las siete hermanas no se dieron cuenta. Viajaron de una cueva a un manantial y de otro manantial a otra cueva. Al atardecer construyeron un cortaviento tras el que poder pasar la noche. El varón lujurioso las espiaba a distancia. El cortaviento sigue existiendo, y el lugar desde el que el hombre acechó a las jóvenes es una colina que todavía se alza en medio del paisaje.

Al día siguiente, mientras estaban descansando junto a una cueva, las siete hermanas descubrieron al perseguidor. Supieron enseguida lo que tramaba y huyeron a toda prisa. Las siete hermanas eran tan veloces que al varón lujurioso le costaba seguir las. Se cansó tanto que en lugar de llevar su lanza en alto la arrastraba por el suelo. Los trazos que marcó acabaron convirtiéndose en valles estrechos.

Cada cierto tiempo, las siete hermanas tenían que pararse a beber de un manantial o a descansar en una cueva. A la hora más calurosa del día, mientras bebían, el varón lujurioso hizo aparecer en torno al manantial unas rocas escarpadas que les cerraron el paso a las siete hermanas. Asustadas, vieron cómo el varón lujurioso se colaba a través de una grieta en la pared rocosa y venía hacia

ellas. Estaban atrapadas. Intercambiaron una mirada y pusieron en práctica el plan que todas conocían. Se dispersaron. Cuando el hombre fue a por la hermana mayor, la segunda se cruzó en su camino.

Cuando el hombre fue a por la segunda, la tercera se cruzó en su camino. Cuando el hombre fue a por la tercera, la cuarta se cruzó en su camino. Y así sucesivamente.

Cuando fue a por la hermana pequeña, volvió a cruzarse en su camino la hermana mayor.

Tal era el anhelo del varón lujurioso por hacerse con las siete que al final no se hizo con ninguna. Las siete hermanas consiguieron así escapar a través de la grieta en la pared rocosa.

Las jóvenes reanudaron la marcha, perseguidas siempre por el varón lujurioso.

Antes de que se pusiera el sol, construyeron un refugio. Por la noche, el hombre se acercó y trató de entrar. Sin embargo, las siete hermanas se despertaron a tiempo, echaron abajo la pared del refugio y se fugaron de nuevo. Aún hoy las gráciles líneas en la roca reflejan el lugar donde las jóvenes se tumbaron a descansar y los araños recuerdan la vehemencia con que echaron abajo la pared del refugio.

Al día siguiente, las siete hermanas prosiguieron su huida, con el varón lujurioso pisándoles los talones. Al anochecer se pararon a beber agua de un arroyo. Mientras bebían, el varón lujurioso hizo aparecer en torno al arroyo unas rocas escarpadas que les cerraron el paso a las siete hermanas. No había escapatoria posible.

Las siete hermanas intercambiaron una mirada y pusieron en práctica el plan que todas ellas conocían. Se prendieron fuego a la vez. Ardiendo en llamas, comenzaron a dar vueltas sobre sí mismas y finalmente ascendieron todas juntas al cielo.

Desde entonces se aprecian en el firmamento siete estrellas brillantes. Todas las noches las persigue una estrella lujuriosa, porque el hombre también se prendió fuego y ascendió al cielo.

Cuando la noche remite y el rocío cubre la tierra y las plantas de resplandor sabemos que las siete hermanas de allí arriba han orinado.

De cómo la sangre de las hermanas wawilak atrajo a la serpiente arcoíris

Un cuento de los pueblos aborígenes de Australia

Antaño la tierra lucía otro aspecto. Aún no había seres humanos tal y como los conocemos ahora y los animales mostraban un comportamiento distinto.

En aquel tiempo ancestral, dos hermanas partieron del territorio wawilak, situado tierra adentro, rumbo al mar. Iban andando. Era un viaje largo y duro.

La hermana mayor llevaba a su bebé envuelto en una corteza de árbol. La pequeña se había quedado embarazada. Ambas portaban el fruto de una unión prohibida. Ambas cargaban con hachas y lanzas con punta de piedra, como los varones. Por el camino mataron un gran número de animales y recolectaron ñame silvestre y otros tubérculos y raíces comestibles. Las hermanas wawilak cantaban mientras iban caminando. Cantando ponían nombre a los animales y a las plantas que veían.

«A partir de ahora eres pósum.» «A partir de ahora eres gaviota.» «A partir de ahora eres ñame.» De ese modo, cada planta y cada animal recibió el nombre por el que se le conoce todavía hoy. Las hermanas también nombraron los lugares donde se pararon a descansar: paraje de las codornices, paraje de los cuervos, paraje de la pesca, paraje de las ostras, paraje del meteoro caído del cielo...

De pronto, la hermana pequeña se llevó la mano al vientre.

—Hermana, el bebé se ha dado la vuelta.

—Haremos un alto junto a este pozo —decidió la mayor—. Aquí podremos beber, comer y descansar.

Posó la mano sobre el vientre de su hermana pequeña. Al sentir que el bebé se movía inició un suave masaje.

—Estoy notando las primeras contracciones.

Después, la hermana mayor encendió una lumbre para asar ñame y animales muertos. El fuego ardía, pero no había forma de que las plantas y los animales se asaran. Salieron corriendo de entre las llamas en dirección al pozo y se zambulleron en el agua: primero el cangrejo, luego la lagartija, el pósum y el resto... El ñame corrió como corre el ser humano. Todas las plantas y todos los animales se lanzaron al agua.

Las hermanas wawilak comprendieron que sucedía algo extraño.

—Ay, hermana —suspiró la mayor—, ¿no será que en el manantial vive una serpiente?

Entretanto, las contracciones de la pequeña iban en aumento. Con ayuda de su hermana, la joven dio a luz a su hijo primogénito. La sangre que salió con la placenta terminó en el pozo. Gruesas gotas rojas cayeron al agua y se hundieron lentamente hasta llegar al fondo, donde vivía Yurlunggur, la gran serpiente arcoíris.

Yurlunggur resopló.

—¿Qué es ese olor? —Levantó la cabeza—. ¿De dónde viene esa sangre?

Lanzó la piedra que reposaba en el suelo del pozo hasta donde acampaban las

hermanas.

Yurlunggur tomó un sorbo de agua mientras se deslizaba pozo arriba. Escupió. Acto seguido apareció una nube en el cielo. Conforme Yurlunggur se desplazaba, el agua subía e inundaba la tierra circundante. Yurlunggur se apoyó en la piedra que había lanzado desde lo más profundo del pozo y tomó impulso. Todavía hoy se pueden ver ese lugar y esa piedra, a la que se conoce como la cabeza de la serpiente.

Una vez fuera del pozo, Yurlunggur miró a su alrededor. Descubrió a las dos hermanas y sus dos bebés. La serpiente siseó: era su forma de atraer a la lluvia.

Las hermanas wawilak estudiaron el cielo. Vieron cómo aquella pequeña nube se volvía cada vez más grande y más oscura, pero no se percataron de la presencia de la serpiente gigante que las estaba acechando. La nube crecía y crecía. El cielo se tornó negro como la noche. De pronto, la lluvia cayó copiosamente sobre las hermanas, sus hijos y la tierra.

Construyeron un refugio para guarecerse, dando nombre a cada una de las ramas que utilizaban. Luego se sentaron con sus hijos en el refugio, encendieron un fuego y trataron de descansar, sin conseguirlo. A su alrededor se desató una terrible tormenta. El viento silbaba, la lluvia caía a mares. Los rayos surcaban el cielo, seguidos de unos truenos ensordecedores. Las dos hermanas estaban muertas de miedo.

—Solo hay una forma de aplacar esta tormenta.

La hermana mayor salió del refugio, temblorosa.

En el exterior descubrió a una serpiente gigante, apoyada sobre la cola, alta como un árbol. La serpiente se elevaba sobre ella, majestuosa e imponente, con la cabeza entre las nubes. La hermana la reconoció.

—Vete, Yurlunggur —le susurró.

Yurlunggur no se fue. La hermana mayor cantó a voz en grito:

—¡Por favor, vete, Yurlunggur!

Yurlunggur no se fue. Desde dentro del refugio, la hermana pequeña cantó:

—¡Vete, Yurlunggur!

Pero Yurlunggur se quedó.

La hermana mayor sabía lo que había que hacer. Se puso a bailar alrededor del refugio dando golpes rítmicos en el suelo con su bastón. Empezó por entonar canciones suaves, pero no surtieron ningún efecto. La lluvia seguía cayendo torrencialmente y Yurlunggur se acercaba cada vez más. Entonces la hermana mayor entonó canciones más poderosas, pero tampoco sirvieron de nada. Su baile se volvió cada vez más enérgico, los bastonazos en el suelo sonaban cada vez más fuerte. Movía el vientre y las caderas con tal vehemencia que comenzó a perder sangre a chorros.

La hermana pequeña también abandonó el refugio. También cantó y bailó. También perdió sangre a chorros, tras haber dado a luz poco antes. Dos flujos de sangre saliendo a borbotones de dos hermanas: la sangre del mes y la sangre de la placenta confluyeron. La sangre de quien no fue y la sangre del recién nacido se unieron.

Yurlunggur no podía quitar los ojos de encima a las hermanas ensangrentadas que no paraban de bailar. Las mujeres volvieron a entrar en el refugio y desde allí entonaron la canción más poderosa y más prohibida de todas.

—¡Yurlunggur y sangre! —gritaron—. ¡Sangre y Yurlunggur!

Eran palabras tabú dotadas de una fuerza desconocida. Nada más oírlas, Yurlunggur metió la nariz dentro del refugio. Lamió de la cabeza a los pies a las dos hermanas wawilak y a sus dos bebés, como acostumbran a hacer las serpientes antes de engullir a su presa. Yurlunggur se tragó primero a la hermana mayor, luego a la pequeña, después al niño mayor y finalmente al pequeño. Los devoró a todos sin dejar rastro.

A la mañana siguiente, todas las serpientes de los alrededores comentaron lo que habían comido el día anterior. De todas ellas, Yurlunggur era la serpiente más poderosa, la que subía más alto, tocando el cielo, y la que bajaba más hondo en el pozo.

Preguntó a la pequeña pitón:

—¿Qué comiste ayer?

—Comí un pez de agua dulce —contestó la pequeña pitón.

—¿Estaba bueno? —quiso saber Yurlunggur.

—Buenísimo.

—Y ahora ¿qué vas a hacer? —preguntó Yurlunggur.

—Voy a vomitar el pez de agua dulce para examinarlo con atención, pasarle la lengua y volver a comérmelo, como acostumbramos a hacer las pitones —respondió la pequeña pitón.

Yurlunggur hizo la misma pregunta a todas las serpientes.

—¿Qué comisteis ayer?

—Un canguro! —gritó una.

—Un pájaro! —contestó otra.

—Un cangrejo! —gritó otra.

—Una tortuga marina! —contestó otra.

La segunda serpiente más poderosa devolvió la pregunta:

—Y tú, Yurlunggur, ¿qué comiste ayer?

—No os lo voy a contar.

La segunda serpiente más poderosa la miró a la cara:

—Venga, Yurlunggur, ayer vimos rayos y oímos truenos por tu territorio.

Sabemos que algo sucedió.

—No os lo voy a contar —repitió Yurlunggur.

Se levantó cada vez más. Posó la cabeza sobre una nube. Sus ojos despedían rayos. Yurlunggur estaba avergonzada.

Sin embargo, la segunda serpiente más poderosa insistió.

—¿Qué comiste ayer?

Al rato, Yurlunggur confesó, incómodo:

—Me comí a las hermanas wawilak y también a sus dos niños.

Las otras serpientes no pudieron ocultar su repugnancia. Acto seguido se desató el monzón del sudeste, descargando intensas lluvias y fuertes vientos. Yurlunggur cayó de bruces. Ahí donde aterrizó en el suelo se celebran ahora bailes rituales.

Yurlunggur pensó: «¡Llevo en mis entrañas a las hermanas y a sus hijos!».

Trató de limpiarse la boca con la lengua. Escupió una vez, y otra, y otra. Al fin, vomitó a las hermanas y a sus hijos. Yacían en el suelo, inmóviles. Yurlunggur regresó reptando al pozo de agua. Una vez dentro, se quedó mirando a los cuatro humanos, con la cabeza asomada por encima del borde. Las hormigas se acercaron a las hermanas y sus hijos. Les picaron hasta despertarlos.

En el cielo apareció un arcoíris. Las hermanas wawilak y sus hijos lo contemplaron embelesados, contentos de estar vivos y de poder disfrutar de semejante hermosura.

Mientras las hermanas vivían tales peripecias junto al pozo de agua, los truenos llegaron a oídos de dos muchachos que se encontraban en territorio wawilak. Pese a la distancia que los separaba del pozo, vieron los rayos y sintieron las lluvias. Supieron enseguida que algo sucedía y decidieron seguir las huellas de las hermanas. Tras caminar muchos días y muchas noches alcanzaron el pozo. Vieron el rastro de la serpiente arcoíris gigante.

—Me temo que a las hermanas les ha pasado algo terrible —observó uno de los muchachos.

—Tal vez las haya atacado un cocodrilo o una serpiente —añadió el otro.

Descubrieron a las hormigas y les llegó un penetrante olor a carne podrida. En el agua del pozo relucían todos los colores del arcoíris.

—Ahí vive la serpiente arcoíris —susurraron los muchachos wawilak.

Encontraron el lugar donde las hermanas habían bailado y sangrado, y el sitio donde Yurlunggur se había caído de bruces. Los jóvenes levantaron el campamento allí donde había aterrizado la cola de la serpiente.

—¿Por qué no salimos en busca de corteza de árbol? —propuso el muchacho de más edad—. Vamos a tejer una cesta cada uno para recoger la sangre de las hermanas.

Los muchachos tejieron dos canastas de corteza de árbol. Recogieron la sangre

de las hermanas y se pintaron y ataviaron con plumas de azor y algodón silvestre. El mayor se hizo una flauta con una rama del refugio construido por las hermanas.

Al caer la noche, los dos muchachos se durmieron en su campamento. Sumidos en profundos sueños vieron cómo la hermana mayor bailaba ante Yurlunggur. Oyeron sus canciones, primero las más suaves y después las más poderosas. El baile se volvió cada vez más vehemente, hasta que empezó a fluir la sangre. En sueños, los muchachos vieron salir del refugio a la hermana pequeña. También bailó y cantó hasta que comenzó a perder sangre. Los dos flujos se unieron. De pronto, los jóvenes, profundamente dormidos, oyeron cómo las hermanas wawilak entonaban la canción más poderosa y más prohibida de todas. «¡Yurlunggur y sangre!», gritaban. «¡Sangre y Yurlunggur!»

De ese modo, las hermanas wawilak enseñaron a los muchachos wawilak cómo debían cantar y bailar ante Yurlunggur. Hablaron a los jóvenes mientras dormían:

—Este sueño es un regalo muy valioso. Grabadlo en vuestra memoria. ¡No olvidéis jamás lo que habéis aprendido esta noche!

Al despertar, los muchachos wawilak bailaron y cantaron poniendo en práctica lo que habían aprendido de las hermanas wawilak. Y cuando regresaron a su tierra se lo enseñaron a los suyos. Así es como todavía hoy se bailan los bailes y se cantan las canciones de las hermanas wawilak cada vez que un muchacho se convierte en hombre.

La gran Firfa Taaraot conoce el amor

Un cuento del pueblo asmat de Papúa Occidental,
Indonesia

Érase una vez una mujer asmat llamada Firfa Taaraot. Era bellísima, pero tenía fama de ser tan cruel como bella. Hacía la guerra al modo de los hombres y vivía sola en una casa en medio de un bosque de árboles con punta de flecha. Era una casa subterránea. Firfa Taaraot había plantado árboles con punta de flecha hasta en la techumbre.

A Beorpit se le conocía por todas partes como un varón tan hermoso como fuerte. Un buen día oyó hablar de la belleza y la crueldad de Firfa Taaraot. No se lo pensó dos veces. Construyó una piragua y la secó sobre el fuego. Necesitaba una embarcación estrecha y ligera.

Beorpit estaba listo para marcharse.

—Padre, voy a ver a Firfa Taaraot.

—Hijo, es una mujer malvada —le advirtió su padre.

Pero Beorpit contestó:

—Padre, no importa. ¡Me voy!

Los padres de Beorpit empujaron la piragua río adentro.

—¡Buen viaje, hijo!

Beorpit remó sin descanso hasta que, al ponerse el sol, descubrió un buen sitio para pasar la noche.

—Aquí me prepararé un refugio —dijo.

Y así lo hizo. Armado con arco y flecha, salió a cazar y mató un jabalí. Se comió las entrañas y asó la carne para más tarde. Aquella noche Beorpit se sumió en un sueño profundo. A la mañana siguiente se puso en camino de madrugada. Beorpit remó y remó sin descanso hasta que volvió a encontrar un buen sitio para pasar la noche.

—Aquí me quedaré —dijo.

Y así lo hizo. Preparó otro refugio. Salió a cazar y abatió una hembra de casuario. Arrastró la gran ave negra hasta su campamento, la descuartizó y asó la carne.

A la mañana siguiente, Beorpit volvió a ponerse en camino de madrugada. Remó y remó sin descanso, tomando un recodo del río tras otro, hasta que llegó a una aldea donde se topó con un hombre cojo llamado Binukipit. Binukipit recibió al joven cazador con los brazos abiertos y su mujer lo encontró muy atractivo.

Beorpit se comió el sagú asado que le sirvieron Binukipit y su esposa. Después se acostó entre las esterillas de las dos hijas de la pareja, que se hallaban en la selva.

A su regreso a la aldea, las hijas acudieron primero al río a bañarse. Después se dirigieron a la casa paterna. Al desenrollar sus esterillas descubrieron a Beorpit.

—¡Qué maravilla! ¡Un esposo para nosotras! —exclamaron, deshaciéndose en arrumacos.

Ambas hijas hicieron el amor con Beorpit. Al cabo de un tiempo, la mayor dio a luz a un niño, y la pequeña también.

Un buen día Beorpit preguntó:

—¿Hay más gente río arriba?

—Sí, por ahí anda Firfa Taaraot —contestaron las dos hermanas.

—Pues entonces saldré a cazar río arriba —anunció Beorpit.

Y se marchó. Al rato se paró a descansar en la orilla del río, para disgusto de los espíritus del lugar.

Tan pronto como descubrieron al muchacho generaron olas gigantes que terminaron por apagar la hoguera que Beorpit acababa de encender.

—¡Ahora ya no tengo fuego! —exclamó el joven, enojado.
Se le acercó una mariposa que preguntó:
—Nieto, ¿qué te pasa?
—Abuelo, me he quedado sin fuego —explicó Beorpit.
—Espérame aquí —le dijo la mariposa—. Ahora vuelvo.
La mariposa tenía poderes mágicos. Trajo fuego, sagú fresco y agua potable a Beorpit.

A la mañana siguiente, Beorpit y la mariposa alcanzaron la casa de Firfa Taaraot, pero ella no estaba. Había salido a cazar enemigos. Beorpit dirigió los poderes mágicos de la mariposa contra la casa. A Firfa Taaraot no le quedó más remedio que regresar enseguida. En el camino de vuelta por la selva percibió un olor a ser humano. Tan pronto como vio llegar a la joven mujer, la mariposa dirigió sus poderes mágicos contra ella, arrancando de su cuerpo toda crueldad. Firfa Taaraot se transformó en una mujer tranquila y dulce.

El cuerpo de Beorpit se iluminó. Al mirar al muchacho, Firfa Taaraot sufrió un flechazo. Corrió hacia Beorpit y exclamó:

—¡Ay, querido mío!

Firfa Taaraot y Beorpit se besaron. Enseguida se convirtieron en hombre y mujer y Firfa Taaraot conoció el amor. Después, Firfa Taaraot comenzó a sangrar a chorros. La sangre fluía y fluía y se mezclaba con el agua de los ríos.

—¡El sexo de Firfa Taaraot pierde sangre! —exclamó Beorpit.

Por la noche se produjo una terrible inundación. Firfa Taaraot y Beorpit fueron arrastrados por la corriente. Se toparon con los espíritus, que volvieron a generar olas gigantes.

—¡Basta! —ordenó Firfa Taaraot—. Fui yo quien os transformé en espectros malvados. He cambiado.

Los espíritus la insultaron.

—¡Puta!

Firfa Taaraot y Beorpit siguieron viajando río abajo. Capturaron un cerdo inmenso. Lo había criado el espíritu de la higuera.

Por la noche llegaron a la aldea de Beorpit. El cerdo inmenso durmió junto al fuego.

A la mañana siguiente, el padre de Beorpit convocó a todo el pueblo.

—¡Venid a saludar a la célebre Firfa Taaraot!

Fueron muchos lo que acudieron a saludarla. El cerdo inmenso mató a unos cuantos y los devoró. Acto seguido, los vecinos mataron al cerdo y se lo comieron entero.

Y con esto el cuento de cómo la gran Firfa Taaraot conoció el amor y dejó de ser cruel llega a su fin.

De cómo Bisj cambió a su horrible esposo por su amante

Un cuento del pueblo asmat de Papúa Occidental, Indonesia

En tiempos muy remotos hubo una joven y bella mujer asmat llamada Bisj.

Un buen día los padres de la muchacha se adentraron en la selva en busca de sagú. Talaron una palma y sacaron la pulpa del tronco a base de golpes con idea de asarla y comerla más tarde.

Mientras ellos estaban ocupados en la selva, el joven Dayiw había salido a cazar. Pero no logró abatir ni un solo jabalí. Al final, se llevó a casa una corona de hojas de palma de sagú. En el camino de vuelta vio cómo la bella Bisj se bañaba en el río. Se la quedó mirando con la boca abierta. Era incapaz de quitarle los ojos de encima a la hermosa muchacha. Finalmente, se acercó a ella y le regaló la corona de hojas.

De regreso en casa, Bisj colgó la corona del techo. Nada más llegar, sus padres le preguntaron:

—Bisj, ¿quién te ha regalado esa corona de hojas de sagú?

—Me la dio Dayiw al verme en el río —contestó Bisj.

—Eso solo puede significar una cosa —dijeron sus padres—. ¡Acaba de pedirte la mano!

Al ponerse el sol, los padres de Bisj llamaron a los hermanos de la muchacha. Se lo contaron todo.

Acompañada de sus hermanos, Bisj se dirigió a la casa de los padres de Dayiw. En un primer momento estos se mostraron sorprendidos, pero tras enterarse de lo ocurrido preguntaron:

—Dinos, Bisj, ¿te sientes atraída por nuestro hijo?

Al ver que la muchacha asentía con la cabeza expresaron su deseo de tenerla como nuera.

A la mañana siguiente, toda la familia de Dayiw se adentró en la selva en busca de sagú. Y toda la familia de Bisj salió a pescar. De vuelta en casa, las dos familias

intercambiaron el sagú y los peces y se prepararon para la boda. Fue una fiesta preciosa, con muchísima comida.

Después, Dayiw se fue a la selva a talar árboles. Con los troncos construyó su propio palafito en la aldea. Sin embargo, tan pronto como la joven pareja entró a vivir en su casa, Dayiw preparó una pequeña habitación cerrada a cal y canto. En las paredes no había ni el más mínimo agujerito. Dayiw encerró a su joven esposa en aquel cuartucho oscuro. Bisj debía permanecer ahí para siempre. En adelante, nadie más que Dayiw disfrutaría de su belleza. El celoso muchacho se aprovechaba del cuerpo de su joven esposa sin darle nada a cambio. Cuando abatía un jabalí no ofrecía ni un solo trocito a Bisj. Ni tampoco a sus suegros o a sus propios padres. Dayiw hacía oídos sordos a los consejos:

—Hijo, comparte tu botín. No puedes tomar sin dar nada a cambio.

Sin embargo, Dayiw siguió comportándose como un cerdo salvaje y la pobre Bisj continuó condenada a permanecer día y noche en su cuchitril. Se moría de hambre. Vivía entre sus propios excrementos y su propia orina. Al cabo de un tiempo estaba invadida por los piojos.

Una mañana temprano, después de una noche de marea alta, todos los hombres de la aldea salieron a pescar. Dayiw también se apuntó.

Las mujeres llamaron a Tewerawut, la hermana mayor de Bisj.

—Tewerawut, ¿por qué no pasas por casa de tu hermana? ¡Hace una eternidad que no la vemos! Ya no sale por la aldea.

Tewerawut se dirigió al palafito de Dayiw y Bisj.

—Bisj, ¿dónde estás? —gritó—. Soy yo, tu hermana, ¿dónde te metes?

—Estoy aquí! —chilló Bisj—. ¡Date prisa, hermana, me estoy quedando fría y rígida!

Tewerawut se llevó un susto al oír la voz de su hermana detrás de una puerta cerrada a cal y canto. Fue a buscar un hacha y ayudó a Bisj a salir de aquel cuartucho oscuro. No daba crédito a sus ojos. Se le saltaron las lágrimas.

—Tienes un aspecto espantoso. ¡Dayiw es un malvado!

Tewerawut acompañó a su hermana hasta el río y la lavó quitándole los excrementos y la orina hasta que su piel volvió a estar igual de limpia que el interior de un tallo de caña de azúcar.

—Bisj, hermana mía —dijo—, abandona a ese hombre. Abusa de ti. Escucha como Pupurpit toca su flauta de bambú río arriba. Te está llamando, él te quiere de verdad, jamás te trataría así.

Tewerawut fue a casa a asar un poco de sagú y dio la mitad a Bisj.

—Llévate esta comida y huye. Reúnete con Pupurpit.

Tewerawut llevó a Bisj al otro lado del río. Penetraron en la selva y se dirigieron

hacia el sonido de la flauta de bambú. Más que caminar, Bisj avanzaba a trespicones. Le entraron ganas de orinar.

—No tardes, Bisj —insistió su hermana—. Tu horrible esposo vendrá a por ti.

Después de orinar, Bisj continuó andando. Se cayó una y otra vez.

Tewerawut untó a Bisj con una poción mágica.

—Venga, hermana, date prisa. Tienes que reunirte con Pupurpit. Ya no volverás a pasar por lo que has pasado.

Bisj caminó y caminó. Al anochecer preparó un refugio y se quedó dormida.

Mientras tanto, Dayiw había vuelto a casa. Al comprobar que la puerta del cuartucho se hallaba abierta y que Bisj había desaparecido dejó caer todo cuanto sostenía en sus manos y lloró por su esposa.

—Ay, mi querida Bisj...

Al instante, Dayiw salió corriendo en busca de su mujer. Cruzó el río y siguió las huellas de Bisj. En plena selva, Dayiw descubrió el charco de orina que había dejado su esposa y se lo bebió. Dayiw siguió las huellas de Bisj hasta que se hizo de noche. Durmió debajo de un árbol, no muy lejos de donde dormía Bisj.

A la mañana siguiente, Dayiw reanudó su persecución. No tardó en descubrir el refugio donde Bisj había pasado la noche. Se mordió el dedo de pura decepción y se tumbó donde había estado tumbada Bisj.

Bisj caminó y caminó y Dayiw siguió sus huellas. Al anochecer, Bisj se preparó un refugio y se quedó dormida. Dayiw volvió a dormir debajo de un árbol, no muy lejos de donde dormía Bisj.

A la mañana siguiente, Dayiw reanudó su persecución. No tardó en descubrir el refugio donde Bisj había pasado la noche. Se revolcó por el fango, estalló en llanto y se bebió el charco de orina que había dejado Bisj. Dayiw continuó entre sollozos sin dejar de gritar:

—¡Ay, mi querida Bisj...!

Río arriba, Pupurpit tocaba su flauta de bambú. Se había construido una casa en la copa de un árbol y de ahí partía la música. Bisj fue directa hacia ella. Al comprender lo que estaba sucediendo, Dayiw aceleró la marcha, pero no consiguió alcanzar a su esposa.

En un momento dado, Bisj se cruzó con la madre de Pupurpit.

—Dime, ¿dónde vive tu hijo? Tengo prisa. Me persigue mi horrible esposo.

—Pupurpit vive en lo alto de aquel árbol —contestó la madre mientras señalaba la copa con el dedo—. ¡Corre!

Al fin, Bisj llegó al pie del árbol. Pupurpit dejó caer una escalera. En cuanto Bisj hubo subido, la recogió.

Entretanto, Dayiw se cruzó con la madre de Pupurpit.

—¿No habrás visto a Bisj?

—¡Cómo se te ocurre tratar así a tu esposa! —exclamó la madre de Pupurpit—. ¡No volverás a verla nunca más!

Dayiw reanudó la marcha, hasta que él también llegó al pie del árbol en el que vivía Pupurpit. Gritó:

—¡Pupurpit, deja bajar a Bisj!

Pupurpit no reaccionó.

—Pupurpit, ¿me estás oyendo? ¡Déjala bajar!

En casa de Pupurpit, Bisj se estaba acicalando. Al rato salió, esplendorosa. Se había pintado los párpados con carbón. En la cabeza lucía la piel de un falangero y por las sienes le caían las plumas de una cacatúa blanca. Sus caderas estaban ataviadas con plumas de casuario. Se diría que había bajado del cielo. Bisj se contoneó.

Dayiw se puso a gritar como un descosido:

—¡Ay, mi querida Bisj, cuánto te deseo!

Bisj siguió contoneándose.

—Dayiw, abre la boca —le pidió.

En cuanto Dayiw abrió la boca, Bisj orinó dentro.

—Ahora vete a casa, Dayiw. Ya no soy tu esposa. Me has tratado muy mal. Mi nuevo marido sí cuida de mí.

Y Bisj entró en casa de Pupurpit.

Al pie del árbol, Dayiw se revolcó por el fango. Anegado en llanto, regresó a casa. En el camino no comió nada. Entre sollozos durmió donde había dormido Bisj. De vuelta en la aldea, Dayiw se encerró en el cuchitril donde había estado encerrada su esposa. Lloró día y noche por ella.

—¡Ay, mi querida Bisj!

Dayiw no comió ni una sola pizca de sagú. Ayunó y lloró hasta que se le cayó la mandíbula inferior.

Cuando su madre pasó a verlo, Dayiw estaba muerto.

—¡Ay, hijo, qué lástima! —suspiró—. Tú te lo has buscado. ¿Por qué trataste tan mal a tu esposa?

Muy apenados, los padres de Dayiw se encargaron del funeral de su hijo.

Por su parte, Tewerawut, la hermana mayor de Bisj, decidió celebrar una gran fiesta para homenajear a su hermana. Pidió a su esposo que instara a los varones reunidos en la casa de los hombres a cantar en honor a Bisj, primero sin tambores y luego con ellos. Tewerawut organizó un ritual que duró tres días. Explicó en detalle lo que debía hacer cada uno: los hombres tenían que ir a buscar a la selva dos troncos de madera que ella había adornado y engalanado como novias. A su regreso, las mujeres fingirían atacar a los varones.

Cuando hubieron recolectado suficientes larvas de la palma de sagú, los hombres grabaron numerosas figuras en los troncos de madera tal y como les había ordenado Tewerawut.

Los troncos pasaron a llamarse postes de Bisj, en recuerdo de lo que le había ocurrido a la joven muchacha del mismo nombre.

Después, Tewerawut entonó una canción dedicada a su querida hermana Bisj:

*Dayiw, te casaste con Bisj y te aprovechaste de su cuerpo,
pero jamás le diste comida ni a ella ni tampoco a sus padres.*

*Dayiw, te casaste con Bisj y te aprovechaste de su vagina,
pero jamás le diste comida ni a ella ni tampoco a sus padres.*

*Dayiw, no te cansaste de cantar: «Ay, mi querida Bisj...»,
¡pero en ningún momento cuidaste de tu querida Bisj!*

Mejor una mujer de verdad que una de bambú

Un cuento del pueblo asmat de Papúa Occidental, Indonesia

En tiempos antiguos, los hombres asmats cazaban muchos animales en la selva: pájaros, cerdos, marsupiales... Y recogían frutos a montones. Acostumbraban a guardar los mejores trozos de carne y los frutos más hermosos para ellos. Los escondían meticulosamente en sus cestos. Dejaban los frutos pochos y la carne más dura para las mujeres. Los hombres asmats descuidaban desde siempre a sus esposas. Ellas creían que la comida de la selva tenía por definición ese aspecto y ese sabor. Jamás habían probado un fruto del bosque jugoso ni un trozo tierno de caza.

Como tantos otros días, los hombres salieron a cazar a la selva. En la aldea solo quedaban las niñas y las mujeres, además de los niños pequeños y los ancianos, y un varón que se había hecho daño en el pie.

Dos hermanas que volvían de bañarse se dejaron llevar por la curiosidad al pasar por delante de la casa de los hombres. Aunque era terreno vedado para las niñas y las mujeres, decidieron entrar, convencidas de que no podía haber nadie dentro. No repararon en el varón que se había hecho daño en el pie y que estaba agazapado en un rincón oscuro. Las dos hermanas rastrearon la casa de los hombres de arriba abajo. Al retirar una esterilla, la hermana pequeña encontró un cesto. Lo abrió e inspeccionó el contenido. Sacó los trozos tiernos de carne y los frutos intactos y se los enseñó a su hermana. Al probarlos, ambas muchachas lanzaron un grito de placer, al tiempo que sintieron un intenso enfado hacia los hombres.

—¡Cómo es posible que siempre hayan guardado los bocados más sabrosos para ellos!

Las dos hermanas corrieron a contarla a las demás mujeres.

—¡Nos han engañado! ¡Esto clama venganza! —vocearon al unísono.

El hombre que se había hecho daño en el pie escuchó los gritos de las mujeres. Alarmado, abandonó la aldea a hurtadillas tan rápido como se lo permitió su cojera. Escondido entre los matorrales observó los acontecimientos.

Un grupo de mujeres presas de rabia asaltó la casa de los hombres. Después de ponerla patas arriba se armaron con las lanzas, las flechas y los arcos que acababan de encontrar. Se pintaron con cal blanca y tierra roja y se tocaron con plumas de ave del paraíso. Ataviadas de esa manera parecían varones de la cabeza a los pies. Se abalanzaron sobre los niños y los ancianos. Les arrojaron cal y mataron a todo varón que se cruzó en su camino. Descuartizaron los cadáveres y prendieron fuego a la casa de los hombres.

El tipo que se había hecho daño en el pie se adentró en la selva en busca de los varones de su aldea que habían salido a cazar.

—¡Uuuh! —les gritó de lejos.

Al recibir un «¡Uuuh!» como respuesta prosiguió:

—¿Quién es el estúpido que se ha olvidado en la aldea el cesto repleto de carne tierna y frutos jugosos? Las mujeres se han hecho con él y han descubierto nuestro secreto. Todos los niños y ancianos han sido liquidados.

Mientras tanto, las mujeres, encabezadas por las dos hermanas, se habían puesto en fila. Todas portaban un machete. Echaron a andar. Se abrieron paso por la selva en dirección oeste. Caminaron durante muchos días. Por la noche acampaban.

Los hombres de la aldea decidieron perseguir a las mujeres, que iban por el otro lado del río. Al ver que los hombres se acercaban montados en balsas, las mujeres comenzaron a bailar en la orilla. Las plumas de casuario que les cubrían el trasero se movían de un lado a otro con tal fuerza que las aguas se agitaron. Las balsas volcaron y muchos hombres murieron ahogados.

Las mujeres siguieron caminando hacia el oeste. Se toparon con un varón de Paj que les preguntó:

—¿Estáis en pie de guerra?

Las mujeres negaron con la cabeza.

—¡Cómo vamos a estar en pie de guerra si somos todas mujeres!

Colgaron de los árboles las pulseras que traían del este.

El hombre de Paj les aconsejó que construyeran una casa larga. Así lo hicieron, y tan pronto como hubieron terminado de construirla se fueron a dormir. Cuando las mujeres estaban profundamente dormidas, el hombre de Paj entró de puntillas. Hizo el amor con una mujer tras otra, hasta que las hubo penetrado a todas. No

paró en toda la noche. Al salir el sol, había acabado por fin. A la mañana siguiente, las mujeres se pusieron de nuevo en marcha hacia el oeste.

En el este, los hombres que no se habían ahogado seguían sin mujer. Cortaron una caña de bambú, la tallaron hasta darle figura de mujer y le abrieron un agujero. Pasaron la noche con esas mujeres de bambú, pero una mujer de bambú no es lo mismo que una mujer de carne y hueso.

Un buen día, uno de los hombres salió a pescar al río. Se quedó mirando el agua que rodeaba su nasa. En ella flotaba de todo: sagú, frutos, trozos de madera, y también un pedazo de la corteza de árbol con la que las mujeres se hacen el taparrabo. Así fue como averiguó que río arriba vivían mujeres de verdad. Echó a andar y al rato encontró una choza. Había un poco de pescado y de sagú. El muchacho encendió un fuego, asó el sagú y fue a buscar agua. Se lo comió y se lo bebió todo. Después siguió el rastro que conducía de la choza a la selva. De pronto, atisbó a dos hermanas que estaban sacando sagú del interior de una palma a base de golpes. Un pequeño murciélagos le arrancó al muchacho un mechón de pelo y se lo llevó a las hermanas que, mientras tanto, se habían puesto a pescar. Las acompañaba un cerdo manso que buscaba comida escarbando.

Mientras revoloteaba alrededor de las hermanas, el murciélagos chilló:

—¡Pi-pi-pi-pi!

Las mujeres trataron de ahuyentarlo, pero el murciélagos dejó caer el mechón junto a sus redes. Las hermanas examinaron el cabello.

—¿De quién será?

Al llegar a casa descubrieron que el sagú ya no estaba y que poco antes alguien había encendido una hoguera. También habían desaparecido las pinzas que usaban para retirar el sagú asado del fuego. El murciélagos volvió a revolotear en torno a sus cabezas. Las hermanas registraron su choza. De repente, oyeron a alguien dar golpes en un trozo de madera. Era el muchacho. Estaba escondido debajo de las esterillas.

Lo descubrió la hermana pequeña. Le echó los brazos al cuello.

—¡Qué maravilla! ¡Un hombre!

La hermana mayor sintió una enorme envidia. Apartó las manos y los brazos de su hermana pequeña y abrazó a su vez al muchacho.

—¡Es mío!

La hermana pequeña la apartó.

—¡Es mío! ¡Yo he sido la primera en abrazarle!

Las hermanas se pasaron un buen rato peleando. Antes de salir a buscar más sagú dijeron al hombre:

—Tú encárgate de trocear el pescado.

Esa noche cenaron sagú fresco y pescado. Después de cenar, la hermana pequeña

salió y se tumbó boca arriba detrás de la choza. El muchacho la siguió. Practicaron el sexo. La hermana pequeña gimió y suspiró de placer.

—¡Akae, akae, akae!

Tan intensos fueron sus gemidos que la hermana mayor se enteró.

En cuanto la hermana pequeña acudió a bañarse al río después de hacer el amor, la hermana mayor se tumbó a su vez detrás de la choza y practicó el sexo con el varón.

Más tarde, cuando el muchacho se dirigía a casa en su piragua, los otros hombres, que seguían sin mujeres, le gritaron desde lejos:

—¡Ahí viene nuestro vagabundo! Habrá que prepararle una mujer de bambú. Estará necesitado.

El muchacho contestó:

—¡Quedaos con vuestra mujer de bambú! He encontrado algo mucho mejor.

Les enseñó la pulsera que las hermanas le habían regalado como recuerdo y les contó lo ocurrido. Propuso que salieran todos a la aldea de las hermanas en busca de mujeres de carne y hueso.

A la mañana siguiente, los hombres partieron río arriba, con el muchacho a la cabeza.

Al llegar a la aldea, el joven señaló a las dos hermanas.

—¡Estas dos son mías! ¡No me las toquéis!

Los demás protestaron.

—¡Quédate con una y déjanos la otra!

El muchacho no cedió.

—Id a buscar mujeres a la selva.

Los hombres siguieron su consejo. Al rato regresaron a la aldea, cada uno con una mujer. Celebraron una gran fiesta. Entre todos mataron, asaron y se comieron el cerdo manso de las hermanas.

Después de comer, los hombres probaron a hacer el amor con las mujeres. Todos practicaron el sexo al mismo tiempo. Las mujeres suspiraron y gimieron. Los hombres se esforzaron al máximo para hacerlas disfrutar. Todas las mujeres exclamaron:

—¡Akae, akae, akae!

Los varones sudaron la gota gorda de tanto esforzarse. Así fue como aquellos hombres pudieron comprobar en persona que no hay nada mejor que una mujer de carne y hueso.

Acerca de esta antología

No ha sido mi intención aportar aquí un estudio científico, sino una recopilación personal de cuentos populares muy diversos entre sí, accesibles para un público amplio y capaces de cautivar a jóvenes y mayores. Obviamente, otro compilador o compiladora habría presentado una selección completamente distinta, valiéndose de sus propias historias de crecimiento, encuentros y pesquisas. Esta antología refleja mis viajes, mis experiencias sobre el terreno y mis lecturas, mis acentos y mi apreciación personal y tremadamente subjetiva.

He registrado grabaciones sonoras de relatos en Trinidad y Tobago, a los indios navajos, tríos, wayanas y ticunas, a los tuaregs, a los aborígenes warlpiris, a los marrones –que trasladaron un pedazo de África a la selva de Surinam–, al pueblo san y a los bapedis, los basotos y los tsongas de Sudáfrica. En el marco de mi labor de investigación he ido a ver a cuentacuentos de muy avanzada edad, en busca de aquellos relatos que escuchaban de pequeños, que los han acompañado durante toda su vida y que desean transmitir a las generaciones futuras. Del mismo modo, he preguntado a las jóvenes cuáles son los cuentos que más las han marcado. Las madres me han hecho partícipe de los relatos que transformaron a sus hijas en mujeres. En esta obra recojo no pocas voces masculinas. Aunque las he incluido de muy buena gana, soy consciente de que respecto a los rituales de crecimiento para varones mi papel no puede ser sino modesto, siempre desde una distancia respetuosa. Con este libro me aventuro en primera instancia por un terreno que me resulta familiar, el de las mujeres. Ante la nutrida presencia de antologías de cuentos populares centrados en protagonistas varones, ya sean jóvenes o mayores, espero que mi visión femenina ayude a completar el panorama existente.

En muchas de las narraciones aquí recopiladas, la sagacidad y el conocimiento acerca del cuerpo, la sexualidad y la vida se atribuyen a la mujer. En este contexto cabe destacar un hecho poco conocido: algunos relatos dedicados a la femineidad ocupan un lugar importante en los ritos de paso masculinos. De hecho, en el cuento de los aborígenes australianos sobre las hermanas wawilak son estas las que brindan a los chicos la inspiración y los elementos necesarios para el rito de crecimiento varonil y el relato subsiguiente, que emerge en el corazón del mismo dándole forma. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, esta historia también

goza de popularidad entre las muchachas y las mujeres aborígenes. Aunque no todos los relatos recogidos en estas páginas acaben narrándose durante los rituales de crecimiento, cada uno de ellos contribuye a la transmisión de conocimiento y emociones, ofreciendo apoyo y sustento a la siguiente generación.

También me he puesto a la escucha en mi propia tierra, donde, además de los relatos ancestrales, circula un gran número de intrigantes historias de origen geográfico lejano. Imbuidas de cálidos recuerdos, Samira, Bala, Beatrice y Florinela me relataron los cuentos que les contaban sus madres y sus abuelas. Estas narraciones tienden un puente con el país de origen (Marruecos, India, Congo y Rumanía) al tiempo que enriquecen el tesoro narrativo del país de adopción, erigiéndose en parte integrante del mismo. Tal vez los relatos puedan forjar lazos que en otros ámbitos se ven enturbiados por ideas preconcebidas. Tal vez esta obra pueda contribuir a otorgar mayor realce al *homo narrans*, el narrador o la narradora, que es de todos los lugares y de todos los tiempos.

Elegir es renunciar

En muchas ocasiones, las fuentes escritas se revelaron como una base interesante a partir de la cual formular preguntas a los narradores. Cualquier recopilador de cuentos populares sabe hasta qué punto las variantes orales y escritas se alimentan mutuamente y cómo las representaciones multimodales pueden impulsar la narración. Algunos narradores orales mencionaron por iniciativa propia las fuentes escritas en las que se inspiraban consciente o inconscientemente. A veces mi visita sirvió para llamar la atención sobre una fuente escrita desconocida para ellos. Fueron motivo de inmensa alegría los momentos en que mis insaciables pesquisas hacían brotar relatos cuajados de comentarios acerca de las diferentes variantes, poniendo de manifiesto que mis preguntas atizaban los rescoldos narrativos.

Tan pronto como sacaba mi grabadora, todos acudían raudos, afrontando las lluvias tropicales o el ardiente sol del desierto; hasta los más pequeños aguzaban el oído. En algunos casos, los informantes o intérpretes decidieron aprovechar mi material para fines educativos. Así, por ejemplo, después de terminar mis grabaciones con los tuaregs en el sur de Argelia, les dejé un manual del que había extraído una serie de preguntas sobre motivos narrativos. Mi intérprete, el profesor de instituto Kamal, utilizó el libro y las narraciones grabadas en sus clases.

Esta antología no solo bebe de mis propias grabaciones sonoras, sino que también se nutre de los denodados esfuerzos realizados por otros antropólogos y

expertos, que han sido tan generosos de otorgarme su autorización para volver a contar las historias recogidas por cada uno de ellos. Se trata de profesionales de la talla de Pauline van der Zee, especialista en el pueblo asmat; Hans C. ten Berge, multipremiado autor de prosa y poesía y compilador de relatos nórdicos; el estudioso neerlandés Theo Meder, experto en cuentos populares; las grandes condecoradas de cuentos orales africanos Veronika Görög-Karady y Suzanne Lallemand, que merecen mi más sincera admiración; y el renombrado investigador estadounidense Jack Zipes.

También relato algunos cuentos clásicos nacidos en su día de la tradición oral y procedentes de las siguientes compilaciones: el *Pentamerón*, de Giambattista Basile; los *Cuentos populares rusos* y los *Cuentos prohibidos*, de Alexandre Afanásiev; *Folk-Tales of Salishan and Sahaptin Tribes* [Cuentos populares de las tribus de los salishanes y los sahaptines], de Franz Boas; el *Mahabharata*, el *Bhagavata Purana*, el *Gita Govinda* y el *Panchatantra*, de origen indio; y los *Cuentos de los hermanos Grimm*, aunque en este último caso la dudosa procedencia popular y oral de los relatos y las reiteradas y profundas intervenciones narrativas y literarias de sus autores son objeto de polémica. En mi cuento favorito de la infancia, «El pájaro del brujo» (lo recojo en este libro bajo el título «La hija pequeña le gana la partida al descuartizador de mujeres»), de los hermanos Grimm, encontré numerosos elementos propios del relato admonitorio en el que un mendigo lastimoso secuestra a las niñas, abusa de ellas en un sótano, desván o cuarto secreto y termina descuartizándolas.

Finalmente, llevé a cabo una selección personal a partir de un vasto conjunto de fuentes orales y escritas.

Elegir es renunciar, siempre. Soy consciente de que existen otros muchos cuentos valiosos sobre el tema que no han sido incluidos en esta antología.

Transformación

Gran parte de los relatos aquí compilados versan sobre la transformación, la metamorfosis, el paso de animal a humano, de salvaje a manso, de agresivo a pacífico, de incivil a civilizado, de caos a orden, de naturaleza a cultura, de inmadurez a madurez. Obviamente, eso no es ninguna casualidad. Gracias a ello, estos cuentos casan con los rápidos procesos de crecimiento y los ritos de transición en los que se vive, se comparte y se celebra en público la transformación de un cuerpo joven.

Los cuentos que transforman a niñas en mujeres raras veces son narraciones canderas y ejemplares. No en vano la chica navaja Dawn Horse recalcó el contraste entre los relatos sobre Mujer Cambiante y sobre Coyote. La dignidad y la delicadeza del cuento sobre Mujer Cambiante se contrapone a la dureza extremadamente dolorosa de la historia en que Coyote engaña vilmente a su propia hija y abusa de ella hasta la muerte.

Las mujeres tampoco salen siempre bien paradas. Hijas, hermanas, madres, suegras y abuelas buscan con asombrosa crueldad la muerte de allegados consanguíneos o medio parientes. La terrible vieja caníbal del relato homónimo persigue una única meta en la vida: ¡engullir a la juventud! «Entre las piernas de la mujer de la noche» es un relato impactante sobre la mortalidad a la vez que un cuento crudísimo sobre el aterrador poder letal de la vagina. En «Anasi traiciona a Jejeta», la victoria de la venganza y la envidia raya en lo insoportable.

Diversidad

La mayoría de las narraciones recogidas en esta antología se definen como cuentos populares portentosos llenos de imaginación, protagonizados por unas niñas que se ven obligadas a hacer frente a antropófagos, secuestradores, asesinos de mujeres, animales convertidos en pretendientes y familiares destructivos y sanguinarios. Por suerte, las protagonistas suelen toparse con protectores de diversa índole: parientes vivos o muertos, forasteros, animales y dioses. También la magia las ayuda a afrontar las vicisitudes y a superar con éxito el proceso de transformación. Curadas de espanto, maduras y crecidas, buena parte de las muchachas salen triunfantes, mostrándose más resolutivas y más sagaces. No obstante, algunos relatos tienen un desenlace extremadamente infeliz.

Recojo asimismo varios mitos que arrojan una luz especial sobre los orígenes y la singularidad de determinado grupo cultural, sobre sus ideas acerca de la femineidad y la masculinidad, sus dioses y sus fuerzas creadoras. No podían faltar mis mitos favoritos sobre la primera mujer y el primer hombre, sobre la aparición de la diferencia entre los sexos, sobre el origen de la menstruación o el descubrimiento de la sexualidad. Todas estas narraciones expresan de manera única una visión del cosmos entrelazada con un estilo de vida y una forma de pensar propios. Presentan un alto contenido filosófico y en no pocas ocasiones constituyen un caldo de cultivo importante para la revalorización y la preservación de las tradiciones. Fruto de un exuberante poder imaginativo, exploran fenómenos para los que la ciencia no

tiene explicación. Estamos ante una forma apasionante de conocimiento narrativo. A quienes desaprueben que a estos mitos se les aplique la etiqueta colectiva de «cuentos populares» les diré que para mí no se trata de una denominación despectiva. En cualquier caso, la atribución de etiquetas de género es una tarea ardua. En círculos académicos, algunas narraciones que en estas páginas se consideran como mitos serían catalogadas como relatos etiológicos, es decir, relatos que esclarecen el origen de un fenómeno natural o cultural.

Este volumen contiene asimismo unas pocas sagas y leyendas regionales, algunas de ellas supuestamente basadas en hechos históricos. Es el caso de los relatos sobre los renegridos diablos del cieno del río Rupel en Flandes, las damiselas blancas de las ciénagas, los asesinos Eldert y Brandert de Drenthe, en los Países Bajos, y la heroína Anna de Ámsterdam.

El mismo tema o motivo puede interpretarse de forma distinta dependiendo del género. Por ejemplo, el personaje del lobo como devorador de mujeres varía según se trate de un cuento de hadas o una saga.

Es más, abundan las narraciones que presentan rasgos propios de más de un género narrativo.

Lost in translation?

Cada vez que escucho las grabaciones de los relatos, con un bolígrafo en ristre, comprendo muy a mi pesar lo que pierdo al transcribirlas. Noto cómo se escurre por entre mis dedos algo que jamás se puede plasmar sobre el papel: los olores y los colores de una aldea o una casa, el sonido singular de una voz, la mimética y los gestos, el contacto visual y el juego de preguntas y respuestas. Viéndolo en perspectiva, los momentos narrativos espontáneos solían ser los más impactantes. No siempre los registré con la grabadora: a veces estaba tan embelesada por el narrador o la narradora que solo podía escuchar.

En mis narraciones intento mantenerme fiel al relato original. No he tratado de embellecer el estilo ni de colmar lagunas narrativas, añadir u omitir repeticiones, sustituir un final triste por uno más alegre, limar asperezas o suavizar detalles eróticos y más o menos atrevidos. Me he limitado a abreviar digresiones excesivamente largas sobre paisajes así como enumeraciones de cientos de animales y plantas. Si bien no pretendo emular todas las cualidades inherentes a la versión oral original, he hecho lo posible por no perder su carácter propio en el proceso de redacción. He obrado con mucha cautela al anotar los pasajes más sugerentes,

cerciorándome de no explicitar demasiado aquello que se hallaba encubierto y de no servirme de formulaciones transparentes para reflejar fragmentos velados, precisamente porque una narración sugestiva cede la última palabra al lector o al oyente.

Grabar cuentos, trasplantarlos, plasmarlos sobre el papel respetando la voz narrativa original y luego entregarlos a un público nuevo... Puede parecer fácil, pero no lo es en absoluto. Cuánto se pierde por el camino, cuántas dudas quedan sin resolver. ¿Es lícito arrancar estos cuentos del hábitat en que florecen? ¿Salen vivos de la exportación del desierto rojo y la selva amazónica y la importación a otro país y a otra cultura? ¿Qué es lo que queda de las imágenes y los rasgos estilísticos primigenios o de las capas narrativas más profundas tras el *jet lag*?

Exportación e importación

He hecho sonar estas voces procedentes de otros mundos en conferencias pronunciadas en Flandes y los Países Bajos, y también en seminarios organizados en institutos de enseñanza media, causando asombro, conmoción, indignación moral y revuelo. A la inversa, he contado en tierras lejanas los relatos flamencos de mi infancia a narradores y narradoras ávidos por intercambiar historias y a los alumnos de los centros educativos donde di clase como profesora invitada. En los talleres de escritura creativa que imparto a los jóvenes siempre utilizo cuentos populares, porque la oralidad constituye una fuente de información imprescindible sobre la materia de la que están hechos los cuentos y sobre la manera en que construimos los argumentos narrativos, así como sobre el origen y las herramientas, las raíces y los instrumentos de la literatura. Mis informantes no habrán seguido ningún curso de escritura de guiones, pero llevan el arte de la narración en las venas.

Sea como fuere, la experiencia me ha demostrado que estos cuentos «funcionan» en espacios muy distintos a aquellos para los cuales han sido concebidos originalmente, aunque el nuevo público no los escuche, lea, comprenda o viva de la misma manera. Si bien es cierto que muchas de las narraciones aquí recopiladas suscitan más preguntas que respuestas y pueden dar lugar a interpretaciones enfrentadas, son capaces de fascinar y de unir a la gente. ¿Acaso no pueden las imágenes y los símbolos transformarse cuando traspasan las fronteras y viajan a través del tiempo y el espacio de un grupo humano a otro y suscitar emociones e ideas distintas nacidas de diferentes formas de convivir y de pensar?

Sobrevivir

No pocos grupos humanos anhelan que sus relatos se trasladen y resuenen en otros lugares del mundo para dar a conocer sus dotes narrativas, su singularidad y su deseo de que esta persista. Sin embargo, ese sueño se ve amenazado por la realidad. En todo el planeta están en el punto de mira –y con razón– las catástrofes medioambientales que puede ocasionar la pérdida de diversidad biológica. Del mismo modo, se producirá un verdadero desastre cultural si llega a peligrar la diversidad narrativa. No en vano la Unesco ha hecho un llamamiento para que se preste la debida atención a este problema, completando la lista de monumentos y paisajes declarados Patrimonio Mundial con una relación de obras maestras del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad, al que pertenecen las tradiciones narrativas y los ritos. Dado que este patrimonio intangible resulta especialmente vulnerable, merece ser preservado con extremo cuidado para las siguientes generaciones.

Espero que esta compilación ayude a garantizar la supervivencia de una serie de cuentos valiosos haciéndolos viajar por el espacio y el tiempo, más allá de culturas y generaciones.

Fuentes y contexto

África

Las versiones de «La bella muchacha en lo alto del árbol» y de «¡Toca el tambor con delicadeza, tamborilero!» que se recogen en estas páginas están basadas en los relatos que Samira A. me contó en abril de 2009 en Amberes. Samira recuerda con gran nitidez cómo su abuela, originaria del norte de Marruecos, narraba a sus nietos historias en árabe cuando acudía de visita a Bélgica. Aquellos cuentos apasionantes se le quedaron grabados en la memoria, y ahora se empeña en transmitirlos a sus propios hijos y a sus alumnos. Varios elementos de estos dos relatos aparecen en otras narraciones árabes y bereberes que siguen contándose en Marruecos hoy en día y que llegaron desde allí a otras tierras.

A finales de octubre de 2008 registré una docena de historias orales de los tuaregs del sur de Argelia. En Djanet, Bessou, una mujer de ochenta y ocho años que se crio en el desierto me relató en lengua tamasheq los cuentos de su infancia. El profesor Kamal los tradujo al francés y posteriormente los utilizó en sus clases para contribuir a que la cultura y la riqueza narrativa de los tuaregs se transmitan a las generaciones siguientes. Algunos motivos de «Jedjiga, más bella que la luna» recuerdan a «Blancanieves» y también a otros relatos del norte de África que de allí viajaron a Europa.

En las postrimerías de 2001, la Research Society for Children's Literature de Sudáfrica me invitó a pronunciar una conferencia sobre el papel positivo que pueden desempeñar los relatos en el crecimiento de los jóvenes: «The Midwife's Tale: How Ritual Storytelling Can Promote Change and Renewal in Individuals and Groups». Hice alusión a historias populares que giran alrededor de la figura de la muchacha exigente, el animal como esposo, la creación del hombre y de la mujer... Como suele suceder con los cuentos orales, mi conferencia desató una reacción en cadena. Por la noche, en torno al fuego, surgieron otros relatos sobre los mismos motivos. La versión aquí recogida de «La muchacha que rechazó a todos los jóvenes para casarse con un león» se basa en un relato de los tucolores de Senegal, tal y como me lo narró Yasata Jallo. La versión francesa, editada por Gérard Meyer, aparece en *Paroles du soir, contes Toucouleurs*. También la incluyen

Veronika Görög-Karady y Christiane Seydou en *La fille difficile, un conte-type africain*.

«De cómo la hermana pequeña logró salvar a la hermana mayor de la pitón» sigue la versión bambara que Veronika Görög-Karady y Gérard Meyer recogen en *Images féminines dans les contes africains*. Le agradezco a Veronika Görög-Karady sus consejos y su consentimiento para la incorporación del cuento a esta antología. Aparece asimismo como «Conte Bambara Ba» en *La fille difficile, un conte-type africain*.

En julio de 2004 visité el Basotho Cultural Village, en la frontera entre Sudáfrica y Lesoto. Los basotos tienen fama de ser excelentes narradores. Ellos mismos me remitieron al fiel reflejo de sus historias orales que E. Jacottet publicó hace un siglo. «Maliane y la serpiente gigante» recoge mi versión del relato que incluyó Jacottet en *The Treasury of Basuto Lore*. Hoy en día siguen circulando por la región múltiples variantes, y la serpiente gigante erigida en pretendiente constituye un tema narrativo panafricano que recorre todo el continente.

En septiembre de 2006 acudí a un pequeño asentamiento san en el desierto del Kalahari. David me mostró cómo su pueblo cuenta historias con ayuda de huesitos de animal en los que graban a fuego motivos relacionados con los elementos clave del relato. «De cómo los hombres y las mujeres aprendieron a hacer el amor» se basa en la versión de David.

En 1982, mientras estudiaba Antropología, me topé por vez primera con el relato «De cómo el creador averiguó a quién le gusta más el sexo», en versión impresa. Mi cuento se basa en el que figura en *Toi et le ciel, Vous et la Terre. Contes paillards tem du Togo*, de Zakari Tchagbale y Suzanne Lallemand. Doy las gracias a la antropóloga francesa Suzanne Lallemand por haberme permitido tomar como punto de partida su versión, que lleva por título «Conte Kotokoli du Togo sur les feuilles crissantes».

Los relatos sobre cómo los órganos sexuales del hombre y de la mujer adoptaron su forma y lugar definitivos gozan de gran popularidad en África. «Cuando los penes crecían en los árboles» sigue la versión que en 1974 contó Koabenan Daté Anatole, un narrador agni-bona de Costa de Marfil, tal y como figura en *À table avec les vieux. Recueil de contes agni-bona*, de Jean-Paul Eschlimann y Silvano Galli.

«De cómo las vaginas acabaron en su sitio» se basa en una versión del pueblo fon de Benín que aparece en *La Géomancie à l'ancienne Côte des Esclaves*, de Bernard Maupoil. El personaje de Legba, al que se suele representar con el pene al aire y un par de cuernos, unas veces con aspecto de hombre y otras veces como un trozo de arcilla, pertenece al mundo del vudú. Los dioses del vudú, incluido Legba, navegaron con el pueblo fon hasta el Caribe y América del Sur.

Mi versión de «Enamorada del hombre-caballo» tiene su origen en el cuento que

Beatrice N., natural del Congo, me narró en francés un soleado día de julio de 2009 en un parque de Amberes. Beatrice sigue recordando con cariño las historias que su abuela le contaba en el Congo. La mujer conocía muchos cuentos africanos, al tiempo que leía traducciones francesas de los antiguos mitos griegos. Beatrice N. y yo nos preguntamos si en este relato no se habría producido un encuentro entre un animal africano erigido en prometido y un centauro griego. Decidí incorporarlo a mi antología para ilustrar cómo los cuentos viajan e interfieren unos con otros.

América

En el verano de 1995 visité la reserva de los navajos en Nuevo México, Estados Unidos. Me acompañaba Rik Pinxten. Este profesor de Antropología y Ciencias de la Religión de la Universidad de Gante y autor de diversas publicaciones sobre los navajos llamó mi atención sobre la riqueza de la compleja mitología navaja, muy presente en *Blessing Way*, un ciclo de ritos y cantos ceremoniales en torno a la armonía y la sanación. En aquel viaje entrevisté a Dawn Horse, que por entonces tenía catorce años. Me habló del ritual de crecimiento que había vivido a raíz de su primera menstruación, Kinaaldá, y de los relatos que le habían contado con ese motivo. Durante el rito de Kinaaldá, las niñas siguen las huellas de Changing Woman, Mujer Cambiante, su gran ejemplo, una figura que representa la creatividad, los ciclos y la fertilidad. En «De cómo Mujer Cambiante sangró al decimotercer día, pero no murió» me he guiado por la versión que en su día me relató Dawn Horse. Existen numerosas versiones de la historia del nacimiento y crecimiento de Mujer Cambiante. En algunas, las hermanas White Shell Woman –Mujer de la Concha Blanca– y Changing Woman –Mujer Cambiante– se crían juntas. Después de ser fecundadas, la primera por el sol y la segunda por el agua, dan a luz a dos gemelos. Según le explicaron a Dawn Horse, el cuento describe cómo nació el rito de Kinaaldá y cómo hay que seguir llevándolo a cabo. Cuando le pregunté por la parte del rito de transición que más le había impactado contestó: «*They sang and they told stories, until this flesh was no longer the same. I used to be a big girl, I turned into a little woman*» [Cantaron y contaron cuentos, hasta que esta carne dejó de ser la misma. Era una niña grande y me convertí en una pequeña mujer]. A partir de aquel momento, el lema de mi búsqueda fue «*Stories that could make a woman out of a girl*» [Cuentos que puedan convertir a una niña en mujer].

Según Dawn Horse, Coyote, «*the tricky one*» [el trámoso], no tiene nada que

ver con Changing Woman. Mientras que Mujer Cambiante es todo respeto, equilibrio y armonía, Coyote desquicia el mundo con su egoísmo, codicia, vanidad, desfachatez e irrespetuosidad.

Coyote es un personaje trámoso que engaña y seduce, al tiempo que siembra el pánico y la confusión (lo mismo que el zorro Reinaert de los Países Bajos, Anasi o Cuervo). En su condición de figura «irrespetuosa» incita a transgredir fronteras saltándose las normas y las reglas, incluida la prohibición del incesto. Desde esta perspectiva, los cuentos de Coyote encajan en los rituales de crecimiento que giran en torno a la transmisión de valores y normas. La versión de «¡Coyote se casa con su propia hija!» que se recoge en estas páginas está en línea con la que James Teit anotó a finales del siglo xix durante su visita a los indios okanagones y con la que Franz Boas, uno de los fundadores de la antropología cultural, publicó en *Folk-Tales of Salishan and Sahaptin Tribes*. Este último autor recopiló, con la ayuda de Teit entre otros, gran cantidad de relatos entre los indios del noroeste de Estados Unidos y Canadá. Este cuento en particular, en el que Coyote seduce a su propia hija en un acto incestuoso, aparece en diversas comunidades indias, tanto en el sur como en el noroeste de Estados Unidos.

El relato de «La muchacha que contrajo matrimonio con Cuervo» también enlaza con la versión decimónica que James Teit recabó entre los indios ntlakyapamukes o thompson, y figura asimismo en la obra arriba mencionada de Franz Boas.

En julio de 2006 acudí a Puerto España, capital de Trinidad y Tobago, para asistir a un congreso acerca de cómo los cuentos orales viajaron con los esclavos de África al Caribe y se perpetuaron en esas tierras. Fue allí donde expuse por primera vez un esbozo de este libro. Isidore Okpewho, especialista en cuentos orales africanos, me animó: «La mayoría de los investigadores se olvidan de los jóvenes. Estos relatos deben viajar en el tiempo y en el espacio. Trata de tender un puente». Entre conferencia y conferencia salí en busca de cuentos locales. El relato que lleva por título «De cómo Maman Dlo secuestró a la bella Ti Marie» me lo contó de improviso una vendedora de frutas que tenía un puestecillo en la carretera que conduce de Puerto España a Blanchisseuse. Al ver cómo yo saboreaba sus trozos de piña fuertemente especiada hasta que se me saltaron las lágrimas me dijo entre risas: «*Spicey kiss, comme Maman Dlo*» [Beso especiado, como Maman Dlo]. Maman Dlo o Maman de l'Eau [mamá del agua] está presente en muchos cuentos admonitorios de la región.

En enero de 2007 impartí un curso de redacción creativa en el marco del programa de formación de profesores de la Universidad de Paramaribo, Surinam. En mis talleres traté de aprovechar al máximo la rica tradición oral de aquel abigarrado país arcoíris. Después, volé hasta el corazón de la selva amazónica. En Palumeu grabé relatos de los indios tríos y wayanas, siguiendo las sugerencias del

profesor neerlandés Cees Koelewijn, que trabajó durante años con los tríos y publicó una impresionante recopilación de cuentos del chamán Tëmeta Wetaru. «De cómo Aminao encontró a su esposo en la selva» recoge a grandes rasgos la versión que me narró la profesora Munikë a partir de lo que le contaron su padre y su abuelo.

De Palumeu volé a Kajana, un pueblo saramaka junto al Gran Río. En la escuela de esta pequeña localidad enseñé cómo se construyen los relatos, basándome en el tesoro narrativo local. En mi tiempo libre salía a grabar cuentos. Radio Kajana emitió algunos y a raíz de aquella emisión fueron apareciendo otros. Los vecinos llamaban a la puerta de Radio Kajana –alojada en una sencilla estructura prefabricada– y lanzaban sus historias a las ondas. Kajana es un pedazo de África en medio de la selva amazónica. Sus orígenes se remontan a los esclavos del África Central y Occidental que huyeron de las plantaciones de Surinam y se asentaron en aldeas en plena jungla. Estos grupos afrosurinameses –también conocidos como cimarrones– son muy conscientes de sus raíces africanas. Los cuentos orales, traídos en su día por los esclavos, migraron más tarde de Surinam a los Países Bajos, donde reside una dinámica comunidad afrosurinamesa. Mi versión de «Anasi traiciona a Jejeta» y «Secuestrada por la serpiente gigante» parte de lo que me contaron Celestina, Etty, Carla, Sita, Anki y Frits en Kajana. Quisiera manifestar mi agradecimiento a Hillary de Bruin, del Departamento de Estudios Culturales del Ministerio de Educación y Cultura de Paramaribo, y a Michiel van Kempen, catedrático de Literatura de las Indias Orientales de la Universidad de Ámsterdam, por sus sugerencias con respecto a mi labor de investigación.

En noviembre de 2007 tuve la oportunidad de asistir en Enepu, Brasil, a la Fiesta de la Niña Nueva con la que los indios ticunas celebran la primera menstruación. Aquella visita me permitió grabar los cuentos que se relatan con motivo de este ritual de crecimiento. Mi versión de «Sobre el origen de las manchas de la luna» está basada en lo que me contestó el jefe de la aldea, Pedro Inácio Pinheiro Ngematüü, al preguntarle: «¿Te sabes la historia del origen de las manchas de la luna?». Durante mis estudios de Antropología, leí varias versiones de este relato en las *Mitológicas* de Claude Lévi-Strauss.

El relato «El delfín rosado persigue a la muchacha ensangrentada» nace de la versión que me narró Jordão, el suegro de Pedro Inácio Pinheiro. En toda Sudamérica se cuentan historias sobre el delfín rosado del Amazonas, también conocido como Boto. Unas veces el protagonista seductor es un delfín macho y otras un delfín hembra. En Laetitia, Colombia, grabé una versión romántica de estas historias que sentó las bases de un álbum, ilustrado por Jan Bosschaert, que lleva por título *Boto*. En esta recopilación incluyo una versión menos amable.

«La joven de la fruta *umari*» recoge un fragmento muy popular de la creación del mundo tal y como la relatan los ticunas. Está presente en las canciones y los

cuentos que acompañan al rito de iniciación. Le estoy muy agradecida a Daniel de Vos, quien me introdujo en la comunidad de los ticunas y actuó como intérprete.

En 1982 y 1983, mientras estudiaba Antropología, quedé embelesada por *Mitológicas*, la obra básica en cuatro tomos que Claude Lévi-Strauss dedicó a los mitos y los cuentos. Contiene varios relatos procedentes del norte y del sur de América que explican el origen de la menstruación. En ellos se basa «Por qué las niñas y las mujeres sangran cada mes», un cuento de los indios piaroas que viven a orillas del Orinoco en Venezuela.

Mi versión de «Al paso de la luna fluye la sangre» parte del relato que el paleontólogo y etnógrafo francés Marc de Civrieux recogió en los años cincuenta del siglo xx durante su estancia con los indios makiritares, en el Alto Orinoco, Venezuela. Lo incluyó en *Watunna: mitología makiritare*, un ciclo de cuentos centrado en la creación. «Watunna» significa recuerdo de los orígenes, tradición mitológica a la vez que rito de iniciación. Quisiera expresar mi más sincero reconocimiento a David Guss, catedrático de Antropología de Tufts University, quien llevó a cabo una traducción comentada de este libro al inglés (*An Orinoco Creation Cycle*) y me dio autorización para recrear su traducción. Gracias también a Henk van der Wijngaart, experto en cultura makiritare, por sus valiosas sugerencias.

Asia

El relato que lleva por título «Tres hermanas valientes y una abuela lobo» lo escuché por primera vez cuando mi tío abuelo Louis Morel regresó a Bélgica tras permanecer un cuarto de siglo en China, dedicado a la obra misionera. De pequeña, me embelesaban su mitra púrpura, así como los jarros y las historias que trajo de aquellas tierras lejanas. Para mi asombro, en China también se narraba el cuento de un lobo que, disfrazado de abuela, trataba de devorar a las niñas. De este relato existen numerosas versiones, y en algunas aparecen unos hermanos pequeños varones que sobreviven gracias a la hermana mayor. Aún hoy lo cuentan los hanes de China y sus congéneres afincados en Bélgica y los Países Bajos. Hasta los frutos del gingo, el árbol de los cuarenta escudos, viajaron con ellos a «nuestros» supermercados chinos. Sirven para combatir los achaques de la vejez y... el miedo.

Descubrí a Savitri en el verano de 1998, en Mahabalipuram (Tamil Nadu, India), la Ciudad de los Templos en la que abundan los bajorrelieves que representan episodios del *Mahábhárata*. Savitri continúa siendo uno de los motivos favoritos

de los escultores locales. La primera versión íntegra del *Mahábhárata* data de en torno al año 350 d. C. y se redactó en sánscrito. Es una epopeya que reúne gran diversidad de relatos, mitos, parábolas filosóficas e historias de amor, entre ellas la de Savitri y Satyavan. Antes de quedar por escrito, muchos de estos cuentos circulaban en versión oral. En la actualidad, los mayores siguen contando la historia de Savitri a los jóvenes. Todavía hoy las mujeres indias celebran rituales en los que ofrecen dones a la sombra de un baniano y en los que piden lo que pidió Savitri. También las mujeres de origen indio residentes en el extranjero le tienen mucho cariño a este relato. Suelen tener estatuillas o estampas que representan a Savitri. Es un motivo que reaparece una y otra vez en la literatura, el cómic, el cine, la música y el baile. En el verano de 2009 escuché la historia de Savitri en boca de Bala V., en Amberes. Insistió en que sigue siendo una figura muy importante para las niñas y las mujeres indias.

En casa de Bala, Radha y Krishna ocupaban un lugar central. Había láminas en las que ambos intercambiaban una mirada llena de amor, y en otras se veía a Krishna retozando con las pastorcillas. Según me contó Bala, muchas niñas y mujeres indias están realmente enamoradas de Krishna. Aún hoy en día se cuentan las aventuras del dios juguetón con las *gopis* o pastorcillas, entre las cuales Radha goza de su preferencia. Todos estos relatos pertenecen a la memoria colectiva. Las escenas más famosas de la vida de Krishna se retoman en cuadros y esculturas, en obras literarias, en el baile, el cómic y las películas de Bollywood. Mi versión parte de dos importantes fuentes escritas basadas en la oralidad: el décimo libro del *Bhagavata Purana*, también conocido como la Biblia de Krishna, que data probablemente del siglo ix, y el *Gita Govinda*, del siglo xii, en el que Jayadeva alaba el amor entre Radha y Krishna en unos cantos poéticos. Los cánticos y las danzas del *Gita Govinda* continúan desempeñando un papel destacado en el culto popular a la divinidad. En 1998, cuando visité el templo de Tiruchirapalli, me encontré con que Krishna estaba por todas partes. Compré un pequeño cuadro con marco dorado en el que toca la flauta, en solitario, al menos de momento. «*Gopis will soon come!*», me aseguró el vendedor.

En «De cómo la hija pequeña del rey logró sacar la serpiente al príncipe» recreo un cuento del *Panchatantra*, una obra voluminosa compuesta por cinco tomos que se remonta a la rica tradición oral india y que, con toda probabilidad, data de los primeros siglos de nuestra era. Más tarde, la versión original, anotada en sánscrito, se tradujo a otros muchos idiomas, entre ellos varias lenguas europeas. El legado narrativo europeo se ha beneficiado de la influencia y la riqueza de buena parte de los relatos recogidos en esta obra.

En todo el mundo, y en la India más que en ningún otro lugar, el motivo del novio serpiente goza de enorme popularidad. Aunque es un elemento que aparece en el *Panchatantra*, mi versión del relato enlaza con una de las variantes que Verrier

Elwin registró durante el trabajo de campo que llevó a cabo en la India entre 1930 y 1950 y que lleva por título *When the World was Young*.

Elwin publicó asimismo un conocido estudio sobre los murias y su *ghotul*, una habitación colectiva en la que los jóvenes solteros de ambos sexos pueden experimentar con las relaciones sexuales antes de elegir una pareja para toda la vida: *The Muria and Their Ghotul*. En «De por qué a la mujer le atrae más el sexo» recreo uno de los cuentos orales reunidos en ese estudio.

«No comas espinacas rojas» y «De cómo la mujer y la elefanta intercambiaron dientes y pechos» retoman sendas historias que Elwin incluyó en *Primitive Ideas of Menstruation and the Climacteric in the East Central Provinces of India*. No puedo por menos que manifestar mi más sincera gratitud a Bala V. por su entusiasmo narrativo, a los grandes conocedores de la India Jan van Alphen, del Palacio de Bellas Artes de Bruselas, Chris de Lauwer, del museo MAS de Amberes, y a Eddy Moerloose y Sophie Vanonckelen, del Departamento de Lenguas y Culturas del Sudeste Asiático de la Universidad de Gante, por haberme guiado en mi búsqueda de cuentos populares de Asia.

«Wigan y Bugan pueblan el mundo» constituye un clásico de la narrativa popular filipina. Corazón Alvina, directora del Museo Nacional de Filipinas, subrayó la importancia y la relevancia de este relato. Mi versión se basa en la que Henry Otley Beyer incluyó a comienzos del siglo xx en *Origin Myths among the Mountain Peoples of the Philippines*. Beyer compiló una más que nutrida serie de 150 tomos en los que se recogen las lenguas, las tradiciones y los cuentos populares de Filipinas: *The Philippine Ethnographic Series*. En el país continúan circulando numerosas variantes de esta historia que acompañó a los emigrantes en su viaje a otros destinos. Le agradezco a la doctora Corazón Alvina sus valiosas sugerencias.

«La novia que fue devorada en su noche de bodas» parte de la versión que Algernon Bertram Freeman-Mitford recoge en *Tales of Old Japan*. Buena parte de los motivos propios de la narrativa popular japonesa, entre ellos el de la muchacha engullida por un demonio, se han abierto camino en el mundo del manga, el cine y los videojuegos.

En «La vagina dentada» sigo la versión que el escritor neerlandés Hans C. ten Berge publicó en 1984 en *De mannenschrik. Over het motief van de verslindende vrouw in literatuur en mythe* [El terror de los hombres: acerca del motivo de la mujer devoradora en la literatura y el mito]. Por aquellas fechas, terminados mis estudios de Antropología y habiendo dado a luz por primera vez, me enfrasqué en la lectura de esa intrigante obra. La historia de los chukchis de Siberia quedó grabada en mi memoria para siempre, igual que muchos otros cuentos orales del lejano norte, recopilados y publicados por Ten Berge en la década de los setenta. El galardonado autor neerlandés retoma los mismos motivos en sus poemas, novelas y relatos. Recientemente ha salido a la calle una antología de textos suyos que lleva

por título *Voorbeeldige vertellingen en hun versluierde betekenis* [Narraciones ejemplares de significado encubierto]. Doy las gracias a Hans C. ten Berge por haberme autorizado a recrear y recoger en estas páginas la historia de la vagina dentada. Esta temática surge con frecuencia en la India, Oceanía, América del Norte y del Sur y las tierras polares, por donde también circulan cuentos sobre penes dentados o provistos de espinas o ganchos.

Europa

En el pueblo donde me crie, Niel, a orillas del Rupel, en Flandes, las personas mayores solían contar historias de niñas demasiado curiosas caídas en manos de los renegridos diablos del cieno u otros seres horripilantes que poblaban el fango del río. Mi padre, August de Sterck (1904-2003), sentado en su sillón de cuentacuentos, nos hablaba a diario de tiempos remotos, personajes locales excéntricos y lugares por los que los niños no debían aventurarse. En casa no había muchos libros, pero sobraban narradores. De pequeña mendigaba cuentos, los absorbía, y muy pronto volvía a contarlos en el patio del colegio, entre ellos el relato «De cómo el renegrido diablo del cieno se llevó a Trineke».

Si la región del Rupel fue el biotopo de mi infancia, mi adolescencia se desarrolló en buena parte en un paraje natural conocido como el Brezal de Kalmthout, zona fronteriza entre Bélgica y los Países Bajos. Allí abundaban las historias de brujas, fuegos fatuos, damiselas blancas y hadas mimosas que revoloteaban por las ciénagas, lagunas y arenas movedizas. A comienzos de los años setenta asistí en Essen a una velada en la que Alfons Tireliren, maestro, especialista en historia local y fundador del Karrenmuseum, nos deleitó con sus cuentos populares. La buhardilla del bar De Kiekenhoeve se hallaba iluminada con velas y estaba impregnada por el olor de las hierbas que Tireliren mezclaba en su brebaje de brujas. Tras la velada en el bar, ya de noche, nuestro anfitrión nos llevó de paseo por el brezal, donde nos hizo partícipes de varios relatos asociados a lugares específicos. Mi versión personal de «De por qué las hadas mimosas son incapaces de dejar en paz a los hombres» se basa en las variantes que había oído contar en mi adolescencia. Todavía hoy circulan por la zona diversas versiones, y en algunas los hombres no sobreviven a su aventura con las mujeres blancas.

El 1 de julio de 2009 fui a ver al gran conocedor del folclore valón Roger Pinon, que por entonces tenía ochenta y nueve años. Este folclorista llegó a reunir una imponente biblioteca de cuentos populares. Después de intercambiar ideas sobre

una serie de motivos recurrentes en los relatos populares valones me decanté por «El gran lobo gris y la hija pequeña del rey». Mi relato parte de aquella conversación, así como de la versión narrada por M. Titeux de Saint-Hubert, y publicada por Auguste Vierset en 1892. Esta historia de la bella y la bestia circula también por otras regiones del sur de Bélgica y del norte de Francia. Resulta interesante destacar que guarda un gran parecido con el cuento popular frisón sobre el lobo blanco que Ype Poortinga recogió en sus cuentos populares de Frisia. Doy las gracias a Roger Pinon, Marc Lamboray y Françoise Lempereur por la ayuda que me prestaron en mis pesquisas valonas.

De adolescente me contaron historias de mujeres blancas y asesinos de niñas en las noches de los campamentos organizados por la Asociación de Juventud Neerlandesa para el Estudio de la Naturaleza. «De cómo unos asesinos pasaron a mejor vida gracias a una niña» se basa en el cuento de Eldert y Brandert tal y como lo incluyó Gerrit Jacob Boekenoogen en 1894 en su obra *Nederlandse sprookjes en vertelsels* [Relatos y cuentos de los Países Bajos]. Boekenoogen es uno de los primeros compiladores neerlandeses de cuentos populares. Hay quien se refiere a él como el Grimm de los Países Bajos. Después de hacer un llamamiento en periódicos y revistas recibió cuentos populares procedentes de la tradición oral de todo el país.

«Anna decapita a los ladrones» se basa en la versión que M. A. Ferwerda, de Ámsterdam, facilitó en 1892 a Boekenoogen. Tanto esta historia como la anterior forman parte de la colección de cuentos populares de los Países Bajos del Meertens Instituut, que contiene más de 40.000 relatos (www.verhalenbank.nl). Los cuentos populares de la colección de Boekenoogen, que en la actualidad obra en poder del Meertens Instituut, también han sido publicados en *Vertelcultuur in Nederland* [La cultura de la narración en los Países Bajos], de Theo Meder y Cor Hendriks. Quisiera manifestar mi agradecimiento a Theo Meder, investigador versado en cuentos populares del Meertens Instituut, por haberme asesorado y haberme autorizado a incluir ambos relatos.

«¡Ten cuidado con los mendigos y los vagabundos que secuestran a las niñas y las cortan en pedazos!», me decían a menudo en mi infancia. El motivo del asesino de mujeres aparece en un buen número de cuentos populares. Al devorar los *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm* y leer «El pájaro del brujo» reconocí muchos elementos. Mi versión de «La hija pequeña le gana la partida al descuartizador de mujeres» se basa en la versión de los Grimm. Más tarde leí «Barba azul», de Perrault, donde la muchacha logra escapar disfrazada de cisne, y «Het lied van Heer Halewijn» [La canción del señor Halewijn].

De pequeña, el cuento de Caperucita de Grimm, en el que el cazador libera a la niña y a la abuela, me decepcionó. Resultaba mucho más apasionante la versión de Perrault, que tenía un desenlace trágico. Fascinada, me quedaba mirando el

grabado de Gustave Doré en el que Caperucita contempla embelesada al lobo con el que comparte las sábanas. «La abuela, la madre, la hija y el lobo» es una versión libre que tiene su origen en unas fuentes francesas antiguas: *Contes du Nivernais et du Morvan* y *Conte tourangeau*.

En 1973 estudié Literatura en Gante, donde Alex Bolckmans nos hizo ver hasta qué punto la tradición oral había dejado su impronta en el *Pentamerón*, de Giambattista Basile (1575-1632). En una librería de segunda mano compré *Italiaansche volkssprookjes, bewerkt naar de Pentamerone door Rien Valkhoff* [Cuentos populares italianos adaptados del *Pentamerón* por Rien Valkhoff], y me enfrasqué en la lectura de los relatos que se cuentan diez ancianas a lo largo de cinco días. Cuánto se diferenciaba el cuento de Sol, Luna y Talía (quinto día, quinto relato) de las versiones de la Bella Durmiente que me eran conocidas. «Talía se despierta, pero no gracias a un beso» se basa en el texto recogido en aquella edición. Hasta hoy se narran en el sur de Europa cuentos populares sobre bellas durmientes que se despiertan dando a luz o dando el pecho a sus hijos. Theo Meder compara diferentes versiones de la Bella Durmiente en su artículo que lleva por título «Doornroosje» [La Bella Durmiente].

El 30 de abril de 2009 hice de guía al experto estadounidense en cuentos populares Jack Zipes en la exposición sobre los indios ticunas que se organizó en Amberes. Le relaté los cuentos orales que había grabado en noviembre de 2007 en la selva amazónica. A cambio, él me contó los relatos de Giuseppe Pitrè que acababa de traducir. Hace un siglo, el médico Pitrè viajó por Sicilia recopilando cuentos, canciones, adivinanzas y refranes. Entre 1871 y 1914 publicó 25 tomos de cuentos orales, dejándolos prácticamente sin pulir, a diferencia de los hermanos Grimm. En «Serpiente diurna, hombre nocturno» y «Pilusedda, envuelta en harapos» sigo las versiones que Agatuzza Messia contó hace más de cien años a Pitrè en Palermo y que están incluidas en *The Collected Sicilian Folk and Fairy Tales of Giuseppe Pitrè*. Mi más sincero reconocimiento a Jack Zipes por su entusiasta apoyo durante todo el proyecto y por haberme dado permiso para adaptar y recoger estos dos relatos de su traducción.

El 24 de junio de 2009 Florinela P. me contó en una estación de tren de Bruselas su cuento favorito de cuando era una niña: «La princesa que se casó con un cerdo». Su madre le contó tantas veces esta popular historia rumana que se le quedó grabada en la memoria. Petre Ispirescu, impresor y escritor rumano que entre 1860 y 1886 publicó diversas recopilaciones de cuentos populares, dejó una temprana versión escrita de este relato.

«Enamorada del toro azul» sigue la versión de este célebre cuento popular portugués que me relató la maestra Ilda C. el 15 de julio de 2009 en Évora. El Alentejo, y muy en especial los alrededores de Évora, tiene fama de ser una región de narradores. De pequeña, Ilda adoraba los cuentos que le contaba su tía, entre

ellos la historia del toro azul. El padre de Ilda poseía un baúl secreto lleno de libros que por entonces estaban prohibidos en Portugal. Uno de ellos era *Las mil y una noches*. Todavía hoy Ilda recuerda la sensación que se apoderaba de ella cuando su padre le daba permiso para sacar un libro prohibido de aquel baúl. Ilda se empeña en transmitir su amor por los cuentos a sus alumnos de siete años. Naomi Thys actuó como intérprete y traductora.

Otro gran compilador de cuentos populares al que conocí en las clases de literatura universal siendo yo una joven estudiante era Alexandre Afanásiev. En los años 1855-1863, este Grimm ruso publicó una inmensa colección de cuentos populares. «Marusia y su vampiro» enlaza con la versión que Afanásiev recoge en *Russian Fairy Tales*.

«De cómo la atemorizada novia se quedó prendada de lo que tanto había temido» se basa en la variante que aparece en *Russian Secret Tales: Bawdy Folktales of Old Russia*, también de Afanásiev. El motivo de la atemorizada novia que al final disfruta a rabiar del sexo está presente en canciones, chistes y cuentos de todo el mundo. Recojo varios ejemplos en mi colección *En rijen is plezant. 69 vuile Vlaamse volkse liedjes* [Arre, arre, caballito. 69 canciones populares flamencas soeces], con la que pretendo instruir y entretenir a jóvenes y mayores.

Oceanía

Mi versión de «De cómo Hinemoa nadó hasta reunirse con Tutanekai» y de «Entre las piernas de la mujer de la noche» parte de los relatos que el artista maorí George Nuku me contó a finales de junio de 2009 en Amberes en respuesta a mi pregunta: «¿Qué cuentos maoríes pueden convertir a una niña en mujer?». Nuku es un inspirado artista y un adalid de la cultura que crea tanto pequeños amuletos como esculturas de varios metros de altura en materiales tradicionales y modernos. Todavía hoy ambos relatos se cuentan entre los maoríes de Nueva Zelanda. Además, viajaron a Londres y a otros lugares con presencia maorí. La historia de Hinemoa y Tutanekai se narra o se canta en las ceremonias nupciales. La escena del segundo relato maorí, en el que Maui trata de meterse en el cuerpo de la mujer de la noche, aparece representada en obras de arte y en las puertas de algunas casas de encuentro de Nueva Zelanda. Doy las gracias a George Nuku y a su esposa, la antropóloga Maia Jessop, por su asesoramiento a la hora de elegir y desarrollar ambos relatos.

Pasé los meses de agosto y septiembre de 2009 en Yuendumu, un asentamiento

aborigen en el desierto de Tanami, a 300 kilómetros de Alice Springs en dirección noroeste, en el Territorio del Norte de Australia. En el asentamiento viven unos mil aborígenes de habla warlpiri. Para ellos, el Tiempo del Ensueño, Jukurpa, no ha terminado. Sus principales preceptos sociales y morales están encerrados en los relatos del Ensueño que expresan quiénes son y cómo viven. Los warlpiris heredan uno o varios relatos, a menudo por línea paterna, a veces por línea paterna y materna. De niños, escuchan esas historias una y otra vez y las ven representadas en la arena, en las rocas, en los cuerpos y en los lienzos. Los niños y los jóvenes ayudan a pintar. Cuando son mayores pueden relatar y pintar los motivos heredados. En los años ochenta del siglo pasado, los ancianos warlpiris de Yuendumu trazaron sus sueños sobre las puertas del colegio, dando origen a un movimiento artístico. En 1985 se fundó la Warlukurlangu Artists Association. Allí entrevisté a una veintena de artistas warlpiris acerca de sus sueños y sobre las diferencias entre los cuentos orales y lo que pintan en la arena, en su cuerpo y en sus lienzos. Hablé con los profesores que se encargan de la cultura y los relatos warlpiris en la escuela de Yuendumu: Wendy Baarda y Diana Edgar. Mi versión de «Amor prohibido» se basa en lo que me contaron Nancy Oldfield y su madre. Nancy Napurrurla Oldfield lleva treinta años dando clase en la escuela del asentamiento y pretende transmitir la cultura y los relatos de los antepasados a las próximas generaciones. Heredó el sueño sobre el amor prohibido de su madre, Ruth Stewart Napaljarri, otra gran artista y adalid de la cultura tradicional. Ambas pintan el sueño sobre lienzo. Nancy y Barbara Napanangka Martin me tradujeron y me relataron en inglés lo que la anciana Ruth me contaba en warlpiri desde su cama. Nancy pintó el sueño para mí y me llevó al desierto para enseñarme la roca roja llamada Ngarlu, así como los otros lugares donde se desarrolla la historia.

Mi versión de «La terrible vieja caníbal» se basa en la historia que me contó en lengua warlpiri Ruth Napaljarri Stewart. Nancy Napurrurla Oldfield y Barbara Napanangka Martin la tradujeron al inglés. Los lugares de la trama pueden verse todavía hoy: allí donde el corazón de la vieja caníbal desapareció en la tierra se encuentra una roca por la que aún merodea su espíritu.

«De cómo un pósum se transformó en una joven bellísima» parte de la versión que me relató en warlpiri y en inglés Tess Napaljarri Ross, una artista que es además una excelente narradora. Cuando Tess era pequeña, su abuela le contaba muchos cuentos. El que más le atraía era el de Pósum, porque le resultaba apasionante. Ahora le encanta contárselo a los demás, sobre todo a su hija, que también pinta. Tess cuenta la historia, pero no la pinta. Pinta sobre todo el sueño de Goanna, que gira también en torno a un amor prohibido. El relato de Pósum se narra también en la escuela.

«La lucha de las serpientes gigantes» es un relato que el antiguo maestro y artista Neville Cobra Japangardi Poulson contó y anotó para los niños del colegio. Pikilyi

es un manantial importante. El entorno es tierra sagrada porque alberga la morada de las serpientes gigantes, consideradas antepasados heroicos. Esta historia de la lucha entre dos serpientes arcoíris machos cuyos cuerpos absorben a todas las mujeres desempeña un papel central en los ritos de iniciación masculinos.

Mi versión de «Las siete hermanas y el varón lujurioso» se basa en fragmentos narrativos que me contaron las hermanas Alma Nungarrayi Granites y Wendy Nungarrayi Brown. Alma me fue hablando mientras pintaba sobre sus grandes lienzos azules una agrupación de siete estrellas perseguidas por una estrella solitaria. A comienzos de septiembre de 2009 asistí, además, a un baile que expresaba este relato en el marco de un festival de arte celebrado en Alice Springs. El motivo es muy popular en toda Australia y existen diversas variantes. Unas veces las hermanas se ahogan en un manantial y sus espíritus ascienden al cielo; otras veces saltan de una roca y se llevan tal susto al caer en la fría agua que salen volando al firmamento. Los propios aborígenes me explicaron que en otros lugares las siete heroínas ancestrales se conocen como las Pléyades y la estrella que las persigue recibe el nombre de Orión. En la mitología griega, Orión persigue a siete ninfas que son hermanas y que finalmente se reúnen en el cielo estrellado. Estoy muy agradecida a Cecilia Alfonso y a Gloria Morales, de la Warlukurlangu Artists Aboriginal Corporation, y a Georges Petitjean, conservador del Aboriginal Art Museum de Utrecht, por su inestimable ayuda antes y durante mi estancia investigadora con los warlpiris.

Si bien los artistas warlpiris con los que hablé conocían el relato de las hermanas wawilak y la serpiente arcoíris, me remitieron a los aborígenes de Arnhemland como verdaderos expertos y dueños de este motivo. Para numerosos grupos de aborígenes de toda Australia, las hermanas wawilak son figuras ancestrales que en sus viajes dieron forma a la tierra y crearon importantes normas y rituales. Muchas pinturas realizadas sobre corteza de árbol, roca y lienzo representan a estas hermanas. Ningún otro relato aborigen ha merecido tanta atención en Occidente. Circulan diversas variantes, tanto escritas como orales. «De cómo la sangre de las hermanas wawilak atrajo a la serpiente arcoíris» parte de dos fuentes escritas muy relevantes: *A Black Civilization. A Study of an Australian Tribe*, de W. Lloyd Warner, y *Kunapipi. A Study of an Australian Aboriginal Religious Cult*, de Ronald Murray Berndt. Llegué a la versión de Warner a través de Claude Lévi-Strauss, que la comenta en *El pensamiento salvaje*. En los ritos de iniciación para varones adolescentes de algunos grupos de aborígenes, entre ellos los yolngúes de Arnhemland, la historia de las hermanas wawilak continúa desempeñando un papel central. La imagen de la serpiente que primero devora y después vomita sus presas alude a la muerte ritual y al renacimiento. La serpiente arcoíris presenta rasgos masculinos, pero al mismo tiempo su cuerpo acoge a los seres humanos, como si de una matriz se tratase.

Donde realmente caí bajo el hechizo de «*the amazing distance*», la sensación de extrañamiento, fue en Papúa Nueva Guinea durante mi visita del verano de 1981. Por entonces llevaba tiempo barajando la posibilidad de estudiar Antropología. A raíz de aquella experiencia decidí matricularme en la carrera, aunque no me iba a resultar nada fácil compaginar los estudios con un trabajo a tiempo completo. Más que nunca anhelaba encontrar un marco donde ubicar lo extraño. Deseaba relacionar el baile de los hombres del fango asaros con sus relatos, conocer la oralidad tras las máscaras de los sepiks y comprender a lo que se refería Theresa en lengua wewak cuando dijo: «No hay comida sin cuento» mientras pelábamos unas piñas sentadas debajo de su palafito.

Para esta recopilación he elegido tres relatos de los asmats, un grupo papú de la provincia indonesia de Papúa Occidental, conocida antiguamente como Irian Jaya. En sentido estricto, estos relatos deberían haberse incluido en el capítulo dedicado a Asia, pero guardan tal parentesco con los cuentos de los papúes de Papúa Nueva Guinea que he preferido catalogarlos como historias de Oceanía. Una red de referencias une los objetos de los asmats con sus rituales y relatos. Pauline van der Zee, conservadora de las colecciones etnográficas de la Universidad de Gante, publicó al respecto *Bisj-palen. Een woud van magische beelden* [Los postes de Bisj. Una selva de imágenes mágicas] y *Art as Contact with Ancestors*. Pauline llamó mi atención sobre las historias de las grandes mujeres asmats: vírgenes, invulnerables, combativas, beligerantes como hombres, hasta que conocen el amor.

Mi versión de «La gran Firfa Taaraot conoce el amor» se basa en la historia contada por Gabriel Juppu, de Desa Atat, anotada en la lengua local del narrador y traducida al inglés por Robert Baudhuin. Fue el lingüista Robert Baudhuin, fallecido prematuramente, quien puso a Van der Zee sobre la pista de la relación entre objetos, rituales y relatos.

«De cómo Bisj cambió a su horrible esposo por su amante» recoge la historia tal y como la narró Yosep Sondowpit en 1996. Kayus Capu y Robert F. Baudhuin la anotaron y la tradujeron en *The Story and the Songs of the Bis Feast*. En este relato, la creación de troncos de árbol esculpidos se asocia a las aventuras de la bella Bisj. Todavía hoy los asmats esculpen postes de Bisj y celebran en torno a ellos un imponente ritual, en el que entonan también las llamadas canciones de Bisj. Ahora más que nunca estos postes ancestrales expresan para los asmats un rasgo de identidad.

A través de Pauline van der Zee conocí la obra inédita del padre Gerard A. Zegwaard: *Mythologische- en Voorouder-Verhalen van de Kamoro* [Cuentos mitológicos y ancestrales de los kamoros]. Mi versión de «Mejor una mujer de verdad que una de bambú» se basa en una historia recogida en esta recopilación.

Agrezco a Van der Zee su valioso asesoramiento en la elección de los relatos de los asmats.

Referencias bibliográficas

Aarne, Antti y Stith Thompson, *The Types of the Folktale: A Classification and Bibliography*, Academia Scientiarum Fennica, Helsinki, 1964.

Afánasiev, Alexandr N., *Erotic Tales of Old Russia. Translated by Yury Perkov*, Scythian Books, Oakland, 1980.

-, *Russian Fairy Tales. Translated by Norbert Guterman. Commentary by Roman Jakobson*, Pantheon Books, Nueva York, 1945.

-, *Russian Secret Tales: Bawdy Folktales of Old Russia.*, Clearfield, Baltimore, 1998.

Basile, Giambattista, *Italiaansche volkssprookjes, bewerkt naar de Pentamerone door Rien Valkhoff*, De Haan, Utrecht, 1948. [Pentamerón: el cuento de los cuentos, trad. de César Palma, Siruela, 2006.]

Berge, Hans C. ten, *Demannenschrik. Over het, motief van de verslindende vrouw in literatuur en mythe*, Ad ten Bosch, Zutphen, 1984.

-, *Voorbeeldige vertellingen en hun versluerde betekenis*, Atlas, Ámsterdam, 2009.

Berndt, Ronald Murray, *Kunapipi: A Study of an Australian Aboriginal Religious Cult*, Cheshire, Melbourne, 1951.

Beyer, Henry Otley, *Origin Myths among the Mountain Peoples of the Philippines*, Philippine Journal of Science, Manila, 1913.

Boas, Franz, *Folk-Tales of Salishan and Sahaptin Tribes*, American Folk-Lore Society, Nueva York, 1917.

Boekenoogen, Gerrit Jacob, «Nederlandse sprookjes en vertelsels», en *Volkskunde*, 17 (1905).

Capu, Kayus, y Robert F. Baudhuin, *The Story and the Songs of the Bis Feast*, The Center for Studies of the Asmat Culture, Agats, Irian Jaya, 1996.

Civrieux, Marc de, *Watunna, Mitología Makiritare*, Monte Ávila, Caracas, 1992 [1970].

-, y **David Guss**, *Watunna: An Orinoco Creation Cyde*, University of Texas Press, Austin, 1997.

Dekker, Ton, Theo Meder y Jurjen van der Kooi, *Van Aladdin tot Zwaan kleef aan. Lexicon van sprookjes: ontstaan, ontwikkeling, variaties*, SUN, Nimega, 1997.

Elwin, Verrier, *The Muria and Their Ghotul*, Oxford University Press, Londres, 1947.

-, «Primitive Ideas of Menstruation and the Climacteric in the East Central Provinces of India», en *Essays in Anthropology Presented to Rai Bahadur Sarat Chandra Roy*, J. P. Mills e. a., Maxwell, Lucknow, 1941.

-, *When the World Was Young*, National Book Trust, Nueva Delhi, 1961.

Eschlimann, Jean-Paul, y Silvano Galli, *À table avec les vieux. Recueil de contes Agni-Bona*, s. l., 1976.

Estes, Clarissa Pinkola, *Women Who Run with the Wolves*, Ballantine Books, Nueva York, 1992.

Franz, Marie-Louise von, *De vrouw in het sprookje*, Lemniscaat, Róterdam, 1980.

Freeman-Mitford, Algernon Bertram, *Tales of Old Japan*, Macmillan, Londres, 1871.

Gell, Alfred, *Metamorphosis of the Cassowaries: Umeda Society, Language and Ritual*, Berg Publishers,

Londres, 1975.

Görög-Karady, Veronika, y Gérard Meyer, *Images féminines dans les contes africains*, CILF/Edicef, París, 1988.

-, y **Christiane Seydou**, *La fille difficile. Un conte-type africain*, CNRS, París, 2001.

Grimm, Jacob, y Wilhelm Grimm, *De sprookjes van Grimm. Volledige uitgave met vertaling en aantekeningen van M. M. de Vries-Vogel. Illustraties Anton Pieck*, De Haan, Utrecht, 1950.

Jacottet, E., *The Treasury of Basuto Lore*, 2 tomos, Sesuto Book Depot, Morija, 1908-1911.

Jayadeva, *Gita Govinda. Translated by Barbara Stoller Miller*, Columbia University Press, Nueva York, 1997.

Jong, Eelke de y Hans Sleutelaar, *Sprookjes van de Lage Landen*, De Bezige Bij, Ámsterdam, 1972.

Koelewijn, Cees, *Testament van Tamenta*, Van den Berg, Katwijk, 2003.

Krishna, the Beautiful Legend of God. Srimad Bhagavata Purana Book X. Edited and translated by Edwin F. Bryant, Penguin Classics, Londres, 2004.

Légot, M., «Conte tourangeau», en *Revue de l'Avranchin* (1885).

Lévi-Strauss, Claude, *Mythologiques i. Le cru et le cuit*, Plon, París, 1964. [*Mitológicas i: Lo crudo y lo cocido*, trad. de Juan Almela, Fondo de Cultura Económica de España, 1968.]

-, *Mythologiques II. Du miel aux cendres*, Plon, París, 1967. [*Mitológicas II: De la miel a las cenizas*, trad. de Juan Almela, Fondo de Cultura Económica de España, 2002.]

-, *Mythologiques III. L'origine des manières de table*, Plon, París, 1968. [*Mitológicas III: El origen de las maneras de mesa*, trad. de Juan Almela, Siglo XXI, México, 1998.]

-, *Mythologiques IV. L'homme nu*, Plon, París 1971. [*Mitológicas IV: El hombre desnudo*, trad. de Juan Almela, Siglo XXI, México, 2013.]

-, *La pensée sauvage*, Plon, París, 1962. [*El pensamiento salvaje*, trad. de Francisco González Aramburu, Fondo de Cultura Económica de España, 2005.]

-, *Het trieste der tropen*, Atlas, Ámsterdam, 2004 [1962]. [*Tristes trópicos*, trad. de Noelia Bastard, Ediciones Paidós, Barcelona, 2011.]

The Mahabharata. Translated and edited by J. A. B. van Buitenen, 3 tomos, The University of Chicago Press, Chicago, 1973-1977.

Maupoil, Bernard, *La Géomancie à l'Ancienne Côte des Esclaves*, Institut d' Ethnologie, París, 1943.

Meder, Theo, «Doornroosje (AT 410, Sleeping Beauty)», Meertens Instituut, Ámsterdam. En internet: <http://www.meertens.knaw.nl/medewerkers/theo.meder/sprookje/doornroosje.html>

-, *De magische vlucht. Nederlandse volksverhalen*, Bert Bakker, Ámsterdam, 2000.

-, y **Cor Hendriks**, *Vertelcultuur in Nederland. Volksverhalen uit de Collectie Boekenoogen*, Aksant, Ámsterdam, 2005.

Meyer, Gerard, *Paroles du soir. Contes Toucouleurs*, L'Harmattan, París, 1988.

Millien, Achille, y Paul Delarue, *Contes du Nivernais et du Morvan*, Érasme, París, 1953.

The Panchatantra. Translated by Arthur W. Ryder, The University of Chicago, Chicago, 1925.

Panchatantra, het klassieke boek met fabels uit India. Vertaald uit het Sanskriet door Arthur W. Ryder, Ankh-Hermes, Deventer, 1992.

Perrault, Charles, *Sprookjes van Moeder de Gans. Illustraties van Gustave Doré*, Omega Boek, Ámsterdam, 1983.

Pinxten, Rik, *Anthropology of Space: Explorations into the Natural Philosophy and Semantics of the*

Navajo, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1983.

Poortinga, Ype, *Friese volksverhalen*, Bosch & Keuning, Baarn, 1977.

Sterck, Marita de, *En rijen is plezant. 69 vuile Vlaamse volkse liedjes, tot lering en vermaak van jong en oud*, Van Halewyck, Lovaina, 2008.

–, «Sprookjes in / en initiatierituelen», en *Tydskrif vir Letterkunde*, 45 (2008).

–, y **Jan Bosschaert**, *Boto. Een liefdesverhaal uit het Amazonewoud*, Van Halewyck, Lovaina, 2009.

Tchagbale, Zakari, y **Suzanne Lallemand**, *Toi et le ciel, vous et la terre. Contes paillards tem du Togo*, SELAF, París, 1982.

Vierset, Auguste, «Amor et Psyche», en *Bulletin de Folklore. Organe de la Société de Folklore Wallon* (1892).

Warner, Marina, *From Beast to the Blonde: On Fairy Tales and Their Tellers*, Chatto & Windus, Londres, 1994.

Warner, W. Lloyd, *A Black Civilization: A Study of an Australian Tribe*, Harper, Nueva York, 1937.

Wyman, Leland Clifton, *Blessingway: With Three Versions of the Myth Recorded and Translated from the Navajo by Berard Haile*, University of Arizona Press, Tucson, 1970.

Zee, Pauline van der, *Art as Contact with Ancestors: Visual Arts of the Kamoro and Asmat of Western Papua*, KIT Publishers, Ámsterdam, 2009.

–, *Bisj-palen. Een woud van magische beelden*, KIT Publishers, Ámsterdam, 2007.

Zegwaard, Gerard A., *Mythologische- en Voorouder-Verhalen van de Kamoro (Mimika)*, Archive OFM Missiehuis, Jayapura, 1952.

Zipes, Jack, *Fairy Tales and the Art of Subversion: The Classical Genre for Children and the Process of Civilization*, Routledge, Nueva York, 1985.

–, *Why Fairy Tales Stick: The Evolution and Relevance of a Genre*, Routledge, Nueva York, 2006.

–, y **Joseph Russo**, *The Collected Sicilian Folk and Fairy Tales of Giuseppe Pitrè*, Routledge, Nueva York, 2008.

Compilación de cuentos populares (Países Bajos): www.verhalenbank.nl

Compilación de cuentos populares (Bélgica): www.volksverhalenbank.be

Esta obra ha sido publicada con el apoyo financiero del Fondo Flamenco de las Letras (Vlaams Fonds voor de Letteren - www.flemishliterature.be).



Título original: *Bloei*

Edición en formato digital: junio de 2014

Colección dirigida por Michi Strausfeld y Ana Cristina Herreros

© 2010 Meulenhoff / Manteau en
Marita de Sterck
© De la traducción, Goedele de Sterck, 2014
© Ediciones Siruela, S. A., 2014
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-99-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Prólogo	5
Agradecimientos	15
África	16
América	53
Asia	93
Europa	123
Oceanía	177
Acerca de esta antología	212
Fuentes y contexto	219
Referencias bibliográficas	235
Créditos	238